

**Alex Fuentes**

**El Gorrión blanco**  
**(Den vita sparven)**

**Editorial Röda Rummet**  
**Stockholm 2003**

A mis hijos Andrea y Sandro y a los miles de presos políticos “desaparecidos” durante la dictadura militar de Pinochet.

## Prólogo

Este 11 de septiembre de este año se cumplen 30 años del golpe militar de Pinochet. Yo fui uno de los que salió con vida de Chile, o si se quiere, "uno de aquellos a los que Pinochet no alcanzó" a liquidar, y este es mi relato. El relato comienza el 13 de marzo de 1975, un día antes de que yo fuera raptado por los agentes de la DINA y trasladado a la Villa Grimaldi, uno de los centros de tortura más renombrados de la junta militar en Santiago. El relato termina una clara noche de verano cuando yo, un año después, aterrizo en el aeropuerto de Arlanda. Lo esencial del relato lo constituye mi tiempo en prisión y las circunstancias poco comunes en torno a mi detención. Fui entregado por Carlos, un amigo que fue obligado a convertirse en agente de la DINA y que posteriormente, por mi intermedio, informaba al MIR sobre lo que sucedía al interior de la DINA. Luego de un tiempo Carlos fue descubierto y ambos fuimos trasladados a la Villa Grimaldi, pero a diferencia de él y de miles de otras personas salí con vida de ese lugar.

Después de la Villa Grimaldi se me mantuvo aislado en un campo secreto de concentración que la DINA tenía para los presos "desaparecidos". Luego de dos meses como "desaparecido" me convertí oficialmente en preso político y permanecí más de un año en diferentes campos de concentración. Finalmente aparecí en una lista de 207 prisioneros políticos liberados y viajé a Suecia. En el manuscrito se entretajan mi tiempo en prisión con miradas retrospectivas a sucesos que llevaron al poder a la dictadura y a mi detención, se trata tanto de acontecimientos políticos como de experiencias personales.

Todavía caminan libres Pinochet y sus asesinos, pero también hay fuerzas que actúan para lograr que se haga justicia. La asociación "Comisión Ética Contra la Tortura" en Chile, dirigida entre otros por Ricardo Frodden y uno de los que aparecen en el manuscrito, entabló un juicio al estado chileno (diciembre de 2002) y ha exigido del gobierno chileno una rehabilitación de todas las víctimas torturadas durante la dictadura de Pinochet. Al mismo tiempo todavía se halla preso en la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago Bernardo, quien también aparece en el manuscrito, condenado en juicios arbitrarios por tribunales militares acusado de haber matado a agentes policiales. El lugar en donde estaba Villa Grimaldi se ha transformado hoy en el *Parque por la paz* y hay allí un monumento en memoria de todos los asesinados en ese lugar.

Alex Fuentes

Stockholm, junio 2003

## 1

*En el instante decisivo, en ese momento crucial, en el instante en que el mundo fisiológico se nos acaba, en el instante único, en ese instante infinito y lleno de fin, en ese instante en que nuestras bullidas vidas tienen lo invaluable que implica a veces el silencio... El silencio entonces se nos transforma en una vida que sólo tiene sentido si se logra sobrevivir; mirando al futuro, vislumbrando aquellos momentos en que parece que la vida misma se escurre hasta esfumarse del todo.*

Se sentó. Sus ojos recorrían ávidamente el respaldo del asiento delantero. Era una de aquellas micros que los jóvenes rebeldes usaban a toda prisa para rayar con plumones sus consignas antidictatoriales. Buscó y buscó pero sin éxito, el microbús no tenía nada y siguió pensando en la consigna que él hubiera querido dejar grabada. El recorrido era el habitual, el de siempre, el que había hecho desde muy pequeño. Otros pasajeros estaban igual que él, cada uno embarcado en sus propios mundos. Ocupaban algunos asientos ya destartados por el correr de los años. En cada paradero fueron subiendo. A veces eran cinco, tres, pero nunca un pasajero solo. Y fueron subiendo al microbús hasta que coparon los 35 asientos. Siguieron subiendo. Después de cada paradero sentía que el bus se hacía cada vez más pesado. Parados, apretujados.

Persignándose, por si acaso, al pasar por las iglesias y arrepintiéndose, también por si acaso, profundamente convencidos de que habían sido paridos por el pecado del amor carnal. El seguía ahí, al lado de la ventanilla. Le gustaba hacerlo porque podía ver la gente apretada unos con otros formando de esa manera pequeños contingentes en los que cada cual buscaba ganar nuevas posiciones. Iban apretados. Nunca terminó de comprender ese ahínco intrínseco de las mujeres en planchar la ropa. ¿Para qué si se arrugaba tan rápido? Se apretujaban unos a otros. Persignándose por los pecados cometidos y por cometer. Cuando niño nunca aprendió a persignarse y cuando joven ya era tarde porque no creía en las supersticiones de ningún tipo.

La velocidad de la locomoción colectiva era la de siempre, la de un carretear de nunca acabar. A la lenta marcha de la góndola ponía la vista sobre el movimiento real e imaginario de la calle y observó también el viento que levantaba el polvo. A través de los gastados vidrios de la ventanilla observaba esas viviendas de forma tan caprichosa. Las carpas de los gitanos tenían un no se qué. La simetría de los listados rojos y verdes tenían un no se que, pensaba él. Las carpas descoloridas y una que otra gitana rubia y de polleras largas se fueron quedando atrás en esa calle fea.

Tan fea era la calle Pedro Fontova que resultaba hermosa por su fealdad imperturbable. Hacía tanto tiempo, desde mucho antes de su propio nacimiento pensó, que Pedro Fontova había sido abandonada a su suerte. Escrutaba disimuladamente cada uno de los rostros a su alrededor. Hurgaba en sus miradas, comentaba consigo mismo sus modales, recorría la vestimenta y cuando podía daba también un vistazo a los zapatos. No les dejaba de observar, buscaba el comportamiento real de aquellas apariencias. No se dio cuenta pero ya había cruzado gran parte de la ciudad, la Plaza Chacabuco y el Liceo Gabriela Mistral ya habían quedado atrás. Deambulaba por las calles en distintas direcciones, la gente se movía hacia cualquier parte y pasaban por su lado y el pasaba al lado de todos ellos. Los mundos y su mundo.

A partir del 11 de Septiembre de 1973, día del golpe militar, había cambiado mucho y al cabo de algunos meses se había trasladado a Chillán, lugar de nacimiento de su padre. En el Sur del país los aliados de la dictadura también destruían y remodelaban a su antojo; tal y cual lo venían haciendo a lo largo de todo el territorio nacional. Pero Chillán era una ciudad tranquila. Era cierto que en casa de su tía y de la abuela los críos hacían de las suyas, pero

todos los niños del mundo eran iguales. Aun así la ciudad le envolvía con su quietud campestre y melancolía pre cordillerana. Se había matriculado en la Universidad de Chile y se había pasado el tiempo cruzando la plaza que daba con el fróntis de la sede universitaria.

Luego del inolvidable viaje a Cauquenes se había vuelto un romántico empedernido. Había dejado de viajar a Santiago los fines de semana. En su lugar y durante un mes viajó ida y vuelta de Chillán a Cauquenes. La joven de sus sueños se había trasladado temporalmente a casa de unos tíos para estar más cerca suyo y ambos añoraban los insaciables fines de semana. Los estudios a la chuña y viva el amor ateo, vivía la vida de acuerdo a las normas sin leyes de la juventud. Durante ese período se embriagó de romanticismo y de placer. Escribía poesías en el aire y luego las pasaba a las hojas caídas de las tardes otoñales. No tenía remedio, estaba en las nubes por esas cosas del amor.

Lo de Cauquenes no era eterno y volvió por tanto a efectuar los viajes regulares de Chillán a Santiago. En uno de esos viajes había concertado una cita con Marco, su amigo y compañero político de la secundaria. Marco Poblete se había incorporado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria ya antes del golpe militar de 1973. Desde hacía un par de años se había volcado en cuerpo y alma a su nueva organización. La organización política en la que militaba ahora su amigo estaba muy golpeada por los efectos de la represión y en muchos regionales se hallaba prácticamente desmantelada. Pero como Marco era nuevo en el MIR pudo desarrollar y aumentar la actividad político militar sin mayores riesgos de caer preso por motivos de la persecución o de delación.

La cita se llevó a cabo en una fuente de soda en los alrededores del centro de Santiago. En el ambiente reinaba una atmósfera de represión al que la mayoría de los chilenos ya se había acostumbrado. Intercambiaron algunas frases sin mayor importancia y luego recibió de Marco los nombres, direcciones y números de teléfono de militantes del MIR en Chillán. Estaba harto de la inhabilidad política militante. No en vano había despertado a la vida política en medio del poderoso ascenso de masas de principios de la década de los años setenta. Ahora tenía la posibilidad de retomar su vida militante. Se despidió de Marco y tomó un microbús de vuelta a la casa de sus padres.

Habían pasado algunas. Como era costumbre en Santiago y en el cuartel del lugar los bomberos habían hecho sonar esa señal prolongada y tediosa. En la Plaza de Armas y en el cerro San Cristóbal volaban las palomas disparadas por el estruendo del cañón que también comunicaba a la ciudad que eran las doce del día. Con el correr de los años ese sonido pasaría a formar parte de un mundo de valores y de simbologías desaparecidas. Pero ahora había sonado allí, en pleno centro de la capital a la que había vuelto por algunos días.

Dentro de las próximas horas debería viajar al sur del país, de vuelta a ese forzado y aparente mundo de paz de la Universidad. Se lo había prometido a María Rosas, la joven demócratacristiana de la hospedería de mujeres que décadas más tarde llegaría a ser vicepresidenta de la CUT y parlamentaria por la Democracia Cristiana. Antes de volver a la sede universitaria pasaría por la casa de su compañera de estudios a buscar el abrigo azul que ella le había encargado de la casa su madre. Sonó como tantas otras veces el teléfono en la casa de sus padres. Los reflejos le llevaron a posar la mano sobre el auricular negro y llevarlo a su oído izquierdo.

- ¿¡Aló...aló!?

No reconoció la voz de quien le hablaba. Una mezcla de ideas viejas se mezclaban en su cabeza mientras él escuchaba la extraña voz.

- ¿¡Quién!?

- No, está equivocado, aquí no hay ningún Alejandro Flores.

Fue un golpe fulminante a la conciencia. La idea que le había perseguido desde el día mismo del golpe militar, día a día, de lugar a lugar, de pensamiento a pensamiento se transformaba ahora en una realidad brutal.

- ¡Es la DINA, me andan buscando, me tengo que ir! – le gritó a su madre.

- Cálmate, tus nervios están alterados. Todo ese tiempo estudiando y con esos chiquillos en la casa de tu tía. No tiene nada de raro que estés nervioso, son suposiciones tuyas. Descansa Ale, te hace bien.

El tono cariñoso de su madre no le convenció del todo pero se quedó. Una insólita calma se apoderó de él. Los otros, entre los que se encontraba su polola Olfa, también eran militantes que resistían a la dictadura y no le daban mayor importancia a la llamada telefónica. La alegría y las risas se adueñaron de la casa. Le parecía muy extraño pero la indiferencia de los acompañantes vino a fortalecer la voz tierna de su madre. Las risas, la alegría y esas menudeces agradables de la vida terminaron de convencerle. Se quedó a cenar. Fue un momento en que lo simple y la falta de complicación en la existencia consiguieron hacer lo suyo. Los permanentes sentimientos de inquietud dieron paso a la tranquilidad. Se encontraban en ese mundo cordial de la amistad, de la mirada de amor furtivo, de la quietud. Se incorporó a ese mundo cálido desligándose por completo de la llamada telefónica. Al mirar por la ventana vió de pronto a Carlos afuera e las rejas del jardín.

Cuando le conoció y le vio por primera vez le impactó de manera especial la maciza textura física de aquel muchacho de población. Era algo más joven si le comparaba consigo mismo. Pero más que la figura física de Carlos - a pesar de todo se trataba de un joven de población - lo que llamaba extraordinariamente la atención era su rostro de rasgos pascuenses. No tenía precisamente ese estilo de vida tan típico que marcaba con el sello de clase al estudiante pequeñoburgues. Todo su comportamiento era el de un muchacho de extracción y de origen muy humilde. Pero contrastaba con esa humildad y ese lenguaje sencillo el avezado vocabulario político del que hacía ostentación. La dialéctica y el materialismo histórico se alternaban parsimoniosamente con garabatos de distinto calibre quienes eran a su vez acompañados de grandilocuentes citas de Mao o del Ché Guevara. Nunca supo si las alegorías al librito rojo de Mao eran una tomada de pelo o de si efectivamente conformaban ya parte del arsenal ideológico del joven del MAPU. Había en Carlos mucho de incoherencia difícil de precisar y eso le llamaba mucho la atención a Ale.

Carlos Carrasco Matus. Lo conoció con motivo de su actividad político estudiantil. Antes de las elecciones del centro de alumnos Carlos era el único militante del MAPU en el colegio. Vio ya entonces un áurea de desconfianza en él, algo que con el ir y venir de los acontecimientos se hizo manifiesto en más de una oportunidad. Una actitud atrevida envolvía el quehacer de Carlos. Siempre tenía que recordarle a Carlos que la responsabilidad de un dirigente estudiantil era decisiva frente al resto de los alumnos. Con ocasión de una fiesta organizada por el centro de alumnos Carlos bebió hasta que el alcohol lo descompuso de tal manera que estuvieron a punto de arreglar cuentas a los puños. Pero habían militado juntos y esa época resultaba inolvidable a pesar de que aun retumbaba en las conciencias el ruido de los bombardeos al palacio presidencial, los patrullajes nocturnos, las luces de bengala de los helicópteros y el eco prolongado de los fusilamientos arbitrarios.

Ahí estaba ahora Carlos. Estaba en un extremo estado de agitación pero lo hacía temblando. Le acompañaban dos sujetos jóvenes de aproximadamente la misma edad. Terminó de correr disimuladamente los visillos de la cortina y se dirigió a la puerta del jardín que daba a la calle. Pensó que no tenía sentido el no salir a abrir la puerta en la que le estaban esperando. Ellos sabían que estaba allí. La llamada telefónica lo había demostrado. Mientras el se dirigía hacia afuera sus compañeros y su polola abandonaron la casa por la parte de atrás, por la pandereta que daba hacia la casa de Ana, su ex compañera de escuela. Era lo que

suponía él, no se había equivocado. Le pareció irresponsable de su parte el arriesgar a tanta gente. Le buscaban a él y ahora estaban allí. En compañía de ellos Carlos no tenía habla y ante su amigo no podía decir lo que le oprimía. Cuando Ale le saludó intentó aparentar que era como de costumbre a pesar de que repentinamente lo normal se había convertido completamente en anormal. Trató de aparentar una normalidad ausente pero vio acercarse a pasos agigantados una pesadilla clara como la luz del día.

- ¡Hola negro!

- Hola...

Ale abrió la puerta y le hizo pasar. Los otros se mantenían a una distancia prudente y prefirieron esperar. Como amigos que se suponía que eran entraron a la casa. Frases cortas, sin sentido, sin son ni ton. El motor de un vehículo apagó por un instante la falsa cordialidad. Le costaba tanto disimular eso que podría haber sido desengaño pero que no lo era. Quiso hacer memoria y se sorprendió del hecho; nunca antes había llegado a pensar cabalmente en que el momento que estaba viviendo siempre había sido parte del mundo de lo posible.

A fines de 1973, luego del golpe de estado, Ale se encontró con el ex concripto y cabo de reserva del regimiento Buin. Encontró a su viejo amigo. Fue entonces cuando hizo todo lo posible por ayudar a aquel viejo compañero de ruta. Estaba deshecho, le habían destrozado psicológicamente. Ya no era el de antes, no se sentía como pez en el agua, no quedaban ya nada de vestigios del joven diestro en las citas de Mao o el Che Guevara. Cuando le encontró ya lo habían desnaturalizado, lo habían lobotomizado. Lo tienen hecho mierda, pensó.

Le había escuchado durante horas, se sintió horrorizado por el relato de su ex compañero de partido. De como eso fue posible, de como le cambiaron tanto, como le violentaron el cerebro, el estado en el que le habían dejado le dio escalofríos. Carlos ya no pensaba, seguía hablando porque por eso había ido y hablaba sin la pausa normal de antes, tan implícita en sus conversaciones. Los lugares clandestinos, la modalidad de la tortura adaptada a los capturados de la ocasión, los vehículos, la infiltración al interior del MIR del agente al que Carlos se refería como el Ché.

Para el ex joven revolucionario era una válvula de escape. Carlos parecía no darse cuenta de todo lo que decía y el interlocutor que escuchaba atónito no sabía que hacer con tanto saber. Pensaba en como había sido posible toda esa transformación, como y en que grado la DINA había logrado incorporar a Carlos en su quehacer. Como le habían violado la conciencia. Aquellas horas le resultaron interminables; los perseguidos los desaparecidos, los prisioneros, los exilados. El mundo del terror se había apoderado de todos los sentidos de Carlos. Para Ale se trataba de recopilar toda la información posible de lo que él entendía como una nueva Gestapo.

Ale siempre vivió en La Palmilla, en las afueras del Norte de Santiago. Era un lugar de gente humilde y sencilla. A fines de los años sesenta y principios de los setenta la polarización social imperante en el país llegó también a La Palmilla. El año 1965 una serie de grupos pequeños y heterogéneos habían optado por la formación de una nueva organización política a nivel nacional. A partir de entonces se desencadenó una ola de asaltos bancarios en las ciudades de Concepción y Santiago. Las expropiaciones de estudiantes universitarios ocuparon durante un tiempo las primeras páginas de los periódicos. El MIR logró convertirse rápidamente en un polo de atracción para una juventud desilusionada del reformismo de los partidos tradicionales. Las Juventudes Comunistas vieron salir así muchos jóvenes de sus filas. Los hermanos con nombre italianos que vivían cerca de él así como cientos de otros jóvenes, volvieron la espalda a las Juventudes Comunistas y se incorporaron con fervor a la alternativa liderada ideológicamente por la revolución cubana. Italo Pizarro Meniconi vivía en su barrio, nunca tuvo mayor contacto con el muchacho de los ojos grandes a pesar de vivir

ambos a un par de cuadras. El ascenso popular a partir de la elección presidencial que llevó al médico socialista Salvador Allende a ser presidente de Chile en 1970 vino a complicar más aun el cuadro político del país. Talo y él se vieron mancomunados, independientemente de sus voluntades, en un activismo político enloquecedor. Juntos participaron en la formación de organismos de poder popular alternativos surgidos de la crisis generada por un sistema capitalista en avanzado estado de descomposición.

No podía olvidar el trabajo seductor de los panfletos y los rayados murales a media noche. El rayado al cuartel policial de la Palmilla estuvo a punto de terminar en un desastre. Justo en el momento en que el furgón policial se acercaba al cuartel le bajó a una de las jóvenes la necesidad de orinar y se le ocurrió que lo podía hacer en cuclillas. A los gritos de apúrate huevona que vienen los pacos huyeron todos despavoridos. Después de los nervios vinieron las risas, todo era un recuerdo. Talo también había participado en el rayado nocturno a la panadería Colo-colo. El dueño de la panadería era Don Benito, un español que seguía fuertemente convencido de que vivía en pleno apogeo de la conquista española de los 1500. Vilipendiaba y explotaba a su mano de obra compuesta por mapuches de una manera tan brutal que nadie que se preciase de humanista y liberal podía permanecer neutral ante tal comportamiento. Chupasangre le llamaba la gente a Don Benito.

El rayado quedó inconcluso porque la brigada de jóvenes fue interrumpida por una horda de fascistas y matones lumpenescos llegados en buses, taxis y vehículos particulares. Eran una centena de hampones derechistas. Recordaba como habían corrido aquella vez. Corrían y se tiraban al suelo amparados en la oscuridad de la noche para volver a pararse y seguir corriendo. Corrían como locos porque era una carrera por la vida. El zumbido de las cadenas rechinando por los aires y la amenaza inminente de los disparos convirtieron todo en caos. Finalmente lograron parapetarse en la casa de Edgardo. La horda enfurecida entró a la casa disparando a tontas y a locas. Del techo de la casa se les respondió con una pistola y una de las balas se fue a incrustar en la pierna del que iba delante del grupo. Edgardo disparaba con la pistola de su padre, un carabinero ya fuera de servicio. Ale recordaba de como se maldecía el haber dejado su propia pistola en casa, la consiguió como forma de pago luego de una exitosa expropiación. Sobre la noche se vino un aullido descomunal. El repliegue de los atacantes fue seguido por una lluvia de piedras y de balazos que dejó a muy mal traer la fachada exterior de la casa de Edgardo. Fue tal el lío que se armó que se despertaron alborotados los vecinos.

Recordaba muy bien la trifulca aquella. Italo tenía afición por las armas, un amigo de las balas. Pero al final de cuentas Talo había sido un militante abnegado y consecuente y más allá de las diferencias tácticas que había tenido con el mirista se sentían llamados por una misma vocación, ser revolucionarios hasta la victoria final. Por eso se dirigió a Italo luego de haber escuchado al quebrado de Carlos. Juntos habían arrancado de la policía civil durante el gobierno de Allende, era cierto que iban armados cuando huían de la policía pero no era menos cierto que estaban obligados a ello. Los fascistoides del bando contrario hacían nata y a esos no los perseguía nadie. Es que las cosas eran así, recordaba ahora. El gobierno no gobernaba nada y el parlamento estaba en manos de la burguesía empresarial y latifundista. Todo ello contribuía eficientemente a crear un clima de caos permanente acicateado por la prensa de la burguesía. El complot y los rumores de golpe de estado estaban a la orden del día. La crisis era general y total. Del cacareo de la derecha, reunificada en una alianza amplia, divulgado servilmente por los medios de comunicación, se pasó a la acción y se entregó el timón de mando a los militares. De la noche a la mañana la nación pasó de una situación pre-revolucionaria a la de la contrarrevolución. El orden de cosas había quedado profundamente trastocado con el golpe de estado asestado por los militares.

Luego de haber escuchado atónito las revelaciones del averiado cerebro de Carlos no le cupo la menor duda. Tomó contacto con Italo y éste le puso en contacto con una joven del

Comité Central del MIR.

Transcurrió el tiempo y las charlas se hicieron más a menudo. Carlos ya no se sentía como el guiñapo en el que le habían convertido con el vals de la contrainsurgencia y no pensaba mucho en la misión que le habían inculcado sus superiores. Ya no había que sonsacarle las cosas, la información fluía como una vertiente de hechos más o menos normales y lo hacía como si fuera consciente de que su información ya no era un secreto macabro dentro de su propia testa. El agente de la temida DINA actuaba como el muchacho bueno y arrepentido y hasta reía cuando hacía sus relatos. Las sesiones de terapia informativa siguieron su curso y cada cual siguió en lo suyo. Carlos con menos remordimientos de conciencia y él racionalizando la información conseguida. Ale sistematizaba con ahinco cada detalle de la información obtenida y la hacía llegar a la dirección del MIR.

Pero ahora, en este instante terrorífico, todo era distinto. Le costaba mucho disimular. Una vez dentro de la casa el rostro de los rasgos pascuenses se contraía vertiginosamente, quería decir algo y no sabía como hacerlo. Casi podía adivinar las palabras que estaban por salir de aquellos labios. Frases mal construidas. Palabras entrecortadas por la desesperación. Como explicar algo que ya estaba explicado. Como explicar que su presencia era la ausencia. Esa certeza torturaba aun más al desdichado. No, no era el mismo de hace algunos meses antes, el que dócilmente se entregaba a las charlas de terapia ni menos aun el mocetón de la población en la Comuna de Conchalí. Tampoco estaba haciendo aspavientos de dialéctica en la sala del Centro de alumnos del Instituto Comercial. Temblaba y su estatura parecía empequeñecerse en forma lenta y segura. Lo habían convertido en un guiñapo humano, de eso no le quedaba la menor duda. Que mierda le hicieron en la cabeza, que le han hecho para cambiarle tanto, se repetía la pregunta una y otra vez .

El negro, como le decían a Carlos sus amigos y también sus jefes, temblaba de cuerpo entero. Abrió los labios.

- Quieren conversar contigo.

Su voz trastabillaba oralmente. Que lo sabían todo...que les estaban esperando... que fuera...que solo querían conversar, aseguraba una y otra vez...no, que no intentara la fuga. Hizo pasar a Carlos al cuarto continuo. En uno de los cajones del armario café que daba a su derecha había un arma. El mundo de las balas, del terror, de la realidad y de la ficción del horror. Un balazo y punto. ¿Una idea demencial? No sabía bien a que atinar, la diferencia real entre la sensatez y la acción demencial no tenía ya los contornos definidos de antes. Todo giraba a su alrededor y el giro no tenía fin. Inútil empresa aquella. Hacerle comprender que no era ese un momento de vacilaciones, que no había razón alguna para entregarse en manos de la DINA. Era un dialogo, un compromiso de mudos y sordos en medio de un silencio embrutecedor. Ese momento de complicidad sería roto media hora más tarde. El desacuerdo fue rápido y quedó perpetuo en las miradas. El tiempo. Uno de los agentes de la DINA tocaba el timbre de la puerta, se notaba preocupado. El tiempo y la paciencia tenían su límite.

¿Cuántos como aquel que tocaba el timbre andaban por las calles, en los microbuses, en las fuentes de soda, en los cines, en los colegios, en los autos, en los trenes, en las fábricas o en las afueras del clausurado parlamento vestidos de carpintero como lo había hecho Carlos? A Carlos se le había visto en la avenida central, la Alameda, al caer de la tarde en medio de un ir y venir de vehículos. Era parte de un grupo de agentes de la DINA corriendo con metralletas en las manos a la caza de militantes del MIR. ¿En cuántos otros lugares había estado Carlos? No lo sabría nunca porque hay cosas que nunca se saben a pesar de que ellas existen en el tiempo y en un espacio determinado.

Ni el over all de carpintero ni la metralleta alzada estaban presentes ahora, pero tenía a uno de esos cabeza de pistola ante sus ojos. Carlos disparaba suplicios, suplicaba disparos



mientras que el timbre seguía sonando. En ese momento se sintió uno más, uno de tantos entre los cientos de miles en una historia de millones. Era la lista interminable, la de los miles de detenidos, compulsados... Hacía ya tiempo que lo venía presintiendo, que llegaría el momento. Era habitual para él mirar a todos lados, los imaginaba en cada esquina. El espionaje. La persecución. El secuestro. La captura. El país entero estaba convertido en un reino del terror. Con él engrosaban ahora la larga lista de presos desaparecidos, de los idos por un camino sin vuelta.

Miguel, uno de los hermanos de Talo, ya no estaba entre los buscados por el ejército y por los servicios de seguridad del aparato represivo. Servicios del orden como le habían enseñado a decir a Ale desde muy pequeño. A Miguel ya le habían segado la vida en una emboscada. Su mujer, la ex estudiante que hacía trabajo proselitista entre los campesinos de la zona, estaba afortunadamente a salvo en Suecia y los mellizos que llevaba en su vientre le acompañarían posteriormente por la vida en un prolongado llanto amargo. Talo y Mila, su mujer, hija de españoles emigrados, seguirían cada cual sus propias rutas. Siempre habían sido una pareja dispar. Con la DINA sobre sus talones y sin posibilidad de infraestructura no le quedó a Talo más remedio que asilarse en la embajada de Costa Rica en Santiago.

Luego de una estadía psicodélica en el pequeño país centroamericano Talo y Quena viajaron a Suecia. Posteriormente se les unió Marco. ¿No había sido Quena la que cada noche llegaba a su casa con el pretexto de que quería tomar te, cuando el objetivo de verdad era el discutir de política con su madre? Recordaba el libro sobre Angela Davis, la activista negra norteamericana.

Con su sonrisa perenne y su contextura chiquitita. Que bicho le picó no lo sabía, pero ahí estaba su madre a la que años atrás había acercado a los postulados del socialismo. La pobre no sabía que esa separación no era una cuestión de días más o días menos. Como la cosa más clara de la tierra y tan solo momentos antes de que se separasen le dijo que por nada del mundo fuera a decir algo. Aunque te maten no digas nada – le dijo - y así su figura se transformó ante el hijo en la de un gigante. En idioma mapuche Guacolda significaba piedrecita del maíz. Era cierto que su madre no tenía una verdadera noción del alcance mismo de sus palabras porque no conocía lo que era la esencia de ese nuevo aparato represivo. Pero la sentencia que salió de los labios de esa tierna mujer contribuiría inevitablemente a modelar su destino. Sin embargo ni él ni ella lo sabían en ese momento. Se sacó su reloj y se lo entregó a Guacolda que no tenía en ese momento el pensamiento puesto en Ricardo y Leonardo, los dos hijos menores que estaban cerca suyo.

Con el correr del tiempo se afianzaría en Ale la idea de que mucho de lo que ocurría con él estaba acompañado del factor suerte. Carlos estaba aparentemente más tranquilo, su ex amigo estaba dispuesto a acompañarle junto a los individuos que todavía le esperaban fuera de la casa. No todos los desaparecidos presentes ni los desaparecidos para siempre eran arrestados por ex compañeros de colegio y de partido. Mal que mal habían sido amigos y aprovechando un momento de descuido de Carlos tomó el auricular. La llamada telefónica fue corta y concisa.

- En este momento me llevan los de la DINA, llame a Eduardo y dígame que todo aquel que me conoce desaparezca inmediatamente.

Sintió un inmenso alivio al colgar el teléfono. No hubo tiempo para escenas dramáticas, su padre había comprendido perfectamente bien la situación. Comenzó para Julio un peregrinar sin fin, fue al encuentro de una nueva historia o de un nuevo amanecer en medio de una incerteza demoleadora.

Algunos años antes el cuadro había sido completamente distinto. El acontecer político del país seguía su curso dislocador. La clase dominante y sus aliados no podían dominar como

antes, a su regalado antojo, y los dominados decían por su parte basta, ya que no estaban dispuestos a seguir siendo pisoteados. Tiempo de enconadas contradicciones de clase se incrustaron axiomáticamente como sílabas metálicas en los carteles: *considerando nuestra debilidad, ustedes hacen leyes para avasallarnos. En el futuro las leyes no serán cumplidas. Considerando que no queremos seguir siendo avasallados, considerando que ustedes entonces nos amenazan con fusiles y cañones hemos acordado temerle más que a la muerte a esta vida amarga que llevamos.*

Cuando su hijo mayor insinuó un día la posibilidad de incorporarse a las juventudes comunistas del sector en donde militaba Laura la incompreensión de Julio se transformó en su opuesto. No se le muerde la mano a quien te da de comer - le dijo a su hijo - ahí tienes la puerta si insistes en esa estupidez. No salió por el marco de aquella puerta porque no tenía donde irse, pero prometió asimismo hacerse independiente lo más rápidamente posible.

Al cabo de un año no le consultó a nadie y se hizo miembro de una nueva organización revolucionaria surgida de una mancomunidad de circunstancias históricas; una organización de carácter híbrido pero que en ese momento aparecía como algo nuevo y prometedor. Convivían allí cristianos, marxistas provenientes de distintas corrientes de la izquierda chilena y una cantidad no despreciable de independientes de izquierda. Predominaban a su interior sectores estudiantiles de la Universidad Católica y de otros centros estudiantiles. El áurea de la revolución cubana y de la larga y victoriosa marcha de Mao estaban presentes en el partido de las banderas verdes con la estrella roja en el centro. Contradictoriamente al carácter pequeñoburgués que se acentuaba en la dirección del MAPU habían también importantes contingentes campesinos que provenían de la labor realizada por un sector de demócratacristianos que ahora también formaban parte del partido recién nacido. Esto incluía también a unos cuantos curas propiciadores de una teología liberadora que recorría a todo el continente latinoamericano. Fue en ese marco de influencia política que vendría a conocer a Carlos. Fue una militancia política febril.

Se fueron de la casa. A cien metros de allí había un Fiat amarillo 125. Nadie cruzó una palabra cuando subieron al coche. No se había terminado de sentar y ya tenía la mirada puesta en el tipo corpulento que iba al volante. Habrían de transcurrir los años, 16 años y muchos más y ese semblante seguiría estando presente en su memoria. La llave. El contacto. El motor. Se fueron alejando de su casa desde la calle Huechuraba para doblar luego por Pedro Fontova. A medida que el fiat aceleraba su marcha volvió la vista atrás y miró por última vez aquella calle de la infancia llena de viejos e inocentes recuerdos un tanto desdibujados con el correr del tiempo. Nunca más volvería a caminar por ella. Lejos quedaba así el mundo de las plumas de gallina con moño, de las gallinas cogote pelado, de los gallitos de la pasión con su infinidad de colores, de la caza de lagartijas y el picaflor muerto luego del hondazo que le diera al pie de aquel árbol monumental. Pensó también en el obrero forestal con el torso desnudo que por unos cuantos pesos estuvo varios días volteando a hachazos los eucaliptos del lugar. Eran esos árboles en donde él y sus hermanos habían jugado a los indios y a los soldados, por donde corría el agua de un canal bordeado de sauces.

Su memoria recobró la vida, el viento tibio de los días preanunciando con las largas y alborotadas hojas de eucaliptos la lluvia que se venía encima. Mundo infantil, de aves de fantasía y de pájaros inmensos, de palomas salvajes y domesticadas. Colores diversos, horas interminables en donde nunca hubo espacio perceptible para el aburrimiento. No fueron pocas las veces en las que su madre tuvo que sacar a gritos su adolescencia tirada sobre el techo de la casa. ¿Adonde iban las palomas? ¿Porqué al campo? ¿Porqué tardan tanto? ¿Porqué volvieron despedazadas por los perdigones? Las palomas. Un mundo de plumas y de sueños se vino estrepitosamente abajo.

*Una paloma*

*vino volando  
detuvo el vuelo  
y pude observar  
que estaba herida  
en sus dos alas  
le era imposible  
volver volar*

Todo ese mundo de la infancia con los inviernos convertidos en lluvias y vientos se desvanecía con el ruido del motor. Doblaron a la derecha y llegaron a Av. Independencia. Nadie dijo nada, el vehículo seguía aumentando la velocidad. Las casas y la poca gente que estaba en la calle se fueron perdiendo de vista. Los instantes se multiplicaron. Instantes. No era una pesadilla, lo que estaba viviendo era real. Miró disimuladamente a su derecha y sintió el cañón de una pistola en su costilla. El del volante le escudriñaba por el espejo, era una mirada helada que limitaba con una lasciva sonrisa dibujada en las comisuras de los labios.

- Prepárate porque no sabís lo que te espera hijo e` puta!

*Que los derechos humanos  
los violan en todas partes  
en América Latina  
domingos, lunes y martes...*

Recordó al conocido cantante popular Victor Jara brutalmente asesinado en el Estadio Chile. La Universidad Técnica del Estado fue cañoneada por los tanques del ejército durante los primeros días del golpe de estado. Asesinaron a una cantidad enorme de gente, se llevaron al rector, a los profesores y estudiantes sobrevivientes; todos fueron a parar a las galerías del recinto deportivo. El clima de terror en el estadio se transformó en un monumento al hitlerismo con el apocalíptico discurso del oficial de turno.

- Les habla el comandante de este campo de prisioneros de guerra, de este campo de concentración. Porque ustedes deben saber que nosotros estamos en guerra con el comunismo internacional y dispuestos a exterminar a todos los marxistas que forman la cloaca latinoamericana. Yo estoy autorizado por la honorable Junta de Gobierno para hacer con ustedes lo que me plazca. No tengo que dar cuenta a nadie de mis actos. Puedo dejarlos en libertad; no lo haré. Puedo torturarlos; lo haré. Puedo matarlos; lo haré. Y no crean que me remorderá la conciencia una vez que los extermine. No me remorderá porque siempre he soñado con matar comunistas, anhelo que por fin estoy empezando a cumplir. Por si acaso ustedes no entienden de armas, les explicaré algo ¿Ven esas ametralladoras emplazadas sobre sus cabezas? Mírenlas. Se empezaron a usar en la Segunda Guerra Mundial y se conocieron como la Sierra de Hitler, porque no sólo perforaba, sino que talaba los cuerpos en dos. Pronto empezarán a sentir en la carne propia los efectos de esta moderna sierra. ¿Les pido un favor?: hablen, muévanse en sus asientos, sonrían, hagan cualquier gesto que a mí me parezca extraño, aunque no sea ésa su intención, para tener el pretexto de dar la orden de partida a la Sierra de Hitler, pese a que no necesito pretexto alguno para matarlos. ¡Oiganlo bien!: los más afortunados verán morir primero a sus compañeros, pero igual, igual les llegará su turno. De esto pueden estar seguros, y va mi palabra de soldado: ninguno saldrá vivo desde el Estadio Chile. Sépanlo bien: ¡Ninguno!...¡Todos morirán! Buenas noches.

La palabra de soldado no fue suficiente, por razones ajenas a los deseos del oficial pro-Hitler fueron muchos los afortunados que salieron con vida de esa maquinaria infernal. No así Victor Jara al que le machacaron las manos para que nunca jamás pudiera volver a tocar la guitarra. En el Mercurio se publicó una pequeña nota en la que se dijo que se había encontrado el cuerpo del cantante en la vía pública, desconociéndose las causas de su muerte.

Sentado al lado del que manejaba y que hacía las veces de jefe iba Carlos. Su nerviosidad se había hecho por completo del poder, estaba extremadamente tenso. Carlos no le miraba pero él se esforzó de todas maneras por dar con su mirada en busca de preguntas que jamás tendrían respuesta.

*Se debe sentir podrido por dentro, está nervioso. ¿Lo sentirá realmente o sólo le interesa salvar su pellejo? Como saberlo si ni siquiera puede mirarme, sabe que estoy atento a cada uno de sus movimientos. Sigue con sus ojos puestos en el camino. Estoy seguro que llegaremos a donde estos me llevan y todo seguirá igual. ¿Donde será? La cordillera esta helada en esta época del año. La nieve, las montañas y la frontera con Argentina, así es en todas las temporadas. Fregado como antes lo estuvieron Miguel y todos los otros que hoy ya no están. Nunca antes había pensado que podría terminar mis días ante un pelotón de fusilamiento. Es tan rara la quietud que experimento, es como acostumbra a decir la gente; la tranquilidad antes de la tormenta.*

Ya no le preocupaba. Pensaba en que moriría acribillado. No dejaba de ser siniestro pero estaba preso de una tranquilidad. Se sentía conforme consigo mismo. ¿No había sido Amado Nervo, el poeta mexicano, de quien había aprendido a estar en paz con la vida? Vida nada te debo, vida estamos en paz...Era una extraña fuerza motriz combinada a una no menos extraña expresión de un mecanismo de defensa.

El rubio pecoso de tez blanca seguía con el pie pegado al acelerador. Él cautivo. Estaba pendiente de cada uno de los movimientos de sus captores, del más mínimo gesto, de cada una de las palabras no pronunciadas. Su mente trabajaba ahora en forma urgente mientras sentía el comienzo de un sudor entre los dedos de las manos entrecruzadas. Unidas la una a la otra. Separadas. Lentamente las cinco puntas de los dedos iban al encuentro de los otros cinco puntos digitales. Manos apretadas. Los ojos intentaban grabar en la memoria todo cuanto encontraban a su alcance.

Pasaron por el frontis de la Escuela de Derecho y continuaron velozmente por la Avda. Santa María. Al pasar por el río Mapocho recordó los cadáveres flotando sobre sus aguas a los días posteriores al golpe. Gentes de buen corazón, samaritanas, así como monjas y curas se ayudaban mutuamente a recoger los cuerpos para darles en forma oculta una sepultura cristiana. Una multitud de acontecimientos de su época de estudiante se avalanzaron sobre su cerebro.

Había sido allí, en el edificio de la Facultad de Leyes, donde escuchó por primera vez a uno de los jóvenes teóricos del partido; Kalki Glauser. El aula estaba casi repleta, los jóvenes estudiantes seguían llegando al recinto. El análisis de coyuntura política por la que atravesaba el país hecha por ese delgado tipo de gafas le pareció brillante. Le confirmó una vez más que su opción política había sido acertada. Kalki Glauser fue a parar al exilio en Suecia. Se salvó de las garras de Pinochet y Manuel Contreras. En el exterior se dedicó a elaborar documentos críticos a la dirección partidaria e intentó buscar las causas de la derrota a manos de los militares.

Meditó mucho. El fiat amarillo fue tomando rápidamente la curvatura de las calles del barrio alto de la capital. De la Avda. Eliodoro Yañez, pasando por la Avda. Los Leones hasta dar con la Avda. Suecia. Poco a poco y a medida que el bullicio metropolitano se iba quedando atrás fue cambiando en sus oídos el ruido reinante. Los vehículos que cruzaban a su lado y los que venían tras suyo fueron configurando un largo ir y venir sobre el asfalto. Se desaparecía en medio de zumbidos motóricos. La espera en sí era de una tensión compacta. Para él todo era en ese momento vertiginosamente silencioso. Sintió como se perturbaba el silencio cuando a su lado comenzaron a buscar algo que les llevó tiempo encontrar. Dieron vueltas a todo lo que había en el auto, miraron bajo sus pies, en la guantera, en los bolsillos de sus chaquetas hasta que dejaron de buscar lo que habían encontrado. Scotch.

- Te ´amos a tener que poner esto - dijo el sujeto que iba su lado.

La presión sobre el acelerador disminuyó hasta que el vehículo se detuvo al lado de la vereda de una de las calles de la zona..

- ¡Cierra los ojos!

- ¡No apretís demasiaio lo` ojos!

Sintió la voz del tipo muy cerca de su oído derecho. Ah...no quieren que apriete los ojos. Aparentó cerrar los ojos e inmediatamente después de que la cinta adhesiva se posara sobre sus párpados entreabrió los ojos cuanto más pudo. Si éste quiere que no apriete los ojos por algo será, por lo menos trataré de ver algo, a lo mejor se puede.

Se encontró con que estaba prácticamente ciego, ya no podía mirar a Carlos ni nada a su alrededor tal como lo había venido haciendo desde el momento mismo de su detención. Pero como no había apretado los ojos como le habían ordenado pudo luego de un rato ver a través del scotch. Aunque no sin dificultad percibió como las borrosas figuras de la calle fueron quedando atrás.

Al agente de la DINA que llevaba a su lado derecho le surgió la duda de si el detenido estaba realmente impedido de ver a través del scotch y los lentes oscuros. A pesar de la escasa visibilidad se percató de los rápidos movimientos que el agente comenzó a hacer delante suyo. Acercaba las manos en todos los sentidos al tiempo que hacía un simulacro de querer golpearle el rostro. Ale lo vio todo negro. En más de un momento pensó en que lo iban a golpear sin asco; la nariz, el rostro. Cerró completamente los ojos y no se movió, ni siquiera con los pensamientos y todo siguió en la más absoluta oscuridad. La tela adhesiva seguía pegada a los ojos los que por los efectos reflexivos impulsados desde el cerebro continuaban completamente cerrados. El agente de la DINA seguía haciendo todo tipo de malabares con los puños, pero la habilidad mental del prisionero tenía su propia lógica. Era una lógica muy simple. El no veía porque tenía los párpados apretados y el tipo del lado podía hacer lo que le diera la gana. Al no ver los puños que iban i venían y que amenazaban dejarse caer sobre el rostro no se podía mover. El mecanismo de defensa con la cerrada de párpados fue una ocurrencia oportuna de lo contrario lo hubieran molido a golpes.

Nada cambiaba. Se dirigían a algún lugar que en su mente comenzó a imaginar en forma desordenada. Todo el quehacer del pensamiento estaba en ebullición. Muchas de las experiencias pasadas fueron apareciendo en imágenes tumultuosas. Los remolinos de inquietud se sumaron a lo tormentoso de la situación. Las interrogantes se fueron haciendo más y más presentes, inmediatas y urgentes. Los seres queridos, los amigos, la Universidad. Todo le parecía tan cercano y tan lejos y es que tenía todo su mundo convulsionado.

Sin detener la velocidad el vehículo dobló bruscamente y continuó el viaje clandestino. Supuso que ya tendrían que haber dejado de mover las manos delante suyo. Con extrema prudencia fue abriendo el párpado del ojo derecho y con la lentitud que aconsejaba la situación se fueron abriendo poco a poco los dos ojos. Presionaban ahora sobre el scotch y así se fue conformando esa posibilidad. Ese esfuerzo le permitió seguir haciendo uso de uno de sus sentidos mas preciados: el de la vista. El vehículo se fue internando por un largo camino de árboles que se entrecruzaban como a los quince metros de altura. Tenía esa impresión. Pero ahora otra prisión se había apoderado de él, no soportaba esa monotonía siniestra. Nada cambiaba al interior del vehículo.

De vez en cuando pasaban velozmente por el lado izquierdo de la calle uno que otro vehículo, pero para él todo seguía igual. Comenzó la impaciencia de querer saber que diablos le esperaba. ¿Adonde marchaban? Nunca antes se había sentido más víctima de la incertidumbre que en este momento infinito. Quería llegar de una vez por todas. ¿A que mecanismo de defensa o actividad de tipo subjetivo obedecía esa prisa masoquista? Era un

mecanismo extraño. Ni con el correr de los años podría disipar ese laberinto de prólogo frente al terror.

Pero no estaban allí los años transcurridos. Ahora mismo, en ese instante preciso, lo único presente era la atmósfera kafkiana que se apoderaba completamente de la razón.

Tuvo una visión terrorífica, era un encuentro entre lo existencial y lo absurdo. Imaginaba y presentía una pesadilla delante suyo, se veía a si mismo como un afectado imposibilitado. Lo irreal y lo destructivo le decían a él que estaba cerca de perder la razón.

Tuvo una visión terrorífica, era un encuentro entre lo existencial y lo absurdo. Imaginaba y presentía una pesadilla delante suyo, se veía a si mismo como un afectado imposibilitado. Lo irreal y lo destructivo le decían a él que estaba cerca de perder la razón. Tuvo una visión terrorífica, era un encuentro entre lo existencial y lo absurdo. Imaginaba y sentía una pesadilla delante suyo, se veía a si mismo como un afectado imposibilitado. Lo irreal y lo destructivo le decían a él que estaba cerca de perder la razón. Estaba en manos de uno de los aparatos más represivos y terroríficos del que se tuviera noción en América Latina y sin embargo no hallaba la hora de llegar. Dentro de poco la DINA terminaría con su vida y sin embargo quería llegar lo más rápidamente posible. Era una relación muy extraña pero por otro lado nunca antes había estado tan cerca ante el encuentro de la vida con la muerte. De Avda. Grecia llegaron a la rotonda del mismo nombre y siguieron rumbo, primero por Américo Vespucio y después por Av. Tobalaba .

Disminuyó la velocidad del coche, pero en sentido contrario aceleraban notablemente los latidos ametrallantes del corazón. Un film de contrastes. Así llegaron a la calle Lo Arrieta N° 8200. Sintió el ruido de un portón de metal y vió, aunque dificultado por el scooth, como el portón de fierro negro de la muralla de color rojo se abrió de par en par. En ese momento no sabía que estaba entrando a lo que años antes había sido una vieja mansión señorial ubicada en la comuna de Peñanolén cerca del aeródromo de Tobalaba. La mansión patronal había sido utilizada como escuela de cuadros del Partido Socialista pero ahora estaba expropiada por la DINA. Décadas mas tarde los sociólogos e investigadores describirían ese lugar como el más temido centro de detención clandestina de la dictadura: su sólo nombre, se decía, hacía palidecer a los más osados miembros de la resistencia...El auto ingresó al interior del lugar dejando tras suyo la arboleda. Pudo escuchar el rechinar de los neumáticos sobre las piedrecillas de la Villa Grimaldi.

Ni los oficiales ni los guardias sabían porqué el lugar se llamaba Grimaldi. Grimaldi era de origen italiano. Jamás se les pasaría por la mente que podría tener algo que ver con el físico italiano Francesco María Grimaldi que se hizo famoso porque descubrió la inclinación de la luz y por lo tanto de que la luz es un movimiento de olas. La villa no encajaba con el descubrimiento de Francesco María Grimaldi. En la Villa Grimaldi se esfumaba la luz y en las penumbras se segaban las vidas.

Por una irónica casualidad histórica se descubrió en la localidad italiana Grimaldi, ubicada en Liguria, fósiles de restos humanos provenientes del período paleolítico. Esos restos humanos se mostraban y estudiaban para enriquecer el conocimiento de la historia de la humanidad. El paradero de los cadáveres de los prisioneros de la Villa Grimaldi en Santiago se enterraban y ocultaban en lugares desconocidos. El conocimiento sobre la vida y muerte de esos seres humanos había que ocultarlo a cualquier precio. Los asesinatos tenían que pasar inadvertidos y los lugares permanecerían ovbiados en los libros escolares, en los periódicos, en las noticias de la televisión, en todas partes, sencillamente no existirían.

La brevedad y el silencio enrarecieron el aire. Portazo. Ruidos de voces, gritos. Todo estaba impregnado por el terror y la muerte estaba presente, eso lo podía respirar. Recién entonces comenzó a hacerse de una noción, aunque todavía demasiado vaga, de lo que le esperaba. Era

el comienzo de un final o al revés, pero al fin y al cabo lo mismo. Sus oídos fueron invadidos por un ruido aterrador. Sintió como alguien abrió violentamente la puerta derecha del automóvil y como con la misma violencia le tiraron a patadas hacia afuera. No sin dificultad logró mantener el equilibrio y sostenerse en pie.

Seguía sin ver nada y como nunca antes sintió un extraordinario sentimiento de solidaridad con todos los ciegos del mundo. Los pensamientos en una y otra dirección, era una carrera loca contra el tiempo, desordenada, precipitada y los mismos pensamientos no lograban hacerse coherentes. Hizo intentos por imaginar o lograr la cercanía de imágenes. Nunca antes la imaginación había sentido tanta necesidad de la certeza, de la exactitud inexistente. El mundo de los abismos se abría de par en par. Abismal. En el momento de su detención llevaba una camisa celeste, unos jeans azules y unas chalitas artesanales de neumático de auto hechas por él mismo. Se parecían a las ojotas que usaban los campesinos. No muy lejos del lugar de donde le habían sacado estaban los fundos en donde vivían y trabajaban los campesinos con los que había trabajado Miguel. A ese flaco militante del MIR y vecino suyo, concientizador de campesinos, le debía la vida que todavía llevaba consigo.

El colegio, el centro de alumnos y la vida de militante en la enseñanza media habían quedado atrás. Luego de su paso el grupo de base del ministerio de agricultura que abandonó porque le resultaba apesosa la presencia de la pequeña burguesía en el partido, se volcó con todo al frente poblacional. Las interminables reuniones en la Junta de Abastecimientos y Precios, las asambleas de la junta de vecinos, las peleas con dueños de panaderías, con los carniceros, comerciantes y fascistas eran el pan de cada día. En uno de los tantos ir y venir de un lugar a otro le tocó pasar una noche por un grupo de muchachos amontonados en la esquina de un pasaje de mala muerte. El alumbrado público brillaba por su ausencia y al pasar le cercaron entre todos y le pusieron un cuchillo apegado al cuello. Fue en ese preciso momento cuando apareció el flaco, como le decían cariñosamente sus familiares y amigos. El flaco Miguel pasaba casualmente por el lugar. Miguel se acercó al grupo de dos o tres zancadas y acto seguido levantó su poncho, sacó una metralleta y se la puso en los sesos al lumpen que hacía de matón mayor.

- ¿Hay algún problema con el compañero!?

Miguel los había dejado perplejos. Gracias a Miguel salió del lío aquel como ya antes había salido de otras situaciones parecidas en las que la vida amenazaba con desvanecerse. Pero Isidro Miguel Ángel Pizarro Meniconi ya no estaba ahora con los suyos. Recemos mujer, nos van a venir a allanar, le había dicho su marido a la señora Doris. Doris era la madre de Miguel y de otra cantidad impresionante de hijos e hijas. El 17 de Septiembre de 1973 los militares se avalanzaron sobre la modesta casita del pasaje Cochamó 1431 de Conchalí. Pero no fue un allanamiento como los que se practicaban por cientos de miles a lo largo de todo el país. Se hicieron presentes una montonera de conscriptos amaestrados y de llapa un helicóptero y un avión. Fue un saqueo. Hasta La Prensa, un pasquín de derecha, y una caña de pescar fueron considerados como pruebas fehacientes de la subversión. El 24 de Septiembre se apareció Miguel Ángel en la casa de sus padres.

- Hijo, Dios mío, ándate, mira que hace cinco minutos que estuvieron los milicos aquí y te andan buscando!

Había que dar con el prófugo y eliminarlo, como le habían dicho a ella, porque era un mal elemento. Y Miguel se fue con un chao mamita, viejita, te quiero, te quiero, te quiero.

Un día las noticias de la radio dieron cuenta de un enfrentamiento en la calle Joaquín Godoy 315 en la comuna de la Reina, se hablaba de heridos, del hospital militar, de prófugos y de que la honorable junta militar estaba en pie de guerra. La DINA había llegado a la casa que arrendaba Miguel y algunos de sus compañeros y les prepararon una trampa esperando

a los arrendatarios. A las 16.30 llegó al lugar un Dodge Dart de color blanco, tenía una patente de Providencia. Los primeros en acercarse a la casa fueron Miguel e Ida Amelia Vera, una arquitecta boliviana y compañera de partido. Del interior de un Austin Mini los agentes de la DINA iniciaron entonces una balacera de ribetes espectaculares.

El 19 de Noviembre vino el trastorno. En Pro-Paz, un alero de refugio de la Iglesia Católica, se enteró luego la pobre señora Doris de que la DINA se ha había llevado a su flaco. Hay un noventa por ciento de que esté muerto y un diez por ciento de lo contrario, cayó en un baleo le dijeron. Y se comenzó a dar cuenta de que ella había estado profundamente equivocada porque la verdad verdadera era de que efectivamente había una guerra descomunal y de que ella y los suyos la estaban perdiendo. Talo, otro de sus hijos perseguidos, le pidió telefónicamente que le fuera a ver a la calle Rio Bueno. Inmediatamente después de la balacera en la que cayó mortalmente herido su hermano Miguel había pasado Italo por la casa de Ale. Italo relató sucintamente lo del baleo. En una oportunidad había aparecido para pedirle a Ale que le guardara una metralleta en el patio de la casa.

- Una pistola es una cosa Talo, pero una metralleta...sin que se den cuenta en mi casa... no me lo creo ni yo.

Le dió dinero y algo de ropa y Italo desapareció sin dejar huellas en al oscuridad. Pasaron los días y la vida se llenó de angustias y pesares. Estoy en la embajada de Costa Rica, tráigame ropa escuchó un día la señora Doris en el teléfono, pero no era la ansiada voz de su flaco querido, era la de Talo. A Miguel Angel la dictadura lo hizo desaparecer a la edad de 22 años. Fue una descarga peor que la de una metralleta porque la señora sobrevivió a pesar de que le mataron el alma. La señora Doris lo buscaría por cielo mar y tierra pero jamás consiguió que ninguna autoridad militar le revelase la verdad. Y así le comenzaron a considerar a su hijo como a uno de los miles de desaparecidos que tenían de luto al territorio nacional.

Ale se encontraba ahora al interior de las altas murallas de color rojo, cerca de unos álamos y un sauce. Las piedrecillas bajo sus chalas causaban un ruido tan peculiar que Ale nunca jamás podría llegar a olvidar. Unos guardias le llevan de los brazos y cruzan con él algunos metros y se detienen.

- Mira, te vamos a....

Los vi llegar en medio de la noche horas antes de que se despertara el sol. Los soldados estaban como ebrios por los efectos de las drogas; vampiros de la noche. Bajaban en tropel de los camiones. El metal de los cascos resplandeciendo bajo la luna llena. En medio de la noche toda se hizo del poder la desesperación y los clamores perdieron la voz. Lloraron las madres adoloridas y los hijos fueron quedando tirados, en cualquier parte perforados por balas de metralleta y hubo otros que no sabían si tenían suerte o deberían envidiar a los muertos porque lo que les tocó vivir no se lo deseaban a nadie. Los sacaron a los golpes que les caían a lo largo de todo el cuerpo y formaron amontonados a los obreros, a los mineros del estaño y del carbón. Los soldados lo incendiaron todo y concretizaron con creces lo que dijeron cuando llegaron: no dejar piedra sobre piedra. Sin misericordia se ensañaron con los indefensos y los débiles y así la noche tuvo su rito de sangre. Los cuerpos pendían por los pies y los rostros de los pómulos anchos colgando hacia el suelo. La oscuridad de la noche se iluminó de salvajismo; fueron centenaes los brutalmente apaleados, los que soportaron las golpizas interminables. A los rostros tostados por el sol del altiplano les cayeron encima muchas horas vejatorias y la tristeza se hizo finalmente de todos ellos.

Los pensamientos y la capacidad de reaccionar volvieron a su cerebro como el descender violento y fugaz de los relámpagos nocturnos. Todo le parecía un film coloreado por la amargura. Sólo salió de la pantalla de cine con la ayuda de los gritos y las amenazas que se le



vinieron encima.

- Te vamos a poner un detector de mentiras. Vais a tener que decir la verdad porque si no...

Se las arregló para viajar a Nueva York y buscó por todas partes la firma que proveía de ese tipo de maquinarias. El estar ciego facilitaba el buscar y buscar. Porqué no, se preguntaba en ese momento. Contó incluso con la posibilidad teórica de que fuera como ellos decían, pero estaba más decidido que nunca a mentir tal como lo había aprendido en la San Luis, la filial de la Iglesia Católica Apostólica Romana del barrio. Se tuvo que confesar con motivo de la primera comunión y el cura que estaba escondido detrás de un paño negro esperaba que el pequeño de siete años confesara sus pecados.

- El ser humano tiende a caer en el pecado...el salario del pecado es la muerte... Todo aquel que peca es esclavo del pecado... el ser humano es hijo del pecado. Por eso tienes que repetir lo que voy a decir: Padre, yo he pecado contra el cielo y ante ti...

Así se lo había escuchado decir al párroco y él se quedó completamente paralizado porque nunca había logrado comprender del todo el significado de la palabra pecado. El silencio era mortal. El pobre niño guardaba el más sepulcral de los silencios y el cura seguía a la espera. Pasaban los segundos y el niño nada de nada. El carraspeo del cura lo hacía todo más difícil. Cuando el de la sotana se dió por fin cuenta de que el pobre muchachito no tenía la más mínima idea de lo que significaba la palabra pecado se apresuró para sacarlo del embrollo. Le habló de la significación del vocablo, dividió los pecados en veniales y mortales y le ofreció la posibilidad de balbucear algo por la senda de lo venial. El niño vio en ello una tabla de salvación y no supo ni como ni cuando, pero ya le estaba contando al prelado de como le pegaba a sus hermanos menores. Lo complació también con los garabatos que nunca había dicho y otras tonteras por el estilo.

Así aprendió a mentir. Fue una lección y ahora estaba decidido a mentir como nunca antes lo había hecho y sintió una profunda gratitud hacia los curas, hacia las monjas y Cristo crucificado. Sintió en torno suyo la presencia de varios individuos, supuso que le rodeaban y que le acosaban. Entonces rugió una voz ronca cargada de violencia.

- Cualquiera día nos pegan un tiro en la nuca estos hijos de puta - dijo el ronco, y con el mismo estruendo sintió el grito en sus oídos:

- ¿!Donde está el Tomás!?, !Contesta!

Ale respondió de acuerdo al manual aprendido de memoria, que se trataba de una equivocación cuestión que les dijo de inmediato, por si acaso, pero no le creyeron un ápice.

- ¡Mentiroso!

Escuchó gritar al ronco al tiempo que recibió un violento manotazo en la mejilla derecha. Sintió que se le despedazaba el rostro. Se sobrecogió. Le gritaban desde arriba y al mismo tiempo sintió que le rozaban los dedos de los pies que salían de las chalas que llevaba puestas. Una descarga eléctrica infernal recorrió su cuerpo en un ir y venir de convulsiones tormentosas. Se desató allí una loca y desesperada carrera contra el tiempo. Que donde está Tomás le preguntaban, sin detener por ello la tortura. Que no conozco a ningún Tomás, seguía respondiendo por él un reflejo que se le vino a la mente y que salía de sus labios como un meteorito camino del año 2000. Cúidate Talo, se dijo asimismo como si estuviera advirtiéndole al hermano de Miguel que las cosas habían pasado de castaño a oscuro. La voz colérica e histérica del que comandaba el lugar en el que le tenían secuestrado volvió a tronar.

- !A la parrilla con él, a ver si no va a hablar, pá que entienda de una vez por todas!

Con las manos en la espalda y los ojos vendados fue llevado a empujones por un corredor hasta llegar a una pequeña pieza. No veía absolutamente nada pero al mismo tiempo creía ver,

era producto de una testarudez interior que nunca terminaría de entender e imaginó que efectivamente era una sala pequeña de cuyo techo colgaba una ampolleta de luz amarillenta llena de cagaditas de mosca. La lámpara y la ceguera conformaban una oscuridad artificial. Le arrancaron la ropa a tirones y no pasó mucho tiempo antes de que la verdad desnuda de su cuerpo quedase de espaldas en un catre metálico. Dos de sus sentidos estaban ahora fuera de combate, le estaban coartando su capacidad de defensa.

...así está mi cuerpo, como la sílaba X, apuntando en cuatro direcciones distintas. Se nota que estos jetones no pierden el tiempo, tienen prisa - se dijo a si mismo.

*Como me aprietan el cuerpo estos infelices, ojalá que no se den cuenta que estoy conteniendo el aire. Mierda, como me amarraron los tobillos, me duele mucho, siento como si los tuviera clavados. Y ahora...se está acercando...*

Pensó y creyó ver en medio de la ceguera venir una golpiza sobre el cuerpo indefenso y sintió la necesidad urgente de protegerse.

*No, mejor que no, más vale que no haga el más mínimo amago de defensa en caso contrario me van a moler a golpes anticipadamente. Mejor que me olvide de que tengo genitales porque no se porqué tengo la idea de que si pienso en ello me los van a destrozar. Debe doler mucho...Se sigue acercando ¿Me irá a pegar o no? Parece que le achunté...mejor porque si no... Menos mal que tenía razón, ahora las muñecas...parece que éste es experto en amarrar a los detenidos. Parece... claro que tiene que ser así. Una sonrisa racional invisible cruzó nuevamente por su mente, había sido una ilusión estratosférica pensar en que le fusilarían a los pies de la Cordillera de los Andes. ¿A cuantos habrán amarrado en este mismo catre y a esta misma hora y a toda hora? Me está apretando con fuerza este infeliz, las manos si que me las jodieron. No me puedo mover y me siguen amarrando el resto del cuerpo, el cuello, el pecho, los brazos, las piernas...ya les falta poco. ¿Cuantos habrán ocupado este lugar antes que yo? No veo nada, eso es lo mas frustrante. ¿Como serán estos cabrones? Están callados, no los puedo ver y tampoco siento sus movimientos.*

*No se puede sentir otra cosa que no sea impotencia que se apodera de toda la existencia, tendido como una cruz, anticristo crucificado simbolizando la antepenúltima letra del abecedario español. Estoy fregado, nada bueno me espera. Es cierto que siempre estuvo en mis pensamientos, siempre en el campo de las probabilidades, siempre presente. No eran ideas mías esas de sentirme perseguido, siempre estuvo latente. Ahora estoy aquí, vendado, amarrado. Todo ese mundo es ahora como una verdad oscura, como un ajuste de cuentas. Que raro, a pesar de todo esto y de lo que me espera me siento tan tranquilo. ¿Que es lo que ha pasado conmigo?*

He ido creciendo; mi calmada infancia, el cándido camino de adolescente, el despertar y crecer de la conciencia, y lo que canta Serrat es tal vez cierto: caminante no hay camino, se hace camino al andar, yo que se. Mi despertar a la vida política fue violenta producto de la voluptuosidad con que la lucha de clases cubrió todos y cada uno de los poros de la sociedad. Hace cuatro años atrás me interesaba un pepino todo lo que tuviera que ver con la política, mi único interés en la vida era un mundo de fantasía y lo más material y seductor que tenía a mi alrededor era Marcela. Cuando Fidel Castro hizo su célebre visita a Chile en 1971 yo viajaba en el microbús camino a Echaurren. Por la ventana del bus divisé, lo recuerdo tan bien, las calles llenas de banderitas chilenas y cubanas, pero para mi todo eso era completamente ajeno e indiferente. Al día siguiente Laura describía la loca carrera de la juventud por las calles de la ciudad. A mi me pareció que su relato había sido como lo que acostumbraba a suceder con las visitas del cantante Raphael o de Adamo que volvían locas a las adolescentes de la época. A esa impresión contribuyeron, creo, los hermosos y animados ojos de Laura que hablaba de Fidel idolatrándolo, pero yo más la miraba a ella y tal vez eso me impedía escuchar lo que ella quería transmitir.

Después las cosas siguieron su curso inexorable. En eso la lucha de clases demostró tener una lógica de hierro. Los distintos y opuestos intereses económicos devenían una y otra vez en conflictos sociales insoslayables que fueron dejando huellas imborrables en el acontecer político y social. ¿Como podría haberme mantenido al margen de tanto alboroto social? Cuando quise averiguar por mi cuenta la respuesta a una pregunta que se me vino encima cual estrella perdida se me complicó la existencia.

*A mi padre le pregunté cual había sido el mejor presidente que había tenido Chile. Cuando Julio me dijo Alessandri me quedé como perplejo y no logré salir de mi asombro, pero creo que lo disimulé muy bien porque no me dijo nada más. Es cierto que yo no sabía donde estaba parado en materia de política, pero eso de Alessandri me pareció incongruente y sospeché que tendría que haber respuestas más matizadas. Yo no estaba consciente de que Alessandri era un recalcitrante vocero de la burguesía, de esa majamama entre terratenientes y empresarios. Pero la realidad era tan nítida que hasta el más desubicado sabía algo así como que Alessandri era amigo de los ricos. Tomé entonces el toro por las astas y me lancé sobre el grueso diccionario que había en casa.*

*Ya antes había leído, por casualidad, en una de las revistas del Reader` Digest algo sobre el joven estudiante de medicina argentino, un socialista que recorría América Latina en bicicleta. Ese arrojito, de quien luego sería conocido en el mundo entero como Che Guevara, me causó tan buena impresión que me decidí por buscar en el diccionario la palabra socialismo. Me llevé una sorpresa porque sólo encontré la de bolchevique y a reglón seguido me enteré que bolchevique era lo mismo que partidario del bolchevismo. De la sorpresa pasé entonces a la incógnita porque detrás de la palabra bolchevismo sólo encontré que el de la siniestra era Vladimir Ilich Ulianov al que se apodaba Lenin. Desde entonces comenzó una serie de interrogantes que con el correr del tiempo llevó mis pasos hacia adelante, en busca de un final que me llevara más allá de cada final para seguir tras nuevos encuentros.*

El que daba vuelta a la manivela que generaba electricidad le tapó la boca con un pedazo de trapo que antes había sido ropa de una detenida desaparecida.

- ¡Suelta el cuerpo!

## 2

Todo era confuso. Sentía que algo terrible se venía encima. En la oscuridad más absoluta presentía el terror, un terror con fondo sin fin. Con la idea del terror negro como marco general quiso establecer un momento de sosiego y claridad. Si hubiese estado al tanto de las experiencias de líderes negros como Malcon X, el terror que veía venir se encima hubiera tenido seguramente otros matices. Fue entonces cuando vio aparecer esa figura inconfundible, la misma que había visto en tantas manifestaciones y que el mismo había llevado prendida como insignia en la solapa de su chaqueta. La reluciente figura roja de Lenin apareció allí, de la misma manera como las imágenes religiosas se aparecen ante los creyentes cuando estos así lo quieren. Lo podría haber dicho él mismo, el fin justifica los medios. Podría haber sido un pedido patético producto de la influencia del estalinismo entre la gente de izquierda, en el estalinismo que adoraba toda forma del culto a la personalidad pero en su caso era un sentimiento verdadero. La izquierda chilena en la que él había militado se mataba discutiendo, pero Lenin quedaba fuera de toda discusión. Así veía Ale las cosas. Los torturadores de aquel lugar eran para él un montón de porquería. Ahora se sentía bien, tranquilo consigo mismo y con el resto de sus compañeros; los cautivos, los perseguidos, los fugitivos, los detenidos, los caídos. Era una mescolanza entre religión y marco de referencia ideológico pero le ayudaba a demarcarse del miedo.

*Es alucinante, porque me siento tan seguro de mi mismo. Si estos supieran...yo estoy con los míos y ellos están conmigo...Nunca pensé así el final o la muerte. Siempre quise y hasta hice muchas veces ideología de lo mismo. Hubiera querido caer como lo dice la letra del tango argentino; caer con las balas puestas. El semblante rojo de Lenin. ¿Porqué hay tanta fuerza en la simbología de ese rostro? ¿De donde proviene esta manía mía?*

No terminaba de comprender el mecanismo de escape al que recurría en esos momentos. Mas tarde, con el correr de los años, los especialistas en cuestiones de tortura dirían que el comportamiento de gente como él estaba estrechamente ligado a varios factores. En esa combinación de elementos estaban la preparación y solidez ideológica del torturado, el tiempo que duraba la tortura, el conocimiento previo sobre los métodos de tortura de los servicios represivos - cuestión que permitía dominar el miedo y la incertidumbre, el grado de militancia con la organización al que se vinculaba al detenido, la personalidad de los presos antes de la captura propiamente tal y otros aspectos similares. Se preguntaba a si mismo lo que sus torturadores estaban mascullando entre si.

- ¡Éste es el que nos tenía infiltrados!"

Estaba acostumbrado a los terremotos y temblores desde muy pequeño pero nunca antes un estremecimiento de esa magnitud había rodeado su cuerpo. De pronto no se escuchó más su primer grito desgarrador. Las descargas eléctricas le estaban triturando interiormente. El temblor se hizo espasmo y el espasmo dolor. ¿Cuantos volts le estaban aplicando en la vulnerabilidad de ese momento? ¿Eran 200 o 300 volts los que producía aquel generador de corriente? Seguían fregándole con lo de Tomás, pero mucho más importante era ahora Marcela sobre la que exigían todo tipo de información. Seguía negando tal como lo había aprendido en uno de los textos de los pequeños microfilms clandestinos de su partido. Por lo demás estaba muy reciente lo que su madre le había dicho al momento de su detención: aunque te maten, no digas nada. Todo era confusión pero lo de Lenin, las palabras altivas de la madre, la convicción ideológica acumulada en su corta pero intensiva trayectoria política no lo tenían a tan mal traer, por el contrario. Lo único que no negaba era su verdadero nombre y seguía empeñado en negar toda relación que lo ligara al MIR, afirmaba que todo era un error. Pero todo era en vano. Sintió nuevamente lo de los minutos anteriores pero con una fuerza brutalmente superior. Volvió a sentir una fuerte quemazón en la piel y todo su cuerpo fue sacudido por vibraciones que amenazaban con terminar con él y con todo lo relacionado con la razón.

Esto nunca se acaba, como quisiera poder sacudirme de esta quemazón que nunca termina... y estas malditas ataduras que impiden moverme...así podría contrarrestar por lo menos en parte lo dislocador que llevan en si las olas de corriente que me siguen castigando la piel. Es una cuestión infernal, viene implacable por todo el cuerpo y penetra en los huesos cavando en ellos profundos dolores que llevan a parir nuevos dolores. Me quieren reventar... Hijos de la gran puta... ¿Que me estarán poniendo en la vena yugular? Se está agudizando más en la parte izquierda del cuello...el que está a mi lado y que le está dando vuelta a la manivela deber ser un chicoco mal agestado, regordete y arqueado de piernas, de brazos cortos. Me debe estar mirando con una cara de ratón el muy baboso...Como me duele...

- ¿¡Vai a còperar o no!?

Y vuelta a lo mismo, que donde está la gringa y la gringa. Unos le gritaban en los oídos mientras los otros vociferaban alrededor. Unos querían saber de Marcela mientras que los que se dasgañitaban exigiendo saber el paradero de una mujer rubia. Mantenía su versión inicial de que no sabía de lo que le estaban hablando.

- ¿Asi que no sabís?

Una vez más la corriente se fue adhiriendo y penetrando en la piel. Ruidos. Movimientos.

Música. El volumen del transmisor portátil siguió subiendo hasta hacerse completamente insoportable con lo que sentía que también el sentido del oído podía quedar fuera de juicio. Le quedarían tan solo dos, pensó en forma fulminante. La canción de la radio portátil se incrustó en la conciencia. *Gigi el amoroso* cantaba una italiana de quien nunca supo su nombre.

*Llega Gigi el amoroso  
por donde va, con su mirar hace caricias  
Gigi el amoroso, conquistador y seductor,  
repartiendo delicias.  
despierta, cada vez que canta él  
ya trae una capre, oh sole mio,  
ya llega Gigi el amoroso.  
Gigi Jusepo,  
pero todo el mundo le llamaba  
Gigi el cariñoso,  
traía locas a las mujeres,  
a todas,  
a la del panadero, que cerraba la tienda los Martes para...  
a la del notario, mas santa,  
que nunca había faltado a su marido  
ni con el pensamiento,  
y a la viuda del consejal,  
que no llevaba luto,  
porque no le sentaba bien el negro,  
a todas...y a mi...  
hasta que un día...*

No entiendo porqué el volumen a fullhigh, como si yo pudiera gritar con el trapo en la boca. No quieren que otros presos escuchen y se enteren de quien soy yo y de porqué estoy aquí. Maldita radio, maldita la italiana y malditas las caricias del Gigi ese. Todo es ensordecedor, mis huesos ya no los estoy sintiendo, me traen el recuerdo de las cenizas. Latigazos eléctricos...por más que intento no logro arquear el cuerpo y todo este infierno sigue aumentando.

- ¿¡Vai a hablar o no!?

Las preguntas eran más bien una cuestión rutinaria, en realidad la DINA buscaba quebrar su voluntad de resistencia. El trapo en su boca le impedía no solo de gritar sino también de hablar. La misma voz ronca del jefe que hacía las preguntas no esperaba ninguna respuesta rápida y de inmediato ordenó que doblgasen al detenido.

- ¡Sigan no más, hasta que hable!

Eso, así, mi cuerpo suelto, relajado... Ojalá que las próximas descargas me encuentren lo suficientemente débil para que toda esta oscuridad horripilante se acabe de una vez por todas.

En el subconsciente resonaba la voz de su madre: aunque te maten no digas nada, pero era justamente lo que se estaba materializando y hacía acto de presencia en aquel esfuerzo por lograr la libertad. Mejor me muero, es mejor así. Era un resultado concreto de la obra de la psicología del terror.

En su aparición en una mañana de Noviembre, en el salón de actos de la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes el oficial había sido explícito en relación a como operar con el detenido: entonces, lo tendremos en las cercanías de la situación extrema, en que sin escatimar ningún medio - golpes, aplicación de corriente, colgamientos, etc - se dispondrá totalmente de él, es decir poseerlo, vaciarlo, aniquilarlo como persona, desvalorizarlo, en

síntesis, someterlo totalmente. El torturado intuye que sólo puede salvarse del aniquilamiento, de la catástrofe, de su propio naufragio, si logra preservar su identidad, su mismidad ante la presión del interrogador. Tengan por seguro que él intuye - y sobretodo los más radicalizados - que la confesión arrancada es el límite que lo separa del sometimiento, es decir de su pérdida de identidad.

Entiendan, que quienes sobreviven física y psicológicamente a la situación extrema, son capaces en el riesgo de la muerte, de una autoafirmación desesperada, de una intensificación extrema también de si mismos, de una agónica exaltación de su yo individual. Entonces, lo más vivido de su mismidad está vinculado y posibilitado por sus más intensos y productivos accesos o participaciones a lo otro, a lo comunitario y lo social. En la agonía, salvar su identidad de la enajenación del sometimiento del interrogador, depende muchas veces de su capacidad de autoafirmarse, de seguir sintiéndose ser si mismo en la fidelidad a su grupo, a su casa, a un recuerdo querido y venerado, que es su sentido de lucha y combate.

Ustedes bien saben que el objetivo del interrogatorio es obtener el dato, la pista, la confesión, la delación de otros. Por eso tienen que captar que la confesión obtenida, la palabra o el secreto arrancado es más que importante, es la culminación del proceso de dependencia y degradación que debemos lograr para quebrarlo ideológicamente; significa a grosso modo, el reconocimiento de la dependencia al interrogador como dueño y poseedor de la palabra del prisionero; en la delación se quiebra la última resistencia, se enajena su última pertenencia, se desmorona lo que persistía como propio y preservado. Al delatar se dice la palabra que el interrogador quiere que diga; por consiguiente, la confesión es la enajenación de lo constitutivamente esencial del sujeto en tanto que tal: su palabra. Esta, como la realidad, deja de pertenecerle. Guardar su palabra es seguir siendo él mismo, preservar su identidad, sus límites, su existencia autónoma, el lugar donde él se reconoce y es reconocido por todos. Eso no pueden permitirlo, porque el prisionero les habrá ganado la batalla.

No los dejen coordinar sus ideas. No les den la posibilidad de autoafirmarse. Una pequeña confesión que tengan desencadenará toda la información. En esta guerra todo es válido y ellos son los enemigos que hay que destruir. Después de obtenida la confesión y si no coopera ya no les sirve. No pueden ser blandos. Tienen que ser duros en extremo. Ustedes son los vencedores y los mejores. Ellos perdieron la guerra de antemano...

- ¡Parece que se nos fue!

A ver...vamos a ver - escuchó que dijo alguien a su lado. De nuevo los latigazos mordiéndole la piel y de esa manera se apoderó de él una suerte de sentimiento desesperante. Lo interminable de los calambrazos le estaban llevando a una inconsciencia descomunal. A ratos hacían amagos de querer descansar pero continuaban sin parar. Preguntas-corriente-preguntas-corriente-corriente, ideas idas. Ignoraba cuanto tiempo llevaba en esa posición de cruz atada. Las preguntas iban acompañadas de gritos histéricos. Le habían interrogado por su hermano y por Tomas. La incoherencia se comenzó a apoderar de su conciencia. Los verdugos estaban endemoniadamente exaltados. Pero por sobre todas las cosas estaban endemoniadamente interesados en dar con el paradero de Marcela. Él escuchaba pero no atinaba a reaccionar. Que donde está, que responde y más descargas eléctricas. Las preguntas y la corriente y un solo desgarrar de los tejidos del cuerpo.

Le ardían los labios, sentía como se le estaban hinchando desmesuradamente y fue perdiendo rápidamente la sensibilidad del labio superior. Los quería juntar y deshacerse de esa sensación de sentirlos tan separados. A la ceguera, a la imposibilidad de articular palabras y a los oídos castigados por el volumen de la radio se sumaba ahora la dificultad del sabor y el tacto interlabial. Ciego, mudo, adolorido y maniatado. Laberinto de la impunidad. El sujeto que él suponía chicoco y mal agestado, de las piernas chuecas, repetía como loro las preguntas que ya antes habían hecho sus superiores. El loro repetía una y otra vez el mismo verso:

- ¡Cuando tenís punto, ya pòs, suéltalos po!

Y con esa subcultura idiomática tan particular de los agentes provenientes de las clases bajas, reclutados a última hora por la dictadura, el mamarracho machacaba una y otra vez lo de los puntos. Sobre cuales eran las casas de seguridad, los vehículos, los contactos y otras payasadas raras que se le ocurrían por si acaso. Junto con las preguntas histéricas venían toda suerte de puñetazos pero estaban convencidos de que no eran lo suficientemente fuertes por lo que el lumpen que estaba a su lado le daba más vueltas al magneto. Había que enajenarlo en su última pertenencia, de acuerdo a las órdenes del mataenemigos de Tejas Verdes. La corriente se fue acumulando en la yugular, en la parte izquierda del cuello. A más violencia y dolor más contento se ponía el de las babas y métale vuelta a la manivela. Dele con lo de Marcela.

- ¡Donde está la Marcela!

A la corriente le seguía la corriente, que donde está, donde está, donde está, donde. Y la corriente, la corriente, la corriente, la corrient y más corriente. La corriente... Siempre la corriente y la corriente y más corriente, corriente.

- ¡Mira gueón, no ganai ná con seguir mintiendo, escucha!

“Alejandro Fuentes Díaz. 22 años de edad. Militante del MAPU, comenzó su actividad política en el Centro de Alumnos del Instituto Comercial N° 5 ubicado en Santos Dumont 505. Año 1971. Estuvo ligado al regional estudiantil del MAPU en la calle San Isidro de Santiago. Posteriormente a sus estudios de contador continuó la actividad en el frente poblacional y fundamentalmente en torno a las Juntas de Abastecimientos y Precios y en la Junta de vecinos del sector. Actualmente estudia Administración de empresas en la Universidad de Chile. Sus padres son católicos y su polola se llama Olfa. Ha tenido contactos permanentes con Carlos Carrasco Matus, ex militante del MAPU y ex vicepresidente del Centro de alumnos del mismo Instituto Comercial...

Siguieron leyendo pero él ya no escuchaba, estaba como alucinado por el tipo de información que tenían en sus manos. ¿Quién había escrito todo eso? Porque de que estaba escrito, estaba escrito, no le cabía la menor duda. Hasta creyó ver el papel en el que estaba escrito lo que le estaban leyendo. ¿A quién se lo habían encontrado? ¿Lo había hecho Carlos antes de ser detenido por la DINA? Esas y otras preguntas se amontonaron en su cabeza. Porqué mierda tenían que haber guardado la información de esa manera, la pregunta se la hacía una y otra vez sin encontrar respuestas adecuadas. ¿Era la militante del MIR con la que se había encontrado por primera vez en las Condes? ¿Había sido realmente aquella joven militante cuya foto creía haber visto en uno de los periódicos a fines del año pasado? No parecía coherente, la flaca estaba muerta, pensó.

Intentó coherentizar el cuadro de fondo anterior a su propia detención. Cuando un importante miembro de la Comisión Política del MIR cayó en poder de la DINA se descubrió documentación de mucha importancia. La flaca Alejandra, anteriormente detenida y torturada pero que para esa fecha estaba colaborando activamente con la DINA, descifró parte de esa información que resultó decisiva en la captura de María Cristina López Stewart. Ese era el nombre real de la rubia de los ojos claros con la que él había tenido contacto en el barrio alto, mucho antes de que fuera exterminada por la DINA. Si al momento de ser detenida, el 23 de Septiembre de 1974, la joven estudiante de geografía e historia hubiera caído con la información en donde aparecían sus contactos con Carlos, le hubieran agarrado ya el mismo año. Sin embargo su propia detención no se produce sino hasta el 14 de Marzo de 1975. ¿Que había sucedido entre esas dos fechas? Él no sabía que Cristina López Stewart, la joven afectada por un fuerte shock nervioso y enferma de anemia mientras había estado en manos de la DINA, era la misma “Marcela” por la que le torturaban en este momento. Pero lo dedujo

por una cuestión de lógica formal.

- ¡Que donde está Marcela... - Gueón, puta que soy porfiao. ¡Pero ya vai a hablar conchetumaire!

Porqué no, se preguntó a si mismo, al fin y al cabo ella nunca ha sido de izquierda sino su signo opuesto. Porqué no, pensó. Marcela no era precisamente de la clase de los de abajo, muy por el contrario. Ella detestaba ostensiblemente todo lo que viniera de la izquierda y particularmente si se trataba de los upelientos, como ella gustaba de llamar a los partidarios del gobierno de la Unidad Popular. Rotos y upelientos eran para ella sinónimos.

La había conocido cuando cursaba su segundo año de enseñanza media, cuando a él le habían expulsado del colegio porque al chiflado del director, Teodoro Melanchthon Sandoval, un viejo calvo y zunco, se le ocurrió mirar para el suelo el 21 de Mayo, el día de homenaje a Arturo Prat. En esa oportunidad el director le descubrió a Ale el color de los zapatos. El resto del uniforme estaba impecable; la chaqueta azul, la camisa blanca y los pantalones grises. Lo mismo sucedía con el corte del pelo que no pasaba más allá de los centímetros estrictamente permitidos por el reglamento oficial hecho por viejos testarudos y pasados de moda. El problema residía por lo tanto en los zapatos, eran de color marrón y el reglamento estipulaba en alguna parte que tenían que ser negros de negrura total. El calvo tuvo el antojo. Porque se le había metido en la cabeza lo del color de los zapatos y se lo reprochó ante toda la escuela. Luego obligó a Ale a abandonar la formación, por el color de los zapatos.

Para Ale el actuar del rector no tenía sentido ya que los del centro de alumnos andaban vestidos como les daba la gana y nadie les decía nada. No tenían los dirigentes que dar el ejemplo a los otros alumnos de la escuela?. Le respondió al director que no se estaba rigiendo por una ley pareja para todos y le enrostró además que los del centro de alumnos hacían lo que querían con él director del colegio. Y fue entonces cuando el calvo entró en un estado de cólera y ante todo el alumnado le expulsó del colegio.

Durante varios días estuvo marginado de toda actividad escolar excepto cuando se introdujo clandestinamente al local del colegio para participar de una reunión de delegados al centro de alumnos. Él era delegado de su curso, en esa reunión se iba a tratar de todo menos de la extraña y escandalosa actuación del rector. Él había sido elegido por su curso en forma democrática a diferencia de como se usaba con la dedocracia que era el método favorito de los demócratacristianos del colegio. Los Alfredo Lacoste, los Octavio Torres, los Valdebenitos y Revecos eran para él una pandilla hipócrita en la que no se podía confiar para nada. Desgraciadamente la suerte de los estudiantes del colegio estaba en manos de los Lacostes y sus amigotes. Además eran medios huecos, pomposos, grandilocuentes y formados en el arte del cretinismo. Porque había que ver las estupideces que decían: tenemos una deuda de gratitud con este colegio que nos formó y nos dió una profesión que hoy en día nos permite estar donde estamos y ser lo que somos. Mal o bien, de este colegio obtuvimos el vehículo que nos transporta ahora y aquellos que no lo sientan así, son en realidad desarraigados por quienes sentimos pena, porque no hay cosa mas bonita que ser bien agradecido de la vida y de este colegio que nos cobijó por años y nos formó las raíces que hoy llevamos. Para Ale todo eso se podía resumir en una sola palabra: verborrea. No tenía nada que ver con la política de los demócratacristianos se decía a si mismo, pero desconfiaba profundamente de esos dirigentes.

Se sentó en el último asiento, de allí se tenía un panorama del conjunto de la asamblea. Al lado del que hacía las veces de presidente estaba un largo y delgado profesor de matemáticas quien tenía el rostro prácticamente sembrado de espinillas rosadas, rojas y amarillentas. El desaliñado profesor no era un mal tipo que acostumbrase a joder a los alumnos, él mismo asistía a sus lecciones de matemáticas y en más de alguna oportunidad se quedó mirando el rostro lleno de cráteres rojos en lugar de prestar atención a las aburridas ecuaciones de



segundo grado. El profesor carecía de cualidades retóricas y de carisma y en manos de esos democristianos el maestro flacuchento era fácilmente utilizable. De eso no le quedaban dudas. La reunión se dió como estaba prevista hasta el momento en que él alzó la mano para pedir la palabra, porque fue ahí cuando quedó la tendalada. Todos, incluso el profesor bonachón, le intentaban hacer callar. Que ese punto no estaba planteado ni en la orden del día ni en ninguna parte, que porqué tanto escándalo.

Fue la primera vez que escuchó las palabras loable y altruista en boca de uno de los dirigentes. Tenía una idea muy vaga de ellas y por lo tanto no sabía su significado etimológico. ¿Que tenía que ver lo de loable y altruista en todo el lío de los zapatos color marrón? Uno solo de los delegados le apoyó entusiastamente, era un activista del MIR. Que el inesperado apoyo del mirista se debía más a una cuestión táctica y a un desesperado intento de éste por cambiar la desproporcionada correlación de fuerzas a su favor más que a cualquier otra cosa le pareció menos importante. Se quedó agradecido por la ayuda que recibió en ese momento.

Al día siguiente, y como forma de retribuir ese apoyo inesperado, se subirían ambos a un microbus y con plumones de tinta permanente pintarían consignas favorables al MIR y al FER. No sabía en realidad lo que significaba FER, Frente de Estudiantes Revolucionarios, pero no parecía tener significancia para él. Para acallar el discurso de protesta la asamblea decidió interceder y hablar con el desatinado rector, de ese modo las cosas volverían a su normalidad. Pero en la práctica fue su padre, presidente de los padres y apoderados, quien intercedió por él ante el testarudo del rector. Su padre y el zunco intercambiaron palabras de buenas costumbres y concordaron en echarle tierra al asunto.

Una vez que hubo pasado el temporal en torno al bochornoso incidente volvió a su curso y a sus clases. Laya, la profesora de inglés y al mismo tiempo responsable del curso, comenzó la hora de consejo de curso con una frase que cambiaría mucho las cosas en el futuro del estudiante adicto a la justicia. Desganada y más bien como parte de la rutina de siempre preguntó si habían habido novedades durante las semanas en que ella había estado ausente del colegio. La respuesta de Muñoz, el muchacho que le había reemplazado a él como presidente del curso durante el tiempo en que estuvo marginado del colegio, le hizo ver todo rojo y se le subióla adrenalina.

- ¿Así que ninguna novedad? dijo de manera que todos lo escucharon.

Y cuando todavía no se apagaba el eco de su propia voz se apresuró a invertir el orden de mentiras establecidas durante su ausencia. Hizo un recuento escueto de lo sucedido y a medida que alzaba su voz presenció el silencio del resto de los estudiantes. De Muñoz no quedaba mucho. Su sonrisa ancha y mojjigata pertenecía en ese momento al pasado. Ahora era un bueno para nada a excepción de lo de chupamedias o lameculo como le denominaban algunos. Lo de lameculo y arrastrado al mejor postor era su característica principal. Los demás le escuchaban atentamente y estaba él tan ensimismado en su propio discurso que no percibió que en la sala había una alumna nueva que seguía con sumo interés el monólogo.

Ceballos, un compañero de curso, quiso un día llevarle a una fiesta. Ceballos no era considerado por él como un buen compañero ni mucho menos como un amigo. Le consideraba un taradito completo porque entre otras cosas el año anterior Ceballos había mostrado la hilacha. Que no se casaría nunca con una mujer que no estuviera virgen, que nadie se imaginase ese tipo de deslices en torno a su persona ya que todo estaba determinado por las buenas costumbres de sus padres y por las de la Iglesia Católica. Para eso están las mujeres fáciles y existen porque son una necesidad social repetía una y otra vez. Además de que les gusta les gusta – agregaba - para que estamos con cosas y digamos las cosas como son, una cosa son las aventurillas y otra completamente distinta es casarse por la iglesia como Dios manda.

De nada sirvió su alegato en el sentido de que toda esa cháchara era pura hipocresía. Le arremetió a Ceballos preguntándole si estaba de acuerdo en que su hermana se acostara con quien le diera la gana si el amor de la joven así lo consideraba conveniente a lo que Ceballos puso el grito en el cielo al tiempo que se persignaba como condenado a muerte. A continuación, después de decirle a Ceballos que era un imbécil, remató su alocución declarando solemnemente, ante el círculo de los muchachos que les escuchaban, que él si estaba dispuesto a vivir y compartir con una mujer independientemente de si ella se hubiera acostado con varios hombres. Que lo de la virginidad era de beatos trogloditas, que la virgen María no había sido virgen porque en caso contrario como explicarle al mundo el engendro de Jesucristo. Hay que ser bastante pavo, les dijo, para creerse la historia esa de que fue el espíritu santo el que preñó a María.

Así las cosas no le quedó a Ceballos más remedio que cerrar la boca y cambiar de tema. Ale estaba seguro de que el golpe había sido certero y siguió con la andanada. Que lo importante era que el hombre y la mujer se quisieran. Dijo eso y otras cosas por el estilo, pero dejó al mismo tiempo sentado eso si que por su parte no se casaría porque no creía en esas payasadas inventadas por la iglesia y las convenciones sociales históricamente desfasadas por el tiempo. A esa institución religiosa la odiaba de todo corazón y él pecaría hasta lo infinito.

Ceballos no se acordaba de la disputa aquella, eran otros tiempos. Ahora se trataba de un asunto distinto, estaba en afán de conquista y no podía sacarse de la cabeza la figura de Rafaela. Rafaela era la hermana menor de Marcela, la nueva alumna que había llegado a su curso, la misma que lo escuchó con detenida atención el día aquel en que él sentenció que la gente como Muñoz eran unos buenos para nada. Ceballos buscaba un pretexto cualquiera para poder atracar contra una pared el culito de la atractiva Rafaela y ahora se le presentaba una oportunidad que por nada del mundo quería dejar pasar.

Había algo esquizofrénico en Marcela. Desde el punto de vista de su extracción social provenía de sectores de la burguesía chilena y consecuente con esa formación social era profundamente conservadora. Pero eso era solamente en el campo de las ideas porque en materia de moda era extremadamente liberal. Las faldas y los vestidos negros ceñidos al cuerpo completaban ese aire dulzón y semi bohemio en torno a su persona. Se le ocurrió que el muchacho le gustaba y punto, el resto sería una cuestión de audacia de mujer. De modo que Marcela puso manos a la obra y mandó a otra alumna del curso con recaditos que fueron completamente desatendidos por el objeto escogido por Marcela. Pero por cada recado rechazado la joven se armaba de más y más audacia y paciencia. Estaba acostumbrada a salirse con la suya.

Fue entonces cuando Ceballos tuvo la oportunidad que andaba buscando. Marcela sabía que el torrante andaba tras los pasos de su hermana y lo convenció de que hicieran un cambalache: yo consigo que tu bailes con mi hermana pero tu tienes que convencerle a él de que venga a la fiesta junto contigo. Desde ese día que el tontón de Ceballos no dejaba de joder con eso de que vamos a la fiesta, que tu eres mi amigo, no lo hagai tanto por ella, hácelo por mi y lo decía así a pesar de que Ana Jarpa, la profesora de castellano, les había enseñado una y otra vez que al conjugar el verbo hacer en primera persona y en forma imperativa tenían que decir házlo y por ningún motivo hácelo. Pero al cabezota nunca le entró eso en los sesos. Hácelo por mi queris, y se lo dijo tanto que ganó por cansancio.

La falta de voluntad y una buena porción de curiosidad le llevó finalmente a Ale a decir que si. De esa manera, de la noche a la mañana, en menos que canta un gallo, se dieron cita en Echaurren 117. Una fiesta prudentemente calculada y de pronto se encontró en el limbo. De un baile con Marcela al otro con Nancy y viceversa. Están compitiendo para ver quien se queda conmigo, pensó. A altas horas de la noche la metamorfosis del amor se había apoderado completamente del candidato a orador. Así comenzó a establecerse la relación

entre ambos y su virginidad masculina se fue a las nubes en Ricardo Cumming. Afuera, en la calle de las casonas viejas, llovía copiosamente. Noche de lluvia y madrugada de trasnochados.

Se convirtieron en pareja en el colegio pero no a todo el mundo le parecía normal. Celiria Caamaño, la profesora de historia, un ropero de tres cuerpos de pelo claro y ondulado les llamaba siempre la atención. Lo hacía con un moralismo propio de una vieja beata.

- ¿Que es eso de andar abrazados por la calle, acaso no les da vergüenza?

Se los decía cada vez que les encontraba fuera del establecimiento educacional. Es amoral, decía la señora Caamaño.

Recordó aquel día a medio día. Abrazados en la esquina de Santos Dumont con Recoleta, frente a la iglesia, esperaban ese día viernes el trolebús hacia el centro de la ciudad. El semáforo cambio de amarillo a rojo por lo que el camión cargado con arena tuvo que frenar y así quedaron a unos metros del camión. Ellos abrazados y el chofer del camión con los ojos puestos en el culo de Marcela. Cómetela, cómetela nomás, le decía desparramando saliva por la comisura de los labios sin afeitar. Miró al chofer de la mirada desesperada, pero Marcela era suya, nadie se la podía arrebatar. Él se quedó con las manos en las caderas de la joven mujer y con la vista fija en los ojos desorbitados del camionero. Se hicieron los desententidos y continuaron abrazados al calor del sol.

Sonia iba en el mismo curso y que con el correr de los años terminaría siendo su cuñada. Sonia no moralizaba como la profesora de historia pero era de la idea de que el menjunje que se estaba formando era una pareja dispareja. Que la voz cantante la llevaba Marcela y que Ale estaba engegucido por lo audaz de la muchacha y por sus desfachateces o virtudes, porque dependía mucho de quien opinase sobre el tema. Pasó el tiempo.

El país estaba atravesado por una de las más profundas crisis de su historia. En el mundo las cosas andaban patas arriba. En 1968 tronaban los tanques rusos en Praga. En Francia los estudiantes hacían causa común con los trabajadores asestando fuertes golpes a los cimientos de la IV República. Y en América Latina se puso de moda el Che Guevara y la guerrilla latinoamericana tuvo un apogeo que se terminó incrustando en la conciencia de todos los jóvenes, incluso hasta en la de los europeos que también añoraban hacer la revolución. Pero habían grandes diferencias entre las exigencias de la guerrilla en América Latina y las reivindicaciones en Europa. En América Latina se luchaba por el reparto de la tierra y la reforma agraria, por mejores salarios y condiciones de trabajo. En algunos países europeos en cambio las consignas eran en parte un tanto más abstractas: a aplastar al capitalismo y por el derecho al orgasmo. Mas tarde las reivindicaciones políticas vinieron a concretizarse con lo de la guerra del Vietnam. Esto último daría paso a un crecimiento de la izquierda revolucionaria en el viejo continente.

En Chile sucedía algo similar, el clima de rebelión iba en aumento. A la gestión del anterior gobierno demócrata cristiano, liderado por Eduardo Frei Montalva, se sumaba ahora la crisis y el caos. Así lo aseguraban por lo menos los plumíferos a sueldo de la recalcitrante burguesía chilena. Que los marxistas aquí y que los marxistas allá, que cuidemos la libertad. A las elecciones presidenciales de Septiembre de 1970 acudieron tres candidaturas. La de los grandes magnates y los consorcios transnacionales, con sedes en países como EE.UU, Alemania Federal o Japón, quienes apostaron con todo a la de Alessandri. Ahí estaba el momiaje al decir del hombre y la mujer de la ciudad y del campo.

La segunda candidatura giró en torno al demócrata cristiano Radomiro Tomic, bendecida por el Vaticano y con el sólido respaldo de los sectores más dinámicos sectores de la burguesía. Ésta era también la famosa vía de la Revolución en libertad que propiciaba J. F. Kennedy lo que en buen castellano significaba lo mismo que cambiemos algo para que no cambie nada.

Lo que diferenciaba esta candidatura de la primera era fundamentalmente su arraigo en los sectores populares de la población adormecidos por el permanente recitar de la iglesia católica apostólica romana y su filial en Chile.

La tercera alternativa fue el Frente Popular en donde cabían moros y cristianos y vino a centrarse en torno al médico Salvador Allende Gossens. Ale no entendía en ese momento las supuestas diferencias de fondo que pudieran haber entre los candidatos en cuestión. No entendía ni palote de política. Durante algún tiempo el proceso electoral chileno llamó la atención de la prensa mundial. En todos los idiomas del mundo se hablaba y se escribía de la posibilidad de la vía chilena al socialismo. Pero de eso no sabía ni jota. Si los marxistas se hacen del poder por la vía de las elecciones todo está perdido. Es lo que acostumbraban a decir los voceros de la burguesía criolla aunque la verdad de la milanesa, visto del punto de vista de las clases populares, era completamente distinta. Lo cierto era que ese tipo de especímenes políticos, los marxistas ortodoxos al interior del frente popular, brillaban por su ausencia. El siniestro comunismo era un fantasma. El sello de socialista era algo parecido a una versión latinoamericana de la socialdemocracia europea y Salvador Allende su mejor representante.

Los que se escindieron de la Democracia Cristiana para formar el nuevo partido MAPU resultaron de dones muy especiales. Eran de gran preparación intelectual y se habían fogueado al calor de la reforma universitaria, pero de su proyecto no se sabía mucho. Las siglas abarcaban bastante: Movimiento de Acción Popular Unitaria. Era como para embaucar a cualquiera. Al principio no eran tan numerosos pero sí muy bien organizados. Había quienes afirmaban que despertaban envidia en el resto de la izquierda por tener las mujeres más buenas mozas. Lo cierto es que siempre se vió a los dirigentes del MAPU como hijos de lo más granado de la década de los años 60. Las malas lenguas machacaban que los mapucistas siempre tuvieron una vocación de poder indiscutible. Otras lenguas, mucho más venenosas aun, afirmaban que jamás cambiarían un ápice. El desarrollo de los acontecimientos vendría con el transcurrir del tiempo a demostrar que siempre tuvieron una vocación y ansias de poder irrevocables. Desde la cuna demócrata cristiana que les vió nacer siempre estuvieron metidos en cuanto gobierno se formó.

Posteriormente, al comienzo de la década del 70 fue, al igual que centenares de otros jóvenes de su edad, a parar justamente en medio de ésta generación con las banderas verdes y con la estrella roja en el centro. Ésta última era un legado ideológicamente simbólico, una mezcla del verde olivo de los uniformes guerrilleros y de la estrella en la bandera de Corea del Norte. A pesar de todo el nuevo partido comenzó a enraizarse en el campo, en las industrias, en las poblaciones y entre los estudiantes. Rápidamente habría de transformarse en un partido compuesto por miles y miles de resueltos militantes de formación marxista.

Omar López se convirtió sin quererlo en uno de los mejores amigos de Ale. Fue mucho antes de que Ale ingresara al MAPU. De Omar recordaba principalmente un incidente cuando ambos cursaban la secundaria en el instituto comercial. En una hora de consejo de curso Omar pidió la palabra:

- ¡Rockefeller es un magnate de las grandes transnacionales y un aliado de la oligarquía chilena ustedes tienen que comprender – de un puñado de ricos! Ahora está de viaje por América Latina en su afán de continuar su política de rapiña. Compañeros alumnos, no es justo, propongo por eso que hagamos causa común con los compañeros estudiantes de Venezuela que en estos momentos están en las calles para protestar por la presencia de este insolente representante del imperialismo yanqui.

Que bicho raro le picó no lo supo entonces ni nunca más se volvió a enterar de que fue realmente lo que pasó. Pidió la palabra para embestir la intervención de Omar:

- Parece que es evidente que Omar no entiende que nuestros padres nos mandan al colegio no para salir a la calle a protestar por lo que pasa en resto del mundo sino para que aprendamos lo que se nos enseña en la escuela. De modo que yo propongo que no le hagamos caso y que sigamos en donde estábamos antes de su intervención.

Recibí aplausos de una buena parte de la clase y la aprobación explícita del profesor de turno. Desde aquel día me unió a Omar una relación de rechazo pero al mismo tiempo de admiración. Le puse el mote de chupamaro como alusión a la guerrilla urbana de los Tumamaros en Uruguay. A Victoria Guerrero, la "cabra chica" del tercer año y compañera de partido de Omar el mote de chupamaro le parecía de mal gusto. Ya pos, déjate, que pesado que eres - le decía cada vez que le escuchaba el peyorativo. Yo admiraba los conocimientos literarios de Omar y su paciencia de santo, yo estaba desarmado de ambas virtudes. Es cierto que me entusiasmó la lectura de Hermann Hesse, de García Lorca y de Julio Cortázar, pero en Omar había un aire de sensibilidad literaria que yo no lograba comprender del todo. Experimentaba la vivencia de los sueños y las utopías inmediatas. Vivía la vida a su manera.

*Ella era una dama  
de misas puntuales  
y acto sexual  
breve de caricias.  
El era un caballero  
de impuestos pagados  
y nada de Política.  
Hasta que un día  
exactamente murieron  
y el aire de quedó  
sin otras dos mentiras.*

*Hasta que llegó el bendito día en que me propuso una locura que transformó en buena parte toda mi existencia. Compadre, me gustaría que conversáramos un poquito. Y como tiempo tenía me quedé escuchando. Se acercan las elecciones del centro de alumnos y en el Comité de la Unidad Popular del colegio estamos discutiendo la táctica a seguir, le escuchó decir al delgado muchacho.*

Ale escuchaba sin entender un carajo porque no comprendía que tenía que ver todo ese discurso con él. Ni siquiera la visita de Fidel Castro al país había suscitado su entusiasmo y se lo dijo a Omar.

- Justamente por eso compadre, a usted no lo asocia nadie con los partidos políticos tradicionales y es precisamente lo que necesitamos; un candidato apolítico en el sentido estrictamente partidario. Como usted sabe compadre estamos jodidos con los profes, todos son reaccionarios y de la Ana Jarpa y Cárdenas ni hablar, ese viejo es el más momio de todos y el que más mierda nos tira. Y cuando Ana Jarpa se pega al tinto no hace otra cosa que cargarla contra la izquierda. Además usted es un alumno intachable compadre, de usted no pueden decir nada. Ni Otero, el racista de legislación tributaria, ni Cárdenas, ni la Jarpa ni nadie.

En eso tenía razón el joven comunista, su paso por la escuela había sido y era efectivamente de una trayectoria intachable. Ya en 1959 cuando cursaba el primer año en la escuela El Guanaco del departamento de Santiago estaba claro que Ale iba por buen camino. Ocupaba entonces el primer lugar entre 44 alumnos. Una nota al margen en el certificado de estudios señalaba sin embargo que el niño tenía problemas con el ramo de matemáticas. Debe hacer ejercicios de aritmética durante las vacaciones escribió el profesor jefe. Algo tiene

que haber sucedido con las vacaciones o con el niño porque en el segundo año subió de un cinco a un siete en matemáticas. Nada despreciable si se tomaba en cuenta que el valor de las notas iba del muy bueno, un siete, al malísimo, un uno. En el tercer año le estamparon también un siete en el ramo de Religión y Moral. Ya lo tenían en línea los padres, y a través de la escuela los curas. En el quinto año seguía igual. Además de las notas de educación intelectual que no bajaban de los sietes y de los seis obtuvo el segundo lugar entre 50 alumnos. Después vino el cambio de escuela y fue a parar a la escuela UNESCO. Se mantuvo lo de intachable. No tuvo inasistencias y fue esforzado tratando de superar sus notas de modo que en el certificado de notas tuvo en Asistencia un siete. Conducta siete. Modales y Cortesía siete. Espíritu de cooperación siete. Cuidado y orden de sus útiles de trabajo siete. Como te ven te tratan, le machacó su madre toda la vida y por eso en Aseo y presentación personal el profesor le plantó otro siete.

Sin embargo la transición de la primaria a la secundaria fue un intermezzo. Lo reventaron las matemáticas y el rudo clima del Instituto Comercial en donde le matriculó su padre. Don Julio, como le decía la gente del sector, quiso siempre lo mejor para sus hijos. Sacó sus cálculos y llegó a la conclusión de que Ale debía seguir la línea económica en los estudios secundarios. Pensaba así matar dos pájaros de un tiro. Por un lado garantizar la formación secundaria de su hijo mayor y por el otro la de darle una profesión con la que pudiera ganarse la vida. Su hijo sería contador con la posibilidad de seguir la carrera de auditoría. Lo único que no encuadraba en los planes del padre era la tendencia humanista del muchacho. En ese instituto comenzó inexorablemente una serie de hechos que terminarían por trastocar los planes de Don Julio. Recibió allí también una paliza taita y con el correr del tiempo nunca se enteró si lo peor fue repetir el sexto año o el puntapié en las bolas que le dió a la mala un gordo acomplejado. Así empezaron las convulsiones. En medio del intermezzo le pilló la nueva reforma educacional y en lugar de repetir el primer año de la secundaria quedó en el séptimo. La conducta y los modales, la presentación y todas esas cuestiones normativas mantenían su curso. Intachable. Omar era táctico y le puso el ojo.

Compadre no me diga nada ahora, piénselo y después me dice.

Se separaron y cada cual se fue a lo suyo. Omar al local de las juventudes comunistas ubicado en Lezaeta, en el sector de Recoleta, y Ale a su nidito de amor en Echaurren.

Marcela estaba tendida en la cama, tenía ese día un humor tan agrio que no se lo aguantaba ni ella misma. Pero él no se dió cuenta porque el vichito de la vanidad ya le daba vueltas en el cerebro. Le relató a ella tal cual Omar le había contado. El relato fue muy corto, abruptamente se levantó la joven de la cama y en pocas palabras esbozó el destino. O la política o yo - le escuchó decir a Marcela. Ésta quiere guerra pero es problema de ella pensó. La vanidad y la curiosidad acerca de lo que ofrecía el futuro, no los sentimientos, fue lo que decidió todo. La política, se escuchó decir a si mismo. Se produjo en ese instante una gráve fricción, una herida, muy difícil de reparar.

Omar por su parte le tomó el peso al poder de la palabra cuando se enteró de la respuesta. Pero ahora tenía que vérselas con Guillermo Dávalos que era el representante oficial del MAPU en el colegio a pesar de ser estudiante en la Universidad Técnica. El Chino había llegado a Santiago de la nortina ciudad de Iquique. Le llamaban El Chino por los ojos con rasgos asiáticos, tenía la piel morena y era muy bajo de estatura y a pesar de su estracción humilde tenía la fuerza de un buey. Dávalos estaba completamente seguro de que el candidato a presidente del centro de alumnos era su discípulo y compañero de partido; Carlos Carrasco. Las Juventudes Comunistas no tenían candidato y esos no se fabrican de la noche a la mañana. Omar lo sabía. Pero se equivocó la paloma, pensaba para si Omar que ahora tenía que convencer a la célula de la Juventud Comunista en el colegio. Primero la Juventud Comunista, después al Chino, luego al Comité de la Unidad Popular. La elección del centro

de alumnos propiamente tal iría de viento en popa. Lo del comité era una pantalla porque la única fuerza real allí era la JJCC y eso lo sabían tanto Omar como Dávalos. No había nadie de la Juventud Socialista y de los dos representantes del Frente de Estudiantes Revolucionarios nadie notaba su presencia.

Al problema del candidato se sumó el de la sigla a utilizar en la campaña electoral. La derecha se aglutinaba en torno al anteojudo de Reveco, el candidato de la Democracia Cristiana. Eduardo, uno de los hermanos de Ale se entusiasmó con la idea de pelear electoralmente contra la DC y apareció en una reunión con la idea de que las siglas del comité no servían para nada. Eso de CUP no se lo traga nadie además que es contraproducente, dijo en la asamblea y causó con ello el estupor de Dávalos. En su análisis partía del hecho real en el sentido que el Frente Popular en el gobierno estaba desprestigiado en vastos sectores de la población y por ende también en el colegio. No había vuelta, se le metió la idea en la cabeza y de ahí no lo sacó ni Cristo. Frente Amplio de Izquierda si queremos que pase algo, dijo Eduardo. O FAI o FAI. Y Eduardo se salió con la suya.

La asamblea de estudiantes de izquierda, reunida en el colegio un Domingo por la mañana, resolvió levantar la sigla FAI. Se decidió también repartir volantes en todas las salas de clase y pintar slogans en los alrededores del instituto comercial. Lo de los volantes en el recinto escolar desató una protesta airada por parte de la dirección del establecimiento y de la casi totalidad de los profesores. Pero entre los estudiantes se comentaba lo audaz de la acción relámpago.

Nadie dudaba de que el acontecer político que se vivía en el país se había trasladado con todo al medio estudiantil. En una de las tantas interminables reuniones en el local de la calle Lezaeta de propiedad del PC se produjo un día un hecho insólito. Marcela había desistido de su ultimato y se habían convertido nuevamente en pareja. Estaba oscuro cuando Ale y Marcela llegaron a la reunión del Comité de la Unidad Popular en Lezaeta. Marcela iba vestida de negro y del brazo del candidato. Pero al llegar a la entrada se produjo un stop. Esa no entra - le escuchó decir con énfasis a Victoria Guerrero. Se produjo un silencio sepulcral. A Victoria no hubo manera de cambiarle la opinión, a su lado estaban Ezperanza y Miriam, las dos militantes de las Juventudes Comunistas. Detestaban a Marcela y su conducta aburguesada.

- ¡Y que se cree la huevona... momia de mierda... No es culpa mía que tu andís metido con gente como esa!

Se lo dijo delante de los otros estudiantes.

- Eso no ha sido votado en ninguna parte, fue una arrancada de tarros de Victoria como le dijo Omar a él para suavizar la aspereza creada.

Del candidato ni esta boca es mía, todo era una plancha. Marcela era su mujer, pero por otro lado la política es la política y recordó lo que siempre había dicho Julio: la política es sucia, házme caso Alejandro, es cochina, las intenciones podrán ser buenas pero los que acompañan a los gobernantes son los que al final se aprovechan de todo. De los gestos de Marcela no se pudo leer nada. Estaba allí petrificada y con el orgullo herido. No entendía como era posible que los upelientos la trataran de esa manera. Él le dio un beso cariñoso en la frente. Le volvió lentamente la espalda y desapareció de su vista.

- Espérame, no va a tomar mucho tiempo.

Las opciones de ganar no eran muy grandes pero eso no era un obstáculo para pensar en la victoria. Se urdieron planes, se bosquejó la táctica y se resolvió mandar al candidato a estacionarse todos los días en la jornada de la tarde. Por la mañana filosofía, educación física, organización de empresa, contabilidad, dactilografía, legislación tributaria, derecho usual, legislación social, estadística, economía y todo el plan general. En la jornada de la tarde el

discurso era distinto. Por las tardes proliferaban en el colegio las alumnas de los cursos inferiores. Entre ellas estaban potencialmente los votos que podrían llevar al FAI a la victoria. Una sonrisa por aquí otra por acá. Una seña con la mano a las que están en el balcón y no olvidarse por nada del mundo de las que compran refrescos y deja que te conviden helados. Métele sonrisa. Se agradable y simpático, vístete bien y nada de despreocuparse de ellas. Una sonrisa un voto, un voto una sonrisa, sonrisa de hoy victoria del mañana. Métele sonrisa.

Todas las campañas electorales tienen esa dinámica de hierro. El momento decisivo en que se enfrentan los candidatos y la masa que los aplaude y otra que los abucea. En la jornada diurna no había mucho espacio para el drama, entre los alumnos de los cursos superiores el panorama estaba bastante claro según los estrategias de ambas candidaturas. Distinto era el cuadro en la jornada de la tarde en donde adultos y adolescentes se tomaron bien en serio lo de las elecciones.

No faltó el profesor que ante la mirada atónita de sus alumnos abrió una marraqueta por la mitad: miren la harina de chanco que nos dan los marxistas haciendo con ello alusión a una harina un poco más oscura que la habitual. Lo que no decía el profesor reaccionario era que la distribución de la harina de costumbre estaba siendo acaparada y conducida al mercado negro por toda suerte de granujas y los partidarios de la oposición. Todavía hay alguien que piensa votar por el FAI, preguntaban retóricamente los profesores sin dar lugar a ninguna respuesta. Aquí tenemos que ser todos muy responsables, añadían: de ustedes depende que este colegio no se transforme en un nido más de marxistas, no se dejen envenenar las cabezas con demagogia. Si yo y fulano y zutano estuviéramos en el lugar de ustedes votaríamos todos por Reveco y por la libertad. Que no se les olvide, que nadie diga después que no les advertí. ¿Estamos?

El patio del colegio estaba repleto de estudiantes y era el turno del demócratacristiano. El centro de alumnos siempre estuvo en manos de la DC y no iba a ser esta una oportunidad para dársela en bandeja a los marxistas. El cuerpo de profesores estaba sonriente y seguro de la victoria de Reveco. El único profesor que marchaba contra la corriente era Nuñez, un homosexual independiente de izquierda. Tenía pinta de mártir el pobre, decía Ale, porque había que tener el pellejo bastante duro para ser maricón en una sociedad machista hasta la saciedad. A pesar de todo tenía cojones el Nuñez, se decía a si mismo. Eduardo, el hermano de Ale, había participado de la confección del discurso de esa jornada. El candidato del FAI temblaba con el papel del discurso en las manos y nunca se enteró de si tuvo acogida o no. En el programa de acción se establecía que se harían trabajos voluntarios en el colegio y en el sector. Se pintarían las paredes del patio trasero de la escuela con motivos olímpicos, habrían diarios murales en donde aflorarían los aportes culturales desde la base. La sala del centro de alumnos estaría abierta para todos y no solamente para la élite de sinvergüenzas y oportunistas o para las mijitas ricas de los dirigentes demócratacristianos. Habría solidaridad para todo el que la necesitase, de cada cual según su capacidad a cada cual según su necesidad.

Pero era tanta la algarabía que del discurso solo se enteraron algunos pocos. La mitad de los estudiantes abuceando: abajo el marxismo y salvemos al colegio del comunismo y bájate de ahí marxista camuflado. Date una vuelta en el aire marxista y dele con tu madre. La otra mitad tampoco lo hacía nada de mal, gritaban a toda garganta: arriba el FAI FAI FAI. Ahora nos toca a nosotros, los demócratacristianos no nos llegan ni a las manos. El que no salta es momio. Reveco despierta y andate a la mierda. Que ya que ya, que miren que luchamos y la victoria va. Un singular carnaval de gritos, de insultos y esperanzas coexistían en medio de la algarabía.

Marcela seguía siendo motivo de conflicto. A medida que crecían las tensiones entre las candidaturas se decidió, en un arranque de despecho descomunal optó por ser el apoderado político de Reveco. Y dejó perplejo a todo el mundo al pasarse por todo el colegio del brazo



del hueco de Reveco. Las cosas habían pasado del terreno de lo personal al campo de lo político, sin embargo no faltaron quienes le señalaban a él que Marcela era el colmo de los colmos.

- ¡Cuando aparezca el derrotado díganle que estoy en casa y que me puede ir a ver!

En la casa de la Palmilla había aparecido el día antes de las elecciones. Dijo lo de derrotado con la arrogancia y suficiencia que le caracterizaba y se mandó cambiar. El día de las elecciones las cosas estaban al rojo vivo. A estas alturas del partido ya nadie estaba seguro de nada. Los cómputos se contabilizaban de uno y otro bando, pa` ti` pa` mi, pa ti pa` mi. Cagamos, se le escuchó decir al cabezón Faundes. Faundes era un atípico en el cuarto C y lo era porque en ese curso casi todos eran de izquierda excepto Galarce, un tipo largo como un poste del alumbrado público que decía ser del Partido Nacional. Aquí tendría el futuro centro de alumnos una base de apoyo social sustancial. Era un curso especial, de allí provenía también el grupo de choque con que contaría el centro de alumnos en casos de aprieto. Carlos Carrasco, Marco Poblete, Patricio Bustos, Luis Ferrada, Carlos Lopez, Hernán Riquelme, Miguel Vidal, Ruben Shewart, Maria Carilao, Monica Montenegro, Carlos Marquetti, Fernando Saldaño, Hilda Bautista, Gloria Bautista, Fernando Morales, Maria Ines Cortez ...

Por primera vez en la historia del colegio la izquierda había ganado las elecciones en ese establecimiento. Se embriagaron de felicidad. El gusto del triunfo no quería reconocer límites y a alguien se le ocurrió que todo el centro de alumno recién elegido debía dirigirse a la redacción del vespertino Puro Chile. Al día siguiente apareció la foto con un artículo que aludía al ascenso de la izquierda en el medio estudiantil. Llegaron las felicitaciones y los primeros en hacerse presentes en cuerpo y alma fueron los miembros del centro de alumnos del Instituto Comercial número 8 con Toño Villanueva a la cabeza. Al atardecer se metieron a un boliche para apagar la sed con cerveza y canciones de protesta. Carlos Carrasco se hallaba ahora convertido en un flamante vicepresidente, Maria Ines Cortez, recién llegada de una visita a Cuba, era la tesorera. Zelaya, alumno del tercer año medio y de las pestañas largas, aparecía como encargado de organización. Fernando Morales, el rubio de ojos verdeazules y larguirucho del FER, encargado de lo cultural y de los contactos con otros colegios. Pero eso de los contactos era algo para el papel porque el papel aguanta cualquier cosa decían ellos. La realidad era distinta, cada una de las fuerzas políticas agarraba contacto con quien le diera la gana.

Y siguieron haciendo planes para el futuro. Actuaban estrictamente apegados al slogan del Che: *si el presente es de lucha el futuro es nuestro*. Le gustaba el slogan del che. Un fin de semana se subieron al techo de los lavados y en la pared amarilla que daba al techo, se veía muy bien desde el balcón, sacaron las brochas y pintaron con el alquitran más negro que encontraron. Dejaron gravada allí la frase y ahí la pudieron ver el conjunto de los estudiantes: *si el presente es de lucha el futuro es nuestro*. Ese estado de ánimo lo influenciaba, era como la continuación de la película inglesa *If* al que les había llevado a ver Gabriela, la nueva profesora de filosofía recién llegada de la Universidad Católica. Había en ese tipo de acciones una mezcla de venganza hacia el orden existente y una cantidad inaudita de ilusiones y esperanzas por una sociedad nueva.

Omar, Victoria y Marco ya eran ministros sin cartera pero en la práctica con mucho más poder de decisión que el resto de los miembros del centro de alumnos. Omar porque era sin lugar a dudas el principal arquitecto del proyecto. Victoria por sus convicciones, por su perseverancia y su profunda vinculación con la dirección del PC chileno a través de sus familiares. Marco por su parte era el típico militante de organización y acción en la célula del MAPU que comenzó a dar vida política a los despolitizados alumnos del instituto comercial. A Patricia, la despampanante rubia de ojos verdes que había ganado el concurso Miss piernas se la vio unas cuantas veces de la mano del nuevo presidente del centro de alumnos. Fue una

fugaz historia de piernas pero lo importante era el futuro.

Ale no terminaba de comprender las connotaciones del triunfo sin embargo ese período estudiantil dejaría huellas imborrables en esa juventud ferviente de transformaciones revolucionarias. Participaron en cuanto trabajo voluntario aparecía y nunca supieron de desgano. Él se sentía con un gran sentido de responsabilidad frente a los estudiantes. Se le veía a menudo corriendo de un bloque al otro con el gorro verde y la estrella roja que le había confeccionado Isabel. Isabel cursaba uno de los primeros medios. Isabel, Concepción, Juan y Luis fueron algunos de los militantes que pasaron a engrosar las filas de la enseñanza media del MAPU. Los del MAPU reclutaban estudiantes a todo vapor. Tal como lo habían prometido pintaron el patio del colegio con las figuras de las olimpiadas. Las viejas paredes grises tenían ahora colores claros como cuadro de fondo, vitalizados por figuras deportivas. Hasta Cárdenas, el archi reaccionario profesor de educación física, quedó con la boca semi abierta cuando se enteró de los nuevos aires reinantes.

Eran otros tiempos. Participaron en casi todas las protestas organizadas por la Federación de Estudiantes Secundarios y no pocas veces en las no organizadas y anárquicas trifulcas que se desencadenaban en el centro de Santiago. En una oportunidad la dirección del colegio se opuso a que el centro de alumnos suspendiera las lecciones a los alumnos de la jornada de la tarde para que participaran en uno de los tantos enfrentamientos callejeros que se libraban en el centro de la capital. Pero el poder dual existente y la creciente conciencia de ese poder llevó al centro de alumnos a encerrar con llaves al magistrado en la sala de profesores luego de lo cual marcharon hacia el centro de la ciudad. Hubo enfrentamiento. Ya era una cuestión de costumbre. Se agarraban con los fascistas por las tardes y cuando no eran los de Patria y Libertad eran los carabineros del grupo móvil quienes arremetían contra todo. Se foguearon con los gases lacrimógenos de la policía y las pedradas de un lado para otro. Había en la sociedad un odio de clases generalizado, era algo inminente, tenía una fuerza motriz inevitable y prendían entre los estudiantes. Ser o no ser era la cuestión y ellos, los estudiantes, lo eran con todo. Eran el futuro.

Dos incidentes se grabarían para siempre en su memoria. En una oportunidad se dirigió con un discurso a los alumnos de la tarde, se trataba de la intervención política de EEUU en América Latina. Ya no era el candidato inexperto del FAI de antaño, la oratoria pertenecía a la de un joven militante marxista acerándose en el ir y venir de la lucha de clases. La arenga era certera y todo el mundo comprendió la gravedad de los hechos. El silencio era profundo y no se sentía ni el vuelo de las moscas. Escuchaba el eco de su propia voz y ametrallaba con las palabras. Fue entonces cuando desde el balcón comenzó a escuchar un silvido que al inicio era débil pero que fue creciendo hasta transformarse en un chiflido insoportable. Marco subió al balcón de donde provenía el chiflido y trató de hacer entrar en razón al provocador. Nada. Marco hizo la advertencia en tono amenazante. Nada.

- Compadre no sea leso. ¿No ve que el compañero presidente está hablando?
- ¡Estamos en un país libre y en un país libre hay libertad de opinión!
- ¿Porqué no se espera a que el compañero presidente termine y después se mete su libertad de opinión donde le de la gana?
- ¡Yo vivo en un país libre y hablo cuando quiero!
- ¡Cabreate te digo, cállate!
- ¿Porqué me voy a callar?
- ¡Te lo advertí huevón!

El discurso se hizo surrealista. Por un lado el eco de su propia voz y el silencio de la masa estudiantil y desde el balcón un hocicón que se negaba a entender razones. El puñetazo de

Marco le planchó la cara al idiotócrata y el discurso se fue a las nubes. Se armó un despelote del que no habían precedentes en el instituto. El grupo de seguridad del centro de alumnos sacó a relucir los linchacos para amedrentar a los airados democristianos. Se armó un lio terrible y sin parangones en la historia del colegio.

Meses después la Democracia Cristiana en el sector estudiantil recibió ordenes de sacar a todos los colegios a la calle, los controlasen o no. Reveco y Faundes se dejaron caer en la jornada de la tarde pero ya los rumores se habían difundido. Los del centro de alumnos vivían prácticamente en el colegio y particularmente en la sala del fondo del patio que hacía las veces de cuartel general. Las ordenes eran claras y concisas. El Comercial 5 está en manos de la izquierda y sus alumnos no van a ninguna parte. Que se aguanten hasta las próximas elecciones y que salgan a la calle cuando las ganen, pero ahora todos en las salas de clase. Los democristianos enviados de otros lugares se dejaron caer en patota a eso de las cuatro de la tarde. La escuela estaba rodeada con alumnos de los cursos superiores, muchos de otros colegios.

Quisieron entrar por la puerta principal y se les respondió con las puertas en las narices. El grupo de seguridad se había convertido en una guardia pretoriana a las alturas de la ocasión. A un espantapájaros democristiano se le sorprendió infraganti cuando intentaba ingresar a la mala por una puerta adyacente a la sala de profesores. Terminó en la calle con una soberana patada en el culo. Luchaban contra el tiempo. Al final los desesperados democristianos no tuvieron más remedio que intentar tomar el colegio por asalto por lo que los más atrevidos se subieron por las rejas. Fue demasiado para Carlos Lopez que vio todo rojo. El joven del PC tenía una apariencia y una actitud de joven pije pero en ese preciso momento le bajó el indio, como le dijo después a uno de sus compañeros. De unos cuantos brincos corrió hasta las rejas armado de un garrote capaz de infundir respeto hasta entre los más valientes. Les pareció tragicómico ver al democristiano de la joroba intentando subirse por la reja. Pero Lopez no estaba de humor.

- ¡Jorobado conchetumadre si no te bajai de las rejas te voy a enderezar la joroba a fierrazos!

Lo dijo de tal manera que causó profunda impresión entre los estudiantes. Los conflictos estudiantiles y sociales se habían convertido en verdaderas batallas campales en medio de la ascendente situación pre revolucionaria. En ese contexto las actividades del centro de alumnos habían contribuido a una politización general en la vida de los estudiantes del colegio.

- ¿¡Te dicen que habléis conchetumaire, donde está la Marcela!?

A la corriente le seguía la corriente. No tuvo tiempo de detenerse a pensar en lo que hubiera mostrado el gráfico de un electro cardiógrafo. Se volvió a repetir lo mismo, solo que los corrientazos se hacían cada vez más fuertes. Porque no. Al fin de cuentas ella nunca había sido de izquierda y mucho menos había hecho causa común con la actividad revolucionaria. El único vínculo extraño entre ella y la izquierda podría encontrarse en torno al "Coco" Paredes. Eduardo Paredes era un amigo de ella, que hasta el mismo día del golpe militar había sido dirigente de la dirección del Partido Socialista, jefe máximo de la policía civil y amigo personal del presidente Allende. Fue asesinado luego de las brutales torturas a las que fue sometido durante varios días en uno de los regimientos de Santiago. Luego de quemarle el cuerpo le acribillaron de quince balazos y lo abandonaron en un lugar desconocido.

Marcela Paredes. Porque no. No la había visto desde mucho antes del 11 de Septiembre. No tenía la más mínima idea de su actual paradero. La mecánica tortuosa de la corriente sobre el cuerpo y la conciencia le llevaron finalmente a hacer esa opción. Estiró los dedos de ambas manos hasta que paró el zumbido de la manivela aunque subsistían los ecos del dolor. Se había decidido por lo de Marcela. Se apoderó de él una sed espantosa pero en el estado calamitoso en que se encontraba, cargado de fenómenos mecánicos, luminosos, térmicos,

fisiológicos y químicos, no le permitirían jamás el acceso al agua. El peligro de una electrólisis estaba presente, con 220 voltios le podían reventar las vísceras y todo lo demás.

Le sacaron el trapo de la boca.

- Bueno, sí, yo se donde pueden encontrar a Marcela...

- ¿¡Ah, novis que aquí al final todos hablan!?

Se determinó que se suspendía la sesión. Estaban convencidos de haber obtenido una hebra importante de lo que andaban buscando. Ahora la DINA tenía la seguridad de saberse cerca de una nueva captura que permitiría seguir la destrucción de todo vestigio de resistencia. Lo soltaron de las ataduras en la parrilla y le pasaron su ropa. Con la electricidad que aun sentía correr sobre su cuerpo abotonó lentamente la camisa. Estaba ciego por la venda sobre los ojos pero ya no estaba en ese siniestro camarote metálico ni a su lado la bestia que le daba vueltas a la manivela. Por la venda que llevaba sobre los ojos no podía ver que el tipo que daba vueltas a la manivela con la corriente no era como el se lo imaginaba. No era chico y tampoco mal agestado. Por las mañanas llegaba a la Villa Grimaldi vestido de terno azul y camisa alba y con un maletín James Bond en las manos. Entraba a la sala de torturas hasta la mañana siguiente en la que lo revelaba otro en el turno. Antes de retirarse a su casa se lavaba y se iba bien peinado.

Completamente en tensión Ale endureció cada músculo del cuerpo para amortiguar los nuevos golpes. ¿Que irá a pasar una vez que se enteren que lo de Marcela no tiene nada que ver y que no les puede llevar a ningún lado? No importa, de lo que se trata es de ganar tiempo. Por lo menos consigo escapar momentáneamente de la tortura - pensó. Uno de los agentes le sacó la venda y se la cambió por una tela adhesiva y los lentes oscuros. Nuevos empujones, lo sacaron del cuarto de torturas y trató de caminar sin tropezar, lo hacía con dificultad. A unos pocos metros de donde se encontraba escuchó una voz.

- ¡Oye, cuida que esos no ayan a tomar agua porque sino se van a ir cortados!...La cagaita que nos quearía...

¿¡Oyeron!? ¡Cuidaito con tomar agua, porque después los llega a losotro`. Ah pero si se quieren ir cortados que tomen to`a el agua que quieran!...Total...yo no se de donde salen tantos de estos gueones...

¡Ya, apúrense les digo! ¡Que te apurís te están diciendo!

Caminaba con dificultad. A través de la tela adhesiva, por el ojo derecho, divisó en el vértice de unas paredes blanqueadas con cal, una pequeña escalera de cemento. Pudo ver allí a un tipo vestido de oscuro. La camisa y los pantalones de color negro. Estaba reclinado sobre la pared y sostenía en las manos una ametralladora. Mentalmente seguía caminando como desvanecido por el dolor.

No levantaba sus ojos de los arrozales de Vietnam. Se vió de espaldas al fango y con la vista vendada esperando la orden que alguien tenía que dar al pelotón. En él caminaba un campesino del Frente de Liberación. Aquí y allá con los ojos vendados. En esos precisos momentos las fuerzas de Vietnam del Norte y del Vietcong lanzaban su ofensiva final, la que un mes mas tarde llevaría a la caída del régimen de Saigón. Asia. Por primera vez los Estados Unidos eran derrotados militarmente en uno de los continentes del planeta y con ello se venía abajo toda la mitología de un imperio invencible. Los corresponsales extranjeros transmitían al mundo sus vivencias. El Vietcong y los norvietnamitas estrechaban su cerco de hierro. Los periodistas escribían que durante el día se escuchaban los cañoneos y de como las columnas de humo marcaban las fronteras cada vez más cercanas del frente. Que por la noche la agonía de Saigón era iluminada, desde distancias que se acortaban precipitadamente, por los destellos de las explosiones y las barreras de artillería y el siniestro resplandor de los incendios.

Un último empujón le llevó a caer en el asiento trasero de un vehículo. Supuso que era el mismo Fiat 125 de color amarillo mostaza en el que se lo llevaron de su casa. Escuchó al hombre de la voz ronca gritando a todo pulmón, lo sentía como gritos crecientes que le aturdían los oídos. Gritos. Gritos de los superiores y de los subordinados, gritos de los subordinados y gritos desgarradores de los presos torturados. Al interior del auto habían dos mujeres, una de ellas le preguntaba impaciente.

- ¿¡De que fracción erai tu, de la del Gazmuri o del Garretón!?

Interpretó la voz pastosa de la mujer de la DINA como un epílogo inconcluso. El portón de fierro negro se abrió con lentitud y nuevamente escuchó los neumáticos deslizarse sobre Lo Arrieta. Se tocó la muñeca de la mano izquierda donde sentía más dolor y siguió tocándose las manos disimuladamente. La muñeca izquierda estaba hinchada y lo mismo descubrió al palpar la muñeca derecha. Por el cuello sentía aun los efectos de la piel electrizada, el dolor se había expandido por toda la columna vertebral y todo era un cuadro de músculos acalambrados. Respiró profundamente en un intento de aliviar en parte el dolor y a pesar de no conseguirlo continuó en busca de una calma inexistente. Buscó acomodarse. Plaza Italia. Los ojos luchando con la tela adhesiva que tenía sobre los párpados. Con mucha dificultad comenzó a ver figuras borrosas. Fueron internándose en el centro de Santiago, en donde habían devenido permanentes luchas diarias y nocturnas. Él había combatido en las barricadas, en el lugar de los amaneceres inquietos y de las voces desdichas.

Volveré a pisar estas calles nuevamente - se lo preguntaba una y otra vez. Volver a pisar las calles de Santiago ensangrentado. Ruidos llegan, van, vienen, se alejan, desaparecen y vuelven endemoniados. Semáforo. Tan sólo unos cuantos segundos pero el tiempo en ese lugar no tiene duración determinada por la sucesión de los acontecimientos, que tiempo tiene el tiempo - se preguntó así mismo. Y el tiempo que se mide por la velocidad media de la tierra o el tiempo verdadero que se mide por el movimiento real del globo terráqueo. Tiempos sin tiempos. Llegó a deshacerse del tiempo y los momentos se hicieron también interminables. Pudo observar como los transeúntes caminaban de un lado para otro. Cruzaban la calzada diagonalmente, a mitad de cuadra, ensimismados en la alienación constante del empleado de gris. Era un desfile incesante y en desorden, hormigas humanas. Fueron pasando, pasando y pasando y pasaron por su lado. Nadie se percataba de su presencia. El tiempo, los momentos.

*Si en este instante fecundo concentro todas las fuerzas que me restan, reunidas en mis manos doloridas de tal forma que si le golpeo el rostro...le achato la nariz...podría lograr el desconcierto necesario...quitarme la fastidia de estos lentes y este maldito scoth...le podría arrebatarse la pistola, asestarle un cachazo en la cabeza...arrancar y escabullirme por las calles grises de la ciudad...¿Pero y si no lo logro? A lo mejor lo consigo pero...si cuando voy arrancando me disparan y todo se queda en nada...Hasta los pacos que están dirigiendo el tránsito en la esquina saldrían a la siga mía y métale tirar balas. Que sentido tiene quedar tirado en un charco de sangre rodeado de curiosos, no van a preguntar como me está yendo en la sala de torturas...Las posibilidades son mínimas, puedo errar con las manos o tal vez me demore demasiado en quitarme los lentes y el scoth que me tiene ciego. No tiene sentido. Como duele, mierda.*

Se echó suavemente hacia atrás sobre el respaldo del asiento. La cabeza y luego la espalda. Casi podía escuchar lo que se decía así mismo. Quiso relajarse, todavía le ardía la espalda. Aceleraron. Virajes rápidos. El freno. Finalmente llegaron a unas casonas viejas en donde se detuvo el motor. Una de las mujeres le sacó los lentes y sintió como sus dedos helados le rozaron la mejilla. De un fuerte tirón la mujer le arrancó el scoth. Trató de mover los párpados cansados para acostumbrar los ojos a la claridad del día.

## 3

Tenía delante suyo las viejas contrucciones de Echaurren. ¿Cuándo había estado allí por última vez?. Observó lentamente la arquitectura de corte colonial y miró los automoviles estacionados cerca de la vieja casona. Se volvieron a hacer presentes los recuerdos. Recordó el pequeño taxi y sintió curiosidad. Como en una película pudo verse junto a Marcela y a su amigo que manejaba el taxi y a la novia pecosa de este. Juntos se habían ido de paseo, a un picnic cerca de un monte. Pero más que nada recordó a la joven en compañía del judío, el calvo amigo de Marcela que tantas veces les dejó el departamento que estaba en la calle Marin, cerca de la Avda. Vicuña Mackenna. Que manera de comer y de gozar que tenía el gordo ese, pensó. Quien era realmente ese hombre nunca lo supo.

Eduardo Paredes, el jefe de la policía civil, también había estado allí. Fue en una de esas ocasiones cuando Eduardo Paredes le preguntó si él era miembro del MIR. Paredes en persona había dirigido en aquel tiempo la caza a los militantes ultraizquierdistas de la Vanguardia Organizada del Pueblo, un grupo de extrema izquierda que se dedicaba a hacer locuras en nombre del pueblo. Los remataron como a ratas en los tejados de unas casas. Claro que los vopistas también habían tenido la osadía de querer reventar por los aires el cuartel general de la policía civil. Dos de ellos consiguieron entrar al cuartel policial ubicado en General Mackenna, se habían amarrado varios quilos de dinamita al cuerpo.

No lograba armonizar bien los recuerdos. No había espacio mental suficiente, ni para la quietud de la tarde ni para la bajada del sol o para la generosa sombra de los viejos árboles. No habían transeuntes, nadie tenía la vista puesta en él. Estaba sentado allí, por momentos con los ojos puestos en la realidad y por el otro con los pensamientos en el tiempo ido. Desde el pasado los pensamientos le llevaron a un presente inconcluso y el presente era un futuro altamente incierto. Volvió a su tiempo de estudiante. A la salida del instituto caminaban largamente con Marcela, era un caminar y caminar. Del brazo, sin ser vistos por Celiria Caamaño, gozaban de la vida, de sus momentos sin tener necesariamente que pensar en el mañana. Calles cortas y caprichosas con maceteros repletos de flores en los balcones. Por esas calles tarareaban juntos las canciones del español Manolo Galvan. ¿Porqué volvían ahora las ideas en torno a los maceteros y las flores en los balcones? ¿Porqué ahora en medio de lo siniestro las románticas canciones del español? Se lo preguntaba sin dar respuestas. La mujer de la DINA no le despejaba la vista de encima, fumaba con nerviosidad y las bocanadas de humo se esparcieron en el diminuto espacio interior. Escuchaba las voces pastosas, risotadas cónicas y repletas de desprecio por lo humano.

- ¡Te vai a bajar, pero tenís que andarte con cuidao! ¿¡Estamos!? ¡Cuidao con lo que hacís, te amo a estar mirando! Ya sabís, cualquier intento, cualquier cosa rara que hagai... Mucho cuidao... ¿¡Oíste!?

Se dividieron, tres de ellos se quedaron en el auto y desde allí observaban minuciosamente. El cuarto agente se le pegó a su lado, con la mano en la pistola. El sujeto armado no podía descartar el hecho de que le podían recibir a los balazos. Tal como le habían sacado de la Villa Grimaldi, con la camisa en desorden, caminaba él ahora hacia la puerta de la casona. Sintió el cañón de la pistola sobre su costilla izquierda. Tocó el timbre acompañado del agente de la DINA. La madre de Marcela nunca le había querido. Pensando en ella se acordó de la letra de Jean Manuel Serrat, el cantante catalan.

*Recuerde usted antes de maldecirme,  
que tuvo usted la carne firme  
y un beso en la piel señora,  
yo soy ese por quien su hija...*

El día en que la mujer se enteró de que él era ateo y para colmo marxista le dio una pataleta de la que solo se recuperó porque era porfiada. Algo más de tres años y medio habían transcurrido desde entonces. Sin embargo la recordaba tal cual como cuando la aborreció con más ganas. Se abrió por fin la puerta. Le pareció que todo se parecía al teatro de lo absurdo. ¿Que hacía él allí? A primera vista dedujo que los años no le habían dejado mayores huellas a la mujer que ahora tenía ante sus ojos. Ella les quedó mirando, les escudriñaba con esos ojos que a él asociaba a los de un bicho raro. A veces eran verdes pero cambiaban con la misma facilidad con que lo hacían los reptiles de lengua larga y punta viscosa de Madagascar. Vieja camaleonte pensó. Seguía igual de tiesa y altanera, con esa insolencia tan propia de la gente proveniente de las capas de la burguesía. Les miraba de arriba a abajo sin decir ni pío. De mirada dura y una mueca endiablada en la comisura de los labios. Nadie le sacó de la cabeza que el muchacho que tenía al frente seguía interesado en su hija mayor. Era exactamente la actitud de costumbre.

- ¿Está Marcela?

La mujer vestida de negro y de ojos color indescriptible le quedó mirando como si siempre hubiese esperado ese momento. Guardó silencio al mismo tiempo que su vista se paseaba por los dos hombres que buscaban a su hija. Era evidente que no tenía idea del motivo de tan inesperada visita pero mantenía ante ellos una mezcla de orgullo y desconfianza. Que se creía, llegar ahora ahí a preguntar por Marcelita. Contemplaba esos ojos revueltos de mezcolanza verde y gris y percibió con toda claridad la disposición de ex suegra atrincherada en los rencores y recuerdos del pasado que para ella eran presente.

*Me está mirando pero es más bien su constante estado de ánimo desequilibrado. Para mi que siempre fue media ciega. Debe estar peor, pobre vieja, no tiene idea de que hago aquí acompañado de éste que está a mi lado...mejor porque si supiera no tendría nada de extraño que se lanzara a vociferar contra los marxistas. Que yo siempre le dije a Marcela que él era ateo y marxista pero no me quiso escuchar y se pusieron de novios a escondidas... Nada de raro que se acordase hasta de aquel encuentro surrealista en que los cuatro padres brindaron con champagne para celebrar el futuro de los novios dispares. Así habían sido las cosas. Mientras más nos habían dicho que no eramos el uno para el otro más se nos metió en la cabeza a ambos de que efectivamente era si. Capaz que salga con cualquier incongruencia, bueno si siempre fue media rara, para que me preocupo, total mientras mas leseras les diga más les enreda la película a los de la DINA.*

- ¡Marcela no vive aquí, está casada y tiene hijos!

Dejaron a la vieja plantada en el umbral de la casona y ambos se encaminaron nuevamente al Fiat estacionado a unos cuantos metros del lugar. No sabía que pensar, había conseguido engañar a la DINA, pero ahora volvía a la realidad.

- Vamos de nuevo - dijo el jefe del operativo - ustedes se quedan.

Dos de los agentes, un hombre y una mujer, volvieron a la puerta de la casona antigua. No se conformaban con eso de que Marcela no estaba. Pasaron los minutos, a él le resultaban interminables. Cuando los agentes volvieron al interior del auto les escuchó decir que la mujer estaba mintiendo. Comenzó a elucubrar ideas sobre lo que habría dicho su ex proyecto de suegra a los paranoicos que le tenían secuestrado. Qué le habían preguntado y que historias les contó ella no lo sabría nunca. Con todos los raptos dentro el auto partió a gran velocidad, pero él no percibía rumbos ni calles ni nada. Seguía como endiablado por los extraños ojos de camaleonte de la mujer. Que les había dicho a ellos?

Recordó la vez aquella, al principio, cuando llevaban algún tiempo juntos con Marcela, cuando le ayudó a la mujer de los ojos extraños a trasladar algunos muebles a la casona de

Echaurren. Debía juntarse con el dueño de una camioneta en las cercanías de la Plaza Italia. Cuando vio la camioneta le hizo gracia ver un cacharro tan destartado, pero lo cómico se hizo rápidamente humo. Iba sentado al lado del chofer y pudo observar que su acompañante era un hombre bordeando los 60. Sobre su cabeza cana lucía un gorro de cuero negro y una casaca café que también era de cuero. Fue esa mano derecha sobre el volante la que lo dejó completamente atónito. Nunca jamás se pudo sacar de la cabeza ese cuadro del capitán garfio salido de la realidad santiaguina.

Se alejaron con mucha más rapidez de la que habían llegado a Echaurren. De pronto quedaron atascados en el tráfico de la tarde en pleno corazón de Santiago. Supuso que tendrían que estar en el radio comprendido entre las calles de Teatinos por el Norte, Huérfanos por el Oeste, Monjitas por el Este y Mac-iver por el Sur. La cantidad de vehículos hacía difícil el avance, cada contrariedad aumentaba la irritación de los agentes de la DINA. Estaban fastidiados.

- ¡Ya pos...! ¿¡vai a coperar o no...si es por tu bien... que sacai con quearte callao...ya pos...es mejor que te acordis porque si no...!? ¿¡Te dai cuenta que la cagai!?... ¿¡Pa que te queai callao!? ¿Si nosotros igual vamo a saberlo too lo que te estamos preguntando. Pero tu lo único que hacis es perder tiempo...te vai a arrepentir...! ¿¡Ah no queris hablar!?... ¡Mira gueón, habla mejor y habla por la guena porque si no...ya sabis lo que te espera!... ¡Ah y no hacis caso...! Peor pa vo, igual vai a tener que hablar, pero con otros métos...¡A puros parrillazos... ya vai a ver!..

- Ya les dije que no se nada...

- ¡Otra vez con la misma huevía!...

El semáforo dio la luz amarilla. Por el costado derecho de la ventanilla miró los microbuses, las liebres verdes de los distintos recorridos que se encontraban recogiendo pasajeros a unos pocos metros de donde se encontraba el Fiat. Divisó pasajeros sentados. Quiso buscar una expresión de comprensión y compasión en sus miradas. Le miraron como a cualquier otro de los tantos que se hallaban sentados en los autos que esperaban el avance del tránsito en la Avda. Gral. Bernardo O`Higgins. Luz verde. Segundos antes de acelerar el auto recibió un violento golpe en el lado derecho del pecho, que no pensara otra cosa, solo querían recordarle lo que le esperaba cuando llegaran.. Volvió a su mente aquel siniestro lugar del camarote eléctrico con la venda sobre los ojos. A ratos se producía un silencio macabro que se prolongaba por los socavones de los sentimientos maltratados y de la resistencia a prueba de barbaridades.

Estaba oscureciendo en Santiago. Después de recorrer las arterias del centro de la capital se dirigieron a gran velocidad hacia el barrio alto, hacia Providencia. Miraba hacia afuera, el día se había ido sin prisa. Uno tras otro se fueron encendiendo los luminosos de neón. Las viviendas del barrio alto tenían una inconfundible semblanza de poder. Ayer las casitas del barrio alto de Victor Jara y en ese momento la semblanza de la opulencia. Los días de Victor Jara habían terminado en El Estadio Chile de Santiago, los suyos eran de un sombrío incierto. Dirigió su escasa visibilidad hacia los departamentos más próximos que destellaban como lucecitas de navidad. Luces de oscuridad y amarillo el cautiverio.

*Que mierda esta espera. Nunca me gustaron estas avenidas. Desde que comencé a tener uso de razón que sentí aversión por todo su significado, por lo que representan, por el abismante sello de clase que las separan del otro Chile. Los pobres del país no saben de cheques ni de cuentas bancarias ni de weekend ni de nada que no sea el ser marginales en la miseria. Los pobres se relacionan con el hambre y el quehacer permanente de cientos de miles de menores es el de mendigar. Es realmente penoso, hay una gran diferencia entre niños y niños, entre los de los ricos y los de los pobres. Ahora se acerca un uniformado de la*



*Escuela de cadetes, malditas sean las piruetas de los cadetes. No me había dado cuenta, la pareja que está en el auto que está adelante nos está mirando. De que sirve, nadie sabe quien soy, en que estoy ni hacia donde me llevan. Odio este lugar En algun lugar cercano vive Marcela, me pregunto donde. ¿Coventry? ¿Avda Apoquindo? ¿Avda. Alexander Fleming? ¿Almte. Soubllette? ¿Avda. Chesterton? ¿Gral. Blanche? ¿Sandro Boticelli? En ese tiempo era beata como le decía yo. Yo que se porqué se decía democratacristiana, que yo sepa nunca confesó fe cristiana. Si hasta competíamos en quien de los dos era más ateo que el otro.*

Por más esfuerzos que hacía no lograba verla en el rol de madre y de esposa. Rafaela también apareció en el mundo de los recuerdos. Era más menuda que su hermana mayor. Se diferenciaban en que ella era menos consciente y más pituquita. La volvió a ver por aquellas tardes en que la venía a buscar el barbón, el arquitecto del Volvo rojo. Había dejado de frecuentar las discotecas de Providencia y en su lugar solía juntarse a escondidas con ese tipo que rara vez abría la boca. En una oportunidad ella dejó entrever que él tipo era del MIR. Todo era como el mundo de los opuestos. El rubio de salon con la barbita bien cuidada y el ostracismo del mirista. Nunca se llevó bien con ninguno de los dos. Rafaela dejó al del Volvo y se quedó con el autista que apenas abría la boca. A partir de ese momento él tuvo mayor contacto con el mirista, ambos se encontraban en casa de las hermanas.

Y no había pasado mucho tiempo cuando se le dejó caer en casa una delegación del MIR llegada directamente de Cuba. El pololo de Rafaela y los recién llegados de la isla querían ganarlo para el MIR. Le glorificaron el Estado y la revolución de Lenin y sacaron a relucir casi todas las obras de Marx. En vano, no le convencieron de nada y les vio más bien como una pequeña secta fanática. Él no entendía de política ni menos de los clásicos del marxismo.

Al poco de haber empezado sus estudios secundarios Rafaela se vio inmersa en las luchas estudiantiles propias de ese marco superior de la lucha de clases. Fue de esos cambios abruptos. De ser media fascista de salón, aunque ella misma estaba inconsciente de ello, se convirtió de la noche a la mañana en una dirigente estudiantil del Frente de Estudiantes Revolucionarios. Nunca la vio durante el período álgido de la lucha de clases que conmocionó tan profundamente al país. Supo sin embargo, con posterioridad al golpe de estado de 1973, que había sido detenida por una de las ramas del ejército. ¿Que habían hecho con ella? ¿Qué relación tenía ahora con su hermana Marcela? Los agentes de la DINA que habían estado en la casa de Marcela volvieron. Me llegó al piguelo, se dijo a si mismo.

- ¡Estai mintiendo hueón!... ¡Ya vai a hablar conchetumaire!...

El ruido del motor le resultaba ensordecedor, pero quería aturdirse de ruidos y zumbidos de toda especie para obviar, aunque fuese fugázmente, lo que se avecinaba. Le aguardaba, y lo sabía muy bien, una violencia inconclusa. Bonita pérdida de tiempo que se han mandado, se dijo a si mismo.

No le mencionaron nada sobre el encuentro con su ex mujer. Intentó dibujar en el aire las piruetas en los rostros de sus captores, escuchando de los labios de esa mujer con rasgos parecidos a los de Lisa Minelli que efectivamente ella conocía al secuestrado. Que si, que había sido presidente del centro de alumnos, que habían trabajado juntos en una tienda de camisas perteneciente a unos árabes, que habían sido novios.

Le cautivaba la idea de poder visualizar sus labios gruesos diciendo ná que ver pos gallo... que claro que si, yo me llamo Marcela Paredes pero no me preguntis más po, yo no tengo ná que ver con él ni menos con los gallos del MIR. A esas alturas de la vida tendría que ocurrir un milagro para que Marcela se preocupase por su suerte. Con el ná que ver pos gallo saldaba viejas cuentas pendientes. No sabía si agradecer la existencia y el pasado político social de su ex novia o el hecho de que María Cristina Lopez Stewart hubiera adoptado el nombre político de Marcela. Gracias a la vida o no era un hecho del porte de un buque que ese nombre de

mujer le había sacado temporalmente del infierno del centro de torturas.

Había vuelto al punto inicial. La oscuridad era mucho más nítida. ¿O era acaso la simbología del siniestro y clandestino centro de torturas? Llevaba sobre los ojos nuevas cintas de scotch por lo que sólo percibía ver borrosamente contornos a su alrededor. Una vez más se rompió el silencio por la voz pastosa de una de las mujeres.

- ¡Por la buena o por la mala vai a hablar igual! - a lo que agregó - ¡así que no sacai ná con quedarte callado!...¿;Entendís!?...

Pero del silencio obstinado no lo sacaba a él nadie; ni las amenazas ni los golpes sin previo aviso. La exasperación de quienes le rodeaban en el Fiat era cada vez más agobiante. Mantenía su estado de ánimo y sólo le quedaba esperar. No supo de la frecuencia del tiempo con ellos. Un vacío inmenso se apoderó de su conciencia. Nuevamente el ruido del portón de fierro. A fuerza de empujones y con la ayuda de trastabillones se encontró caminando sobre las piedrecillas. Le detuvieron.

- ¡Toma, déjalo incomunicado y que no hable con nadie! ¡Ya le vamos a enseñar pa` que aprenda!...

Le pasaron de unas manos a otras y los nuevos guardias le dejaron caer una avalancha de golpes sin son ni ton. Golpes en la cabeza, en las costillas, en las piernas, golpizas y más golpes. Los que le habían maltratado se alejaron y sintió que otras manos le cogían de los brazos. Instintivamente trataba de caminar con pasos muy cortos por temor a chocar con lo invisible. El scotch, la oscuridad, la incertidumbre, la inseguridad de saberse ciego, inválido y dependiente del guardia tal o cual. Siempre cogido de un brazo le llevaron a un rincón en donde supuso había algo de luz. Una sala con dinos, pensó. Se mezclaron en el ambiente los reflejos mentales, el ruido de un televisor y el gatillar de armas automáticas. Al garabato de uno de los agentes le seguían las risotadas del resto. La sala apestaba a humo de cigarro. Se sentía indefenso ante el televisor y la presencia omnipotente del frío y la oscuridad de los ciegos.

- ¡Sácate el scotch, pero cuidao con abrir los ojos conchetumaire!

La presencia de un sujeto detrás de su espalda le llevó inmediatamente a poner todo el cuerpo en tensión. El segundo nudo en la nuca más fuerte que el primero. Le agarraron de un brazo y lo hicieron caminar a empujones. Caminaba inseguro y con temor a chocar con todo lo que hubiera por delante. Siempre asido del brazo derecho. Comenzó a sentir cada vez más frío y no era raro, ya se sentía el helado viento proveniente de la cordillera. Estaban cruzando por el medio del patio sembrado de arena gruesa. La brisa era fresca y mantenía en movimiento a las hojas de los árboles. Escuchó ruido de agua que corría cerca suyo sin saber que era el agua de una piscina cercana a un parque. De pronto tropezó con algo de madera. Con el pie derecho advirtió una escalera de madera de peldaños cortos y anchos. El guardia y él no cabían por lo que el primero le empujaba desde atrás. Un escalón, dos escalones, un golpe en la canilla, un escalón y los empujones, unos los empujones y otros los escalones. Uno detrás del otro. El guardia que iba tras suyo rompió el silencio.

- ¡Putá que es mala esta luz por la chucha! - dijo el guardia vestido de negro que iba detrás suyo.

*De que se queja el jetón si el que no ve nada y se va golpeando soy yo. Seguro que jamás escuchó que en tierra de ciegos el tuerto es rey. Si pudiera ver algo, esto de ir como los ciegos, a ciegas, ciegamente, sin ver... ni siquiera eso porque los ciegos ven a su manera, van armados de una luz innata parecida a las ondas electromagnéticas. Descubriendo lo oculto. Caminaba apoyado sobre las palmas de las manos sobre los escalones de madera. ¿Cuántos peldaños serán? Van en espiral, debo estar en el segundo o tercer piso. Que mierda.*

-¡Agáchate!

*Que me qué... que celda más rara. ¿A la altura del suelo? No me queda otra...En los circos y en diversas publicaciones había visto muchas veces esas jaulas con barrotes por donde entraban y salían los animales. Me duelen las rodillas, pero con las manos se avanza más rápido. El que viene detrás mío se quedó atrás... ¿Que será esto? Entró gateando y detrás de sus pies sintió un fuerte ruido. Casi me dio en los pies, la que lo parió.*

No sabía de que había llegado a uno de los lugares más temidos del país. A la Villa Grimaldi en José Arrieta. Peñalolen, estaba en la torre. Era una construcción de un par de metros cuadrados de base que terminaba en punta. Una escalera de caracol comunicaba a la torre, por el interior, con cuatro calabozos en donde el aislamiento era absoluto. La jaula a la que le habían metido a los empujones era en la práctica un nicho de mala muerte con una entrada de medio metro de alto. Tampoco sabía en ese momento que esos cajones estaban realmente destinados a los que la oficialidad de la DINA consideraba como los más peligrosos entre los presos. Medio muerto de frío y encogido sobre el áspero suelo de madera escuchó el taconear enfermante de los zapatos de uno de los guardias de turno. Todavía estaba algo inconsciente de su verdadero estado físico, quiso levantarse pero no pudo. Intentó probar hacia los costados pero la frustración fue la misma. Le tenían en su poder, se sentía mal.

*Tampoco, la misma cosa, no puedo. A lo mejor si estiro las piernas...no, no hay caso, no puedo. Esto debe ser un cajón chico, por eso que no puedo estirarme, todo intento por estirar las piernas termina chocando con las tablas. Encogido y con este dolor que me adormece los huesos. ¿Cuanto tiempo estaré aquí? Linda la hice...¿Que será de los que están afuera? La gente afuera... todo normal, con el toque de queda y el estado de excepción en que los milicos tienen al país mientras que yo...aquí estoy echado como un perrito...Aznavour se pregunta en la canción porqué a patadas tratarán a los perritos callejeros sin hogar, pero yo tenía hogar... bueno estaba en la casa de mi tía en Chillán...ahora estoy jodido. Linda la hice, no se van a demorar mucho en todo caso, pronto van a venir aquí... Me voy a levantar un poco la venda. No veo mucho pero por lo menos me siento mejor. Así que así funciona todo esto, a uno le detiene un grupo de civiles armados, lo secuestran, lo meten en un auto, le ponen scotch y unas gafas oscuras sobre los ojos...Ni los amigos lo reconocerían a uno. Y después la parrilla esa a la que me llevaron y luego aquí. Que cajón mas oscuro, no me queda otra que quedarme pegado al piso. Son duras estas tablas. Así, un poco más, para no tocar el piso con el brazo hinchado... ordenar las ideas es lo único que puedo hacer... ¿Y eso? ¿Quien se estará quejando? Parece venir de un cajón cercano al mío...*

En las Actas de la Tercera sesión de la Comisión Internacional de Investigaciones de los crímenes de la Junta Militar, en la ciudad de México, Angela Jeria declaró sobre la suerte corrida por su marido. La mujer del ex general de aviación Alberto Bachelet sabía lo de los gemidos y por ello constató: constantemente, especialmente en las noches, se oían los gritos, ahogados por toallas que, introducían en la boca de las mujeres y hombres torturados en que ellos llamaban "parrilla eléctrica". Se trata de un somier metálico en el que los detenidos son amarrados desnudos, piernas y manos abiertas y donde se les aplica electricidad por todas partes del cuerpo. La primera vez que oí los gritos creí que se trataba de perros o gatos heridos.

Ya no se escuchan los gritos. ¿Cuántos habrán allí? ¿Y éste lugar? Tengo que estar cerca de la cordillera... me duele todo el cuerpo... tengo frío... A ver si duermo un poco... ojalá que se demoren en volver... Tiempo. Tiempo. ¿Que será de Isabel? La recluté al partido en el colegio y siempre fue leal y eficiente. Fue ella la que confeccionó el gorro verde con la estrella roja. Es de pocas palabras, prudente, es una excelente militante. Pecosita tierna y decidida. Cuando me contó lo de los hermanos Peredo de la guerrilla boliviana me quedé de una pieza. Me sorprendió su humildad y su accionar certero. Espero que esté bien y que nunca

tenga que pasar por todo esto.

El silencio creciente volvió a apoderarse del poder. No escuchaba nada salvo el cuerpo semi adormecido por el dolor. Trató de acomodarse de distintas maneras sin conseguirlo, el más leve movimiento y el dolor se escurría por todos lados. Volvió a sentir los lamentos quejumbrosos de los calabozos continuos. Cuerpos aporreados, exhaustos por la fuerza de la corriente intermitente ofrecían en distintos cajones un aspecto lamentable. Sentía los huesos cada vez más entumecidos y el dolor agudizado. Se le ocurrió que se podía engañar a si mismo y olvidarse del dolor a los huesos y de la hinchazón de la piel. Lentamente sus manos palpaban las ranuras existentes entre las tablas. Todo devino como una bomba plagada de ideas desesperadas.

Recordó de pronto que en el pequeño bolsillo de perro de los blu jeans tenía un papel con el contacto y una dirección con la gente del MIR de Chillán. Se lo había dado Marco, su ex compañero de partido y alumno del colegio, dos horas antes de que lo detuviera la DINA. No estaba tranquilo sin hacer actividad política concreta y se moría de ganas por realizar acciones subversivas para joderle la vida a la dictadura militar. No lo habían detenido por su actividad política en la Universidad de Chile pero el que le encontrasen el papel con el punto de contacto de Chillán resultaba extremadamente peligroso. Sacó sin pensarlo más el papel y lo arrugó con la mano derecha que era la que menos le dolía. Comenzó a masticar apresuradamente, era la primera vez que lo hacía. Nunca antes había comido algo parecido, carecía de todo sabor y la tendencia del papel masticado era la de devolverse por la boca, no se parecía a ningún tipo de alimento. Al final se lo tragó como pastilla tranquilizante. Hubiera sido como un regalo de yapa para la DINA pensó. Se quedó con un sabor extraño en el paladar.

En Chillán el ejército ya había pulverizado a los principales focos de resistencia del MIR, pero él se había demostrado dispuesto a trabajar con el MIR en la zona de Ñuble. Sonaban todavía en sus oídos los relatos de su tía en Chillán. El bus raptado por los jóvenes del MIR, con destino hacia la cordillera... los reventaron sin misericordia, le dijo su tía una tarde.

De su estadía en Chillán había comenzado a concluir que era una ciudad sin retos políticos, sin vida. Las posibilidades de desarrollar cualquier actividad política eran mínimas. En un arranque de voluntarismo loco había convencido a su prima Patricia de hacer unos rayados a pocos metros de la Intendencia Regional. Ahora, allí en la oscuridad de la jaula, no le quedaba duda alguna de que había actuado en forma completamente irresponsable. Les habían descubierto dos soldados de los que tuvieron que huir desesperadamente. Arrancaron a tuestas y a locas, se escondieron detrás de los arbustos amparados por la complicidad de la noche y llegaron jadeantes a la casa. Se habían salvado.

En la Universidad le había sucedido algo similar. En las clases de derecho judicial, de legislación tributaria, de organización de empresa y de psicología laboral se le revolvía el estomago por no poder protestar airadamente contra tanta brutalidad institucionalizada. Pero fueron las clases de economía las que colmaron el vaso de la paciencia. Cuando apareció aquella profesora morena de vestir sencillo se quedó largamente pensando en el mutismo y el rencor de su mirada. Se le metió en los sesos el que esa profesora era distinta al resto. Era cierto que al profesor de matemáticas, miembro del partido comunista, ya lo habían pasado por la cárcel aunque ahora dictaba clases en la sede universitaria. Hacía clases y punto. Pero con la profesora de economía era distinto, no se trataba solamente de que era ostensiblemente más joven que el grueso del profesorado. Era extraordinariamente parca en palabras y jamás pudo ver en ella una mueca disimulada que se asemejase al de una sonrisa. Le cautivó esa mujer de la mirada helada. Le agradaba su actitud cortante y despectiva hacia los estudiantes y particularmente contra la manga de holgazanes hijitos de sus papas.

Dedicaba especial atención a las disertaciones de economía que ella hacía; en parte porque la economía era la base sustancial de todo el andamiaje social pero particularmente porque

buscaba en su voz un mensaje subversivo que nunca llegó. Estaba completamente convencido de que ambos gustaban de como marchaban las cosas en la clase. Partía de la base de que tanto ella como él gozaban al constatar la ignorancia y la mediocridad del resto de los estudiantes. Era precisamente en esos momentos cuando él alzaba su mano izquierda para dar las respuestas que en ella encontraban satisfacción. Eran cómplices silenciosos de una disputa política muy peculiar, era una manera sutil de enfrentarse al resto.

A la salida de la universidad la esperó en la esquina de la plaza que diagonalmente daba con el cuartel de oficiales del ejército. De allí salían los buses a la ciudad de Concepción. Intercambiaron parsimoniosamente las palabras del momento. Se burlaron de los otros y sin revelaciones mutuas charlaron sin embargo de política. Le pidió que no se expusiese innecesariamente, que el resto de los alumnos eran unos cuasi derechistas y buenos para nada, una juventud inconsciente y anciana de la cabeza, que no tenían remedio. Le aconsejó prudencia y ella se lo agradeció. Se despidieron con una sonrisa, copartícipes de un delito obligado, y con un nos vemos el Lunes. Nunca más le volvería a ver.

Ale sintió un ruido por lo que volvió rápidamente la venda sobre los ojos. Se parapetó pegándose con fuerza a las ásperas tablas del piso. Los tacos de los zapatos subían por la escalera de caracol. Se aseguró, tanteando con los dedos, de que la venda estuviera en su sitio y de que no estuviera suelta. Vienen para acá, seguro que soy yo - pensó. El ruido de los zapatos se detuvo frente a su cajón. Al abrirse la puerta escuchó una sonajera de madera seca.

- ¡Pa juera!

El grito provenía desde arriba y el fuerte tirón del brazo fue seguido por continuos empujones que le hicieron bajar mal equilibrado. Los empujones se hicieron más y más violentos convirtiéndose luego en golpes. Inseguro y a tientas dejó atrás los peldaños. Estaba extenuado y al mismo tiempo atónito. La primera voz que escuchó en ese lugar era la del ronco bruto y ahora le susurraban al oído. Se volvió a preguntar a si mismo si se estaba volviendo loco.

- Calma...no tengas miedo...cuidado...baja con cuidado...así...levanta el pie derecho...eso, así...¡bien!....despacio, despacio, así vas bien... ahora el izquierdo...así, sigue...

Todo lo consideraba como un mundo alucinante. Nunca antes había sentido una voz más oportuna. Dedujo por lo tanto que estaba junto a otros presos.

Claro que no veo nada...lento...no vaya a ser cosa que me caiga... Son varios, parece que vamos en fila. Sintió una mano sobre su hombro y otra que puso la suya en alguien que iba delante. Caminaban en fila. El que viene detrás mío hace lo mismo, no me suelta la camisa...Tengo frío...parece que hay gente que lleva más tiempo aquí. Cuidado, piedra...cuidado...piedra... Se avisaban unos a otros y siguieron caminando por un patio grande lleno de arena gruesa. Cuando se detuvo la marcha escuchó ruidos de platos y voces de mando.

- ¡Siéntense!

Que nos sentemos. ¿Donde habrá que sentarse?...a ver...ya, aquí es... hace frío, los pies se me están congelando. Y esos que están gritando, ¿quienes serán?...ah...son guardias. Son esos los que andan a garabato limpio. Alguien se está acercando...

- Toma.

Su voz es distinta. Un plato con comida. Me molesta la venda en los ojos, sólo puedo mirar hacia el suelo, bueno algo es algo. Oh, pescado con un puñado de arroz. No había pensado en que tenía tanta hambre, pero con los labios hinchados y deshidratados me cuesta tragar todo esto.

- ¿Cuándo caíste?

- Hoy, como a las tres y media.

- ¿De donde soy tu?

- De Santiago ¿y tu?

Al susurrar de las voces se sumaron risas en torno suyo, no tenían el sello sarcástico de las risotadas de los que estaban a cargo del lugar, eran risas amigas. No les podía ver pero la presencia de esa gente llegó como un alivio inesperado y reconfortante.

- ¡No, de que partido!

- Yo soy del MAPU.

- No te preocupis, nosotros somos miristas.

- ¿Cuanto tiempo llevan aquí?

- Depende, yo llevo tres meses, hay otros compañeros que llevan un mes o dos o más, también hay algunos que llevan semanas, días, en fin; hay de todo.

- ¿Oye y a ti, donde te encerraron primero?

- En una especie de cajón chico...tuve que subir por una escala de caracol...

- Ah, en la torre...

- ¿Torre?

- Si, así le llamamos nosotros, hay otros cajones que son más largos, no alcanzan a tener un metro por lado y donde tienes que estar todo el día y toda la noche. A veces hay compañeros que están ahí semanas enteras, a esos cajones nosotros les decimos las Casas Corvi y hay otros cajones un poco más amplios, les llamamos las Casas Chile.

Villa Grimaldi quedaba lejos del centro y era un lugar completamente secreto. Le pareció que los hombres con los que conversaba ya estaban acostumbrados a esas condiciones de trato. Se preguntaba como sería el lugar. La vieja casa patronal y las dependencias de la servidumbre tenían un largo corredor cerca del cual había un pequeño cuarto que hacía las veces de sala de guardia. En el pasado las dos salas de tortura habían cumplido las funciones de una cocina.

Las casas Corvi de las que le había hablado uno de los prisioneros eran nueve cajoneras en donde los detenidos sólo podían estar de pie independientemente del tiempo que estuviesen allí. Las Casas Chile comprendían trece cajones más amplios y estaban ubicados cerca del cuarto de detención de las mujeres. Y al lado de la celda de las mujeres había otro cuarto que la dirección de la DINA utilizaba para ablandar, con prebendas de distinto tipo, a quienes la tortura obligaba a colaborar. Allí abundaban los cigarrillos, los chocolates, las frutas y otras tentaciones similares. La ocurrencia y el sentido del arte dramático de los presos les llevó a denominar a Villa Grimaldi como el Palacio de la risa. Al lugar de tortura ubicado en la calle Londres, por donde habían pasado ya varios de ellos, le habían puesto anteriormente el nombre de Venda sexi, hacían así referencia a los abusos sexuales contra las prisioneras a los que estaban acostumbrados los agentes del lugar.

Voy a levantar un poquito la venda, no creo que se den cuenta, solo un poquito...que raro...se parece mucho a ella...y ese que está al lado...media pistolita que tiene...ah...cresta, se dió cuenta, metí las patas...

- ¡Bájate la venda! ¿¡Que me mirai!?... ¿¡Que no sabis que aquí no se puee mirar!?! ¡Ahora vai a ver... péguenle pa` que aprenda!

Quien mierda me mandaría a levantar la vista - se dijo mordiéndose los labios. En lugar de la paliza que le habían prometido un guardia cogió una manguera con agua. El agua helada

sobre su cuerpo contribuyó a entumecer aun más sus ya escalofriados huesos. Los efectos del agua chorreándole por la ropa le llevaron a la conclusión de que en adelante le tendría más respeto a la venda y a los matones que hacían de guardias. La descolorida camisa celeste y los blu jeans seguían goteando agua. Tenía frío, los otros presos no se quejaban del frío, estaban mejor abrigados. El prisionero que repartía los pocillos con comida se acercó y le puso en las manos un paletó a rayas de colores beige y café marrón, tenía discretas líneas blancas entre medio de ambos colores.

Colócate esto - le dijo el mirista en voz baja. El paletó era menudo y le costó bastante ponérselo. Era de mujer. Le molestaba más de lo que le abrigaba pero se sentía mejor y lo más importante, ya no se sentía solo. Gracias - fue lo único que atinó a decir. No dejaba de sorprenderse. Había comenzado a compenetrarse del mundo de lo desconocido.

Me queda chica pero no importa, peor sería si no la tuviera. ¿De quien será esta chaqueta? Ahora quizás para donde me llevan. Esto de no ver nada es lo que más me molesta... Si pudiera ver algo... ¿Adonde me llevarán ahora? Ya no me empujan tanto. Esto que está delante mío es... una pared de madera. Están esperando algo... y eso... ¿A quién le están preguntando?

- ¡Vos, cuando llegaste!

- Anoche jefe...

El guardia que había gritado al prisionero que se hallaba semi parado en el angosto calabozo cerró la puerta del cajón con un violento puntapié y volvió a poner el cerrojo. Le agarró nuevamente a él del brazo y abrió otro cajón.

- ¡Vos! ¿¡Cuándo llegaste!?

- Ayer en la mañana jefe...

Y se volvió a repetir el portazo anterior y también la patada a la puerta del cajón. Abrió luego la tercera puerta.

- ¿¡Cuantos días llevai!?

- Cinco ...

- ¿¡Como que "cinco" gueón!? ¿¡"Cinco" y que más!?

- Cinco días jefe...

- ¡Ah!... así si hijo de puta!

Para Ale era como un nuevo código penal, los cuidapresos, maltratapresos y torturapresos eran jefes y pobre de aquel prisionero que no terminara una respuesta sin el adjetivo calificativo de jefe. Sin la palabra mágica cualquiera se hacía acreedor a una paliza descomunal, un cachazo de pistola o a una soberana patada en las costillas.

- ¡Vos! ¿¡Cuándo llegaste!?

- El Sábado jefe...

- ¿¡Y vos conchetumaire, cuanto llevai!?

- Dos días jefe...

Este jetón continua pateando puertas por el corredor, el ruido de los tacones es insoportable. Parece que las celdas están todas ocupadas por gente recientemente detenida. No quieren dejarme con los demás... ¿Que irán a hacer?

Asido fuertemente del brazo y con nuevos empujones le llevaron a un nuevo cajón. Quedó solo en medio de la oscuridad del cajón. El gritapresos y pateapuertas terminó aparatadamente de poner cerrojo a la celda y se alejó luego taconeando por el corredor de cemento. Cada

taconazo desencadenaba ecos sordos que se perdían en el silencio expectante de las sombras dormidas de la noche. La venda sobre sus ojos constituía una tortura insoportable. Pensó que subiéndose la venda a la altura de la frente podría ver con mayor nitidez en medio de la oscuridad. Se había equivocado, todo seguía igual y no veía absolutamente nada, consiguió sin embargo una mayor seguridad en sí mismo. Para ambientarse mejor en el cajón estiró cuidadosamente sus brazos sobre la madera adyacente. Sus dedos fueron palpando el frío y helado armazón de metal. Eran catres, en ese momento recordó las palabras Casas Chile que había le mencionado uno de los presos. Palpó con la yema de los dedos, habían dos camarotes, cada uno con un delgado colchón y una frazada que olía a regimiento de ejército.

Volvió a sentir ese olor a encierro de regimiento que años atrás había experimentado en la ciudad de Calama, en el Norte del país. Los estudiantes habían alojado en el regimiento de Calama, eran piezas inmensas y durante la noche lo único que se sentía era el olor pestilente de las frazadas grises del ejército. Maldecía cada uno de los dolores que iban surgiendo en su cuerpo. Las distintas partes del esqueleto gritaban su propio dolor y no se iba a maldecir a sí mismo. Se quiso subir al camarote superior pero por el deplorable estado en el que se encontraba su cuerpo desistió del intento.

Tengo todo el cuerpo adolorido, las hinchazones, la carne adormecida...la espalda...ahí mismo, en los omóplatos, bajando por la columna vertebral, las muñecas sensibles al más leve contacto de la yema de los dedos hinchados. Corrientado. Mejor no me muevo y así me duele menos...que mierda...pensar que mañana van a seguir...a ver... veamos, lo importante es ordenar un poco las cosas...porque si no...si no puede...o tal vez si... a ver, a ver... claro, ahí está... claro... ¿Y esto?...me pasa a mí no más...bueno pero en todo caso...si no fuera por el hecho de haber sido detenido por el Carlos...

Se puso a pensar, memorizó, e intentó rigurizar el concepto del tiempo y continuó ordenando el desorden de las ideas hasta que el cansancio y el dolor apabullante le obligaron a quedarse dormido. Los animalitos mientras tanto mantenían una loca carrera sobre el techo del cajón. Procedían desde hace mucho tiempo del Asia. Voraces y perjudiciales. Se preguntaba a cada rato - el ruido lo había despertado - donde ponían ahora la cola los mamíferos roedores, ahora les sentía correr a tontas y a locas por el techo. Se sobresaltó por el ruido endemoniado de los ratones. Se preguntaba que hora era y pensó en su propio reloj.

Menos mal que antes de salir de casa se me ocurrió deshacerme del reloj, me lo habrían quitado tal como lo hicieron con el dinero y el carnet de identidad. Su cédula llevaba el número 6.051.904-8, no constaba en ella el número de inscripción de nacimiento hecho en Providencia el año 1952, pero sí que era soltero y estudiante. Ahora no tenía domicilio ni estado civil ni profesión ni nada; era un desaparecido.

*¿Que hora será? Ah...ese ruido del portón de fierro...y las cadenas...Anoche sonaron durante varias horas. Son ellos. Me tiene enfermo el ruido de esos malditos tacones...vienen hacia acá...quien estará gritando...y los ruidos en los cajones...Alguien viene pateando las puertas, vienen...mejor me subo rápido la venda, no vaya a ser cosa que... Que cresta, aquí en esta celda oscura... Es como si estuviera metamorfoseado por un amanecer nocturno de mañana clandestina.*

- ¡Pa juera! ¡Por aquí, una fila, rápido!

Sintió el abrir del cerrojo de su cajón y se aprestó a obedecer las ordenes del tipo que estaba delante suyo. Le gritaron que saliera y dio rápidamente un paso y medio. Luego le agarraron de un brazo y nuevamente estaba en fila india.

- ¡Tómense de los hombros!

Su mano en un hombro derecho y un brazo que por la espalda se depositó sobre su propio hombro derecho y como él comenzaron a caminar una veintena de otros presos. Movimientos



cortos de cada uno de los pies, un andar cortado por la incertidumbre de la ceguera mostraba un cuadro patético. Las dudas de los pasos. Caminar hacia el lado en que latía el corazón, torcer hacia la izquierda y seguir por la arena. Tomados por los brazos en un avance perplejo e irresoluto...con vacilación hacia la derecha. La derecha siempre fue considerada por la socialización del pensamiento por ser una idea conservadora propia de doctrinas reaccionarias. ¿Cuántos de los golpes recibidos le habían sido propinados con la mano derecha? Y se volvió a preguntar que tenía que ver la derecha con el derecho, con esas leyes y disposiciones a las que estaba sometida la sociedad de antes del golpe. Continuó lentamente, siempre hacia la derecha. Un botón de guerra, una fila de perdedores marcados por sucias vendas sobre los ojos. Caminaba con la cabeza hacia abajo buscando los talones de quien iba adelante. Caminando, imaginando que miraba. Lentamente sobre la arena inerte. La enmudecida fila humana giró una vez más a la derecha para comenzar a subir primero por una escalera de baldosas y después sobre el cemento. Con una inquietud muy lenta doblaron a la izquierda.

¡Alto!

Eran las seis de la madrugada. Se quedó inmerso pensando en la ausencia del sol. Dedujo que realmente nunca antes había pensado en lo inodoro del astro luminoso.

- ¡A ver...los que van a echar la corta a este lado, pasan primero porque se demoran menos. Después los de la larga. Ahí no, a este lado!

Corta, larga, ¿Lado? ¿Que lado? De que lado estará hablando. No veo nada. Que manera de gritar que tienen estos...Ellos están como yo, vendados, vienen detrás mío, van adelante de mi. Voy a preguntarle al que está adelante, bien bajito, no vaya a ser cosa que me pillen de nuevo...

- Oye, oye..oye...

Las colgadas por los pies deben ser jodidas, mejor me voy preparando el ánimo para lo que viene. Pero en todo caso no pierdo nada preguntando...

- Oye... oye...después de la parrilla...¿Que viene después?

- No se, yo no he estado allí todavía...

- Ah...ya...

Ahora no entiendo nada, a él todavía no lo pasan por la parrilla y yo a la espera de lo que viene... ¿Que será? ¿Peor? En todo caso si ya soporté los parrillazos del boquiabierto ese a lo mejor me aguanto una colgada. Se vio colgando con la cabeza hacia abajo, se vio junto a los mineros de la mina Siglo XX en Bolivia, con los rostros de pómulos sobresalientes apuntando hacia el suelo...

- ¡El que sigue!

*Ese soy yo, me toca entrar...mejor que entre con los brazos y las manos hacia adelante...espero que sea para este lado...*

Había preferido mear porque tomaba menos tiempo y mientras menos tiempo demorase menos razón había para que le machucaran la cabeza a fierrazos. Caminaba con los brazos adelante. Dentro del excusado se sacó la venda. El estar de pronto ahí y poder ver era toda una vivencia para él, era extremadamente pequeño. En el centro de la pequeña sala había un excusado y a su izquierda un lavamanos chico y amarillento por lo ido del tiempo. Había una cantidad impresionante de papel de diario en desorden tirado por el piso. De la llave caían algunas gotas de agua. Con las gotas que salían de la llave se mojó la cara y frotó los ojos cansados de oscuridad. Juntó ambas manos y tomó tanta agua como pudo en un intento de saciar la necesidad de la sed. Volvió la venda al sitio de costumbre y cuando salía del cuarto recordó que al sacarse la venda no había visto el color del trapo que tanto lo atormentaba.

Avanzó lentamente hasta que alguien le puso nuevamente detrás de sus compañeros de prisión.

Todo era un devenir de gritos en la Villa Grimaldi. De vuelta a las celdas tal como llegaron, uno tras otro, al frente del tren de los vendados los guardias se ponían cada vez más histéricos. Gritos porque si y gritos porque no, un golpe por si se quedan atrás, golpes por si no lo hacen, golpes por si acaso y golpes por el placer perverso de golpear. Gritos y culatazos por los pequeños tropiezos. Los presos se comenzaron a convencer que les castigaban por la inercia del sadismo. Escorpiones pensó - y se hicieron presentes las imágenes de una máquina de tormento utilizada en la edad antigua. Creyó ver unas cadenas medievales terminadas por garfios que eran muy similares a la cola del escorpión.

Una vez más se levantaba la venda, se sentía más tranquilo aunque tan solo fuera un espejismo en la oscuridad tortuosa. Agudizó el oído a la espera de lo desconocido y las horas fueron pasando. Escuchó el taconear característico de uno de los guardias y el ruido del cercano portón de fierro. Escuchaba también los motores de autos encendidos en el patio cubierto de arena y un rumor de voces acercándose. Ruidos, silencio y espera inconclusa. No lo pensó dos veces y se subió rápidamente la venda sobre los ojos. Cada vez que alguien abría las puertas de los cajones se hacía evidente la ausencia de las bisagras aceitadas. No pensó en la posibilidad real de que los militares nunca tuvieron tiempo de aceitar nada porque el lugar fue construido de un día para otro. Al abrirse la puerta pudo percibir un poco de luz exterior y al mismo tiempo un brazo que dejó en el suelo una lata de aluminio. Esperó a que volviese el silencio.

Mierda me quemé, esto huele a té...no tiene azúcar... No tiene sabor pero da igual.

- ¡Ya, a tomarse el café en uno, dos, tres tiempos, apúrense! ¿¡Ya listo!? ¡Adentro, que se demoran tanto!

Como grita el infeliz. Eso de entrar es para los que están afuera de las celdas. Quien será el que me pidió el tiesto... porque no gritó... Cerraron...que estarán diciendo...ah...están cambiando guardias...¿Y eso? Le van pegando patadas a las puertas...

- ¡Veinte veinte y seis!

- ¡Aquí jefe!

- ¡Veinte veinte y cuatro!

- ¡Aquí jefe!

Jefe, jefe y jefe...jefe. Aquí están todos trastocados. Como les gusta escuchar el mote de jefe a los desquiciados. Habrá que decirle jefe al que viene pateando las puertas, no me queda otra... Pero yo no tengo número, nadie me ha dicho nada...¿Que le voy a decir yo? No le puedo inventar un número porque me matan a culatazos...¿Que les digo?...

- ¡Veinte veinte y ocho!

- ¡Aquí jefe!

- ¡Veintiuno veintidos!

- ¡Aquí jefe!

- ¿¡Aquí...quién está!?

- ¡Dos mil cientoveintiuno jefe!

- ¿¡Como, a ver, como dijiste!?

- ¡O sea veinte y uno veinte y uno jefe!

- Ah ya... ¡puta la guevía!

Se está acercando, ahora me toca a mí...y yo sin número....pero yo...Se está acercando... Si no le digo nada seguro que me revientan...

- ¡Número!

- ¡No tengo número jefe!

Por primera vez se escuchó a sí mismo decir la palabra jefe y no lo podía creer, no le parecía cierto. Los únicos jefes que había tenido eran dos. Uno era el árabe dueño de Incazar, la fábrica y tiendas de camisas en la que había trabajado hacía algunos veranos atrás. El otro había sido un compañero de partido y encargado de contabilidad y ahí se había alterado el orden de las cosas. El jefe de contabilidad dependía en la práctica políticamente de él. Pero se resistía a considerar como jefes a los que ahora custodiaban los cajones; no constituían otra cosa, según él, que un desaliñado grupo de asesinos amparados por el estado de sitio. Toda esa vivencia era propia del mundo del teatro de lo absurdo. Pero lo absurdo se transformaba ahora en un código de preso aferrándose a la vida.

- Ah ya...¡tenis que esperar!

- ¡Bueno jefe!

- ¡En esta otra, número!

- ¡Veintiuno veintisiete jefe!

- ¡En la diez, número!

- ¡Aquí, número!...

Ale había perdido la cuenta de cuantas personas se hallaban en los cajones y ya no oía los gritos pidiendo números ni de las respuestas de los detenidos. Sintió por enésima vez el sonar de los tacones de los guardias. Había una idea fija en su mente, se autotorturaba pensando en lo que le esperaba. No saber lo que vendría al día anterior. En el patio exterior a los cajones se escuchaba con toda claridad el ruido de vehículos que llegaban y partían. Motores. Pasos. La cadena del portón de hierro, los pasos que se fueron acercando... El retumbar de los tacos de bota se detuvieron frente a su celda y en los oídos zumbaba el ruido del cerrojo y las bisagras sin grasa. La puerta se abrió violentamente. Sintió la frente congelada y por un instante no tuvo noción de la venda sobre los ojos.

- ¿¡Alejandro Fuentes!?

- ¡Si jefe!

- ¡Vamos!

Se escuchó decir a sí mismo la odiada palabra y en el mismo instante pensó que era increíble. Le agarraron con fuerza del brazo derecho. Le hicieron caminar a los empujones. Por sus pasos inciertos y cautelosos impulsados por el temor de chocar con lo desconocido sintió que era lo mismo que chocar con toda la realidad inmaterial. Una situación traumática fue acumulándose de forma irreversible, el ir y venir o tan solo el hecho de estar parado como los ciegos en medio de esa incertidumbre colosal le tenía inmerso en un efectivo mundo de terror.

*Hasta aquí me llegó la tranquilidad...bueno de todas maneras tenía que suceder...¿A donde me llevarán ahora? Nunca me había imaginado que algún día me vería caminando a las zancadillas por todas partes...y la venda en los ojos... Los nudos en la nuca están demasiado apretados...si pudiera sacarme esta tira...¿Y ahora? Parece que estoy en un cuarto más grande... Aquí hay movimiento, voces de mujeres y ruido de máquinas de escribir. Es un clima diametralmente distinto al de los guardias. El teclear de las máquinas de escribir sonaban en los oídos como a reflejos de civilización.*

- ¡Siéntate!

- ¡Vai a tener que hablar claro! ¿¡Estamos!?... ¡Porque si no!...

- Si jefe.

¿Cuántos serán los que están a mi alrededor? ¿Quiénes me están mirando? ¿Quiénes están detrás mío? Y por los costados. Mierda, esto de no poder ver y prevenirme de golpes que van y vienen... de los que creo venir y de los que me quedo esperando sin sentirlos...

Estaba todavía estupefacto por el sórdido ruido de las máquinas de escribir. Estaba inmerso en el reino de las amenazas cuando los del interrogatorio se le fueron encima. Las preguntas. Todas ellas seguían un estricto orden cronológico. Preguntar, preguntar que el mundo se va a acabar. No trataba de explicarse como era capaz de responder ordenando al mismo tiempo todas y cada unas de las ideas que fueron surgiendo. Volver a pensarlas y replantearlas en un caótico mundo al interior del centro nervioso del cerebro. Pregunta. Pensamiento. Respuesta. Insistencia. Pensaba. Respuesta. Con insistencia gritando. Pensaba. Respuesta. Gritando. Hablando. Hablando y no hablando. Preguntando. Creyó que miraba. Que sí. Que no. Respuesta. Preguntando. Insistencia. Preguntando. Silencio hablado. Diciendo sin decir. Preguntando. Pensando. Repensando. Planteando. Diciendo no diciendo. Preguntando. Preguntando. Preguntando y preguntando. Pensando. Hablando. Pensando. Hablando. Pensando. Interrogando. Interrogando. Pensando. Hablando. Respuesta. Insistencia.

- ¿¡Cual es tu NP!?

Nunca antes había escuchado las siglas NP. Raro eso del NP. ¿Como responder a algo de lo que no tenía ni la más remota idea? Que el NP aquí y que el NP allá. Cual era su NP, esa era la cuestión. Cual es tu NP, cual es tu, cual es, cual...NP, NP, NP...

- ¿¡Así que no sabís lo que es el NP!? ¿¡Nos querís tomar el pelo o te estay haciendo el listo!? ¿¡Que no sabís conchetumaire que el NP es tu nombre político!?

Aturdido como estaba no había pensado en lo de un nombre político y por lo demás no tenía en ese momento ningún nombre político. Le apremiaban por dos sílabas sin sentido. Se empecinó en tratar de convencer al grupo que le atormentaba que él no tenía ningún nombre político, que no tenía idea de que le hablaban porque él no entendía de esas cosas. Si hubieran podido penetrar en sus pensamientos podrían haber descubierto que tenía ganas de decirles: cabreense con lo del NP porque están fuera de tiesto.

Intuyó por rebeldía, aunque más que nada por el dolor, que mientras más ligazón hubiera entre trabajo político clandestino y su persona más difícil se haría el infierno en el que se encontraba. Situación precaria la suya. En adelante se esforzaría endemoniadamente por desligarse de todo aquello que le vinculara de uno u otro modo a la jerga de la clandestinidad. Nada de puntos, nada de puntos de rescate, nada de barretines y por sobre todo nada que lo ligara como simpatizante o activista del MIR. Se preparó mentalmente para entrar a la clandestinidad. La Iglesia Católica le había inculcado que la mentira era un pecado venial, pero la mentira ahora era un seguro de vida, una virtud anticlerical. Sabían bastante de él y ese era el único marco de referencia que se permitía a si mismo, era su punto de partida y su punto final. Se auto convenció muy bien de algo que no era cierto, no había trabajado como activista político en el frente campesino del partido.

- No jefe, yo solamente llevaba la contabilidad...

Se auto obligó a olvidarse de sus actividades proselitistas en la Confederación Campesinos al Poder. Desde ese momento rescató del pasado el ex nombre de la Federación de Campesinos, Eduardo Frei Montalva, y se esforzó al máximo para que le vieran con una áurea de cristiano inocente por la vida. Frei había sido el representante político de la Democracia Cristiana y el elegido preferido de Washington en las elecciones presidenciales de 1964.

El carnicero de la esquina de su casa también se había enrolado a las filas de la DC. Se decía en el sector que esperaba prebendas de Dualde quien aspiraba al puesto de alcalde en la Municipalidad de Conchalí. Luchito, como le decían las clientas al gordo del carnicero, regalaba carteles de Frei entre la venta de chuletas, cazuela, carne molida a cuanta mujer que se aparecía en el boliche. Guacolda llegó en una oportunidad a su casa con una cantidad exagerada de carteles de Frei. Los carteles eran de un metro y treinta centímetros de largo y un metro de ancho. Se quedó recordando a Frei, al narigón Frei, como le decía la gente. Las letras rojas F R E I sobre el fondo gris y ribete blanco. Se sugirió ahí mismo la idea de que él era en realidad una especie de partidario de la Democracia Cristiana. Una mentira más, una mentira menos, el fin justifica los medios - se decía a si mismo. Se intentó auto convencer de que era democratacristiano.

Que cuales autos le había descrito a él Carlos, que marcas de auto y que cuando. Que no, que nada, que puras cosas en general, que Carlos nunca dijo nada, que sólo quería aspavear y dárseles de capo. Que tenía la impresión de que andaba medio mal, decía cosas sin sentido, medio incoherente...

- ¡Oye gueón si eso no es lo que dice el negro, el dice otra cosa!

- Pero es cierto jefe...si no me creen pueden traer al negro y así se dan cuenta de quién es el que está diciendo la verdad...

No alcanzó a prever los verdaderos peligros que encerraba su insólita propuesta. ¿Y si se les ocurría traer al ex vicepresidente del centro de alumnos del colegio? ¿Como actuaría Carlos Carrasco frente a ese interrogatorio tan peculiar? ¿Soportaría Carlos un careo agresivo con su ex compañero de partido? ¿Como actuaría entre la versión inofensiva de su ex amigo y la histeria de verdad de los oficiales de la DINA? ¿Soltaría el habla? Pensaba en la figura inerme y aterrorizada de Carlos. Diría delante de todos ellos que si... que le había hecho un informe de todo eso... de como se cagaban de miedo los generales y oficiales cuando él les mostraba la tarjeta de la DINA, de las descripciones de los torturados tirados sobre los banquillos de arena; inertes por la bestial acción de la tortura...y que había que ver como se las aguantaban en el potro. Que a las compañeras las trataba bien porque le daba lástima verlas así, violadas, maltratadas... que les daba ánimo porque ninguno de los otros les podía escuchar, que había descrito las distintas marcas de auto de los grupos operativos de la DINA... y ni que hablar de la infiltración del sujeto argentino en el MIR... que por intermedio de Ale había puesto sobre aviso al MIR por donde caería la represión de la DINA en tal y cual período... que había sido guardia personal de Pinochet en la casa privada del dictador...que había comentado eso de que podía pasar a la historia si quería porque Pinochet pasaba casi todos los días por su lado, que era cuestión de apuntar con la metralleta y chao pescado...que al principio Ale no le exigía nada, que si hablaba lo hacía por una necesidad propia que le venía de no sabía donde pero de muy adentro... que decía de un cuanto hay sin que le preguntaran nada, pero que después le pidieron que colaborara... Y que si, que lo había hecho en un momento de confusión y debilidad...

No le hicieron caso. No lo carearon nunca con Mauro como se le conocía a Carlos en la DINA. Y métale más interrogatorio. Que casas frecuentaba, y los puntos, los contactos, que donde y que cuando. Le preguntaron a tontas y a locas, sin brújula. Así fue ganando más tiempo... más tiempo... tiempo... No tenía idea de cuanto tiempo había transcurrido. Al final de cuentas los mini periódicos microfilmados de su partido no habían sido en vano. Se grabó como su propio nombre que el ganar tiempo era parte del ABC ante la eventualidad de la tortura. Estaba tenso y con todo el cuerpo a la espera de más y más golpes. Se imaginó la existencia misma sin principio ni fin.

- ¿¡Porqué te quisiste arrancar!?

Escuchó la pregunta que le estaban haciendo y recordó que cuando lo llevaban en el Fiat el oficial rubio había bajado a Mauro del vehículo. No se decidía bien si pensar en su ex camarada con el apodo de Mauro o en su nombre verdadero. Al fin de cabos fue como agente de la DINA que le había entregado a sus perseguidores. Recordó que el rubio lo había criticado gesticulando con los brazos al aire, que le había enrostrado no sabía que cosa porque del interior del auto no escuchó lo que dijo el negro. Pero ahora si, estaba más claro que el agua. Su amigo de otrora no soportaba ya la más mínima presión y en ese preciso momento, cuando le habían bajado del auto, explicó lo de la demora en salir de la casa de la Palmilla. No les contó lo de la propuesta de Ale en el sentido de arrancarse juntos. Sólo mencionó que Ale había intentado fugarse de su casa pero que finalmente le convenció de que le acompañase. Era la prueba de su lealtad al régimen imperante de cosas. Mauro estaba deshecho psíquicamente y no vaciló en hablar más allá de lo estrictamente necesario. Además pensó en que lo había hecho sin que hubiese habido tortura de por medio. Pero por otro lado comprendió perfectamente; Mauro había sido desmantelado mentalmente, un torturado permanente por el solo hecho de habere convertido en una dicotomía inédita y disparatada.

Una fuerza demoledora le aturdió casi por completo, sintió el golpe en la armadura del cuello, le siguieron los puñetazos en los huesos de la caja torácica. Con la respiración entrecortada se hacía cada vez más difícil recibir golpes que no sabía de donde venían. Cuando endurecía y ponía en tensión la costilla derecha le caían sobre la izquierda. Otro golpe y más golpes. El tecleo de las máquinas de escribir constituía un cuadro surrealista y los golpes resultaban una pesadilla interminable. Escuchó que en el mismo cuarto interrogaban a una mujer joven.

- ¡Copera pos caura, queremos nombres, casas, puntos!...tu sabis...si cooperai... no vai a tener mas problemas, no te van a parrillar más...

Sintió un odio profundo, experimentó como la ira lo estaba invadiendo. Se olvidó por un momento del dolor propio y se preocupó del ajeno. Escuchó un sonido inarticulado proveniente de alguien que ingresaba a la sala de interrogatorios.

- ¿¡Está cooperando la cabra!?

- ¡Todavía no, pero cuando termine te la paso pa que te la poai echar al pecho!

*No se como te llamas, no tiene importancia en este momento. Quiero hablarte, quiero que escuches mi grito de alerta. Te invito en este lugar de heridos de muerte a que juntos edifiquemos arquitecturas de palabras muertas, de sentidos inciertos, de coberturas probables, de encuentros invisibles y de citas que no existen... de todas aquellas cosas que no hacen a las esenciales. Tu presencia postrada y la mirada en el futuro, ahora, en este instante... Quisiera poder estar a tu lado y ofrecerte mi cuerpo adormecido por el dolor. Que vuelen mis ojos a encontrarse con los tuyos, quisiera poder posar mis manos donde te han denigrado. Juntar en nosotros todos los cuerpos doloridos y los que ya no podrán volver a levantarse. Quiero. Quier estar a tu lado para aminorar la impotencia de no poder cambiar el estado calamitoso del comienzo al fin. Disminuir de alguna manera la violencia del maltrato que me hace sentirme como un desvanecido soñando en vano. Me habla despacio, como un tío mayor que da consejos a un sobrino descarriado. Que no sea tonto, que es mejor que hable. Y claro, y a quien le va a gustar eso de recibir paliza tras paliza... Me quieren quebrar, no te preocupes, pienso en ti.*

Era como una diabólica obra de teatro, una pieza espeluznante entre el bueno y el malo por un lado y él, como público diezmado por la incertidumbre por el otro. De alguna manera el suyo era el rol de público que podía intervenir para decidir en parte el desenlace de la obra. El malo estaba al lado de la parrilla y no soltaba la mano de la manivela, estaba prácticamente desvanecido al lado de la silla, asfixiado por todos los golpes a mansalva. Le reconoció

después de todo a su yo que el que hacía de bueno era menos salvaje que el badulaque de la corriente eléctrica o el de los puñetazos relámpagos. Había que estar en su pellejo para comprender que el bueno era malo y que el malo era un cabrón experto en el maltrato. Teatro de lo absurdo o no pero se parecía a las elecciones generales en las que los de abajo, los sometidos de siempre, asumían sumisos el rol de electores entre la peste y la cólera. La repartición de los roles y particularmente la actuación del bueno la experimentaba como un pequeño oasis de paz. Pero para que no se olvidase de que los sueños eran sueños y la realidad realidad el malo seguía botado a malo mientras el bueno hacía voto por el mutis. Los golpes se convertían así en un descenso tormentoso.

Ese puñetazo me dolió más que el resto...es que estoy cansado, fatigado, débil...en cualquier momento me caigo de la silla... esta oscuridad... siento que todo me está dando vueltas...todo gira...estoy mareado y este sentimiento de nauseas...me voy a caer, me voy a caer...tengo que aguantar como sea...si me caigo de la silla me levantan a patadas en la cara y sobre el cuerpo...no, en el suelo no...no...  
- ¡Estai mintiendo... más parrilla!

Todo el tiempo que le tuvieron allí le evaporó la noción de las cosas, le atomizó la conciencia. Estaba hecho un convaleciente, sentía un profundo dolor que afectaba fundamentalmente al sentido de la razón. Le volvían a trasladar, caminaba hacia la oscuridad de la celda en donde anidaba la tragedia de la soledad. El guardia que le empujaba lo dejó en manos de otro guardia que a ratos le empujaba y a ratos le golpeaba la cabeza. No había en el guardia ningún tipo de repulsa ideológica. El ámbito criminal, delictual del que provenía y la escuela de los oficiales de la DINA le habían extirpado todo rasgo de humanismo y ahora estaba convertido en un analfabeto humano, en un atrofiado mental adicto al calvario del hombre por el hombre.

- ¡ No vai a salir vivo de aquí conchetumaire!

Sabía perfectamente que esa amenaza de muerte provenía de la profunda convicción que tenían los guardias. Uno de ellos había caído en desgracia y el culpable tenía que pagarlo con su propia vida. Después de dar un golpe a la puerta el guardia se alejó de la celda recalcando en el suelo el poder de sus botas. Lo primero que hizo dentro del cajón fue sacarse la venda. Sentía una enorme tranquilidad espiritual cuando lo hacía. Pasaron muchas horas. No pensaba tanto en la paliza recibida o en la amenaza de muerte del guardia iracundo. Todo le resultaba muy confuso, terriblemente lejano. El tiempo se había embrutecido y una calma siniestra envejecía con los segundos y en cada uno de los segundos un dolor en silencio abortaba esperanzas infinitas.

Las horas siguieron pasando. Cuando sintió el ruido de tacones de alguien que se acercaba nuevamente al cajón se apoderó de él la tensión y el temor. Se cercioró de que la venda estuviese bien puesta y de que no veía nada. La oscuridad era total. Le tiraron de un brazo y se lo llevaron por un corredor y le empujaron al interior de una celda. Se llevó una sorpresa inmensa y le costó mucho entender. No estaba solo y escuchó las voces de otros presos que estaban en el mismo lugar. Que se sacara la venda le dijeron, que se acostumbraría a la oscuridad, que no se preocupara, que estaba entre compañeros. Se subió lentamente la venda pero no conseguía ver nada, siguió un largo rato como enceguecido a pesar de haberse sacado el trapo de los ojos. Los otros presos le dieron la bienvenida, estaban contentos de tener a alguien nuevo con quien conversar. Algunos de ellos llevaban ahí algunos días mientras que otros habían permanecido varias semanas en los cajones.

#### 4

Los hábitos eran diariamente los mismos. Subir y bajar las vendas, que si jefe, que no jefe, el

café aguachento en el tarro de lata, el trozo de pan duro, la fila india para ir al baño a las seis de la mañana, la oscuridad y una espera de nunca acabar. En una de esas salidas al baño por la mañana se quedó casi sin poder respirar. La salida fue hecha en fila india como de costumbre. Estaba vendado y con el brazo derecho sobre el hombro de otro de los detenidos cuando de repente escuchó un ruido especial sobre la arena. Los guardias detuvieron la fila india y el ruido metálico se hizo más claro. Permaneció allí parado y fue entonces cuando pudo visualizar la pierna engrillada. A su lado tenían a Mauro, llevaba una pelota de acero y una cadena amarrada a la pierna izquierda. Lo tenían encadenado con grillos. No era una idea descabellada ni estaba soñando. Quedó perplejo, era un sentimiento de incredulidad frente a algo que era cierto. Podía concebir la idea de que tuvieran a Mauro detenido en ese lugar, tenía lógica después de todo. Pero estaba estupefacto porque no le entraba en la cabeza que en pleno 1975 se usasen los mismos y salvajes métodos represivos que hacía cientos de años atrás se habían utilizado para con los esclavos traídos del continente africano. No lo podía creer pero era tan evidente que no dejaba lugar a dudas. La fila india continuó su paso y ya no pudo sentir la pierna del engrillado arrastrando las cadenas por la arena.

Ale no podía dejar de pensar en Mauro pero sentía un alivio indescriptible al saberse en compañía de otros presos. Ahora podía conversar con otros desafortunados. Todas las conversaciones versaban sobre lo mismo. Los días de detención, el lugar y el horario de la misma, el tipo de tortura. Allí se enteró por primera vez del lugar donde se encontraba. Estaban, según los otros detenidos, cerca del Aeródromo Tobalaba ubicado en los alrededores de la comuna Peñalolen. Supo que se escuchaba el ruido de las avionetas al despegar y aterrizar. Los presos, los jefes, las vendas, la villa, los cajones y la DINA le estaban violentando todo el aparato conceptual.

Adquirió más fuerza en él la dicotomía de que lo imaginario era macabro, real y normal y que lo normal era una irrealidad dictatorial. Sin embargo se sentía abrigado por la solidaridad de esos desaparecidos en vida. No supo con certeza quien comenzó pero de pronto se encontró en la celda, con otros cuatro prisioneros, cantando la Internacional. Cantaban bajito y a la Internacional le siguieron otras canciones de la guerra civil española, de Victor Jara, de Intillimani... En 1973, durante el gobierno del Frente Popular del presidente Salvador Allende, le había pasado lo mismo.

Durante una reunión con los representantes elegidos de la comuna de Conchali se enteró que él y sus compañeros eran requeridos en una bodega en las cercanías de la calle Independencia. Gente de las Juventudes Comunistas habían detectado un gran acaparamiento de aceite. Eran los tiempos del caos. La derecha estaba a la ofensiva en todos los frentes del ámbito político, económico, social y militar. Los partidos que conformaban la coalición de gobierno estaban prácticamente paralizados y el gobierno buscaba a toda costa un acuerdo conciliatorio con la Democracia Cristiana. Los comentaristas políticos lo llamaban compromiso histórico pero todos sabían o por lo menos presumían que eso era una suerte de misión imposible.

Aumentar la producción es hacer la revolución decían Tanto el presidente Allende como el Partido Comunista y los trabajadores aumentaban y aumentaban la producción. Sin embargo la gran mayoría de las mercaderías y productos nunca vieron la luz del día. Por lo menos nunca las vio el grueso de la población. El monopolio de la distribución del sistema capitalista imperante estaba prácticamente intacto, en manos de magnates de muy poco apego por el bienestar social. La ley imperante era la del mercado negro. Eran implacables e interminables las colas para conseguir medio quilo de pan, un paquete de detergente o una cajetilla de cigarrillos. Y del pollo y la carne ni que hablar; brillaban por su ausencia.

Al dueño de la bodega de aceite lo habían pillado con las manos en la masa. Los barriles de aceite estaban apilados unos sobre otros. Los miembros de la JJCC no sabían que hacer con



tanto aceite ni tampoco que medidas adoptar contra el dueño de la bodega. Por eso alguien había llamado apresuradamente a los jóvenes de la JAP de La Palmilla. Llegaron allí como mosqueteros, con esa fuerza impetuosa tan propia de la juventud. Ramón, el del pelo tieso como los clavos del carpintero, era estudiante de ingeniería y militante del MIR. Edgardo, el rubio de los ojos azules, del PCR y él del MAPU. Los tres eran de esa generación que se había convencido que había que limpiar la vida de todo mal.

De la nada y en un dos por tres lo organizaron todo. Una camioneta y un megáfono para avisarle a todas las dueñas de casa del sector que había que ir a buscar aceite. Y montar guardia para que no saliera nadie de la bodega. Pero no se detuvieron a pensar en un problema que finalmente les llevó al cuartel de policía.

Los pobladores llegaban de todas partes. La cola creció en forma fulminante y estaba compuesta fundamentalmente por mujeres y niños. La camioneta y los que llevaban el megáfono se desgañitaron haciendo lo que tenían hacer.

- ¡Señora pobladora, ahí están, esos son los que acaparan la producción, venga a buscar el aceite que los momios tenían acaparado!

Alguien llevó la noticia a la radio y lo del aceite acaparado se esparció como un reguero de pólvora por toda la zona norte de la comuna de Conchalí. La cola adquirió tal magnitud que lo único a lo que atinaron ellos fue a tratar de poner un poco de orden en el desorden general.

- ¡No se apretujen compañeros porque a todos les va a tocar, hay aceite para todos!

Las viejitas y las dueñas de casa venidas de todos los lugares imaginables traían botellas, chucas y cacerolas. La movilización era un hecho consumado. Se habían movilizado y estaban todas convencidas de que no se irían de allí sin aceite y la cola fue creciendo hasta doblar por la vuelta de la próxima esquina y siguió creciendo. De las micros Ovalle Negrete salían más y más señoras de todas las edades, todas ellas al encuentro del aceite de cocina. Los carabineros del sector tuvieron que mandar una furgoneta y ellos también quisieron poner orden pero fue imposible porque el enredo era enorme entre las pobladoras.

En medio de la algarabía se le ocurrió a Ramón que había que hacer una arenga revolucionaria. Ramón era por lo general tranquilo, en las reuniones de la JAP acostumbraba a sacar las raíces cuadradas de los datos estadísticos que habían sacado del censo poblacional que ellos mismos habían realizado. A todo el mundo le correspondía una tarjeta de abastecimiento de acuerdo a la cantidad de miembros que tuviese el núcleo familiar. La distribución de lo poco y nada que llegaba de la central de la comuna tenía que ser pareja para todos. Ramón se encaramó sobre las espaldas de Ale y comenzó su arenga.

- ¡Esos son, los pulpos y momios acaparadores que tienen hambreado al pueblo. Son los mismos que acaparan día y noche y nunca dejan de amasar fortunas a costa de los honestos pobladores como ustedes compañeras. Y después tienen la sinvergüenza de echarle la culpa al gobierno de la Unidad Popular...Que descaros compañeras. Pero a ese que está ahí adentro... le llegó al pigüelo!

Y ramon hubiera seguido con el discurso encendido pero los carabineros pensaban que se le estaba pasando la mano al chascón. Una pareja de carabineros le dijo que ya estaba bueno de cosas, que se bajara y que se dejara de oratoria. Ramon debía cerrar la boca y bajarse de la espalda de su compañero.

- ¡El orden lo ponemos nosotros así que tranquilitos nomás!, dijo el oficial de turno.

Los jóvenes se enfurecieron. ¿Acaso no habían sido ellos los que tenían al acaparador por el pescuezo y los que habían puesto orden en la cola? Julio, un militante del MAPU, se puso en posición de karate.

- ¿¡Tírate pos paco o no te atrevis!?

El carabainero desenfundó su pistola de servicio y fue ahí cuando quedó la escoba. El hermano de Cara de diablo, como le decían sus compañeros a Enrique, le asestó tal puñetazo al uniformado que este se quedó tumbado. Acto seguido arrancó patitas pa´ que te quiero. Detrás de él los carabineros quienes iban seguidos por los de la JAP, quienes tenían detrás suyo a la furgoneta policial que finalmente iba seguida por una parte de la masa que se había reunido con el objeto de llevar aceite para la cocina. Era una carrera de locos.

El hermano de Carita de diablo paró en seco a la vuelta de una esquina y se mantuvo allí a la espera de que pasaran los carabineros y la furgoneta. Pero había subestimado a los policiaos quienes lo pillaron y ahí mismo le dieron de lumazos hasta dejarlo medio inconsciente. A los de la JAP los mantuvieron a raya. Los carabineros armados estaban colgados de la parte de atrás del furgón, se marcharon al tiempo que les apuntaban con las armas de servicio.

En el cuartel de policía de la zona afectada se estimó que el desarrollo de los acontecimientos era muy serio y mandaron a los del grupo móvil como refuerzo para parar el alborote. Que tanto escándalo por un poco de aceite, párenme la funcia - dijo el oficial de más rango - y me traen a los revoltosos.

Entre las dueñas de casa se corrió la voz de que querían agarrar detenidos a los tres jovenes dirigentes de la JAP.

- ¡Cuídate Ale que los pacos te andan buscando - le dijo la señora Mercedes, su vecina.

Se sacó el vestón café y se hizo el sueco, se metió en la cola y siguió con la labor de concientización. Pero todo fue inutil porque al poco rato unos uniformados lo detuvieron por la espalda y lo condujeron a uno de los buses. Mientras lo llevaban se escuchó el rumor de las mujeres y sobre todo la voz de la señora Mercedes.

- ¡Se llevan al Ale estos pacos desgraciados, se lo llevan señora, se lo están llevando estos infelices!

De brazo de los uniformados contempló a la muchedumbre y se sintió satisfecho por la movilización de masas que habían congregado en torno a una cuestión tan concreta como el aceite para la comida. Todo había salido como a pedir de boca. Unos barriles de aceite acaparado, una consigna adecuada y la voluntad sin misericordia de la juventud militante era lo que se había necesitado.

Consciente del logro obtenido y como veía que los carabineros se comportaban con él como gentlemen suspiró contento. Sin embargo no hizo más que subir al bus policial y recibió una andanada de lumazos que rápidamente le hicieron comprender la gravedad de la situación. De una patada le obligaron a sentarse en uno de los asientos. Fue entonces cuando se dio cuenta que estaba sentado sobre la gorra de uno de los carabineros. Se sintió a gusto y recargó con fuerza las nalgas hasta dejar la gorra como sopaipilla. Afuera del bus las cosas seguían su lógica subversiva. Todo era un mar humano, la cola ya no se veía entre tanta gente. De pronto apareció Edgardo golpeando el vidrio de la ventana donde se encontraba él.

- ¡Oiga compadre, no se preocupe ya lo vamos a sacar!

- Agárrenme al rucio ese y tráiganlo pa` acá - dijo el oficial que mandaba el grupo armado al interior del bus verde olivo.

A la voz de mando los del grupo de choque se le fueron encima y en menos que canta un gallo lo tenían en el bus. Y la historia se repitió. A su amigo Edgardo le descargaron una de palos, puñetes y patadas que lo dejaron bastante a mal traer. Por cada grito que daba le doblaban la porción de palos en la cabeza y en los brazos. De los tres de la JAP sólo quedaba Ramón. El lío de la cola seguía igual, parecía que mientras más representantes del orden

público había presentes mayor era el desbarajuste entre los pobladores. Había en el ambiente un compás de espera. El aceite se había comenzado a vender y las mujeres aun no salían del asombro pero se iban felices con su botellas de aceite en la mano. Un litro por persona era un tesoro en esos tiempos de escasez. Pero el desorden en la cola seguía. Los uniformados hacían policialmente lo posible por calmar los ánimos. A uno de los carabineros se le ocurrió que la joven mujer de vestido negro y de la trenza larga no estaba en la cola, que se quería meter a la mala, como le dijo a ella, por lo que no dudó un instante en sacarla de allí.

No me vengan con leseras, a mi me mandaron pa poner orden así que paremos el boche - dijo el carabinero y se dirigió hacia la pobladora vestida de negro.

- ¡Sálete de la cola!

- ¿¡Y porqué me voy a salir!?

- ¡Que te salgai te están diciendo!

- ¡No tengo porqué salirme, hace dos horas que estoy aquí!

- ¡Te estan diciendo que no seai porfiá!

Era un tira y afloja hasta que finalmente el carabinero se impuso y logró sacarla de la cola. La mujer se puso furiosa y le respondió al uniformado con un botellazo en la cabeza. El cuerpo del carabinero se quedó tirado en el suelo con la cabeza maltrecha y los colegas del caído se le fueron encima a la mujer. Se defendía como una leona con el resto de la botella en la mano, pero al final un puñetazo fulminante la dejó nockout. Fue en ese estado que la vio subir al bus del grupo móvil en donde estaban él y Edgardo. En un momento de descuido le preguntaron a la pobre mujer por lo sucedido.

- Compañera y a usted que le pasó - preguntó a los susurros Edgardo.

- Que un paco desgraciao me quiso sacar de la cola y yo había estado ahí varias horas...¿Que se creía el gueón que porque tenía uniforme? Me sacó a los tirones y me sacó la madre así que le aforré con la botella y por eso me pegaron los gueones...

Media hora después partió el bus del grupo móvil y los tres detenidos fueron a dar a la Quinta comisaría de carabineros, a unas pocas cuadras de la Plaza Chacabuco y cerca de donde vivía Sonia, la solterona amiga de su familia. La casa de Sonia estaba a unos pocos metros de la quinta comisaría policial, era la misma casa donde había estado escondido los días después del golpe militar. En la comisaría había mucho alboroto y apenas llegaron los metieron en un calabozo. Allí compartieron él y su compañero de ruta algunas horas. Ale era miembro de uno de los partidos que estaba en el gobierno pero eso no cambiaba las cosas. Se acordaron de la película Los ángeles negros en donde toda la actividad terrorista se hacía en nombre del pueblo. Rehicieron parte de su pasado y con miras al futuro decidieron rayar de arriba a abajo el calabozo: crear poder popular. No había pasado mucho tiempo cuando en la calle, afuera de la comisaría, escucharon una algarabía de mujeres. Eran las vecinas del barrio comandadas por la señora Mercedes, gritaban a todo pulmón.

- ¡Ya cabros... no se preocupen los venimos a sacar!

No se sentían tristes por el paso en el calabozo, habían pintado consignas en nombre del pueblo y habían cantado canciones de la guerra civil española...

*Oficiales oficiales  
tenéis mucha valentía  
veremos si sois valientes  
cuando llegue vuestro día...*

Le sorprendió mucho a Ale el nivel cultural y los conocimientos sobre la historia europea

que poseían los detenidos. Lo cierto era que él no tenía mucha idea de lo sucedido con los Hohenzollerns de Bradenburgo ni que monos había pintado Federico Guillermo o Federico II el Grande en Prusia. Tampoco sabía exactamente que había sucedido cuando Wellington, con el apoyo de las tropas de Blücher, había vencido a napoleon en Waterloo. La historia, la literatura y el campo de la filosofía, todo le resultaba un paréntesis impresionante. Estaba como obsesionado por los coloquios. Los presos se lanzaban incesantemente preguntas de unos cajones a otros y respondían con una rapidez y una certeza que le impresionó mucho.

En ese momento no se sentía en cautiverio, se alimentaba de la historia de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg, de la monarquía, de la República de Weimar y el conocimiento acerca del poder omnipotente de los capitalistas y militaristas alemanes. Se comenzó a ver a si mismo como un privilegiado. Podía escuchar, aprender e intercambiar opiniones. Hasta la venda sobre los ojos tenía en esos presos un significado distinto. De no haber sido real hubiera creído que se trataba de indios apaches, con el pelo largo con las cintas sobre sus cabelleras. Oeste salvaje y salvajes los guardias que andaban a las salvajadas con los presos.

A la hora de la cena les sacaban afuera y los dejaban sentarse de espalda a las celdas de madera. Las cosas comenzaron a convertirse en un hábito para el nuevo detenido. Eran los mismos presos los que repartían la ración de comida o la lata con agua caliente. La comida la servían en un pocillo de metal, consistía muchas veces en una sopa de cáscaras de papas y zanahorias flotando sobre un caldo caliente. A veces les tocaba comer el resto de los platos de los agentes salpicados de cuescos de aceitunas, trozos de pescado o espinas imposibles de tragar. La mayoría de las veces la ración se convertía en un quehacer social. Eran espacios que se pedían prestados a la libertad y se asían a ellos como el apego que sentían por la vida. La estadía de los antiguos estaba ahora concentrada en el recién llegado. Así conoció a Joel.

- ¿Como te han tratado? Mira lo mejor es que digai la verdad porque lo saben todo. Hazme caso, cuéntales todo.

Lo saben todo. Era exactamente lo que le había dicho Carlos Carrasco en el momento en que lo detuvo la DINA. Se decía entre los otros presos que Joel había sufrido lo indecible durante la tortura. Lo torturó personalmente Miguel Krassnoff Marchenko. Krassnoff era en la realidad un teniente del ejército y en la DINA dirigía la brigada Caupolicán cuyo objetivo primordial era la destrucción de las estructuras orgánicas del MIR. Krassnoff era a su vez lugarteniente de Marcelo Morén Brito, el mayor de artillería y mano derecha de Manuel Contreras, jefe máximo de la DINA. Morén tenía a su cargo al conjunto de las brigadas de la DINA, estaba dotado de una voz muy ronca temida y odiada por los detenidos. Era el mismo ronco, Moren, que lo recibió a él cuando llegó al lugar de los sin nombre. Villa Grimaldi era en los hechos su reinado indiscutible. Tanto Krassnoff como Moren se habían encargado de quebrantar y destruir a militantes como Joel. En la tortura Morén no se había cansado de repetir el mismo verso. ¡Aprieten más, aprieten más, tienen que quebrarlo!

Quien era o por que tormentos había pasado Joel no tenía idea, pero desde ese día nunca más volvió a establecer conversación con el detenido de los negros bigotes gruesos. Cada vez que le veía buscaba algún pretexto para eludir su presencia. No pocas veces pensó en el viejo truco de los soplones infiltrados al interior de los recintos carcelarios. Lo de Joel como delator no lo entendía bien. ¿Falta de solidez ideológica? ¿Tiempo demasiado prolongado en la parrilla? ¿No supo dominar el miedo y la incertidumbre? ¿Débil personalidad antes de la captura? No lo entendía bien pero la sola presencia de Joel allí provocaba en él un fuerte sentimiento de rechazo.

Semanas más tarde se enteraría sin embargo de que Joel había sido un dirigente regional del MIR. Había trabajado en estrecho contacto con los miembros del aparato logístico de la organización que estaba siendo brutalmente desmantelada por la DINA. En la Villa Grimaldi se lo pasaba mañanas enteras dibujando bosquejos con los rostros de sus ex compañeros de

partido. Era un colaborador que hacía todo lo posible por congregar a sus nuevos superiores. Otro de los pasatiempos de Joel en Villa Grimaldi era la de revisar los avisos económicos de departamentos aparecidos en el Mercurio. Sabía muy bien cual era el tipo de departamentos que buscaba la dirigencia del MIR en la clandestinidad. La DINA ponía el anuncio del arriendo en el periódico y el resto consistía en esperar en la ratonera.

Lo que tampoco sabía Ale de Joel era que éste había hecho un trato con la DINA. A cambio de entregar información y militantes le prometieron dejar en libertad a su mujer y su pequeña guagua que adolecía de mongolismo. El mirista se hallaba entre los condenados a muerte por la DINA y lo habían desequilibrado por completo. De tanto apremio interno le rehicieron los sesos. En parte gracias a la ley del terror todopoderoso y en parte por el amor entrañable que el violentado sentía hacia sus seres queridos.

¿La gringa? Escuchó que la llamaban así y se preguntó quien sería. Se enteró que era la compañera de Santiago, el miembro de la comisión política del MIR. Era joven, atractiva, y parecía conocer el lugar como la palma de su mano. La vió sonreír y se preguntó al pasar... ¿Como es posible la sonrisa en este lugar?

La gringa, la mujer de Lautaro Robin Videla Moya había caído presa entre el 30 de Enero y el 1 de Febrero de 1975. A las nueve de la mañana la habían raptado desde un taxi en la esquina de las calles Irarrazabal con Chile-España. Ya estaba herida de bala en una pierna cuando la torturaron para dar con el paradero de Santiago y por todo lo que pudiera saber acerca del paradero del resto de los dirigentes del MIR. Nunca se enteró en la Villa Grimaldi que la gringa, a quien había divisado en uno de los pasillos cerca de las Casas Chile, era Elena María Altieri Missana. Lautaro Videla, más conocido por el seudónimo de “Chico Santiago”, causó en él una profunda impresión.

Cuando le vio por primera vez el joven mirista estaba raquítico, no pesaba mas de cuarenta quilos. Había ingresado a las filas del MIR en el año 1966 durante la época de los democratacristianos en el poder. Al momento de su detención era el encargado de las tareas de organización nacional del MIR. El 10 de Febrero viajaba en un taxi por Tobaralaba con Apoquindo cuando fue interceptado por una brigada de civiles armados. En Villa Grimaldi lo recibió el teniente Miguel Krassnoff.

Lo corrientaron hasta la saciedad y para volverlo de la semi inconsciencia en que lo tenían postrado se les ocurrió meterlo boca abajo en una bañera. De tal osadía no resultó nada de raro que el preso perdiera el conocimiento por completo. Vinieron entonces los problemas cardíacos. Un tipo siniestro y completamente desquiciado se fue de manos y le hundió las costillas.

Lo torturaron durante tres meses. Pero lo más impactante en torno a Lautaro Videla tenía que ver con el hecho de que era hermano de Lumi Videla. Lumi era la militante del MIR a quien la prensa había dado por asesinada por los asilados que se encontraban al interior de la embajada italiana. El 7 de Noviembre de 1974 el conocido locutor de noticias Pepe Abad había hecho pública la suerte de su cuerpo mutilado. Lo que no sabía el común de los chilenos es que "Luisa" había sido asesinada en la parrilla y que un obeso hombre llamado Romo en persona la terminó de tirar por encima de las rejas al interior de la embajada italiana en donde la encontró el personal de la embajada.

Lumi había dejado de ser la pareja de Sergio Pérez Molina, el encargado de organización de la Comisión Política y Comité Central del MIR. La nueva mujer de Sergio Pérez, había pasado a ser “Marcela”, la misma por la que le había torturado a él Moren Brito y su gente. Buscaban a una “Marcela” sobre la que desconocían su verdadera identidad.

A Pérez lo habían capturado en una ratonera preparada por la DINA el 21 de septiembre del mismo año. Tres días más tarde detuvieron a una rubia de ojos claros que entre los

detenidos era conocida por el apodo de “Chica Alejandra”. “Marcela” o “Alejandra”, se hacía llamar de las dos maneras, había pasado a secundar a Pérez en el aparato de organización nacional del Comité Central. Ese lío de mujeres y de nombres políticos, que había pasado completamente inadvertido para la DINA, tampoco era del conocimiento de Ale. Él nunca había sido militante del MIR. Lumi, la morena del cuerpo grácil y la trenza negra, la que derrochaba vitalidad, ya no vivía para rehacer las historias de la década de los 60. El caso de Lumi Videla había causado conmoción en el país.

Él veía ahora a su hermano Lautaro y sintió un profundo respeto por el joven dirigente del Comité Central del MIR. Por su contacto con “Marcela” estaba ahora donde estaba. Cuatro meses antes de que él cayera detenido en manos de la DINA le habían permitido a Cristina López Stewart llamar por teléfono a su casa. Ella le mintió entonces a su padre y le contó que se encontraba bien aunque ya llevaba dos meses detenida. Era el 21 de Noviembre de 1974. No, no se preocupe - le tranquilizó - yo estoy libre y con buena salud. Nunca más se le volvió a ver con vida.

Grimaldi. Museo de Grimaldi de Antibes, medio ambiente ideal para gigantes como Pablo Picasso. Villa Grimaldi era un lugar completamente distinto. Era una Grimaldi del presente, una villa para los raptados, los vejados y maltratados, para los golpeados, de los golpes con manoplas, de los maniatados, de los esposados, de las violadas, del arrancado de uñas, de comer y vomitar lo defecado, del café con orina, de las quemaduras con cigarros, de los colgados, de los hipnotizados por el horror, de los constantemente vendados y engrillados. Grimaldi del horror y la dictadura que la parió - pensaba él.

Hasta ese momento el único odio que conocía era el odio de clases, pero su odio hacia ese aparato de desalmados, que comenzó a crecer con fuerza inusitada, era algo completamente distinto. Pensó en lo que habría sucedido si el curso de los acontecimientos hubiera tenido un vuelco distinto. Qué hubieran hecho ellos con los enemigos declarados de la revolución - se hacía la pregunta y no lograba obtener la exactitud de una respuesta. ¿Hubieran respondido con lo de la dictadura del proletariado triunfante? No estaba seguro pero se inclinaba por esa posibilidad, él nada tenía que ver con la tortura como método para defender la revolución. Prefería el fusilamiento sin asco. Sintió una suerte de impotencia. Les habían derrotado y ahora estaban en manos de la falange dictatorial más extremista de la burguesía.

¿Donde estará Carlos Carrasco? Se repitió la pregunta tantas veces y de tantas formas que al final todo él era un signo de interrogación hermético. Tenía 22 años de edad. A pesar de su corta experiencia política comprendía muy bien que le tenían recluido con altos miembros de la dirección del MIR. Era una señal de peligro inconfundible, clara como la transparencia. La dictadura militar había declarado la guerra al cáncer marxista y ahora les tenían confinados en esa fortaleza clandestina. La certeza de estar entre altos dirigentes miristas le produjo una sensación de temor resignado. Si en los cajones habían altos dirigentes del MIR a los que el aparato represivo de la DINA se jugaba por reventar él no estaba en buena compañía. Era como una carga extra. Bastante tenía ya él con lo suyo pensaba.

Por las noches se dejaba caer una calma cargada de tensiones. Estaban encerrados en los cajones de madera, escuchando el ruido de los ratones o de algún torturado o sencillamente los gritos de los guardias. Nunca faltaba el guardia borracho que pateaba las puertas de los cajones, pedían a los gritos que les ayudasen a pasar esas horas de ocio.

- ¡Necesito un huevón que me cuente un chiste! ¡Quiero un chiste, es lo único que me quita el insomnio!

Aquel fin de semana reinaba la calma. Al oficial de turno le dio lástima ver a esos individuos andrajosos comer todo el tiempo en cuclillas. Fue por eso que a medio día sacaron a los de las Casas Chile a comer en el patio. Ale se dio entonces cuenta que los presos más

antiguos no estaban con la tensión de costumbre. Casi todos ellos llevaban la venda sobre la frente como si fueran cintillos de jugadores de tenis. De a poco surgieron las risas y el relajo. No salía de su asombro, estaba usando los ojos para mirar, no se estaba imaginando nada de nada. Seguía alucinado, como en trance. Se quedó mirando los rostros demacrados sin afeitarse.

Fue entonces cuando divisó a un preso que le llamó extraordinariamente la atención. Siempre había sido bueno para grabarse en la mente los rostros de las personas que veía. La ropa y los gestos del preso se diferenciaban a la del resto de los harapientos. Llevaba una impecable camisa blanca y sus pantalones oscuros, sin arrugas, hacían juego con los bigotes bien cuidados. Caminaba y miraba a su alrededor como si estuviera en un mundo propio, como buscando un mundo exterior. No era guardia, ya lo había descartado. Los guardias portaban fusiles Aka, dos cargadores y un arma corta, el individuo que tenía a un par de metros de distancia estaba desarmado. Trató de recordar donde había visto ese rostro que le resultaba conocido. Masticaba lentamente mientras trataba de precisar en que lugar le había visto, en que circunstancias, en que contexto.

*Mierda...claro que es...No puede ser...¿Será cierto...? Este lugar debe ser una fortaleza. Linda la hice, en el lugarcito al que vine a parar...Lo vi la noche del 19 de Febrero hace un mes. Recuerdo exactamente los pormenores de la última cita a la que llegó Carlos porque se quedó hasta muy tarde. Guacolda, tan hospitalaria como de costumbre, le convenció de que se quedara a comer.*

- Oiga como se va a ir si está lista la comida, está riquísima, quédese mijo como se va ir sin comer niño por Dios. No se va a arrepentir se lo prometo.

La cena estuvo exquisita. Eran las nueve de la noche y Carlos estaba ya por marcharse cuando ambos se detuvieron por los acordes del Himno Nacional que anunciaba una cadena obligatoria de la radio y la televisión. Se quedaron mirando la pantalla del televisor. Escucharon la voz del locutor oficial: a continuación, desde la sala número ocho del Edificio Diego Portales se dirigirán al país 4 altos dirigentes del MIR... De izquierda a derecha se presentaron los cuatro. Humberto Juan C Menanteau; "Lucas", Cristian Pedro Mallo Comandari: "Gustavo", Hernán Gonzalez Osorio; "Nicolas" y finalmente José Hernán Carrasco Vasques; "Marco Antonio". Carlos y él se quedaron como petrificados frente al aparato de televisión, no se podían despegar de la cabeza las imágenes en blanco y negro que estaban presenciando. Una voz en off informaba a la nación que se trataba de prisioneros de las fuerzas de seguridad quienes voluntariamente habían optado por dirigirse a sus compañeros de partido y a la opinión pública:

Al pueblo de Chile

*A los cuadros, militantes, simpatizantes y ayudistas del MIR*

Compañeros:

*Hacemos un llamado a todos y en especial a nuestros dirigentes para que detengan el accionar sin perspectivas de nuestro partido. En este año y seis meses del establecimiento del gobierno militar, podemos señalar que el MIR vive una situación de derrota, por lo que apelamos a la responsabilidad de los dirigentes para detener todo tipo de acciones en contra de las autoridades...deponiendo actitudes beligerantes en contra del gobierno militar...la situación del partido hoy, es de casi total desarticulación...la dirección nacional del MIR está reducida a un escaso número de hombres...las direcciones intermedias y las bases no están en mejor pie...la confusión, la desertión, el asilo, la huida, etc., son expresión fiel del desánimo y el desgaste de la moral de muchos cuadros y militantes...lucha estéril iniciada el once de septiembre...las particulares vivencias vividas en nuestra calidad de detenidos nos han permitido tomar conciencia de que las autoridades intentan encontrar el camino de la paz con quienes hoy viven la derrota... es hora de detener el autoaniquilamiento...*

Acto seguido leyeron una lista en la que se mezclaban siete expulsados del país, veinte y tres exilados, ocho prófugos, treinta y cinco presos y una quincena de muertos. Se trataba de miembros de la Comisión Política, de secretariados regionales pertenecientes al Comité Central y de otros altos dirigentes de la organización. Lo habían hecho para evitar muertes inútiles como lo dijeron los cuatro por la televisión.

Para muchos era un fulminante balance de derrota, para otros un acto obscuro, como un tiro a quemarropa. Entre los chilenos comunes y silvestres se comentaba el hecho como algo confuso y muy extraño. Los cuatro parecían demacrados. No, estaban muy maquillados. No se les vieron las manos. Seguro que estaban esposados. Es una chiva de los milicos. Los cabros del MIR nunca harían una cosa así. Eran algunos de los comentarios más comunes entre los chilenos.

Para el conjunto de militantes y simpatizantes de izquierda las cuatro personas eran unos completos desconocidos. Sin embargo no sucedía lo mismo con los militantes más interiorizados sobre las estructuras orgánicas del MIR. Los abnegados militantes que resistían a la dictadura militar o aquellos a quienes la DINA les venía pisando los talones recibieron indudablemente un golpe impactante. El estupor, la amargura y la ira cundieron entre las diezmadas filas del MIR. Al igual que millones de otros chilenos que miraban la cadena de radio y televisión impuesta por los militares él se quedó muy impresionado por lo que había presenciado. Carlos no hizo comentarios al respecto y se marchó no sin dar antes las gracias por la hospitalidad que le habían brindado.

Ale por su parte se enfrascó en un mundo de incredulidad total. No podía ser cierto, era una maniobra de los servicios de inteligencia de Pinochet. Era evidente que los pobres desdichados estaban obligados por las penas del infierno, de otra manera hubiera sido imposible el espectáculo. Pero a pesar de que razonaba de esa manera no lo asoció en ese momento a los quehaceres maquiavélicos de la DINA.

- Si la maniobra había tenido por objeto amilanar a quienes combatían a la junta militar era evidente que los militares habían fracasado, por lo menos conmigo se dijo a sí mismo.

Estaba convencido quedó de lo que se estaba diciendo y en un arranque de voluntarismo tomó su decisión. Salió esa misma noche, a pesar del toque de queda reinante en el país y de los riesgos que significaba, armado de un plumón negro y cuando encontró unas paredes enblanquecidas por la cal trazó en ellas la consigna ABAJO LA JUNTA, MIR!

A los pocos días se consiguió de un mirista la declaración en la cual la dirección del MIR, o de los que aun se mantenían a salvo en ella, condenaba a muerte a los cuatro dirigentes. Lo difícil resultó fácil y lo fácil, esencialmente fácil. Recordaba aun a los cuatro dirigentes en la televisión llamando a la desertión general. Para él se trataba de una guerra, de una guerra desproporcionaba pero guerra al fin y al cabo, era una cuestión de vida o muerte. Lo de los cuatro tenía un nombre; traición. No había muchas vueltas que darle al asunto y no lo pensó mucho. Fabricó un mimeógrafo artesanal y lo llenó de tinta negra. Era el 25 de Febrero y el cañón del cerro Santa Lucía tronaba anunciando las doce del día. Ricardo y Leonardo, sus dos hermanos menores, le ayudaban febrilmente. Ricardo tenía 10 años de edad y en una situación normal tendría que estar dedicado a hacer sus tareas o a jugar a la pelota con sus amigos. Pero nada era normal bajo la bota militar. Ahora iba recibiendo los papeles uno por uno mientras que Leonardo, el pequeño de 4 años, cuidaba en las rejas que daban a la calle por si venían los militares. Al cabo de una hora y media de trabajo se podía leer la conclusión en el panfleto:

*“...el MIR comunica a la clase obrera y al pueblo que estos cuatro traidores han sido sometidos a juicio y condenados a muerte por los delitos de traición, delación, colaboración consciente y activa con la dictadura gorila y sus aparatos represivos”.*



Los bigotes negros en el rostro del que caminaba con la camisa blanca y los pantalones oscuros lo dejaron perplejo. Ahí donde le tenían a él se hallaba también uno de los cuatro dirigentes que él mismo había ayudado a condenar a muerte.

*Prisión. Prisioneros, presos. Traición, traicionados, traidores. Prisión, traición. Tu sabes que yo se que tu sabes. A éste y a los otros tres los andan buscando por cielo mar y tierra... Si éste que está condenado a muerte está aquí...esto es un lugar al que nadie puede tener acceso...El lugarcito al que vine a caer...Estoy fregado. Solo queda esperar. Es difícil creerlo pero es verdad, yo estoy aquí.*

Desde fines de Enero la DINA había venido preparando el golpe propagandista contra el MIR. Krassnoff estaba profundamente convencido de que su labor tenía todas las virtudes del clásico trabajo de inteligencia contra los movimientos guerrilleros urbanos. Logró durante unas pocas semanas reunir a siete dirigentes miristas encerrados en los cajones de la villa Grimaldi y les metió en la cabeza la idea de que podían ganarse el mundo de la libertad.

- Ustedes me ayudan a mí y yo les ayudo a ustedes, nos apoyamos mutuamente. Ustedes están cagados y no tienen vuelta, a no ser que se peguen el discurso por televisión. Ustedes hacen un documento, cuentan de la calamitosa situación en la que se encuentran los mirachos y nosotros le hacemos los ajustes necesarios...porque claro no se les vaya a pasar la mano. ¿Que les parece? ¿Si och si?

Los raptados consideraron que no tenían alternativa de modo que se vieron obligados a aceptar la propuesta de Krassnoff. además existía la posibilidad de que si hacían uso de la habilidad podrían transmitir un mensaje de alerta al conjunto de la militancia del MIR en la clandestinidad. Aparte de los cuatro dirigentes que aparecieron por la televisión habían participado en la confección del documento Lautaro Videla, Antonio Llorca Puig y Emilio Iribarren Lederman, los mismos a los que la militancia del MIR conocía como el Chico Santiago, el Coño Alberto y Joel. Acerca de que razones hubo para que los dos primeros desistieran en última instancia de participar en el acto televisivo no había mucha claridad entre los militantes presos del MIR. En cambio la no aparición de Joel ante las cámaras la decidió la propia DINA. Todavía necesitaban del preso para los distintos reconocimientos de militantes en las calles de la capital. Cada vez que Joel salía en busca de nuevos militantes o a conectar miembros de partido en la atrocidad era la misma. Le ponían en los testículos un cinturón con explosivos a control remoto de modo que o hacía lo que le exigían o lo volaban por los aires. De vez en cuando caía uno que otro militante en los patrullajes en auto. Era el tiempo cuando Joel ayudaba a identificar a los posibles militantes que iban de un lado para otro por un Santiago repleto de torturas. El tiempo en que se le escurría la vida. A veces tenían suerte en los porroteos y caía gente que de uno u otro modo seguía ligada a lo que quedaba del partido. Esto se repetía las veinticuatro horas del día.

Son hombres sensatos estos huevos, decía Krassnoff, refiriéndose a los cuatro miristas arrepentidos. Habían accedido a dar lectura al discurso, que antes de ser leído por ellos la DINA hizo y deshizo como quiso, Krassnoff se sentía satisfecho. Teóricamente el motivo de los miristas era que querían salvar la vida de los militantes, y debía además considerarse el hecho de que estaban sometidos a una presión inhumana. Visto desde una perspectiva exterior resultaba fácil concluir que en ese mundo del horror había mucho más miedo que en la Francia ocupada por los nazis. Pero para quienes estaban en la oscuridad de las jaulas de Villa Grimaldi el problema tenía dimensiones mucho más profundas que las presiones sufridas en cautiverio. Por lo demás una buena cantidad de presos también habían estado sometidos a ese tipo de presiones y coerciones e incluso mucho más atroces si se hacían las comparaciones pertinentes. Para muchos de los miristas recluidos lo del discurso para salvar la vida a los militantes era una chiva expiatoria que iba mucho más allá de las introspecciones que decían haber padecido los cuatro.

La larga lista con nombres de perseguidos, buscados, prófugos en el país y en el exterior, de presos y muertos entregados por los cuatro conferencistas se transformó de ese modo en los hechos en un show siniestro. Se dio así como exiliado a Juan Bautista Van Schowen cuando la verdad era que había sido asesinado por los hombres de la DINA. Nunca más se sabría del paradero de Van Schowen. A Lautaro Videla se le achacó el de estar prófugo en circunstancias que llevaba largo tiempo secuestrado en las pocilgas de la Villa Grimaldi. Allí Lautaro había sido testigo de como con un bisturí le cortaban a pedazos la carne a Ariel Mancilla, al de los pies gangrenados. A Alfonso René Chanfreau lo dieron por exiliado a pesar de haber estado sometido a increíbles torturas de las que finalmente no pudo sobrevivir. Al cineasta Carlos Perelman, compañero de la periodista Gladys Díaz, también le segaron la vida los de la DINA pero no apareció en la lista ni como exiliado, ni como prófugo ni como preso ni como nada. Sencillamente no apareció, de la tortura lo convirtieron a la nada. A Jaime Enrique Vásquez Sáens también lo mataron en la lista a pesar de que en ese momento sobrevivía en uno de los cajones. No vaya a ser cosa que resucite, dijeron los los hombres de Manuel Contreras, y para que fuera cierta la coartada del Diego Portales lo remataron, pero esta vez no de mentira si no de verdad.

No le podía sacar la vista de encima al de los bigotes negros porque no lograba salir de su asombro. Comenzó a tomarle el peso al asunto. Volvió a repasar lo que estaba viviendo y supuso que las acusaciones en su contra podrían seguir agravándose. Los riesgos implícitos de estar allí tenían una inequívoca expresión en la presencia de aquel ex mirista. Lo que aun quedaba con vida sabía a muerte en Villa Grimaldi. Se sintió inseguro y se olvidó de la comida. Un preso escuchó de un guardia que la comida de ese día venía directamente del edificio de la Unctad al que la dictadura le había cambiado el nombre por el de Diego Portales. Eso no le cambió el apetito, comía por comer y porque tenía sentido.

La Unctad le traía recuerdos gratos no tan lejanos. Solía ir a comer allí con Victoria Guerrero, su amiga de la secundaria. Se reunían en el casino de la Unctad estudiantes de izquierda de los liceos y universidades cercanas. También asistía a ese casino alguna gente de gobierno y funcionarios de partidos del Frente Popular. Ambiente acogedor, particularmente en verano. Cuando Manuel Guerrero vio a su hermana Victoria en compañía suya le comentó el hecho en voz alta.

- Chica tu sabes que a las jotosas no les está permitido andar con los verdosos del MAPU.

Victoria sonrió, Ale por su parte pensó en los privilegios de los jefes del PC. El padre de los Guerrero era escritor y sus hijos prominentes figuras del Partido comunista chileno, algunos en el exterior y otros como Manuel, en el Comité Central de las JJCC. Victoria y él permanecieron sentados, charlando de lo divino y de lo humano y de las actividades político estudiantiles del Instituto Comercial en el que estudiaban. Apareció como de costumbre el centro de alumnos, los demócratacristianos del colegio y como no podía ser de otra manera apareció también el infaltable de Omar. Los tres conformaban un trío especial, una célula de amigos inseparables. Era una amistad puesta a toda prueba y que siempre les mantendría unidos. Las diferencias políticas entre ellos se podían contar como secuencias de un interminable largometraje, pero nunca hubo una con la capacidad suficiente de hacer añicos esa amistad de poesía escrita con letras de acero. Al salir de la Unctad se fueron caminando por la Alameda para coger la locomoción. Al pasar por una pared de cemento claro vieron escrita la palabra pico. El candidato eterno, se lo había dicho Victoria y eso les llevó a un prolongado ataque de risa.

La Unctad le recordaba también a Victor Jara, el cantante popular que tan profundas huellas dejara en la conciencia de los chilenos. En 1967, cuando él tenía 15 años, Victor Jara ya cantaba en la multitudinaria manifestación del 1 de Mayo convocada por la CUT en Santiago. Dos años más tarde se hizo famosa La plegaria a un Labrador. Con el correr de los

años se aprendió de memoria la plegaria del legendario cantante.

*Levantate y mira la montaña  
de donde viene  
el viento el sol y el agua.  
Tu que manejas  
el curso de los rios,  
tu que sembraste  
el vuelo de tu alma,  
levantate y mírate las manos,  
estréchala a tu hermano...*

Tampoco pudo olvidarse jamás de canciones como Angelita Huenumán. Seguía pensando, ahí en Villa Grimaldi, que la que más vino al encuentro de la época, por su apego al amor y por su decisión de continuar la lucha política era el texto de Te recuerdo Amanda. Le sabía a amor, a la lluvia y a fábrica. Como el mismo Victor Jara lo había dicho tantas veces; no cantaba por cantar ni por tener buena voz, cantaba porque su guitarra tenía sentido y razón.

Cuando al comenzar la década de los 70 se fueron con Bernardo, su compañero de célula en el MAPU, a los trabajos voluntarios de Puerto Montt, entonaron también las canciones de ese chileno bajito. Cantaron a todo pulmón esa canción de Jara sobre el Che Guevara; la letra de la canción escrita en esa época estaba hecha para todo tiempo y lugar. Que los derechos humanos los violan en todas partes, en América Latina, Domingos, Lunes y Martes. Victor Jara. Inocencia prolongada salida desde lo más profundo de la sonrisa pensó. Se quedó recordando el edificio de la Unctad.

Cuando llegó el 11 de Septiembre de 1973 detuvieron a Victor Jara en las cercanías de la Universidad Técnica del Estado. Maltrecho fue a parar al Estadio Chile. Todo el estado de cosas en el país estaba hecho un enredo colosal. Los presos hacinados en el estadio relataron como un oficial alto y rubio dijo a los gritos que ese preso era suyo. Se dirigió a Victor Jara. Le reventó las manos y gritó.

- ¡Canta ahora si podís hijo de puta!

En *The Times* apareció un artículo con el título "British woman found her husband`s bullet-riddled body in Santiago mortuary after army coup". Nadie le pudo volver a cantar su canción: levántate y mírate las manos, amen.

Fue en la parte posterior del edificio de la Unctad, en esa tarde de sol, que encontró de repente al cantante popular. Corrían los últimos meses del año 1972. No importaba mucho si los jovenes eran estudiantes. Los estudiantes ya no estudiaban de acuerdo a las pautas de estudio de los programas oficiales. Fueran de derecha o de izquierda aprendían lo decisivo fuera de la sala de clases, en asambleas y manifestaciones y en las tomas y retomas de colegios. Aprendió, junto con Carlos Carrasco y otros compañeros de su colegio, a perseguir y combatir a los fascistas en las calles.

Recordaba, con el plato de comida en las manos ahí en Villa Grimaldi, ese viejo mundo de desafíos permanentes. ¿No habían sido acaso estudiantes de la revolución? Militaban según la lógica de la lucha de clases. No medían las cosas en términos de número de volantes repartidos o periódicos vendidos. Tampoco contabilizaban huelgas ni ocupaciones de liceos.

Pensó en la re ocupación del Liceo N° 12 a la que le invitó Laura y en la que estuvo a punto de ser perforado a balazos. El establecimiento había sido ocupado por los estudiantes de derecha y había que liberarlo. Habían llegado ese día pasada la media noche como comandos especializados. Pillaron durmiendo a los ocupantes democristianos y derechistas y los dejaron amarrados en las distintas salas de clase. De madrugada todo estaba listo para la entrega del

liceo al rector y para que los alumnos reiniciasen las clases, pero hubo un pero. Habían llegado los refuerzos de grupos de ultraderecha. Casi los mataron a punta de balas de no haber sido por la repentina aparición de la camioneta roja de la alcaldesa María Lazo que los sacó de allí bajo una lluvia de balazos.

Fue también esa reunión partidaria que se llevó a cabo en la Unctad, con motivo del paro patronal, que le impresionó el discurso inteligente de uno de los dirigentes del partido. Enrique Correa hacía gala de su pasado como ex encargado de seguridad en la Democracia Cristiana. Su oratoria político militar y los planes contraofensivos que planteaba para defender el centro de Santiago encajaban perfectamente con las circunstancias caóticas del país. La poderosa organización patronal había logrado paralizar los vitales centros económicos del país. Un ambiente de guerra civil se había extendido por todas partes, la derecha militante azuzaba a los chilenos: “La UP llama a liquidar a los curas”, “Amenaza pública contra los latifundistas: los mataremos sin misericordia”, “Contra la dictadura marxista, contra el odio, el sectarismo, el hambre y la inflación y en defensa de la democracia”. El odio se extendió a una velocidad impresionante. Se consolidó así una experiencia política que le fue acercando empíricamente a la esencia misma del carácter del estado. La pelea por el poder se bosquejaba ya en los próximos combates callejeros.

La comida de la Unctad no sabía nada de mal y los detenidos en la villa Grimaldi mostraban buen apetito. Los guardias estaban haciendo la vista gorda y todos comían. El contraste de los golpes por los golpes del resto de la semana era claro. Entre los detenidos que comían con más avidez estaba Ricardo Frodden Armstrong. En el discurso de los 4 miristas en donde llamaron al MIR y a la izquierda a desistir de todo tipo de resistencia a la dictadura Ricardo Frodden Armstrong fue dado como un exiliado. El gringo Richi, como le decían sus camaradas, se diferenciaba del resto de los que estaban allí por su fisonomía europea. Medía 1,98 de altura y era muy delgado. Tenía cara de niño bueno y reía con facilidad. Al momento de su detención era encargado de inteligencia y de las relaciones internacionales del MIR. Por un preso se enteró Ale que al gringo lo habían detenido con mil dólares y que lo habían torturado hasta los límites de lo indecible.

Los días comenzaron a ser iguales aunque no tediosos porque siempre había situaciones surrealistas inesperadas. Lo de siempre eran las filas indias, los cajones, las vendas, el café aguachento y el pan duro, los ruidos de autos, el taconear de botas y los zánganos de los guardias. Los pobres presos, sobre todo los más antiguos, estaban hasta la corona con guardias como El Cucharita y El Charla. Al primero le decían así porque nunca se le quitaba la manía loca de golpear a los presos con una cuchara. A Pincetti Gac le llamaban El Charla por eso, por charlatán. Acostumbraba a decir que hipnotizaba a los detenidos para sacarles lo que se callaban en la parrilla. Se decía que a Luz Arce, primero torturada por la DINA y luego colaboradora de la misma organización, la había hipnotizado haciéndola recorrer toda el área central de Santiago para dar con el escondite de la Comisión Política del MIR. Estaban hartos de todos ellos; hartos de tipos espeluznantes como El Troglo, El Negro Paz, El Cara de Santo, La Soledad, El Cachete chico, El Gato, El Pestañita, La Pepa, La Coja, La Rucia, El Clavito, El Pulgar, El Cara de Tuberculoso y todos los otros. Estaban hartados de ese sub mundo de desquiciados. Presos llegaban, presos morían, presos volvían, presos salían, presos de los Krassnoff, presos del horror. Por alguna razón de desbarajuste psicopático en la sesera de Krassnoff los presos le llamaban Caballo loco, siempre estaba diciendo denles no más, denles no más...denles hasta que revienten.

Mientras más presos llegaban al recinto más locas se ponían las ratas alrededor de los enjaulados. Las ratas corriendo y el gemido de los torturados por las noches. Los perdedores no tenían mucho para elegir, o los presos se aceraban o se desmoronaban. A un ex guardaespaldas del presidente Allende, preso también allí, no le sacaba nadie de la cabeza que la arquitectura de los cajones largos era obra de un psiquiatra. El objetivo no podía ser otro

que el de dislocarle el coco a los vendados, y lo decía completamente convencido. Algo de razón tiene que tener éste del GAP - se decía Ale a si mismo en uno de los tantos monólogos del silencio a los que ya se estaba acostumbrando.

En algunos de los cajones no se podía estar de otra manera que no fuera la de estar parado. Un guardia abrió la puerta de su cajón una noche amenazándolo con las penas del infierno si osaba cruzar palabra con el desdichado que se desangraba a su lado. Los gemidos de lacerado del hombre lo paralizaron de terror. Se escuchó decir a si mismo: Esto hay que pararlo, no puede ser que la gente siga cayendo como moscas. Todo está infiltrado, que se yo, pero esto no puede seguir así. Nos están extinguiendo. Este pobre desdichado se está muriendo, sus lamentos son los estertores de un moribundo. Malditos asesinos.

Por los cajones no pasaba la luz exterior excepto la que provenía del pequeño orificio oblicuo que estaba a 25 centímetros de sus ojos. Estando allí a todos los presos les pasaba lo mismo. En medio de la oscuridad se subían la venda y se quedaban mirando ese extraño ojo por encima de sus cabezas. Lo hacían durante horas y horas buscando un contacto inalcanzable. En cada uno de los cajones reinaba la inercia y un profundo sentimiento de impotencia.

Una mañana, cuando lo sacaron del cajón, vio como Lautaro y otro de los prisioneros trasladaban en andas a un detenido herido. Pobre desgraciado pensó, le habían roto las costillas y una de las piernas estaba con gangrena. Estaba semi inconsciente, más muerto que vivo y se preguntó si no sería mejor que lo hubieran matado de una vez por todas. El resto de los presos estaban postrados al lado de los cajones y todos se tenían lástima al verse unos a otros. Bastante tiene cada uno de ellos con lo suyo, pensó, no tienen tiempo de sentir compasión. La víctima estaba afectada de gangrena en el reino del caballo loco, pero no era el primero ni sería el último. Sintió terror al ver al inválido, estaba condenado a morir, iba a morir pero aun vivía.

El que ese lisiado no hubiera muerto en las manos de la DINA le causaba temor, por lo menos le podrían haber ahorrado tanta penuria, se seguía diciendo a si mismo. No lo habían matado y en eso consistía el horror, era una expresión más de la alienación de la razón. Delirio, perversión. Seguía aterrado. Supo por el correo de los cuchicheos que tanto Lautaro Videla como su mujer, La Gringa, habían permanecido colgados por semanas. Lo mismo había sucedido con Frodden y varios de los prisioneros.

Lo que le había contado Carlos Carrasco acerca del increíble mundo secreto de la DINA era en realidad tan sólo un pequeño esbozo de un cuadro mucho más macabro. Ya no era un problema de si creer o no creer en las cosas que le había contado su ex amigo, lo estaba viendo, lo estaba viviendo, era verdad. No hay límites al tormento pensó, estaba convencido de que lo que estaba viviendo era siniestro y que esencialmente se parecía a las leyes del sistema capitalista imperante en el mundo. Lo funesto y lo horroroso tampoco sabía de fronteras.

Encerrado en medio de la triple oscuridad, la del cajón, la de la venda y la del momento, se enteró por boca de un democratacristiano que metieron a media noche en su celda, que le estaban siguiendo la pista a Hernán Aguiló. Aguiló era miembro de la Comisión Política del MIR. El relato del democristiano era toda una tragedia. Le habían torturado durante varios días por el sólo hecho de ser pariente de Aguiló. La tortura más inverosímil pero cierta y triste fue la que le hicieron a su pequeño hijo. Les dijo llorando a los torturadores que hacía muchos años que no sabía nada de El Nacho ni de La sueca, que los torturadores aseguraban era la mujer del dirigente prófugo. Carlos Carrasco tenía razón, no se detenían ante nada y lo destruían todo.

La mañana del Viernes fue algo diferente. Sintió a un preso quejándose de todo, le dolía

todo el cuerpo según decía él mismo, pero no eran gemidos lastimosos. Tenía una voz gruesa y un dialecto centroamericano. Se enteró luego de que en una de las Casas Corvi tenían encerrado a un cubano. A diferencia de los lamentos habituales los quejidos del cubano provocaban algunas risas entre los presos. Era un tipo inmenso y gordo, dos metros y noventa y tantos quilos. Los contornos regordetes de su piel morena, quemada por los rayos del sol del Caribe no cabían en el cajón. Por eso se quejaba de manera exagerada. Ale escuchó que el cubano se jactaba de ser un estafador internacional. Sólo dos gobiernos en todo el hemisferio habían logrado meterlo en prisión; el de Fidel Castro y el de Pinochet. El estafador era un profesional, se ganaba la vida estafando. En Chile le fue muy bien hasta que se le ocurrió estafar a la Armada. El servicio de inteligencia de la marina no le pudo sacar otras cosas que no fuera lo de la estafa, pero por haberse botado a pillo y por si acaso, no fuera a ser cosa que estuviera ligado al proscrito MIR, se le entregaron a los de la DINA.

El destino de muchos de los sobrevivientes desaparecidos de Villa Grimaldi era muy incierto. O morían reventados con la tortura de la parrilla, o desaparecían de allí conscientes o inconscientes, sin saber que ya eran muertos. A la otra categoría de desaparecidos les seguía palpitando el corazón pero en gran parte les habían matado el concepto de la vida. Sus futuros se convirtieron en pasados marchitos. En un sufrimiento muy largo, en un martirio.

## 5

Una noche en que el frío era más frío, casi de madrugada, los guardias les llamaron por sus números. Les abrieron las puertas de los cajones y vendados como estaban los pusieron en fila india. Gritos y ruidos de fusiles ametralladoras. Había confusión y en la insoportable noche helada se les obligó a todos a desnudarse. Constituían un número grande. Desnudo el uno, desnudo el otro, todos desnudos. La revisión de la ropa se realizó en forma extraordinariamente meticulosa. Había tenido suerte, se lo tenía que agradecer a la torpeza de los guardias. Se volvió a auto agradecer por haberse acordado del papelito en el bolsillo de perro cuando estuvo tirado en la Torre. Ahora estaba allí desnudo, vendado y tiritando de frío. Que harán ahora con nosotros y adonde nos llevan, se preguntaba a si mismo. La noche estaba helada. Les devolvieron la ropa y él se vistió lo más rápido pudo. Los empujaron al patio y sus chalas volvieron a emitir esos chasquidos inconfundibles en donde se mezclaba el ruido de las zuelas con los de las balas. Sintió el ruido de motores de vehículos y luego como los iban subiendo. Que sigue, que súbete, que tírate, que agáchate, que acuéstate. Eran ordenes y él las obedecía. Alguien preguntó bajito que adonde los llevaban y otro contestó que eso nunca se sabía.

Ahora yacía él y otros presos sobre el piso de una camioneta Chevrolet roja de toldo negro, patente C-10 HSN-36. Cada uno con su propia desesperación. En todo el país reinaba por decreto el toque de queda y la camioneta, seguida de otros vehículos cargados de detenidos desaparecidos, se marchó a gran velocidad. Viajaban ahora por las desiertas calles de Santiago y a cada viraje brusco que daba la camioneta se golpeaban los rostros contra el piso. Al cabo de tres cuartos de hora habían llegado a un lugar en donde todo era murmullo de voces. Los prisioneros se levantaron y se pusieron en fila. No sentía más el frío de la intemperie nocturna cercana a la majestuosa cordillera de los Andes. Se imaginó el nuevo lugar como algo mucho más grande que los cajones y corredores de Villa Grimaldi. Vendados como estaban les hicieron caminar y los dejaron en un corredor.

- ¡Se pueden sacar las vendas!

No sabía si soñaba o si les estaban tomando el pelo y demoró por eso un buen tiempo antes de hacerlo. No podía creer que era cierto, que ya no sería más ciego. Se sacó la venda y sintió el golpe de la luz pero seguía sin ver nada, estaba acostumbrado a estar aturdido por la oscuridad. Cuando salió de la incredulidad en la que se encontraba sintió un alivio inmenso, le

llenó una alegría indescriptible por saberse sin venda. Cuando por fin sus ojos se acostumbraron a la luz y pudo ver bien se fijó en la hilera de carabineros que había a lado y lado del largo corredor. Sentía tan violento el cambio de ambiente que no dejaba de estar profundamente alegre al ver por todos lados el color verde del uniforme de los carabineros. Si era la locura y el horror intrínseco de Grimaldi o una muestra más de lo era el campo de las ilusiones por haber salido con vida del aquel infierno no lo sabía en ese momento. Ya no le importaba, estaba alegre, alegre de que fuera cierto.

Les hicieron caminar por el largo pabellón. A la derecha habían puertas abiertas. Cada vez que pasaban por una de ellas eran detenidos por civiles armados que les separaban en pequeños grupos de dos o tres para luego hacerlos entrar en las celdas. El grueso de prisioneros llegó al final del pabellón, a la sala 12. Lo primero que vio, porque era lo único que había allí, fueron los camarotes. Eran del mismo tipo de las Casas Chile que había en Villa Grimaldi. Cuando los contó llegó hasta 30 e inconscientemente trató de convencerse de que se trataba de camastros de hospedería y no de catres en la prisión. Y vio allí las mismas frazadas grises y delgadas del ejército.

Estaba en un campo secreto de prisioneros. Le pareció que volvía a sentirse como más humano, ya no se sentía como el perrito tiritando de frío tirado sobre las tablas de aquel cajón oscuro en Villa Grimaldi. Podía ver a los otros prisioneros, ya no necesitaba imaginar el rostro de los otros presos. Se miraban asombrados unos a otros. Ya no necesitaban apretujarse unos con otros por un pedazo de cajón. Caminaban alegremente por los metros cuadrados de la pieza 12. Rostros sucios y sin afeitar, pero la alegría no se las quitaba nadie.

Cayó la noche y se quedaron dormidos. Casi todos, porque él no podía dormir. No podía contar corderos porque lo único que tenía en la mente eran presos y no eran de Dios. Era una noche extraña. Nada de gritos; ni de torturadores ni de los torturados. Y nada de ratones locos disparados hacia todos lados como si recién hubiesen sido castrados. Sin la venda y sin escuchar los tacones insoportables de los guardias descriteriados. Todo estaba tranquilo, tendría que estar durmiendo, pero no lo hacía. Fue entonces cuando escuchó que alguien golpeaba la pared.

Siempre fue malo para ubicarse bien en Santiago, tenía un horrible sentido de orientación. Pero suponía que estaba en alguna parte de Santiago. Tanto el campo de prisioneros Tres Alamos y Cuatro Alamos estaban a la altura del número 3000 de Vicuña Mackenna, en el paradero 5 en la calle Canadá al llegar a Departamental. El edificio en cuestión era un viejo convento de monjas comprado por el gobierno del derrocado Salvador Allende.

Y el pabellón, en el que se encontraba ahora, estaba en la parte interior del campo de detenidos. A diferencia de Tres Alamos, que era oficialmente reconocido por las autoridades militares, el pabellón era un centro transitorio de detenidos al que sólo tenía acceso el personal de la DINA. De allí pasaban los raptados y los desaparecidos que aparecían entre los vivos como presos oficialmente reconocidos. En la otra dirección se trasladaba a los presos políticos que la DINA querría interrogar, los presos que luego quizá nunca más volverían a aparecer entre los vivos.

Cuatro Alamos había comenzado a funcionar en abril de 1974. En el portón de color rojo cobrizo que comunicaba hacia afuera había un letrero con las palabras PELIGRO, EXPLOSIVOS. Se enteraría luego que ahí no se practicaba la tortura y que estaría en ese lugar algunos días a la espera de que lo pasaran a Tres Alamos en donde se encontraban los detenidos en libre plática. El jefe del lugar era un ex gendarme de apellido Manso Durand mas conocido como El Lucero o El Cara pálida. Era un oficial alto, tétrico y sombrío.

Ahora estaba concentrado en los golpes a la pared. No estaba aun consciente de que le tenían preso en el último lugar de servicio de Mauro. Seguía escuchando, cada vez con más atención.

Los golpecitos en la pared se repetían una y otra vez. Del otro lado del muro alguien comenzó a responder a esas señales de la misma manera. Es una especie de contraseña pensó. Las pocas ganas que tenía de dormir se esfumaron como por encanto. Podía oír el susurro. Era la voz de Frodden. Frodden se estaba comunicando con un detenido del pabellón de los que estaban en Tres Alamos.

Del otro lado, muy nervioso, escuchaba atentamente un suplente de la Comisión Política y miembro del Comité Central de su partido. Era el periodista de la revista Punto Final, José Humberto Carrasco Tapia, más conocido en el MIR como Pepone. Pepone era en ese momento el principal líder del MIR en Tres Alamos. Era, según sus compañeros de partido más cercanos, el arquitecto de una concepción para reconstruir el MIR desde la prisión. Frodden comenzó a hacer un rápido y sucinto recuento de su paso por Villa Grimaldi. Con voz casi imperceptible relató también sus últimos contactos con los cubanos y hasta con el mismo Fidel Castro. En ese preciso momento todo eso le parecía a Ale como un mundo de fantasía aunque no había en ello nada de ciencia ficción política. La pesadilla estaba convertida en un sueño en el que el desarrollo de los vertiginosos acontecimientos eran reales... Era una dialéctica estrecha entre lo inverosímil y lo cierto.

Su vuelta a Santiago, la fatídica llamada telefónica, la llegada de Mauro con la DINA, el Fiat amarillo, la voz de trueno de El Ronco, El Coronta, El Caballo Loco y de todos los otros apodos que le daban los detenidos a los mandamases de Villa Grimaldi... La tortura, Marcela y Marcela, la torre, las vendas, los pies engrillados del Mauro ... El lo saben todo, primero de Mauro y luego el lo saben todo de Joel... las Casas Corvi, las Casas Chile, el gangrenado, el niño torturado del demócratacristiano. La gringa de El Chico Santiago, los sabelotodo del mundo prusiano, los que entraban y salían, el ruido de los autos, el ruido inconfundible de la arena del patio, las ratas espeluznantes, los jefes auto proclamados, los números, los golpes de cuchara en la cabeza, las hipnotizaciones frustradas del charlatán, la clásica división de trabajo entre el bueno y el malo, los gritos infernales, los gemidos semi humanos y de semi gatos en la tortura, la detenida a la que extendió su grito de rebeldía impotente estando él prácticamente desvanecido, la camioneta Chevrolet en medio del toque de queda, los que no salieron y se quedaron esa noche en Villa Grimaldi...los que quedaron y los que no aparecieron. La técnica de desaparición forzada que se practicaba allí había surgido durante la segunda guerra mundial a través de los agentes de la Gestapo. Tenían ya bastante con lo les había pasado. Pasaban los minutos y Frodden continuaba con su informe. Los demás seguían durmiendo, a no ser de que hubiera alguien más escuchando, pero no lo creía. En Paraguay, decía Frodden, la DINA estaba vuelta loca buscando al Trotsko Fuentes, había que advertirle rápido. Toda la DINA estaba de cacería. Estaban muy cerca de los pasos del trotsko y urgía también avisar a Simón en la Argentina. Simón era un nombre político, su nombre verdadero era el de Edgardo Enríquez. Era hermano del secretario general del MIR, muerto en un combate con la DINA y el ejército en 1974. Hay que avisarle antes de que sea tarde...fue lo último que le escuchó decir a Frodden a través de la pared. Después vino el silencio.

El humor de los detenidos de la pieza 12 era excelente. Aun no sabían que serían objeto de una inspección; que una comisión de la Cruz Roja Internacional estaba en Santiago y que pasaría a verlos. Estaban rebosantes de alegría. Villa Grimaldi había quedado atrás y ahora caminaban de un lado a otro en la enorme pieza como queriendo recuperar la vista y los pasos antes prohibidos. Sintieron el ruido de la puerta y volvieron los ojos hacia un civil vestido de gris y de negro que entró a la pieza. No hubo preámbulos de ningún tipo.

- ¡Andan unos gringos culiaos de la Cruz Roja...van a venir pa`cá, cuidaito el concha e` su maire que se le ocurra decir algo...¿jentendido!?

- ¡Si jefe!

- Nada de nombres ni custiones por el estilo...si les preguntan cuanto tiempo llevan aquí...han



estado aquí tres días. ¿Entendido!?

- ¡Si jefe!

Todos respondían casi al unísono, con el mismo disco rayado al que los tenían obligados en los cajones de Villa Grimaldi. Cálmate, relájate, pensaba. Rostros con barbas descuidadas y pelo desgredando. Recién entonces miró el aspecto de los que estaban a su lado. Hacía ya casi dos semanas que estaba sin bañarse ni lavarse el pelo. Lo único que les faltaba eran los piojos pensó. Fue entonces que se le pasó una de esas ideas raras por la cabeza, y se le salió como un sapo por la boca.

- Pero jefe, como van a creer que sólo hemos estado aquí tres días, mírenos las caras...con las barbas que usted ve aquí...los gringos no se van a creer la historia de que llevamos aquí tan pocos días.

Había sido una reacción muy extraña pero no se había detenido a pensar en el porqué de ese comentario tan disparatado. De haberlo hecho también se hubiera recordado de la que se salvó en el Regimiento Buin cuando tuvo que presentarse para hacer el servicio militar obligatorio.

Anteriormente había podido postergar la conscripción por el hecho de estar estudiando. Pero luego del pronunciamiento militar, eufemismo con el que los medios de comunicación de masas insistían en llamar al golpe de estado dirigido por Pinochet, el ser estudiante era más bien una lacra desde la óptica militar por lo que no había espacio para las postergaciones. Se presentó como a los 5 meses de haberse producido el golpe de estado. Los gritos iban y venían, gritos porque sí y gritos porque no. Estaban formados en escuadras, en cada una de ellas había una cincuentena de jóvenes, casi todos de su edad. Les amenazaban tanto que el temor se les quería ir por los ojos; no tanto por los gritos en sí, lo que era una costumbre de siempre en los regimientos, sino porque todavía sonaban en los oídos los ecos del brutal golpe militar y particularmente de los helicópteros nocturnos con su metralleo incesante acompañado de luces de bengala.

Había llegado al regimiento Buin peinado a la gomina, con anteojos y disfrazado como empleado particular, con corbata y con todo. Sabía desde antes que dos de los suboficiales del regimiento se la tenían prometida. Como representante de la JAP de Conchalí y con la aureola de extremista marxista que tenía en torno suyo nada bueno podía esperar de las amenazas. Uno de esos suboficiales todavía vivía al frente de Olfá, la joven con la que él estaba. A los gritos iniciales se sumaron nuevos gritos. Uniformado que pasaba por las filas bufoneaba hasta aturdirse el coco con sus propias griterías. El oficial de turno tenía cerca de los cincuenta años, era canoso y de contextura gruesa. Le recordaba al profesor de gimnasia del Instituto Comercial. Con su uniforme verde olivo pasó revista a los presentes, ora con las manos en la espalda ora gesticulando al aire con las mismas. Recargaba el ambiente con un tono amenazante como si estuviera recargando una pistola. Se paró en seco frente a un muchacho y le gritó.

- ¡Tu soy marihuanero!

Lo eligió del montón y comenzó a gritarle, no lo hacía para asustar al muchacho que ya estaba casi muerto de miedo y con las piernas tiritando, sino para amedrentar al resto.

- ¡Si es verdad lo que le digo señor, es verdad, se lo juro por Dios!

El joven siguió repitiendo eso de que él no tenía nada que ver con las drogas. Pero sentía tanto espanto que cada vez que lo decía resultaba menos convencido de lo que estaba diciendo. El oficial aplastó a los gritos al pobre infeliz y todos guardaron silencio. Todos escucharon, no tenían ninguna elección, a su alrededor todo era silencio, como en las tumbas. Todos interpretaron lo sucedido tal cual como se suponía que tenían que hacerlo. Aquí el que

manda soy yo y nadie me lleva la contra, entiéndanlo bien tal por cuales - vociferó el oficial y los gritos se escucharon hasta por fuera del regimiento.

- A ver, ahora vamos a ver... ¡Levanten la mano los comunistas!...

- ¿¡Como, no hay comunistas en éste país!? Bueno pa` que no se lo tomen tan a pecho cabritos. .No hablemos de militantes, digamos simpatizantes nomás. ¡Levanten la mano los simpatizantes comunistas!

Un escalofrío recorrió los cuerpos de unos cuantos de los que estaban en el patio del regimiento, sobre todo por cuanto afectaba a los miembros de las JJCC, como a Vladimir que estaba sólo a dos metros suyo. Él conocía a Vladimir. Como no hubo nadie que osara decir palabra el oficial les gritó que quería ver en alto las manos de los simpatizantes socialistas. Y se preparaba ya a cambiar de discurso cuando vio a un moreno alto con la mano vacilando en el aire. Los soldados lo agarraron del brazo y se lo llevaron. Y de los del MIR y el MAPU y la Izquierda Cristiana. Despues gritó el canoso, por si acaso, que levantaran también la mano los simpatizantes de la Democracia Cristiana. El desenchufado que levantó la mano no comprendió lo sucedido con la suerte del desafortunado que había reconocido ser simpatizante del partido socialista y levantó su mano derecha. Por el mismo lugar se llevaron al demócratacristiano.

Las cosas se pusieron peliagudas para los que presenciaban el sombrío espectáculo a pesar del sol que les quemaba la piel. Por su parte seguía pensando en como iba a salir de ese lío cuando divisó, como a 20 metros de distancia, a unos agentes de civil que vestían ropas oscuras. Estaban sentados tras unas mesas, eran cuatro y todos ellos portaban gafas negras. En sus manos, seguía amenazando el oficial a los gritos, los civiles de oscuro tenían listas de subversivos prófugos. El oficial estaba eufórico, histérico y se afanaba hasta lo indecible de lo glorioso que era para las fuerzas armadas participar en la insoslayable y patriótica tarea de la reconstrucción nacional. Los marxistas lo habían destruido todo y ahora había que reconstruir el país desde los cimientos. Y aquí contribuyen todos señores - remarcó con fervor de militar cuadrado.

- ¡A ver, pongan atención, levanten la mano todos los que están con mi general Pinochet!

Se las quiere dar de listo el huevón éste, pensó él. Al primer tarado que levante la mano lo van a coger de un ala y luego lo revientan. No, a mi no me engañas tal por cual, se dijo a si mismo. Mientras decía eso se tranquilizó pensando que él si estaba alerta y no se dejaba engatusar así como así por los aspavientos del canoso oficial. Pero no contó con esa lógica ilógica del militar. Quiso cerciorarse de los brazos alzados de los allí reunidos, recorría a todos con sus ojos descalabrados de desprecio. Él por su parte no vio el verdadero bosque de brazos en el aire, en parte porque los tenían formados como a los soldados, todos mirando hacia adelante y él en la primera fila, y en parte porque estaba absorto en lo suyo. Seguía con las manos cerca de las caderas. El grito espeluznante le volvió abruptamente al mundo terrenal.

- ¡¿Y vos gueón, porqué no levantai la mano!? ¡¿Estai con mi general Pinochet o estai en contra de mi general Pinochet!?

- Eso es relativo.

Relativo, se escuchó decir asi mismo, no estaba del todo consciente de lo que había provocado. El canoso se quedó perplejo, sin habla. No le cabía en la cabeza que hubiesen candidatos a conscriptos tan alejados del mundo de los cuarteles. Al canoso se le quitó lo perplejo y se puso rojo como un tomate, estaba furioso.

- ¡Ni que relativo ni que ná...o estai con mi general Pinochet o...

Antes de que el canoso terminara con su cacareo levantó el brazo en alto. Eso me pasa por

sobre estimar a jetones - escuchó que le dijo el super yo de la conciencia al yo de la inocencia. Sin embargo no dejó de sorprenderle la lógica extremadamente lineal y chata del oficial. Se había salvado solamente porque Dios es grande como habría dicho más de algún creyente. Eran tantos y tantos los nombres de proscritos en las listas que los tipos vestidos de civil no le encontraron. Pensaba que o no lo vieron o sencillamente no estaba. El calor reinante era insoportable. El corazón le palpitaba con fuerza y recién entonces vino a comprender la gravedad de lo sucedido. Había salvado el pellejo.

Se sentía bien sin el ambiente traumante de la Villa Grimaldi, ahora se sentía bien. Pasaron unos 20 minutos, más no habían transcurrido desde que había comentado lo de sus rostros con barbas crecidas, cuando se volvió a abrir la puerta de la celda número 12. Era uno de los guardias, entró para entregarles una máquina de afeitar eléctrica.

- ¡Afeitense y mucho cuidaito con lo que dicen, dijo, y agregó - ni nombre ni nada, si les preguntan que como están les dicen que bien y que llevan aquí como tres días...y pobre del que se vaya de lengua.

Los prisioneros se quedaron mirando entre si, se sentían como actores de un teatro de locos. Los funcionarios de la Cruz Roja Internacional aparecieron luego acompañados de El Lucero, el teniente que actuaba como jefe del lugar. Recién entonces vino a comprender que ese sujeto alto y prepotente que tenía delante suyo y al lado de los extranjeros era el jefe directo de Mauro. Y una vez más se volvió a preguntar donde tendrían a Carlos. Comprendió así lo grave de su situación y el peligro de estar allí. Tomó una decisión inquebrantable. Desde ese momento guardaría un silencio hermético y no le comentaría a nadie del motivo de su captura. Todo se parecía cada vez más a una especie de surrealismo demencial. Pinturas con colores de sangre reseca en el óleo del tiempo, líneas gruesas y delgadas, suaves y pequeñas, bosquejadas por esqueletos rotos. Psicópatas sin remedio, raptaban a la gente, las torturaban, las asesinaban, dictaban leyes de guerra e implementaron decretos locos a destajo. Solo quedaba la verdad de las calaveras en el país de la censura.

El aspecto de los representantes de la Cruz Roja contrastaba fuertemente con las ropas sucias y destartadas de los recién afeitados. Con una sonrisa de oreja a oreja los visitantes fueron estrechando las manos de todos los detenidos. Extendió su brazo para darle la mano al encargado del grupo que se dirigía a él.

- ¿Como está usted?

- Bien.

- ¿Cuanto tiempo lleva detenido?

- Tres días.

Los visitantes miraban con discreción, como pidiendo permiso para hacerlo. Una mirada a los catres y una mirada al techo, una al piso y otra a los presos. Nuevo apretón de manos y un adios de cortesía.

*Y a que mierda vinieron estos gringos - se preguntó. ¿Como está usted? Bien... bien secuestrado que estoy. ¿Quién es el que está bien? ¿Quién es quién? ¿Quienes somos, de donde venimos y adonde vamos? ¿Y ustedes que hacen aquí? ¿Gringos desubicados acaso no saben que están haciendo el soberano ridículo frente al carapálida que hace de jefe? ¿Y para este circo nos advirtieron tanto?...No me ayude compadre.... Gringos y la que los parió. La visita de los representantes de la Cruz Roja Internacional es una visita extraña, es lo menos que se puede decir. Pero ya no estamos en la Villa Grimaldi y eso es lo determinante. Quería verles hacer una visita de estudio en Villa Grimaldi. He estado raptado dos semanas.*

Villa Grimaldi. A Mauro lo habían trasladado con los grillos a la rastra a la torre. Era colosal la conmoción que su presencia en calidad de engrillado había generado entre los guardias. Los

primeros días iban todos a mirarlo. Era uno de ellos y por eso les costaba entender el espectáculo que estaban viendo. No sabían nada de su pasado antes de que lo enrolaran en las filas clandestinas de la DINA. No tenían idea de su trayectoria como militante en el MAPU, ni de que fue a parar de conscripto al ejército porque había perdido la posibilidad de postergar su servicio militar. El último día para postergar su servicio militar se había quedado dormido por haber participado hasta altas horas de la noche haciendo propaganda electoral. Ignoraban también que como conscripto en el Buin se lo llevaba leyendo al poeta Pablo Neruda quien en 1971 había viajado a Estocolmo para recibir el premio Nobel de literatura. No lo sabían ni los agentes operativos ni los guardias.

El día del golpe militar Carlos había esperado que el pueblo se fuera a tomar las armas, los guardias no lo sabían. Ni sabían que fue sacado del regimiento Buin para participar de una supuesta comisión de servicio y que durante dos meses le prepararon en Tejas Verdes para reventar a todo aquel que osase resistir a la dictadura militar. Tampoco sabían que Mauro era Carlos y que durante el último tiempo en la DINA se había sentido muy mal, que no tenía sosiego, que no podía dormir, que llevaba papelitos a los familiares de los detenidos en Cuatro Alamos, que avisaba a los familiares de los nuevos detenidos y el estado en que los había dejado el trato inhumano de la DINA. Ni podían saber que la madre de Carlos estaba consciente de que a su hijo, como hombre de izquierda, le había correspondido desempeñar uno de los roles más difíciles que alguien pudiera imaginar.

A Norma Carrasco, la madre del infortunado, no le quedaban dudas: porque hay que tener un valor - decía - para poderse manejar en el lugar que se manejaba. Ahora, estaba tan convencido, que eso me da a mí la conformidad de que su pensamiento lo tenía muy claro; para tener esa visión de las cosas, como madre lo admiro, es difícil el papel que le tocó. ¡Tan difícil! Porque cuando una lucha está dando el frente, y él tuvo que hacer un trabajo de joyería. Para mí era espantoso verlo llorar a veces, no me quería decir qué era lo que sucedía y yo le veía llorar en las noches, y a veces lo veía mal genio también. Me preocupaba y le decía, algo está pasando. No, mamá, si no pasa nada. Siempre evitando dar problemas, enfrentando sus problemas solo. Yo creo que lo enfrentó hasta lo último.

Tampoco sabían los guardias que lo habían detenido en su casa el 14 de Marzo, un poco antes de la detención de su amigo universitario, bajo el engaño de que lo necesitaban para hacer una declaración. Inmediatamente después Mauro había contribuido a que la DINA efectuara una nueva detención, la de Ale. Los guardias miraban, miraban y miraban a Mauro, miraban y lo volvían a mirar. Lo veían y no lo creían. Tirado sobre el piso de madera, engrillado por los pies ahí en la torre. Mauro estaba consciente, sabía que lo podían matar. En las noches lloraba como un niño desconsolado, como huérfano y falto de amparo. Se consolaba pensando en que si llegaba a salir con vida de aquel infierno nunca jamás se volvería a meter en política.

Encima del cajón en el que estaba Mauro había otra prisionera. En 1972 había rechazado el premio anual de la Fundación Helena Rubinstein. La fundación era para ella un apéndice de un monopolio de cosméticos internacional que explotaba a los trabajadores. Había sido girl guide, trabajado en la Cruz Roja, jugadora de ping pong, de basketball, delegada ante la Federación de estudiantes de la Universidad de Chile y muchas otras cosas. Gladys Díaz había sido, hasta el 20 de Febrero cuando la detuvieron los de la DINA, presidenta del Sindicato de periodistas Radiales de Santiago. Gladys Díaz había pasado por torturas horribles pero mantenía una moral inquebrantable y le causaba pena escuchar los sollozos de Mauro. Le cantaba a menudo para que no se sintiera tan solo.

Un domingo, en abril de 1975 llegó a Villa Grimaldi una mujer elegantemente vestida. Había cuatro detenidos en la torre. A medio día sintieron subir gente por las escaleras que daban a la torre, eran dos personas, un hombre y una mujer. Por el tono en la voz del oficial

podieron deducir un servilismo sin límites hacia la mujer. Le explicaba a ella con mucha deferencia.

- Aquí están los más peligrosos, los más duros, los que no tienen vuelta.

- ¿A estos los van a matar?

La mujer, que iba vestida de civil, reaccionaba con superficialidad y frivolidad propia de una cuica. El oficial se hizo el desentendido y siguió comentando al patético cuarteto de presos tirados en los cajones. Apuntando el cajón donde se encontraba Alfredo Rojas Castañeda el oficial dijo que había sido el director de Ferrocarriles durante el gobierno del derrocado presidente Allende. Los cuatro llevaban allí semanas sin poder bañarse y sin lavar sus ropas. Como si eso no fuera poco la pierna del militante socialista Ariel Mansilla no estaba bien, se estaba pudriendo y había entrado en estado de gangrena. Al momento de su detención le habían pasado las ruedas de un bus por la pierna. Nunca antes había tenido el desdichado tiempo de llevar a su hijo a un carrusel, en ese momento ya era demasiado tarde, se estaba muriendo. Lucía Pinochet Hiriart comentó de inmediato el olor que impregnaba los cajones de madera.

- ¡Que olor más desagradable!

- Son muy sucios - respondió el oficial.

- A ver, ábrame una puerta para ver a uno.

- Tendría que agacharse porque hay sólo una abertura inferior por donde ellos entran y salen arrastrándose. Las celdas no tienen puertas.

La hija del general Pinochet se agachó para mirar a Alfredo Rojas pero se quejó de lo incómodo que resultaba y desistió. Al pasar por el cajón de Gladys Díaz se enteró de que ahí tenían encerrada a una periodista muy peligrosa. Comentó el hecho diciendo que era muy entretenido, aunque no demostró mayor interés por verla. La hija de Pinochet no pudo ver que al interior del cajón yacía una mujer larga y flaca y con el cabello tijereteado en forma ridícula. La prisionera de guerra número 1020 estaba convertida en un verdadero espantapájaros. Tampoco vio la hija del general con sus propios ojos a Mauro; el guardia caído en desgracia, el de los pies engrillados, el mismo que cuando salía al patio de arena lo hacía dando saltitos como los conejos. Lucía Pinochet Hiriart quedó, a pesar de la aparente frivolidad que demostró en la Villa Grimaldi, marcada por esa visita extraña. Nunca te metas en nada, lo que vi allí es irrepetible, no te lo puedo contar, relató posteriormente su visita a una de sus amigas. Por la inesperada aparición en ese oculto centro de aniquilamiento, la mujer fue duramente reprendida por su padre. El general Pinochet lo consideró como un acto de insubordinación.

Era el tercer día de Ale en Cuatro Alamos. Le sacudió el pensamiento al escuchar el nombre de los once presos que sacaron de allí. A la celda habían llegado catorce personas y desde ese momento no quedaban más que tres. De los tres que quedaron sólo Frodden sabía que los otros diez pasaban a libre plática en Tres Alamos. Por el tiempo que llevaba secuestrado sabía de la rutina de todos los Alamos, su compañera estaba en la sección de las mujeres de Tres Alamos. Lo de álamos tenía que ver con la zona exterior al recinto que estaba rodeada de álamos. Eran árboles de madera blanca y ligera muy resistentes al agua, crecían en las regiones templadas del país.

Ahí estaban los tres, mirándose, preguntándose sin esperar recibir respuestas. El pelirrojo con el rostro lleno de pecas era un militante del partido socialista, los de la DINA lo acusaban de haber escondido armas. Pero no tiene nada que ver, decía el pecoso para tranquilizarse a sí mismo. Tenía una apariencia de parvulario melancólico. El rubio alto de los ojos celestes no estaba sorprendido pero si le llamaba altamente la atención la suerte de sus dos compañeros

de celda. Frodden se rascaba los delgados cabellos de la cabeza y los de la pera y no lograba comprender la razón de mantener allí al tercero del trío. ¿Que hacía allí ese militante del MAPU? En Villa Grimaldi y en Cuatro Alamos casi todos los presos eran del MIR. Ale notó que Frodden le miraba como si él fuese un pájaro raro, pero lo hacía con un gesto de simpatía elocuente.

El día anterior se había producido una discusión entre Zurita, uno de los activistas del MIR recién traspasado a Tres Alamos, y él que era el único prisionero no mirista. Luego de escucharles un rato intervino Frodden y trató de llevar la discusión a un terreno más principista. Quería saber, entre otras cosas, sobre las razones programáticas que impedían al mapucista ser miembro del MIR.

Ale sacó a relucir las desviaciones castristas y voluntaristas del MIR y su escasa ligazón con el movimiento obrero y al él le criticaban por el apoyo de su partido al gobierno reformista y vacilante de la Unidad Popular. Adujo también, como una cuestión secundaria pero importante por ser Chile un país extremadamente católico, la necesidad de incorporar a los cristianos a la tarea de construir el socialismo. Para eso el MAPU estaba como pintado. En el MAPU habían sacerdotes radicalizados que entendían el socialismo como un proceso de liberación teológico. Originalmente venía de una ruptura con la Democracia Cristiana, tenía entre sus filas a los curas por el socialismo y una cantidad nada despreciable de campesinos que servían de una importante base social como aliados a la clase obrera. ¿En cambio el MIR que, acaso no vacilaron en la política electoral frente a las elecciones de 1970? ¿Como explicar eso de querer acercarse a las masas sin decirles una palabra frente a lo que ellos consideraban que había que hacer con la cuestión del voto? ¿Si a pesar de que vastos sectores del movimiento obrero eran conscientes de ser una clase para si al mismo tiempo que tenían ilusiones en el parlamentarismo e importantes capas de la población se consideraba allendista, que había dicho el MIR en esos momentos decisivos? ¿Acaso pretendían desconocer que el movimiento reconoció oficialmente las importantes transformaciones sociales logradas durante el primer año de gobierno? Habían reconocido, hasta donde sabía él, que el gobierno de Allende había llevado a cabo importantes realizaciones; la nacionalización del cobre, la estatización del salitre, el hierro, el acero, el cemento, la intervención de los monopolios textiles y de teléfonos, la reforma agraria y todo eso. Y por lo demás el MIR también había participado en la formación de la guardia personal de Salvador Allende. ¿Que era eso, era acaso apoyo crítico?

Pero habían otros aspectos de la discusión en la que no había tanta discordancia y se comenzaron a mezclar los argumentos con los recuerdos nostálgicos de un tiempo ido pero no tan lejano. Después de todo cuando llegó el momento de los quiubos habían quedado del mismo lado de la barricada: socialistas MAPU y MIR todos juntos a combatir. Buscaban, cada uno a su manera, hacer claridad sobre lo que había antecedido al golpe y lo que lo había hecho posible. El intercambio de palabras en la celda era intensivo pero de ningún modo una discusión entre enemigos.

Cuando sintieron el ruido de la puerta que se estaba abriendo se volvieron los tres hacia los dos hombres que entraron a la sala, iban armados. Apuntaron con el dedo índice al pelirrojo y le sacaron de allí. Quedaron los dos, él y Frodden. Comenzaron a hacer elucubraciones acerca de la posible suerte corrida por el pelirrojo, también a ellos les esperaba una suerte desconocida. Guardaron silencio y dejaron pasar el tiempo. Habían pasado algunas horas y se volvió a abrir la puerta. Ahora si que estoy jodido, se dijo a si mismo. Vio como los mismos sujetos que anteriormente se habían llevado al pelirrojo agarraban ahora al único compañero de celda que le quedaba. A penas los agentes de la DINA y Frodden abandonaron la celda corrió hacia la puerta y se agachó para mirar por el hoyo de la cerradura como se llevaban a ese chileno de apariencia y apellido extraño. En el corredor le pusieron una venda y luego doblaron hacia la derecha y los tres desaparecieron de su vista. Sintió pena por Frodden,

después de todo bastante mal lo habían tratado durante el tiempo que estuvo secuestrado en Villa Grimaldi. Ya no le cabían dudas, estaba completamente convencido de que a Frodden lo volvían a Villa Grimaldi. Una vez más sintió el peso de la soledad.

Esperó y esperó y las horas fueron pasando, soñó despierto que se abría la puerta, que le ponían tela adhesiva en los ojos y que se lo llevaban. Las horas siguieron pasando. Pegado a los barrotes de una de las ventanas escuchaba pasar el viento añorando la libertad. Quiso convencerse, aunque fuera brevemente, que no dependía de nadie y que podía obrar a su antojo, que podía hablar en forma atrevida, sin tener miedo de nada y de nadie. Con el rostro contra los barrotes de acero se quedó pensando, él podía pensar libremente y era algo completamente diferente al estar tirado y aislado en una celda.

Pasaron los días y siguió solo. Cada vez que escuchaba ruido proveniente del pabellón se ponía en tensión hasta que por último se fue acostumbrando. Se habituó al permanente tráfico de detenidos que llegaban y salían de allí. La entrada al pabellón, por el costado izquierdo, daba a un pequeño patio. Por el lado derecho a diferentes piezas, cada una de ellas con dos camarotes de fierro y una delgada frazada gris. Las dos primeras piezas siempre eran ocupadas por mujeres. A veces llegaban de madrugada y otras a medio día o bien por las noches. Metían de a tres, de a cuatro y a veces mayor cantidad de prisioneros en las pequeñas celdas. Era un continuo abrir y cerrar de puertas. Mientras tanto en la número doce lo único que entraba era el brazo de un guardia con el pocillo de la comida con grasa. Estaba engordando ostensiblemente, suponía él, por los efectos de la grasa. Cuando le servían la polenta amarilla se sentaba a comer con visitas invisibles. Tenía tiempo de sobra y el tiempo era constante. Estaba aislado del mundo exterior y lo mantenían escondido como a todos los prisioneros aislados. Se lamentaba de no haber leído antes el libro Cien años de soledad de Gabriel García Márquez. Se sentía solo y quería saber de cuantos años era su soledad.

Pudo en su imaginación ver a Mauro en un ir y venir por el corredor, cerrando y abriendo puertas, dejando recados y de vez en cuando uno que otro cigarro a los detenidos. Eso que él creía ver era exactamente lo que su ex compañero de partido también le había contado en 1974, Mauro cuidaba presos y les daba ánimos. Laura Allende era una de las detenidas de quien más recuerdos tenía, le dijo su ex amigo en una de las oportunidades en que se pudo desahogar. A la hermana del presidente Allende la habían detenido el 9 de Noviembre de 1974 y también fue a parar a una de las dos primeras celdas de Cuatro Alamos. Laura Allende le había tratado con respeto, había dicho el muchacho de la cara pascuense que en esa oportunidad se sintió condecorado por las palabras de la hermosa mujer. Estaba recordando lo que le había contado Mauro acerca de la ex diputada socialista y rehacía así partículas del pasado reciente y especulaba sobre su destino de solitario. Lo que no podía hacer era prever el futuro, ni el suyo ni el de los demás. De haber tenido el don de ver en la bola de cristal se hubiera podido enterar, años más tarde, del destino de Laura Allende en Cuba, cuando decidió suicidarse en compañía de su sonrisa angelical. Gracias a la vida, dijo, y se la quitó.

A medida que fueron pasando las horas y el tiempo sentía que todo era infinitamente infinito. Siguió recordando las conversaciones con Carlos. Al principio tuvo que engañarle. Sus encuentros con aquel desvanecido por la vida y convidado de muerte habían sido también, al margen de la información que salieron de esos encuentros, largas sesiones de terapia. Pero llegó un momento en que las cosas cambiaron. Su acuerdo con la rubia de los ojos claros había sido ese, así lo exigía la dirección del MIR. A partir de ese momento Mauro tenía que entregar conscientemente la información al enemigo número uno de la DINA. No había ya tiempo para sonsacársela con paciencia de terapeuta. Fue por eso que se armó de todo el poder de convicción que tenía e instó a Mauro a colaborar. Y Mauro no se sorprendió, accedió al pedido como si desde hace mucho tiempo hubiese estado esperando ese momento.

Ahora que él estaba completamente solo en la enorme pieza de paredes oscuras volvieron a

su mente las descripciones hechas por el ex amigo sobre ese pabellón de presos secretos. Me estiman mucho, le había dicho en una oportunidad refiriéndose a los detenidos desaparecidos que él veía en Cuatro Alamos. Los cigarros, los mensajes a las familias angustiadas y las palabras reconfortantes para los perdedores de una guerra que nunca alcanzó a ser guerra de igual a igual. Mauro era de origen humilde y actuaba como un samaritano cuando ayudaba a los caídos. Pero no había espacio para la tranquilidad interior. No había sosiego, no había quietud espiritual, no tenía la conciencia en paz. Era un sobreviviente con antecedentes de realismo trágico.

En Ale había había quietud, o se acordaba de la Marcela del MIR o de la cara pascuense de Mauro. Sabía si, por los periódicos de la época, que la mujer del aparato de informaciones del MIR había caído en Septiembre de 1974. Era algo de lo que estaba absolutamente convencido. Por estar incomunicado del resto de los presos no pudo enterarse que antes de desaparecer Cristina López Stewart había estado enferma de anemia. Había desaparecido en manos de un sujeto completamente violento y desequilibrado; era uno de los logros de Romo, el mismo que se encargó de segarle la vida a Lumi Videla y la de tantos otros presos desaparecidos. Tampoco podía saber ahí, en Cuatro Alamos, que Cristina López Stewart desapareció en 24 de Noviembre del centro clandestino de detenciones ubicado en José Domingo Cañas. Mauro no estaba en ese momento allí para darle a él un cigarro o llevarle un recado a sus padres.

Pero una y otra vez se preguntaba Ale lo mismo. ¿Donde estará Carlos? Sintió que los momentos estaban trastocados, vilipendiados, machacados y mutilados por el terror. Incomunicado. Porqué me tienen aislado del resto de los presos lo se, es por lo de Mauro. ¿Pero porqué aquí? ¿Que habrá pasado con el negro? ¿Porqué me trajeron aquí, porqué estoy aquí? ¿Se habrán equivocado? Es posible, con ese lío de llamar a los detenidos a través de números, es muy probable.

Le atormentaba ese sentimiento de incertidumbre. Le acusaban de haber infiltrado a la DINA por intermedio de su ex compañero de colegio y de actividades político estudiantiles. No comprendía el porqué no se habían deshecho de él, con vida podía constituirse en un estorbo; contar parte de la historia de la DINA desde sus comienzos, pormenores desconocidos para la gran mayoría de los chilenos. Ese aspecto de la cuestión era crucial. Cuando los prisioneros mueren acibillados por balas de metralleta o cuando quedan inertes y pierden la vida con la corriente eléctrica no tienen ese mar de dudas. Cuando los torturados pasaban a incorporarse al resto de los presos en libre plástica desaparecía el terror del no saber sobre un futuro incierto. Dedujo que en su caso el estar vivo era como estar muerto, todos sus sentidos experimentaron estar ante una macabra exposición de horror. Jamás, nunca antes, nadie le había hablado de que los momentos pueden ser estupefactos o elucubraciones sin fin. Se declaró muerto en ese monólogo del silencio.

Al mes de haber permanecido enclaustrado y solitario en medio de las sombras le sacaron de la celda número doce. El pabellón ya no daba abasto después de la llegada de los nuevos contingentes de presos. Por esa razón le cambiaron a la pieza número nueve. La número doce cumpliría desde entonces una función más racional. Su nueva celda era pequeña. Un catre, una frazada gris y barrotes gruesos color ladrillo que daban a un patio grande. Alrededor de los marcos de la ventana se podía ver una masilla gris que teóricamente debía servir para detener las veleidades del clima. Era teoría porque al interior de la pieza del ex convento de monjas hacía mucho frío. El muro donde terminaba el patio era plomizo y por la parte superior el muro estaba sembrado de alambres con púas. En el patio ya no quedaba casi nada de pasto, todo se parecía a los efectos desastrosos de una sequía prolongada. Le llamaba la atención la existencia del pequeño árbol, un naranjo. Tiene que haber diferencia entre celda y celda - dijo en voz alta. La nueva resultaba menos deprimente. Esa diferencia variaba dependiendo del estado de ánimo en que se encontrase pero casi siempre optaba por ver la



celda como una pieza especial. A pesar de los pesares era un optimista sin remedio.

De noche le sorprendieron la dulzura de sus voces. A la pieza número ocho habían llegado durante la noche unas mujeres jóvenes, lo dedujo así por sus voces. Sus conversaciones en bajito, sus risas tímidas y las canciones de esperas y de sueños. Sus cantos le cautivaron y se quedó escuchando como un ilusionado de por vida. Lejos, muy lejos de la torre con espacio y tiempo de muerte. Tiempo, tiempo. El tiempo - pensaba - es algo cotidiano y evidente para todos pero que es el tiempo. Era sencillamente imposible imaginarse la existencia sin el factor tiempo. ¿Pero que sabía él y el resto de los mortales de lo que era realmente el tiempo? Una incógnita extraña, era de la idea que hasta los más lúcidos tenían dificultades en explicar que era el tiempo. ¿O era quizás como decía Schopenhauer, el filósofo, que el tiempo era lo que impedía que todo sucediera simultáneamente? Y sus voces dulces, nobles, cantándole bajito. Caricia sublime de la voz.

*Luchar por un gran ideal  
vivir con los ojos abiertos  
Es mi ideal que intento alcanzar  
no importa cuan lejos  
yo lo pueda lograr...*

La noche más bella se hizo sentimientos y quiso salir a su encuentro. Se quedó acariciando la pared torciéndole así la voluntad a la soledad y al dolor. Se acercó a la ventana, hacia el lado derecho de la pieza enblanquecida por la cal, para que pudieran ver su silueta desamparada. Comenzó así una relación de amor en un clandestino mundo de sub mundos. Abrieron calabozos inexpugnables, edificaron ternuras en el aire y pintaron con los pinceles de la esperanza. Se hablaron b-a-j-i-t-o para no llamar la atención de los guardias.

- Nos detuvieron cuando tratamos de asilarnos.
- ¿Han estado en Villa Grimaldi?
- ¿No, que es eso?
- Es un centro secreto de detención, de tortura. ¿Donde las han tenido?
- Estuvimos detenidas en un retén de carabineros y luego nos trajeron aquí.
- Lo más probable es que a ustedes las dejen libres dentro de poco.
- ¿Porqué crees eso?
- Si comparo el caso de ustedes con el de los otros detenidos con los que he tenido contacto en la Villa Grimaldi tendrían que liberarlas dentro de poco. Es que no pueden llenar con gente como ustedes los centros secretos de detención, no dan abasto para tantos detenidos.
- Es prometedor
- Quisiera pedirles un favor...
- Si, dinos.
- Como es probable que ustedes salgan antes que yo quisiera que llamen a mis familiares, yo les doy el número de teléfono, y les digan que estoy con vida y que estoy bien aunque aislado del resto de los presos. No quiero que se preocupen.
- ¡Por supuesto!
- Gracias.
- ¿Como eres tu?

Se sintió un tanto incómodo tratando de hacer un retrato hablado de si mismo, pero lo ridículo se evaporó en medio de ese dulce sueño real. Recordó de pronto que en su celda había un espacio adicional que daba a la celda de las tres prisioneras, alguna vez sirvió como ropero pequeño para colgar ropa en las habitantes del convento. Allí había un pequeño orificio por el cual se podrían ver. Nunca antes había sentido algo parecido. Se alejó lentamente del orificio para que ellas pudieran observarle.

- ¡Ah, que eres lindo!

Primero una, luego la otra y finalmente la tercera. Se fueron turnando. Estaba aturdido de cariño. Sus comentarios en bajito le anonadaron con ilimitada ternura. Es la primera vez que hago de modelo, se decía a si mismo. Cuando llegó su turno les pidió que retrocedieran porque ahora era él el que quería verlas. Tres mujeres hermosas, las más dulces de las voces, en una prisión de miradas encontradas. Retuvo ese cariño y ellas el suyo. Parecían cuatro enamorados haciendo promesas para un mañana no lejano. Prometieron volver a encontrarse en Amsterdam y bailarían en las calles del viejo continente por la dicha de saberse libres como los pájaros, de saber que eran ellos en plenitud. Escuchó de ellas canciones que nunca antes había escuchado, fue así que aprendió a ser amigo de unos pájaros que serían sus amigos de toda la vida; los gorriones.

*Es menudo como un soplo  
y tiene el pelo marrón  
le gusta volar bajito  
como a un gorrión  
y tutearse con las nubes  
y dormir en un rincón  
donde no lleguen los gatos  
como a un gorrión.  
Pajarillo errante  
que bebe el agua de los estantes  
y de mi mano jamás comió...*

Cantaron hasta muy entrada la noche. Al despertar del día siguiente ya no estaban. Entonces cantó y cantó hasta perder completamente la noción del tiempo. Cantó, no por tener buena voz sino por esa presencia fugaz y por la ausencia. Se escuchó cantar yo soy Don Quijote señor de la Mancha...y cantó a los gorriones cuando les vio llegar ahí. A medio día se reunían sus amigos los gorriones. Una vez contó hasta cuarenta y nueve pajaritos pardos, volaban bajito como en la canción. No podían ser pájaros errantes sino de los otros, de los solidarios se decía a si mismo una y otra vez. Sembró en alguna parte la idea que le venían a ver a él y por eso cantaba. El pan que recibía por las mañanas lo fue desmenuzando día a día, lo hacía con una paciencia de santo. Hacía cerritos de migas y las tiraba por entre los barrotes en un intento de saciar el hambre de los plumíferos. Era un quehacer diario, estaba en una situación de dependencia completa en relación a ellos y les necesitaba como el aire que se requiere para vivir.

Una mañana se abrió la puerta de la celda a una hora deshusada. Por el umbral de la puerta entró un gordo inmenso acompañado de un individuo más pequeño. El chico era de cara muy pequeña, delgado y con las piernas arqueadas. Se quedaron mirándole atónitos mientras él se hacía a un lado como convidando espacio. Se sentaron en los borde de los catres y se estudiaron mutuamente. Al cabo de un rato todo le quedó claro. Eran presos comunes. El gordo estaba muy afligido y lleno de angustia. El chico que a todas luces sostenía aun dientes semicarcomidos no dejaba de rezongar. Fue el gordo quien rompió el silencio, al cabo de una hora y media se demostraba afano y cordial. Contó con lujo de detalles su detención en manos

de la DINA. A su mujer le contaron el cuento de que andaba con otra - dijo con voz pausada. Le pintaron una película en colores hasta que la mujer comenzó a derramar lágrimas de celos y con eso la hicieron hablar hasta por los codos. Así se enteraron del contrabando de dólares y como los paranoicos de la DINA eran neuróticos desconfiados sacaron la conclusión de que los dólares eran para el MIR. Por eso estaban allí, bien presos. El gordo le preguntó que diantres estaba haciendo él ahí.

- ¿Pa` que te metiste en esto de la política? Yo no entiendo, tu soy joven, tenís una profesión, un porvenir...A mi en cambio, y a éste también - dijo al tiempo que apuntaba con el dedo al compinche - nos agarraron por contrabando, pero tiene sentido en cambio a ti...

La pareja dispar estuvo con él un par de horas, pero el sólo hecho de haber contado con su presencia, aunque tan solo fueran malandrines o patos malos como decía la gente, le sirvió como oxígeno en la intoxicación de la soledad. Pasadas esas horas se volvió a quedar solo.

Pasaron los días y cuando se abrió la puerta, una vez más a hora desacostumbrada, tuvo ante sus ojos a un nuevo y extraño visitante. El contraste del nuevo compañero de celda con los contrabandistas de la semana anterior era abismante. Le miraron unos ojos verdes claros y tranquilos. Observó su larga cabellera negra, con algo de canas que le sentaban muy bien. Llevaba una barbita plateada bien cuidada y demostró desde el primer momento unos modales extremadamente finos. Luego de una escueta presentación se tranquilizaron ambos, por lo menos él porque el visitante de barbita se aterró cuando escuchó lo de su largo encierro de incomunicado. Era un artista, un pintor de extracción burguesa. Sus movimientos y los gestos le parecieron un tanto amanerados y hasta exagerados, pero era su forma de ser, no tenía otra. Cuando terminaba de comer se secaba la comisura de los labios con mucha prolijidad, era una persona de salones finos. El pintor le contó de sus viajes por el extranjero, de sus contactos con pintores internacionales y de su vida de intelectual de izquierdista burgues. Era otro mundo. Parecía no darse cuenta de que era la DINA la que lo tenía preso. La idea misma le resultaba absurda y desmedida al pintor. Lo único que había hecho era haber prestado su casa a un señor amigo de un amigo. El problema residía en que el amigo de su amigo resultó ser, desgraciadamente para la inocencia del pintor, Victor Toro Ramírez, miembro volante del Comité Central y encargado sindical nacional del MIR. Era lo único de que le podían acusar. Lo único, como si fuera poco, pensó él para si mismo, sin detenerse a pensar de que objetivamente era poco. Por lo menos si se comparaba el caso del pintor con lo de Mauro. Lo que no encajaba mucho era que la detención de Melinka, como se conocía a Victor Toro, había estado a cargo del aparato represivo de la Fuerza aérea y al artista lo tenía en su poder la DINA. Como de política no sabía mucho no entendió tampoco la diferencia entre la represión ejercida por la Fach y la DINA. Consideró que seguramente fue bueno para ese hombre sensitivo pensar como lo hacía, en caso contrario hubiese sufrido un ataque cardíaco. Jamás estuvo en Villa Grimaldi y se evitó por ello el mundo de un sádico paranoico de caminar lento balanceando por su obesidad, no conoció a Romo. De todas maneras se sentía utilizado por el MIR y ultrajado por la dureza en el trato que la gente de las fuerzas armadas habían tenido en su contra. El pintor nunca se enteró de la verdadera razón por la cual compartió la celda con el estudiante universitario pero siempre tuvo una actitud muy deferente y cordial para con él. Desapareció de la celda con la misma rapidez con la que lo introdujeron a ella. Pasarían 16 años antes de que pudiera volver a exponer sus cuadros en Isla Negra.

Los días siguieron pasando. Los gorriones se reunían en bandadas afuera de la ventana. Eran menudos y livianos como los soplos. Sin los pájaros su existencia en la celda hubiese sido insoportable. Aprendió a conocer cada vez más a los pájaros y mientras más los observaba mayor era la dependencia a través de las rejas. De las migas hacía más migas. Quería ya a los pequeños gorriones marrones porque compartían con él esa solitaria existencia. Aprendió de una nueva forma de amistad. Los plumíferos por las migas y él por su compañía.

A mediados de abril hicieron nuevamente su aparición los representantes de la Cruz Roja Internacional. Los mismos hombres de ternos grises de la vez anterior. Los gringos se fueron de espaldas cuando vieron al viejo conocido jugando ajedrez consigo mismo en el piso de la celda número nueve. Se quedaron mirando la original partida de ajedrez del jugador real con el imaginario. Pero los visitantes se hicieron los suecos. Si te hemos visto no nos acordamos, parecían decirle con las piruetas de incredulidad en sus rostros. Todas las piezas de ajedrez estaban construidas con migas de pan, las torres también. La farsa se repitió. Constataron una vez más que en la celda había un preso que aun estaba con vida, existía pero no para los demás, así lo había decidido la DINA.

- ¿Necesita algo?

- Me gustaría disponer de algo para leer, hace mucho tiempo que no lo hago y me gustaría poder ver las letras impresas sobre el papel...

- ¿Quiere la Biblia?

- Si, me gustaría mucho.

- No se preocupe, ya se la traerán.

No sabía si le estaban tomando el pelo o si los extranjeros efectivamente pensaban que con leer la Biblia el preso se redimiría de los pecados políticos que llevaba en la conciencia. Su respuesta fue mecánica, se reconoció a sí mismo que estaba dispuesto cualquier cosa con tal de leer algo. Desde que se convirtió en ateo que siempre vino en criticar a la Biblia y a sus devotos seguidores. Recordaba muy bien a esa mujer inmensa del pelo rojo a la fuerza, desmarañado como sus ideas, que vivía en la esquina del pasaje Moraleda. La mujer le tenía la cabeza vuelta loca a su madre de tanto predicar. Guacolda no hallaba donde meterse, no aguantaba más a la testigo de Jehová y por eso hizo el pase de taquito a su hijo mayor.

- Mire señora - le dijo con aire de resignación - porque no discute con el Ale, el chiquillo es bien bueno para discutir.

Discutió con la fanática y al cabo de algunos minutos la puso fuera de las casillas. Le dijo que lo único valedero en el mundo terrenal era el movimiento y no las creencias religiosas, porque cualquiera podía creer lo que se le antojara y eso no probaba absolutamente nada, nada de nada. La evangélica se quería morir, le faltaba el aire y escuchaba al muchacho más bien por una cuestión de inercia mental o porque en ese momento se entregaba en cuerpo y alma al espíritu santo.

- Señora, lo que pasa es que vino el espíritu santo y se le metió calladito entre las piernas a doña Maria. A lo mejor era tan pailona la pobre de la Maria esa que en lugar de gritar por el orgasmo dijo amén y se imaginó que ya tenía a Jechito en los brazos, pero eso es una fábula. ¿O me quiere pasar gato por liebre? La Biblia, el reino de los cielos, la divinidad, el papa, la iglesia, los curas, las monjas; todo eso es un cuento de los ricos para engañar a los pobres. Si es como lo dice Violeta Parra en una de sus canciones.

*Porqué los pobres no tienen  
a donde volver la vista  
la vuelven hacia los cielos  
con la esperanza infinita  
de encontrar lo que a su hermano  
en este mundo le quitan...  
Y pa` seguir la mentira  
les cuentan que Dios no quiere  
ni pliegos ni sindicatos  
ni ninguna revolución...*

La colorina se puso roja de ira. Le quedó mirando con un odio de las catacumbas y lo maldijo hasta la séptima generación y se alejó de la casa con los brazos espasmáticos apuntando hacia el cielo. Nunca más la volvió a ver.

Los representantes de la Cruz Roja les dio una suerte de pena el verle sin zapatos en pleno invierno y le prometieron también un par de zapatos para contrarrestar un poco la mala conciencia de no poder hacer nada por él. Pasaron los días y las noches y volvieron a pasar más días y noches y nada. Se quedó esperando la Biblia y los zapatos prometidos por la Cruz Roja pero nunca aparecieron. Supuso que los europeos le mandaron la Biblia pero que seguramente carapálida había censurado la sagrada escritura. No lograba determinar sin embargo si la medida de censura fue por temor a Cristo perseguido y torturado o obedecía a que despreciaba la misericordia de los europeos. Él se inclinaba por lo segundo. El gendarme de la DINA quería koderle la existencia. Le constaba que los zapatos fueron confiscados por los guardias y que los usaban para jugar a la pelota en un uno de los patios adyacentes al pabellón, se lo habían dicho ellos mismos. De alguna parte, de algún recóndito lugar en alguno de esos cerebros aporreados de tanto obedecer ordenes, surgió una suerte de clemencia porque a pesar de todo le entregaron un paquete de cigarrillos rusos. Esto te dejaron los gringos - le dijo un guardia de su misma edad que siempre vestía de negro. Nunca había fumado antes y se quedó con la mirada puesta sobre la cajetilla. Con la mano izquierda sobre los barrotes de la ventana y con el cigarro en la otra se quedó mirando horizonte, estaba anocheciendo.

Luego de la ceremonia matinal de costumbre en que le daba de comer a los gorriones dejaba pasar las horas esperando el atardecer. Todos los días lo mismo. Los gorriones se movían a los saltitos para pelearse por las migajas. A él no le quedaba otra cosa que moverse en pequeños círculos y cuadraturas de la celda. Cuando comenzaba a bajar el sol cogía un cigarro de la cajetilla de color blanco y celeste. Él no sabía fumar pero gozaba al aspirar el cigarro. Las ideas iban a Rusia. Buena gente los rusos, se decía a si mismo. Olían a prisión y a libertad. Al encender el pucho miraba todas las tardes en dirección hacia el cerro Santa Lucia donde suponía que estaba el cerro de los enamorados. Con ayuda de la fantasía sacó a relucir un mundo interior con el que lograba dislover la soledad. Por las noches se entretenía buscando convencerse de que no tenía frío, se decía que eran imaginaciones suyas. Pero la camisa celeste y los jeans con que lo habían detenido en el mes de marzo no le daban abrigo. Los blue jeans raídos y la camisa descolorida fortalecían la impresión del frío reinante. Como no se podía seguir engañando a si mismo sintió que era de verdad el frío que tenía esa noche y que tendría el resto de las heladas noches de Abril.

## 6

**D**esconfiaba hasta de su sombra, la soledad le había privado de la cualidad del ser social y pensaba que en adelante actuaría como ermitaño. Jamás hablaría de su caso con otros presos y estaba tan convencido de eso que legisló mentalmente y lo convirtió todo en una ley de hierro. Mientras tanto los presos llegaban y salían de las piezas del pabellón, sentía el abrir y cerrar de puertas y de pasos por el corredor. Ya no eran los tacones enfermantes de los guardias de la Villa Grimaldi. Permanecía en la celda de cinco pasos y medio como un recuerdo. Estaba aislado e incomunicado en Cuatro Alamos, sumido en recuerdos imborrables. Se consideraba un individuo consciente pero estaba sumido en el sub mundo de la semi inconsciencia y el brutal mundo de los verdugos.

Los recuerdos y lo monótono de la existencia en la celda fueron rotos una vez más por el

ruido en la celda continua, venía de la misma celda en la que antes habían estado las tres prisioneras a las que tanto extrañaba. El contacto con el nuevo preso de la celda continua, a su derecha, vino a alivianar el peso de la soledad omnipotente. Venía de Chiloé y decía que el poncho no se lo quitaba nunca pero que eso se había acabado en la Villa Grimaldi. Le hizo reír cuando le contó que además de la tortura por ser dirigente nacional del PCR le torturaban porque andaba sin zapatos. No concebía él como podían torturar a un individuo solo para obligarle a ponerse zapatos, pero por más que le dieron no consiguieron ponerle zapatos. Ahí en la celda la planta de los pies y las suelas eran la misma cosa.

Era doctor y le apodaban machi. Le preguntó al doctor chilote si lo de machi tenía que ver con eso de que era doctor. Aprendió así que machi en idioma mapuche significaba mago y adivino. Algo de raro tenía el machi de la cara tostada y los bigotes al estilo de Emiliano Zapata, el líder campesino de México asesinado en 1919. El doctor tenía un hablar pausado y un aire filosófico. Como no tenía nada que hacer y fundamentalmente porque tenían tiempo quiso probar al médico y le dijo, como de la nada, que si podía explicar la teoría de la relatividad de Einstein. Que casi todas las cosas en la vida son relativas lo tenía medianamente claro. Pero la teoría de la relatividad le metía la cabeza en un laberinto sin salida. Renato, como se llamaba el médico, dijo que lo iba a intentar.

En general se piensa que esta teoría es difícil de comprender - dijo con su voz calma y continuó. Han habido incluso físicos teóricos que carentes de una verdadera comprensión del fenómeno lo enredan todo y quedan enmarañados en un mundo de contradicciones. Veamos. Se afirma que Einstein ha dicho que “todo es relativo” pero no es así. En realidad la “Teoría de la relatividad” es una denominación incorrecta y el propio Einstein estuvo barajando el llamarla de otra manera. Él descubrió lo que era “absoluto” y verídico, a pesar de los errores aparentes, imágenes deformadas y contradicciones que hacían a los movimientos relativos. La mayor ventaja con el término “relatividad” es que nos recuerda que el propio científico necesariamente forma parte del sistema que él o ella estudia. La capacidad humana de ver las cosas, incluso desde la perspectiva de otros, alcanza a través de la teoría de la relatividad a los dominios de la física y la astronomía.

Cada persona en su comportamiento social está consciente de como otros interpretan sus propias actuaciones, y una buena parte de su cerebro está ocupada en establecer el tipo de interpretación que otros hacen de sus actos. Por ejemplo, una persona le confía a su conciencia su "yo" y el "yo" de otros para evitar peleas o accidentes en el tráfico. De la misma manera uno se puede preguntar lo que sucede con un astronauta en el mundo de la materia y la energía. El sol por ejemplo. Como lo experimenta un astronauta que está en las cercanías de una estrella lejana. Rápidamente saca la conclusión de que desde lejos el sol se ve como una estrella insignificante. Pero que sucede si este astronauta viaja a gran velocidad en dirección al sol: los físicos de nuestro planeta aseguran que el sol se ve azul a través de los ojos del astronauta. Sin embargo en ésta cuestión existe una diferencia entre los seres vivos y la materia muerta. Las personas y muchos de los animales adaptan su aspecto exterior y sus actos según quien les esté observando. Pero no sucede lo mismo con la materia inerte. La materia continua exactamente igual, independientemente de quien la esté mirando- ¿verdad? Supongamos que la observación no conlleva ningún tipo de intervención de nuestra parte, no nos esperamos por lo tanto transformar el mundo físico solamente con la mirada. Esto no significa que aparezca ante nosotros de manera diferente en distintas situaciones. ¿Estamos, me entiendes?

A estas alturas ya no escuchaba la disertación que él mismo había solicitado, estaba sumergido en otro mundo pero no dejaba de admirar la capacidad explicativa del machi. El médico no paraba. Si un astronauta vuela por encima de la tierra a alta velocidad, puede ver que, desde su propio ángulo de vista, se encuentra descansando mientras que la tierra se precipita delante de él. De acuerdo a su estimación la tierra tiene que tener un gran

movimiento energético. Pero sus colegas en la tierra no notan nada. Por eso es correcto afirmar al mismo tiempo que la tierra posee un enorme movimiento energético y que no tiene nada de movimiento energético. La concepción del astronauta es tan coherente como la del erudito que está en la tierra.

Otro ejemplo es el movimiento del tren, es clásico, también te tiene que haber pasado a ti. Como pasajero de tren te das rápidamente cuenta que no sientes que el tren marcha hacia delante cuando ha alcanzado una velocidad determinada. Ni siquiera a una velocidad vertiginosa de 100 kilómetros por hora, a pesar de que has estado consciente de las sacudidas del tren en algunas partes de la línea. Y en las estaciones te habrás sentido inseguro de si eres tu tren o el tren del lado el que comienza a moverse. Es decir, es imposible diferenciar un movimiento lineal de uno en estado estático. ¿Se entiende?

Ale estaba sorprendido. Una cosa le quedaba clara. Las cárceles de la dictadura se estaban llenando de sabelotodos, por lo menos si sobrevivían a la tortura. Ayer habían sido los que dejaban pasar el tiempo adivinando vicisitudes en torno a la historia de la vieja Prusia en el escondite de los cajones de Villa Grimaldi y ahora la teoría de la relatividad por boca del médico maoista del PCR. Dos días estuvo el machi en la celda de Cuatro Alamos. Fue un fuerte golpe para Ale, él necesitaba tener contacto con otros seres humanos.

Los gorriones a la espera de las miguitas rompían la uniformidad del tiempo y del espacio. Cuando escuchaba las voces lejanas de los otros presos que estaban en libre plática, como a unos 30 metros de distancia suponía el mismo, sentía una enorme necesidad de intercomunicación. Era en esos momentos que silbaba a todo pulmón la música de un film en que el rol central recaía sobre un dirigente obrero anarquista. Recordaba también la música de la película francesa *Mourir d'amour*. Podía silbar horas enteras sin tener noción alguna del transcurso del tiempo ido. Silbaba para no morir de claustrofobia. Silbaba anhelando que los otros presos, los de libre plática, le escucharan. Resistía en soledad. Pero nunca recibió un silbido de respuesta. Se negaba sin embargo a rendirse a la realidad de las cuatro paredes en las que la DINA le había conminado a morir de a poco.

El 1° de Mayo despertó resuelto a romper la soledad. En tiempos normales, antes de la llegada de la dictadura al poder, hubiera participado de la multitudinaria manifestación convocada por la CUT. Se hubiera confundido en un bosque de banderas verdes, rojas y rojinegras: lo decimos con dignidad, nos cagamos en Patria y Libertad. Lo decimos con orgullo, nos cagamos en el Mercurio. Crear un dos tres Vietnam. Los vietnamitas son chiquititos, son chiquititos si, pero de unos corazones así de grandes así. Los yanquis son grandulones, algunos como gigantes y otros como elefantes pero no tienen corazones. Páralo, páralo, la voz del pueblo te lo plantea Salvador, paremos la conciliación, no crean que conciliando la cosa se vuelve atrás, les sacaremos la cresta como dijo Corvalán.

Se puso a soñar en vivo y se fue a una manifestación de las JJCC en donde vió al dúo de Victoria y Omar: si un MAPU se cae al suelo patá en lo cico con él, patá en lo cico con él. Se lo entonaban a él a modo de broma. Sonrió por el recuerdo. En esa distracción mental vio una de las tantas manifestaciones fascistoides: comunista que pillo lo mato, Comando Rolando Matus. Los únicos comunistas buenos eran los comunistas muertos y metámosle más asesinatos. Se desarrollaba en medio de una era desacostumbrada, de airadas manifestaciones y contra manifestaciones, trifulcas para hacerse del poder y por mantener como fuera la quimera del poder. No tenía mucha opción, nunca la había tenido. El aire político y social estaba encolerizado y electrocutado por el odio de clases. De tanto soñar en vivo, de un enfrentamiento a otro, no pudo dejar de detenerse un momento frente al edificio de Defensa Nacional ubicado en las cercanías del palacio presidencial.

El gobierno se hallaba en duros aprietos. Por un lado lo acosaba la fauna de la derecha militante y por el otro sentía que importantes sectores populares se salían de los marcos de

legalidad impuestos por los de arriba. En un intento desesperado por salir del lío y fundamentalmente para tranquilizar a los representantes del poder real el gobierno dispuso nombrar al general de ejército y comandante en jefe del mismo como ministro del interior. Instalaron en el puesto a Carlos Prats Gonzalez. El ministro uniformado acostumbraba a decir que los soldados no derramarían sangre entre compatriotas. Y lo decía a pesar de lo que ya había sucedido con su antecesor. Los pro militares y fascistas de Patria y Libertad habían resuelto ultimar a René Schneider a fuego de ametralladora en un atentado terrorista sin precedentes en la historia moderna del país. Se desencadenó a raíz de ese hecho una ola de protestas históricas en las que las mujeres de los generales en servicio activo estuvieron a la cabeza.

Ahí, al frente del Ministerio de defensa, estaban ahora las señoras del barrio alto despotricando contra lo que consideraban era una cobardía del general Prats. Ahí estaban también los tres, por casualidad y no por otra cosa: Marco, Carlos y él. Carlos y Marco se habían aparecido de repente por su espalda y sin mediar comentario alguno le habían cogido de los brazos. Sintió entonces un escalofrío a lo largo de todo el cuerpo y pensó en lo peor. No era la primera vez que Marco hacía eso. Anteriormente, en una manifestación semi armada de la gente de Patria y Libertad, que se había llevado a cabo a medio día en plena Alameda, Marco se acercó por la espalda y lo sujetó fuertemente por los brazos a lo que él reaccionó como si en ese momento ya hubiese estado en manos de una jauría de fascistas. Ahora estaban los tres frente al Ministerio de Defensa. Lo que presenciaban les parecía un espectáculo grotesco y les puso de mal humor. A las viejujas las protegían en esa oportunidad los militares armados y cerca de cincuenta militantes de Patria y Libertad. Si hubieran podido linchar a alguien el linchamiento habría sido un éxito total. No lo comprendió así un allendista de buena fe que se resistía a aceptar a los gritones, además pensaba con el corazón. Pobre diablo. En medio de los insultos y consignas antigubernamentales quiso acallar al resto.

- ¡Viva la Unidad Popular y viva el compañero Salvador Allende!

Un silencio sepulcral se apoderó de todos los reaccionarios ahí presentes. Pero fueron sólo segundos porque los partidarios de Patria y Libertad, cercaron al allendista, el idioma corporal dejaba claro que buscaban hacerlo picadillo. Se miraron los tres y se retiraron prudentemente. Cada cual por su lado, se armaron de cuantas piedras pudieron y comenzaron a lanzarlas en dirección hacia los que estaban castigando al allendista. Se armó un lío descomunal y se retiraban ya del lugar cuando un cuarto sujeto se les sumó con la propuesta de ir al centro a tirar panfletos contra el gobierno marxista. Lo de marxista lo dijo con ojos de huevo frito, estaban desorbitados. Claro compadre, vamos, le dijeron casi al unísono Marco y Carlos. A él le esperaban en su trabajo por lo que se abstuvo de acompañarles. Vio desaparecer a Marco y Carlos en dirección hacia el centro. A los pocos días se vino a enterar de lo ocurrido. Apenas llegaron a un edificio de suministros de medicamentos del Servicio Nacional de Salud se dirigieron sin mayores rodeos al fascista.

- ¿Así que usted es de Patria y Libertad compadre?

El tipo se sorprendió, abrió la boca para responder y fue lo último que hizo, por la boca le entró la ira y la violencia contenida de un puñetazo. Cuando Marco sacó la mano la tenía con sangre. El fascista había sido un descarado y Carlos y Marco le habían dado una paliza merecida. Lo tiraron por las escaleras y se marcharon rápidamente del lugar. No supieron la suerte corrida por el infeliz, la sirena de una ambulancia que se acercaba al lugar fue lo último que supieron del asunto.

- ¡Bien merecida se la tenía el jetón, mire que andar de guardaespaldas de viejas pitucas casadas con generales parásitos, y votado a facho además, hay que ser muy imbecil!

Haberlo dejado irse sin darle lo que se merecía hubiera sido como mucho y no se lo



hubieran perdonado. De cualquier manera el general Prats se había equivocado medio a medio en sus comentarios sobre los compatriotas. Si lo dicho por Prats en relación a las funciones profesionales de las Fuerzas Armadas había sido un deseo de buena voluntad o un engaño consciente nunca se supo porque años más tarde, en Buenos Aires, otros compatriotas suyos que también eran militares, lo reventaron en el aire de un bombazo que pasó a formar parte de los anales sangrientos en la historia del país. Prats se había equivocado, los militares estaban dispuestos a llenarse las manos con la sangre de sus compatriotas.

Recostado sobre la colchoneta se quedó mirando hacia arriba. Declaró que ese día era de fiesta por lo que no tenía prisa para ir a la ventana a esperar la llegada de los gorriones. Se le ocurrió una idea y se puso a buscar algo con que escribir. El 1:0 de Mayo es 1:0 de Mayo, a eso no hay vuelta que darle repetía una y otra vez en voz alta. Finalmente se hizo de un clavo que sacó del catre y se armó de pancartas imaginarias y reales. Debajo del camarote que tenía ante sus ojos escribió dos consignas: *¡Viva la vida y viva la muerte si es por luchar en vida!* Fue la primera vez que veía esa consigna, se le ocurrió ahí del todo y de la nada, en la pieza número nueve. La grabaría para siempre en el centro de la conciencia. Escrito por él se parecía a un fragmento de la carta de despedida del Che a Fidel Castro y los cubanos: en cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas. Pero él no lo sabía. La otra consigna le era más familiar: *¡La lutte continue!* Aunque me tengan aquí el tiempo que me tengan, la lucha continua.

Mientras hablaba consigo mismo buscó las partes más apropiadas de las paredes y dibujó en ellas rostros conocidos y desconocidos. El primero fue el de Lenin. Era la segunda vez que veía al calvo dirigente de la revolución de Octubre estando cautivo. Después vinieron otros y otros cuantos y así se hizo de compañía. Ya no estaría más aislado, por lo menos no en esa celda. Ninguna dictadura del mundo podía prohibirle la libertad de pensar y luchar.

Santiago por fuera y Cuatro Alamos por dentro, se preguntaba a menudo si eso algo tenía que ver con la teoría de la relatividad. A medida que pasó el tiempo aprendió de otros presos que pasaban y salían de allí a hablar con ayuda de las manos, como los mudos. La luz proveniente de su pieza se reflejaba sobre la pared plomiza del patio y allí estaba esa noche de mayo, haciendo palomitas en el aire, cuando divisó la luz que salía de la pieza número cuatro. Habían trasladado detenidos durante la tarde. Como pudo se las arregló para entrar en contacto con los recién llegados. Hablaba bajo pero lo suficientemente fuerte como para que le escucharan, se convenció de que era otra de las bondades de la teoría de la relatividad de aquel alemán nacionalizado norteamericano. Le enseñó al nuevo preso el idioma de las manos y pudieron hablar sorteando la barrera de la distancia y el silencio.

Cristian Mallol Comandari, era uno de los cuatro miristas que habían dado la conferencia de prensa en el edificio Diego Portales en febrero de ese año. Tuvo la sensación de que el surrealismo estaba en todas partes pero particularmente en los laberintos de las prisiones. Una vez más se volvía a encontrar con un personaje extraño. No pudo guardar el secreto y se lo contó. Así de golpe. Yo no creo que ustedes lograron decir lo que querían decirle al MIR a través de la conferencia de prensa - le dijo con la ayuda del idioma de los mudos. De la gente que estaba afuera no hubo nadie que se creyó eso que ustedes dijeron. Primero porque la gran mayoría creyó que ustedes estaban obligados a decir mentiras so pena de ser ajusticiados. De lo otros, de quienes les conocían a ustedes en el MIR, no se podía esperar otra cosa que la condena. Yo mismo, a pesar de no ser militante del MIR, participé en la impresión de panfletos en donde a ustedes se les condenó a muerte, eso no me lo han contado, lo hice yo con mis propias manos.

Cristian Mallol no parecía sorprendido ni arrepentido y planteó que lo que habían hecho era para salvar de la muerte inútil a los militantes del MIR que estaban siendo diezmados por

la DINA. Ambos mantuvieron sus planteamientos originales, pero mucho más allá de si tenían o no razón los unía el estar bajo el mismo techo carcelario aunque separados por la distancia de cuatro piezas. Mallol no supo del porqué de la detención de Ale, no preguntó nada pero por otro lado era natural, tenía bastante con lo suyo. Mallol convivía en esa pieza con su mujer. Era una forma de pago, supuso él desde la pieza nueve. Recibía visitas, comida, frutas y literatura. Cuando se enteró de esos privilegios no lo podía creer pero era verdad. Mallol se comprometió a darle fruta que le comenzaría a dejar dentro del estanque de agua, en el baño. Dicho y hecho, al entrar al baño al día siguiente encontró la fruta que le estaba esperando. Se camufló la manzana roja debajo de la axila y volvió a su celda incrédulo. Lo pensó mucho antes de devorarla, le hubiera gustado guardarla como un trofeo de guerra o como un recuerdo de surrealismo subterráneo. Pero no podía delatarse ni delatar a Mallol ante los guardias. Ni siquiera las pepas podrían encontrar en su pieza, las tiró por la ventana, pero los gorriones prefirieron las rituales migas de pan.

Al día siguiente, por la noche, le agradeció a Mallol la deferencia y éste se comprometió a seguir dejando fruta en el estanque del baño. Lo hizo diariamente durante toda su estadía en la pieza número cuatro. Mallol le preguntó un día si quería leer algo, él no supo que responder al principio, se recordó de la promesa no cumplida de la Cruz Roja y barajó también los aspectos de seguridad, pero la tentación fue mucho más fuerte. Agradeció el acto como si se tratase de un regalo hecho por los dioses del Olimpo. Al igual que las frutas el libro fue dejado en el estanque dentro de una bolsa plástica. Ese día salió del baño con una tensión difícil de camuflar, se sentía como un niño a punto de cometer algo estrictamente prohibido pero imposible de rechazar. Cuando el guardia cerró la puerta detrás suyo él se creyó prácticamente invisible. Olió el olor a tinta impregnada sobre el papel y mantuvo el libro bajo sus narices por largo rato. Lo primero que hizo fue esconder el libro debajo de la colchoneta y se recostó en el camarote con los brazos entrecruzados detrás de la nuca. Estaba feliz.

Leyó el libro a sobresaltos, al menor ruido guardaba el libro debajo del camarote. El cuadro de fondo del libro era el de la revolución griega dentro de los marcos de la segunda guerra mundial. La resistencia de los partisanos griegos había liberado importantes partes del territorio ocupado por los alemanes. Se habían también hecho por parte de los milicianos combatientes fuertes intentos por crear organismos de poder popular. A fines de 1944 los destacamentos de la resistencia griega avanzaban hacia la victoria. Pero la dirección del partido comunista cedió a las presiones hechas por el PC de Moscú en favor de un supuesto gobierno de unión nacional. Esto dejó en manos de los aliados y particularmente de los ingleses el de dictar la política a seguir en el país y consecuentemente a detener el ascenso revolucionario.

Pero lo más interesante para él era la actuación de los guerrilleros griegos agrupados en el E.L.A.S. Los guerrilleros prosiguieron su combate contra la invasión británica y esto llevó a uno de ellos a la sala de tortura y al aislamiento en una celda de Atena. De eso trataba el libro. Torturado y aislado, abandonado a su suerte. Atena y Santiago. Historia de torturados e incomunicados. Al terminar la lectura del libro concluyó en que en ese caso no cabía para nada la teoría de la relatividad. La tortura y el aislamiento a manos de los militares no era una cuestión relativa, era objetiva y repetitiva hasta el cansancio. Devolvió el libro a Mallol de la misma manera como éste lo había dejado en el estanque del baño. Cuando hizo el depósito de la bolsa plástica con el libro encontró una jugosa pera amarilla y un mensaje en un papel. Mallol insistía en que lo de la conferencia de prensa había sido un intento pero que reconocía que podía estar equivocado aun cuando decía no creerlo. Estaba leyendo el papel cuando escuchó ruido de pasos en el corredor. Recordó su paso por la Villa Grimaldi y no lo pensó dos veces, se metió el papel a la boca y masticó rápidamente. Pero ésta vez el papel era más duro y más grande. Masticó y masticó hasta que por último se lo tragó. Ninguna comida dejaba esa extraña sensación en el estómago. No tuvo la posibilidad de leer más libros a las

escondidas porque Mallol fue sacado ese mismo día de su celda y no volvieron a tener contacto.

Miguel Krassnoff había dicho de los cuatro miristas de la conferencia de prensa en el edificio Diego Portales que esos miristas eran hombres sensatos. Pero con la pesadilla de esa verdad verdadera pendiendo sobre las conciencias no fue cosa fácil actuar con la cordura propia de los juiciosos y acertados. La conferencia de prensa fue en cierto sentido un acto voluntario. Pero el impacto de la estela de condena era tan grande que los huevos, como les llamaban los otros detenidos en Villa Grimaldi, propusieron una nueva conferencia de prensa para tratar de mejorar la imagen propia y la del gobierno militar. No tenemos a ningún tipo de represalias, habían vuelto a insistir en la segunda conferencia de prensa que ofrecieron a los periodistas.

Se decía después entre los presos que uno de los cuatro conferencistas, Cristian Mallol Comandari, se arrepintió porque se descubrió utilizado. Que había sido objeto de una burda maniobra. Que los muertos, libres, prófugos, exilados mencionados en las lista del Diego Portales estaban en la Villa Grimaldi o habían pasado por allí. No quiero que me traten de manera especial - dijo Mallol - no quiero privilegios, trátenme como al resto de los presos. No le gustó nada eso a Krassnoff, pero no podía hacer desaparecer a un personaje como Mallol Comandari sin provocar con ello un bumerang contra el gobierno militar.

- !A este carajo nosotros lo vamos a dejar con todos los presos, pero con un agravante: será el último en salir de una cárcel de Chile!

Cuando se supo que los cuatro estaban condenados a muerte por los suyos se apoderó de ellos una angustia terrible. Hernán Gonzales se sentía como un paria. Luego de un tiempo serían dejados en libertad. A Hernan González se le permitió viajar a España, Hernán Carrasco y Humberto Menanteaux quedarían en pseudo libertad mientras que a Mallol Comandari permanecería junto al resto de los presos. Jose Carrasco y Humberto Menanteau alcanzaron a experimentar una libertad ilusoria, sería nuevamente detenidos por la DINA. Habían alcanzado a escribir una carta a la dirección del MIR en donde reconocían su error y pedían se reconsideraran sus casos para no ser expulsados del MIR ya que todavía creían en la política del MIR. Pero ya era tarde, entre los suyos eran considerados como traidores.

A mediados de noviembre se les volvió a capturar y fueron nuevamente trasladados a la Villa Grimaldi. Esta vez sin pasaje de vuelta. Estaban resignados y comprendían que no habría vuelta. Fueron encadenados por las manos y con grillos en los pies y cuando el desquiciado de Krassnof y sus ayudantes estuvieron listos con ellos trasladaron los restos de los cuerpos a la cordillera. All los cadaveres fueron encontrados quemados y destrozados el 1 de diciembre por un campesino cerca de la Cuesta del Chada. Dias después de los asesinatos a Humberto Menanteau se le concedía asilo político en Francia, pero para entonces sus restos ya habían comenzado a ser parte de la tierra chilena.

Se sentía inseguro. Lo cierto es que seguían llegando presos a las celdas continuas. No sabía si afuera se estaba llenando de protestas o si la cantidad de los nuevos detenidos anunciaban nuevas pérdidas para los vencidos. En la celda número diez escuchó a alguien que silbaba muy despacio y para establecer contacto con el preso que no podía ver se puso a silbar la melodía de una película italiana. Sentía una gran necesidad de contacto humano. El nuevo preso era un sacerdote. El sacerdote era alto y de una contextura física grande, sus ojos azules u su cabello rubio le daban una apariencia europea. Durante una de las misas a las que estaba acostumbrado el cura recordó en su sermón, entre otras cosas, las palabras de Cristo y pidió por los perseguidos y los torturados. Lo hizo con mala suerte ese Viernes. En la quinta fila de asientos de la parroquia estaba sentada la esposa de un general que corrió a contar el cuento sobre la actividad subversiva de Mariano Puga a su marido. No supo ni como ni cuando, pero unos civiles lo sacaron de la casa de Dios y lo llevaron a la casa del horror. Ahora el cura

escuchaba de su vecino de celda la vida que le esperaba en el pabellón de Cuatro Alamos.

Antes de convertirse en sacerdote Mariano Puga había estudiado en la Escuela Militar de Santiago y había hecho una brillante carrera como oficial. Un día comprendió las injusticias de la sociedad chilena y abandonó el mundo de lo militar. Provenía de familia burguesa y su padre había sido embajador de Chile en los EEUU. Por eso todo el mundo quedó sorprendido cuando él hizo la voltereta intelectual y se convirtió en sacerdote. No solo se sentía llamado a oficiar de sacerdote, sino que también se abanderó con los muchos y se hizo cura obrero. La mitad del tiempo predicaba en favor de los pobres, el resto del tiempo laboraba como obrero de la construcción.

Ale intentaba darle ánimos al cura y cantaba canciones de protesta, eran las únicas canciones que se sabía de memoria. Cantó varias veces la canción de Camilo Torres, un cura colombiano que abandonó las sotanas y las cambió por el fusil.

*Yo canto porque  
no es cierto  
que te hayas muerto Camilo,  
en la ruta de los cerros  
y en la senda de los niños.*

Le ofreció al cura compartir una de las manzanas que antes había recibido de Mallol. Le costó convencer a Mariano Puga de que compartieran la fruta, Mariano estaba conciente del tiempo que el prisionero llevaba allí. Ale le recordó al sacerdote que los cristianos hacían del compartir un don de generosidad.

- Tu la necesitas más que yo, llevas tanto tiempo aquí.

- Hazme caso y cóme la mitad, está rica. Además yo llevo más tiempo aquí y se como son las cosas, así que a comer y amen.

Ale alargó su brazo derecho con la mitad de la manzana a través de los barrotes y se la entregó. Para Mariano estaba claro, el preso de la celda continua había demostrado caridad cristiana, surgió así la confianza entre ambos. Ale le pidió al cura que al salir de ese lugar llamara a la casa de sus padres. Quedó confiado en que así lo haría.

Al día siguiente la celda número ocho volvió a quedar vacía. Mariano Puga dejó Cuatro Alamos y él por su parte volvió a la soledad y a sus amigos los gorriones. Ya estaba habituado a la celda pero no a la soledad. Un día le pidió a uno de los guardias que le dejaran hacer el aseo en el corredor. Tenía un aspecto de solitario desamparado. Nuevamente se compadecieron de él. Les daba lástima ver al joven abandonado.

- Bueno inventariado, te voy a dejar hacer el aseo. ¡Pero cuidadito con intentar guevás raras!

Ale estaba feliz, pudo hacer algo distinto a vivir los días enteros sin compañía salvo la de los gorriones. Nunca antes había limpiado con más ahínco que en esa oportunidad, las baldosas verde oscuro lucían un brillo desacostumbrado. Cuarenta y cinco minutos fueron una vivencia completa, gozó del tiempo a pesar de que era poco.

Y siguieron pasando los días y las noches hasta que llegó esa madrugada inolvidable. Entró a su celda un guardia que no había visto antes.

- ¡Toma tus cosas que te vai!

Él no poseía nada de modo que era una estupidez lo dicho por el guardia pensaba él al mismo tiempo que sentía un sudor helado por la espalda. Una vez en el corredor le obligaron a cerrar los ojos y sintió como la tela adhesiva le volvía a cegar la vista. Era exactamente lo que habían hecho anteriormente con Frodden, lo recordaba muy bien. Ahora me toca a mí,

pensó. Le tomaron de un brazo y lo sacaron por una puerta hasta llegar a un auto con el motor en marcha. Nadie dijo nada y el vehículo emprendió el viaje. A media hora se detuvieron a medio camino y le obligaron a salir. Le empujaron fuera del vehículo y quedó a la intemperie. Volvió una vez más a sentir el frío calándosele en los huesos.

- ¡Te llegó cabrito, hasta aquí nomás llegaste!

Sintió como los agentes de la DINA murmuraban algo entre si y se quedó a la espera. Sintió miedo. Podía casi sentir las balas atravezandole el cuerpo y se vio tirado al lado de un sitio baldío de escasa vegetación. Estaría tirado en las afueras de Santiago. A la mañana siguiente no sentiría el olfato de los perros callejeros sobre su piel. Al momento de su detención se vió ante un peloton de fusilamiento, un balazo den la nuca no era lo mismo que ser fusilado.

Ale no alcanzó a pensar en nadie. Lo agarraron de un brazo, el simulacro de fusilamiento había terminado. Uno de los agentes dijo:

- ¿¡Te la creiste!?

Re emprendieron la marcha. Estaba inmerso en su miedo. Lo que más temía era volver a Villa Grimaldi, le temía más que a la muerte. Cuando el automovil se detuvo se confirmaron sus presagios. Estaba ciego pero reconoció el lugar de la DINA por el ruido de sus chalas al chocar con la arena del patio.

El ruido ensordecedor de guardias gritando a los presos lo volvió a la realidad de la que Cuatro Alamos era sólo un paréntesis de incógnitas patéticas. Los presos - una docena de ellos calculó - corrían por el patio sembrado de arena. Les obligaban a pegarse en el pecho con los puños al tiempo que tenían que gritar que eran unos maricones tal por cuales.

Esta vez su temor superó en fuerza y alcance al temor que sintió el 14 de Marzo. No era cuestión de imaginarse lo que podía pasar con él o no. Sabía muy bien de la violencia sin límites e institucionalizada de los Moren, Krassnoff, Romo y todos los otros agentes. No sabía a que atinar. Le hicieron pasar cerca de los presos que corrían y gritaban y lo condujeron a los cajones largos. El guardia fue abriendo las puertas una tras otra y maldecía el que estuvieran ocupadas. Finalmente encontró una vacía y encerró en ella a Ale. Allí estaba, en el centro de esa maquinaria infernal. La venda sobre los ojos. La puerta se cerró de una patada y todo volvió a ser como antes. Encerrado en una jaula, como un animal. Toda su existencia en el centro de detenidos desaparecidos de Cuatro Alamos aparecía ahora como un sueño, una ilusión pasajera.

Ale no pudo dormir esa noche. Lo impidieron el grito de un torturado, el taconear de los guardias y el alocado correr de las ratas sobre el techo de las celdas de madera. La soledad se quedó todavía más sola, estaba completamente abandonado a su suerte. Con la plenitud de sus sentidos fue consciente de esa noche horrorosa. Escuchó parte de la tortura monstruosa de la DINA al vendedor de periódicos de Antofagasta al que acusaban de actos subversivos que jamás había cometido. Sintió esos alaridos desgarradores sin fin y se volvió hacia la humanidad sin remedio.

Al amanecer reconoció los ruidos de costumbre, el cambio de torturadores y el insoportable taconear de los guardias, le descomponían los nervios. Imaginó que podía ver el sol cerca de la Cordillera. A las diez de la mañana se abrió la puerta del cajón y lo sacaron. Por un pasillo fue a dar a una pieza que le pareció muy pequeña porque no se escuchaban más voces que las del interrogador y el ruido de su cuerpo sobre la silla de madera. Con la venda sobre los ojos seguía sintiéndose handicap. Se imaginó delante suyo a un tipo de unos cuarenta y cinco años, de pelo crespo y peinado hacia atrás. Llevaba, pensaba él, un vestón gris y camisa blanca sin corbata. Interrogaba al mismo tiempo que escribía a máquina. Era un gran avance comparado con los sádicos que le daban vuelta a la manivela en la parrilla.

Supuso que el no había participado de los interrogatorios anteriores.

El tipo de preguntas eran algo incoherentes. El agente le preguntó por su primo Miguel, miembro del grupo de anti disturbios de carabineros. El interrogatorio podía ser una cuestión rutinaria ya que habían averiguado algo más sobre sus parientes. Pero también podría obedecer a la conexión del trabajo de infiltración al interior de las fuerzas armadas que era la acusación que le habían hecho la primera vez al llegar a Villa Grimaldi. A esa altura de los acontecimientos la familia de su primo se había convertido a la religión de los evangélicos, de modo que por ahí no había ninguna hebra que seguir.

¿El color de los ojos? Tuvo que responder sobre el color de sus ojos y sin pensarlo, en forma casi automática, dijo que eran verde claros. No era una cuestión de semántica de colores, era una mentira, sus ojos era de color café, siempre habían sido de color café. Fue más bien la suerte que la habilidad lo que hizo que al oficial no se le ocurriese bajarle la venda para controlar lo efectivo de la respuesta. Cuando tomó real conciencia del riesgo que había tomado se arrepintió pero ya era tarde. En los archivos de la DINA se quedó con los ojos verdes y sin cicatrices en el cuerpo. Luego del interrogatorio complementario lleno de datos formales sintió que le pusieron un papel delante suyo.

-¡Firma aquí!

Se quedó pensando en la venda y no en lo que había sobre el papel. Firmó sin decir nada. Después de ese interrogatorio lo llevaron a los cajones grandes en donde habían más presos. Se alegró enormemente cuando volvió a ver en ella a Frodden y a otros presos como Lautaro Videla y Patricio Negrón. Hizo un rápido recuento de lo poco que sabía, de la gente con que había tenido contacto en Cuatro Alamos, de sus furtivas discusiones con Mallol, de la última visita de la Cruz Roja y se informó por otro lado de la situación de Grimaldi. Los que estaban ahí eran en parte los mismos presos que ya conocía de antes y en parte nuevas identidades sin nombre ni apellido ya acostumbradas a las penalidades de las celdas clandestinas.

Alrededor de las doce del segundo día lo separaron de sus compañeros y lo metieron en un Austin Mini rojo que hizo rápidamente abandono del lugar. Al cabo de media hora habían llegado a las cercanías de Departamental con Vicuña Mackenna. Se disiparon sus dudas, le llevaban al portón de metal rojo con el texto PELIGRO EXPLOSIVOS. Se sintió alegre de volver a la incomunicación, quedaba nuevamente atrás el paraíso de los psicópatas y el infierno de los presos encadenados. Estaba nuevamente en la celda número nueve de Cuatro Alamos.

Por el ruido que sentía en las celdas continuas comprendió que el pabellón estaba repleto de gente. Entró en contacto con un grupo de presos jóvenes de la pieza ocho y se enteró que pertenecían al regional del Partido Comunista de Talca. No era mucho lo que tenía en común con la gente del PC, a no ser de Laura, Victoria y su amigo Omar. Volvió luego de algunas horas a sus gorriones y a los bosquejados rostros sobre las paredes.

A los pocos días de su vuelta relámpago a Villa Grimaldi llegaron y se detuvieron alrededor del naranjo una impresionante cantidad de gorriones, nunca antes había visto tantos pájaros reunidos cerca del árbol. Le llamó mucho la atención uno de los pájaros. Era completamente blanco. No era un gorrión, era - pensó entonces - un canario blanco o tal vez una catita blanca. Se preguntó que hacía un canario blanco en medio de todos esos gorriones marrones y pardos. Hasta donde sabía no habían gorriones blancos aunque no podía descartar un proceso de mutación pero se dijo a sí mismo que ese era un canario. No le despegó la vista de encima hasta que el pajarito emprendió el vuelo.

Fue tanta la impresión que le causó el pájaro blanco que tomó el clavo y escribió unos versos sobre la cal blanca, al lado derecho de la ventana, en el mismo lugar donde había estado antes cuando las tres mujeres le habían cantado la canción de los gorriones. El pajarito

había estado preso y había recuperado la libertad. Con la poesía sintió una paz interior y ese sentimiento le volvió la vida al alma.

El mismo día entró a su pieza el teniente Orlando José Manso Durand. Estaba tenso y con los puños encrespados. Observó como el jefe de Carlos Carrasco le quedó mirando. Quería decir algo pero no le salían las palabras. Miraba al detenido como si estuviera ametrallando, vomitando odio y golpes para eliminarle la existencia.

- ¡Te voy a ahorcar con mis propias manos desgraciado!

El teniente no dijo nada más. Después de la amenaza el oficial golpeó la puerta con violencia y salió de la celda. Ale se quedó pensando en el tiempo que llevaba recluido, iban ya cerca de los dos meses. Principios de mayo de 1975. Porqué cara pálida había entrado ahora y no antes no lo entendía. No le cabía en la cabeza que sólo ahora el teniente se había enterado de las características especiales del preso que tenía en su poder. O tal vez si, pensó. Se quedó especulando y preguntándose por la suerte de Carlos Carrasco alias Mauro. Y transcurrió el tiempo.

Por enésima vez sintió ruidos en el corredor y se quedó escuchando. Cuando escuchó como habrían la puerta de su pieza se puso de pie, no era la hora de la comida. Por la posición del sol sobre la pared plomiza del patio supuso que serían como las cinco o seis de la tarde. Por primera vez el guardia de negro le sonreía mostrando toda su corrida de dientes.

- ¡Ya inventario, te vai!

- ¡¿Que!?

- ¡Que te vai, te vai pal otro lao, así que agarra tus cosas!

Ale no podía dar crédito a lo que escuchaba. El ruido en el pabellón se hizo cada vez más nítido, escuchó el paso de gente, sus voces y risas y un murmullo generalizado. Su paso por Villa Grimaldi y por ese pabellón le habían enseñado a ser desconfiado como un coyote. Seguía sin creer que le estaban trasladando a Tres Alamos, que ya no sería más un outsider, un eremita. Los guardias le miraban y tampoco parecían creer lo que estaban viendo. Dos meses de tensión llegaban a su fin, se sintió invadido de algo que no sabía describir en su rutina de silencios prolongados. Todo era confusión y alegría. Le quedó dando vueltas en la cabeza eso de agarra tus cosas que le escuchó al guardia. ¿Como agarrar lo cierto, lo imaginario y lo inconcluso? ¿Como podría él hacerse de tantas manos y de tanta memoria como para agarrar todos los momentos idos y los desaparecidos? ¿Y los gorriones?

Lleno de cavilaciones se sumó a la fila de presos que había en el corredor y reconoció entre ellos las voces de los militantes del PC de Talca. Eran aproximadamente unos quince los detenidos del Sur, habían permanecido allí algunos días pero estaban ansiosos por dejar el pabellón. Más adelante habían tres mujeres, una de ellas tenía un aspecto completamente alucinante y daba pena ver su cuerpo raquítico, caminaba con dificultades, iba incrustada en unos enormes zapatos que contrastaban fuertemente con su fisonomía endeble. Su pequeña apariencia aparecía aun más ridícula con unos zapatones que a toda vista nunca habían sido suyos.

- ¿Renata? - le preguntó el oficial de carabineros que estaba detrás de un mesón controlando datos.

- No, Renata es mi chapa, mi nombre es Gladys Díaz Armijo, soy periodista y miembro del Comité Central del MIR.

Cuando escuchó ese nombre Ale se quedó estupefacto. Como iba a ser la conocida periodista de radio. La mujer del estado desastroso convertida en un guñapo, era Gladys Díaz. La presencia inverosímil de la periodista en el corredor, a la que recordaba muy bien desde el

año 1973, y el extraño diálogo que estaba escuchando le terminaron de convencer de que era efectivo. La habían expuesto a horripilantes torturas durante meses. Catorce días antes de que Mauro y los otros agentes de la DINA llegaran a su casa en la Palmilla ella yacía vendada y esposada en la torre. La máxima jerarquía de la DINA al mando de Manuel Contreras decidió la desaparición de su compañero y la de un importante número de militantes del MIR de Valparaíso.

Le sacaban ahora de allí junto al resto de esos desaparecidos para pasarlo a Tres Alamos. Para los sobrevivientes no eran muchos los pasos entre Cuatro Alamos y Tres Alamos, pero en la realidad significaba ser trasladados desde el secreto mundo de los secuestrados y desaparecidos al mundo del que por lo menos eran reconocidos como presos políticos. Le parecía incomprensible el que el aislamiento hubiera terminado. Antes de doblar a la derecha y desaparecer por el pabellón se dio vuelta para dar una última mirada al lugar donde estuvo convertido en peligro explosivo.

Siguió por un pasillo y caminó unos quince metros hasta llegar a un portón que abrió un carabinero. Al abrirse el portón entró a un patio inmenso que estaba al aire libre. Al principio asoció el patio, al aire libre, con uno de los tantos sitios eriazos que rodeaban al Santiago de los pobres.

De pronto, como de la nada, apareció un hombre que llevaba encima un poncho sureño de color gris. Al verle a él ahí, parado y sin atinar a nada, gritó RECEPCIÓN y aparecieron presos por todos lados. Salían de las distintas puertas que daban a un largo pasillo. No percibió en ese momento de confusión que el pasillo de techo abovedado era propio de la típica arquitectura de un convento de monjas. La gente corrió a ver al recién llegado. Lo abrazaban, lo miraban de arriba a abajo, le preguntaban que como estaba y otras cosas de las que no logró percatarse porque estaba como atontado. Miraba a los presos en torno suyo y le costaba creer que fuera cierto.

No sabía que decir, no estaba del todo consciente de su verdadero estado. Se quedó mirando la figura de poncho y de rostro redondo y dorado por el sol de los años, recordó entonces la descripción de la relatividad del médico. Se abrazaron con efusión y luego siguieron los abrazos de gente que no había visto nunca. Le cogieron de un brazo y le llevaron a una pieza para darle de comer. Necesitaba descanso le dijeron. Mientras se llevaba el vaso de leche a los labios se acercó otro de los médicos que había entre los prisioneros para controlar su estado de salud. Se dejó atender por el médico de lentes sin escuchar lo que éste decía ya que estaba en otro mundo. A partir de ese día comenzaba a ser un preso oficialmente reconocido por la dictadura militar.

Una vez que se hizo la calma dio nuevamente un informe de la situación que conocía; de su repentina salida a media noche hacia Villa Grimaldi, de los presos que había visto en el reino del ronco, del traspaso de Gladys Díaz y de todo lo que fue recordando y que era de importancia para las respectivas direcciones políticas de los partidos en la prisión. Tuvo un encuentro especial con un miembro de la dirección del regional norte del MAPU quien le pidió un informe exhaustivo de la situación de Carlos Carrasco. Caminando alrededor del campo contó a la dirección lo que sabía.

“El 14 de Marzo fui raptado por la DINA. Es cierto que miles de chilenos han sido detenidos y torturado por la DINA. Lo que constituye una circunstancia especial en mi caso es el hecho que yo conocía a uno de ellos. Carlos Carrasco. Él también está desaparecido desde el 14 de marzo. Lo conocí en 1971 cuando ambos estudiábamos en el Instituto Comercial nr 5 en Santiago, nos íbamos a recibir de contadores auditores. Carlos se encontraba haciendo el servicio militar en el Regimiento Buin. En ese lugar le ascendieron, porque era grande o por lo que haya sido, al puesto de cabo.



Después del golpe militar, cuando nos encontramos, Carlos me reveló una organización extremadamente secreta de inteligencia llamada DINA. Me contó de su participación, de como lo reclutaron y de que durante dos meses lo habían trasladado a unas cabañas ubicadas en las Rocas de Santo Domingo donde oficiales extranjeros y nacionales les adoctrinaron y adiestraron en el arte maquiavélico de como reventar a los subversivos. Quedó muy mal psíquicamente y triturado entre su viejo pasado político partidista y su presente como miembro del principal grupo represor de la dictadura pinochetista.

A Carlos se le ofreció sacarle del país pero alegó el temor que sentía por su familia. Entregó inconscientemente información sobre el submundo del terror del que dependía y luego conscientemente información sobre la persecución de la DINA en contra del MIR. Toda la información que salió de sus labios la entregué a una mujer de la dirección nacional del MIR ya que la estructura dirigente del MAPU estaba asilada o en completa desbandada. Mauro participó de operativo en una de las brigadas de la DINA hasta que le trasladaron al pabellón de Cuatro Alamos, en ese lugar se dedicó a custodiar presos.

Mi última cita con Carlos se realizó el 19 de Febrero de 1975, y casi al mes después, el 14 de Marzo, llegó Mauro con una brigada de de la DINA a arrestarme. El día del secuestro le ofrecí que huyéramos lo que Mauro rechazó por temor a la increíble capacidad de destrucción de la DINA. Me sacaron en un auto y en el mismo vehículo llegamos a Villa Grimaldi lugar en donde una mañana, a pesar de la venda, vi a Carlos engrillado por los pies. De su suerte no se nada y tampoco he hablado sobre el caso con el resto de los presos porque lo he considerado peligroso”.

Era un informe sucinto pero consideraba que era suficiente.

Los presos llevaban uniformes de mezclilla azul y platicaban por todos lados, de día, de noche, en los sueños, en las pesadillas, en la espera y en la esperanza; entre la certeza de estar presos y en el futuro incierto. Por las noches escuchaban las transmisiones de Radio Moscú. Ale se enteró por sus nuevos compañeros que lo de su caso había sido mencionado por Radio Moscú en una de las transmisiones internacionales. Le pareció que los presos se asemejaban a racimos de seres humanos en torno a pequeños transmisores portátiles. Pegados a la verdad. La voz de la locutora rusa era la misma que él había escuchado en distintas oportunidades antes de caer detenido. De esa voz dependían las esperanzas sobre la verdad y las ilusiones de millones de chilenos. ¡Escucha Chile!

El régimen carcelario de Tres Alamos no era tan estricto si se le comparaba con el de Cuatro Alamos. Pero esto no era obstáculo para que los detenidos organizaran sus actividades con claras expresiones de actividad clandestina. La vigilancia en el ex recinto religioso no estaba compuesta por guardias de civil. Los carabineros de uniforme verde estaban por todas partes. Desde el patio se les podía ver con toda claridad. Armados de fusiles ametralladoras cruzaban de un lugar a otro. En la parte superior de las paredes que llevaba al patio de los presos se destacaban los alambres púas. Le recordaba a esas viejas películas de los años cincuenta. Se detuvo mentalmente en la de la fuga de Alcatraz, la prisión que había existido en una isla cercana a la Bahía de San Francisco, en Estados Unidos. Los presos le habían conseguido ahora un lugar en el piso y dos frazadas para que se tapara del frío. Bienvenido al colectivo le dijeron.

Extrañaba terriblemente la presencia de los gorriones e incluso la mano del guardia que le tiraba el pocillo con la ración de comida diaria. El régimen alimenticio era distinto. Se acostumbró al sistema de carretas, un sistema comunitario, los presos compartían todos los alimentos recibidos por los familiares de manera equitativa. Como presos políticos reconocidos por el gobierno y por los organismos internacionales tenían derecho a ser visitados por los familiares. Los recién llegados como él debían esperar un poco más de una semana antes de recibir visita. He esperado tanto que esperar una semana más o una semana

menos es un detalle insignificante, se decía a si mismo.

Un día le llamó un carabinero y lo hicieron salir del patio en donde estaba el resto de los presos. Salió por un pasillo y caminaba sin saber a donde. De pronto le quedó mirando un individuo armado de una cámara fotográfica, le dio instrucciones de donde ponerse y zas. De frente, de perfil y nuevamente de frente y el otro perfil.

- Nadie dice nada y yo que voy a decir, estoy preso y acabo de resucitar entre los vivos. Mejor me callo la boca, decía mientras le llevaban de vuelta al patio.

Se preguntaba porqué sacaban fotografías al resto de los detenidos que junto con él habían ingresado recientemente a Tres Alamos. Se dijo una vez más así mismo que su caso era especial.

La vida en el campo de concentración seguía su ritmo habitual. De vez en cuando se escuchaban las voces de las mujeres detenidas a unos cuantos metros, separadas de los hombres por un muro decorado de púas y carabineros armados. Cada vez que escuchaba esas voces pensaba en las flores.

Una mañana un oficial de turno seleccionó a un grupo de presos a los que obligaron a hacer aseo fuera del patio central. A él le enseñaron un balde con agua y un trapo y le ordenaron bajar a un subterráneo. Hacía frío y el aire era húmedo. No había electricidad y el cuarto estaba oscuro. Por el contraste de la luz exterior con la oscuridad allí reinante tuvo que esperar a que su vista se acostumbrase al nuevo medio. Lentamente aparecieron ante sus ojos las viejas y gastadas paredes de cemento. Alguna vez habían sido blancas pero de eso hacía ya mucho tiempo. Con el trapo mojado fue sacando el polvo incrustado sobre la pared, comprendió que no sería fácil dejarla limpia. Siguió limpiando el polvo hasta que vio las manchas oscuras en una de las paredes. Estaban secas, pero las manchas de sangre eran eso; manchas de sangre.

Era la sala de castigos que el teniente Conrado Pacheco, “el mano negra” como le conocían sus propios subalternos, tenía reservada para todos los presos políticos considerados insolentes. Se enteró después que Conrado Pacheco era considerado como un chiflado completo y que nadie dudaba en que más temprano que tarde terminaría en un manicomio de verdad. Al ver las manchas de sangre no pudo dejar de volver su vista a la oscuridad de los escondrijos de la Villa grimaldi. Milicos de la gran puta, cuanta sangre derramada. Hablaba consigo mismo. Se quedó mirando la sangre reseca y no la limpió. Subió por la escalera y entregó el balde con el trapo adentro. Se sentía como un rebelde lleno de causas poderosas en manos de militares depravados y estaba plenamente conciente de lo que se trataba, él había estado dispuesto a sacrificarse por la causa, por la causa de los muchos.

El campo de concentración se hallaba en pleno Santiago y en su interior habían centenares de presos políticos. Todos, unos más otros menos, en manos de la arbitrariedad de los de la junta militar que desde Septiembre de 1973 regía los destinos del país. Le resultaba calamitoso el campo porque ahí estaba enjaulada el alma de la revolución. Al interior del campo los presos sobrellevaban los días en un constante compás de espera. Esperar y esperar, esperanzas perdidas, ilusiones desvanecidas. No les quedaba otra cosa que la espera, confiar o desconfiar en que fuera a ocurrir algo que arrojase claridad o tinieblas a la situación de frustración en que se encontraban. Estaban obligados a permanecer allí, esperando. Obligados a confiar en que algo había de suceder que pudiera mejorar su situación. Podían perder la valentía y todo se volvía negro. Todos esperaban. La carta que nunca llegó o la visita de los días domingos. No les quedaba otra cosa que dejar pasar el tiempo. Fue así como se hizo conciente de una nueva connotación en la palabra paciencia.

Las visitas de los fines de semana era lo que cambiaba esa fisonomía gris de la realidad de los presos. La autorización para poder ver a los suyos, a los hijos, a las esposas, a los padres, a

los ancianos y a cuanto ser humano condenado a estar allí, privado de la libertad. Llegar a Tres Alamos y someterse como familiar o ser querido del arrestado al vejamiento de costumbre; visitado de arriba a abajo como sospechoso de contrabando de armas. Pero las ideas subversivas no hubo Cristo que las parara.

Él se podía sobreponer a casi todo, no recibir visitas no le preocupaba mucho, se hallaba en otro mundo. Estaba como en otro mundo. Miraba las mesas de madera que colindaban con las paredes de esa construcción de cemento donde los presos ponían la comida que recibían de los familiares. Contemplaba su uniforme de preso, tela de mezclilla delgada, y sintió profundamente esa nueva identidad de ser prisionero político reconocido. Ya no más un simple número en la Villa Grimaldi o un sin número en el pabellón de los peligros explosivos, ya no más de incógnito en la torre de la DINA, ya no más en la lúgubre soledad de escondites inexpugnables. Como desaparecido no reconocido había por fin hecho su aparición. Por cierto no era para nada una aparición triunfante pero conservaba aún la conciencia de estar vivo. Y comenzaron nuevamente a pasar los días, pero seguía añorando la vieja compañía de los gorriones. Estaba en las nubes cuando leyeron su nombre, no escuchó que le llamaban.

- ¡Te toca visita!

Se lo dijo un preso que estaba a su lado. Pensó que era una broma de mal gusto o un deseo de buena voluntad o algo intermedio entre ambas cosas. Sin embargo era cierto, tenía visita. Cuando salió a un patio continuo no vio otra cosa que no fueran uniformados armados de metralletas Carl Gustaf. Habían algunos bancos para sentarse alrededor y cerca de ellos unos presos a la espera de los suyos, los contó, eran ocho. Tanto al interior del pequeño patio como en la parte superior del muro relucían las Carl Gustaf. El sol ya cubría al gran Santiago.

Vio de pronto la alegría incontenible de su madre y las preocupaciones acumuladas de su padre. Estaba también olfa con su acostumbrado aspecto de muñeca bonita. Encuentro esperado, requete recontra esperado como acostumbraba a decir la señora Guacolda y se abrazaron con emoción. Les vio llorar de pena y de alegría o al revés, pero les vio llorar. Pero no lloren si ya pasó - les decía como para calmarlos. Si ya pasó, lo peor ya pasó, ahora estoy aquí y es como estar en un hotel, si hasta ropa le dan a uno, miren la tenida que ando trayendo, y les mostraba la ropa de detenido oficialmente reconocido. Con la cara sonriente se miraba la mezclilla azul que se desteñía lentamente en su contacto con el sol.

Fue como apretar un boton. Se largó a hablar como un condenado a muerte al que le quedaban pocas horas de vida y que tenía muchas cosas importantes que decir. Contó a grandes rasgos su paso por la pesadilla de Villa Grimaldi, la tortura en la parrilla, la torre, las Corvi y los presos que vio allí. Contó lo que pensaba de su ex compañero convertido en Mauro y pasó después a su larga estadía en Cuatro Alamos. Contó del pájaro blanco entre los gorriones hambrientos y se refirió a la periodista Gladys Díaz. Denotaba alegría, que los suyos seguramente suponían fingida, pero él era así; alegre, aunque por su juventud y su idealismo inagotable no se daba cuenta de lo grave que significaba estar allí. Por otro lado podría haber contraatacado con que efectivamente había razón para estar contento ya que había tenido la suerte increíble de estar entre los que habían sobrevivido al calvario de la DINA.

Se enteró de la suerte corrida por el resto de su familia y también por de la de Edgardo, Ramón, Julio y compañía. Todos estaban a salvo. En la casa de su amigo Julio las cosas no andaban bien. La madre de Julio se había echado encima la odiosidad de los gobernantes que le habían arrasado la casa. Julio sin trabajo y en la clandestinidad, su hermana menor profundamente preocupada por ver a la madre de Julio moralmente deshecha. Y como si eso fuera poco la relación amorosa con la joven de las JJCC se había ido a las pailas.

La casa de esa gente entregada a la causa del socialismo había hecho las veces de local

antes del golpe; por las mañanas, por las tardes y particularmente por las noches. Dos días después del golpe de estado se reunieron allí para implementar la resistencia. Miristas, mapucistas, socialistas y uno que otro militante de la Izquierda Cristiana, todos jóvenes. Se encontraron armados de algunos revólveres pero fundamentalmente de una inocencia sin límites, demacrados y con unas ansias locas de terminar con esa incertidumbre post golpe. La meta inmediata era asaltar el cuartel policial. Lo discutieron muchas veces. A las cinco de la tarde resolvieron disolverse para volver a encontrarse en el mismo lugar; había que hacerse de más armas y esperar contactos. Dos horas más tarde llegaron sin embargo unos camiones del ejército, cargados de conscriptos traídos del Norte del país. Allanaron la casa y lo destrozaron todo. No dejaron una sola cosa en su lugar. No hubo asalto al cuartel y tuvieron que encontrar nuevos lugares de refugio, como cuando niños cuando jugaban a la capacha, sólo que ahora eran escondites de verdad. Desde ese día la madre de Julio entró en una crisis de nunca acabar. Había querido mucho a esa mujer de ojos color verde insolente. Ahora pertenecía al pasado.

Seguía mirando a su incrédula familia y escuchaba al mismo tiempo el relato de su madre. Mira que babosos los milicos, queriéndola controlar a una por todos lados, que se habrán creído estos infelices, decía Guacolda. Como que se les pasa la mano. ¿No te parece? - le preguntaba esperando una respuesta afirmativa de su hijo. Pero - continuó ella - de tanto trajinar y trajinar no se les ocurrió nunca que a la madre de Ricardo, la mamá de ese compañero tuyo de bigotes y tan buen mozo, se metió las presas de pollo frito en las pechugas, como dijo ella. Ahí no le registraron nunca los apavados de los milicos. Se reían todos a carcajadas y los carabineros no entendían una jota de como era posible tanta risa en el área del teniente Conrado Pacheco Cárdenas, el área de un loco.

Al escuchar el relato de su padre vino recién a comprender un poco uno de los factores que sin lugar a dudas le habían salvado la vida. Había sido una labor ardua pero su padre lo había hecho en forma abnegada e inagotable. Lejanas quedaban ahora las amonestaciones y las críticas a las actividades revolucionarias del hijo mayor. Ya no cabía en ese chillanejo formado en la universidad de la vida ningún tipo de comprensión por los innumerables actos de fechorías cometido por los militares. Que extremistas ni que nada si eran ellos mismos los que estaban diezmado al país. No eran invenciones las que había escuchado anteriormente acerca de las actividades nocturnas de los miembros del ejército. Era tal y cual como lo había escuchado de labio de muchas personas, aprovechándose del toque de queda se dedicaban a saquear negocios y al día siguiente culpaban a los marxistas extremistas. Y hacían desaparecer a la gente de izquierda como por llanto de brujerías. Y ahora lo podía comprobar por sus propios ojos, tenía delante suyo a su hijo desaparecido.

A pesar de que Ale, el mayor de sus cinco hijos, derrochaba alegría y mostraba un estado de ánimo muy alto no se podía sacar de la cabeza el atropello militar. ¿Como que no sabían donde estaba su hijo? ¿Acaso no lo habían detenido en su casa ante los ojos de su esposa y la de sus hermanos menores? ¿Y la tortura en ese lugar llamado Villa Grimaldi? Todo el cimiento ideológico de una sociedad cívica con gobernantes respetuosos de la ley y el orden se estaba viniendo precipitosamente al suelo. El cuento de que los militares en Chile no se inmiscuían en política había quedado en un sangriento cuento de mal gusto.

Ale escuchó de la labor realizada y mientras más escuchaba mayor era la admiración por su padre. Estaba completamente consciente que había muchos casos en que los padres le dieron vuelta la espalda a sus hijos al saberlos en aprietos o en prisión por comunistas, el epíteto mas en boga en el país. El caso de su padre era muy distinto. Con el apoyo del abogado Chiffelle se dirigió a la Corte Suprema de Justicia con el objeto de presentar un recurso de amparo en favor de su hijo. A pesar de todas las atrocidades cometidas en el país todavía de le denominaba poder judicial.

A la excelentísima Corte Suprema...vengo en interponer Recurso de Amparo en la persona de mi hijo, don Luis Alejandro Fuentes Díaz, estudiante de 22 años de edad... Recalcó el hecho de que hubo testigos oculares el día de la detención cuando Carlos Carrasco le conminó a entregarse a los operativos de la DINA. Constató también el hecho de que se le capturó sin que mediara de por medio ninguna orden de detención en su contra y que fue introducido en un Fiat 125 de color amarillo oscuro hacia algún lugar desconocido. Mencionó, por si acaso, de la angustia que afectaba a la familia entera y de que era un muchacho estudioso y tranquilo que se aprestaba a continuar sus exitosos estudios de Administración de Empresas en la Universidad de Chile. Agregó que todo eso estaba en peligro de ser imposibilitado debido a la absurda y dramática experiencia por la cual se le había hecho pasar. Apelaba desde un punto de vista moral y de la sana razón, como lo dejó estampado por escrito y presentado a la Suprema Corte de Justicia.

Reafirmó la posición de que se habían infringido todas las normas constitucionales de la propia dictadura que decían garantizar la libertad personal y los resguardos procesales de las personas. Aprovechó de referirse a la violación del artículo 13 de la Constitución Política del estado que regía incluso las situaciones de excepción. Dijo que eso quedaba comprobado por la dictación del Decreto Ley número 228 de Enero de 1974. Allí hizo referencia al número 17 del artículo 72 de la llamada Carta Fundamental en donde se decía explícitamente que era el Ministro del Interior quien debía dictar la orden de detención. No se trataba tan sólo de una detención arbitraria, argumentó, a su hijo lo habían conducido a un lugar desconocido y con ello se había infringido lo estipulado en el artículo 14 de la Constitución que prohibía la detención en lugares que no fueran públicos.

Se preguntaba al mismo tiempo por las razones de la aprehensión. No era por lo tanto una cuestión de apresar a la gente así como así, aunque hubieran razones especiales para ello. Que de ser así debía señalarse el lugar donde se detenía a los ciudadanos. Y ahí la cosa era clarísima; o se lo arrestaba en su casa o en su defecto en algún lugar de reclusión que no fuera una cárcel para presos comunes, pero que debía quedar claramente establecido el lugar de reclusión en cuestión. No era ninguna cosa del otro mundo sino el mismo criterio legislador existente si se atenía al inciso número 7 del artículo 201 del Código de Procedimiento Penal. Pero no solamente del número 7 sino de todos y cada uno de los incisos contenidos en el Código de Procedimiento Penal.

Y no terminó su escrito a las autoridades del poder judicial sin antes señalar que también se habían olvidado de lo establecido en el artículo 15 de la Constitución Política. Para don Julio esos argumentos eran absolutamente irrefutables y por eso se dirigía al más alto tribunal del país. De modo que habiéndose vencido con creces todos los plazos estipulados no tenían más que decir donde lo tenían. Solicito a vuestra excelencia tener por expresada la causa de ésta apelación y resolver, de acuerdo a la Constitución Política del estado, se ordene levantar la incomunicación que pesa sobre mi hijo.

Para que no quedara ninguna duda de que lo estaba diciendo iba en serio y para que no fuera a ocurrir que el escrito se extraviara en el correo envió copias del mismo a otros organismos. A la Cruz Roja Internacional, al comandante Espinoza del Servicio Nacional de Detenidos. Espinoza era el mismo que antes había estado a cargo del Estadio Nacional colmado de prisioneros políticos. Era el mismo Espinoza que en una entrevista a la televisión alemana había dicho que si los gobiernos extranjeros ofrecían asilo a los presos de Pinochet era porque estaban obligados a ello; lo que pasa es que quieren mejorar la raza - que fue lo que respondió en el micrófono ante la risa contenida y camuflada del periodista alemán. El escrito de Don Julio llegó también al secretario de la Presidencia de la República, al jefe de la Dirección de Inteligencia Nacional y al Comité Pro Paz. Éste último era un organismo creado por la iglesia católica para prestar ayuda a los familiares de los detenidos desaparecidos. Julio no daba su brazo a torcer.

La justicia era injusta, tuerta y ciega. Los excelentísimos representantes de la Excelentísima Corte Suprema respondieron que no, que el recurso de amparo no venía al caso y que por lo tanto lo denegaban y punto. Para que tanto escándalo; que le hacía un desaparecido más o un desaparecido menos a un país que tenía tantos detenidos desaparecidos, tantos muertos enterrados a las escondidas durante el toque de queda, tantos exiliados, tantos refugiados y tantos perseguidos.

Pero don Julio no bajó la guardia. Insistió. Un mes más tarde se dirigió al Señor ministro del Interior, le expuso respetuosamente y detalladamente al señor ministro, tal como lo exigía el protocolo, que a su hijo lo había sacado la DINA de su casa a las 15.20 el 14 de Marzo del año en curso. Detenido por el funcionario de la DINA, Carlos Alberto Carrasco Matus del Regimiento Buin, primera compañía y cabo segundo de reserva. Carlos Carrasco pasó a la DINA en noviembre de 1973, decía la misiva. Con una pequeña porción de ironía sostuvo en su nueva carta que a ese funcionario no había sido posible ubicarlo ni siquiera con la ayuda de detectives privados. Planteó por último al señor ministro que él sabía que a su hijo se lo había detenido en virtud de Decreto del Estado de Sitio al que ya se tenía tan habituada a la población desde el mismo día del golpe militar de 1973. Que sabía también que lo tenían incomunicado en un centro de detenciones secretas llamado Cuatro Alamos, cuestión que por lo demás había sido confirmada nada menos que por la mismísima Corte Suprema el 8 de Abril de 1975. Pido por lo tanto se me permita ver cargos para proceder a su defensa y excarcelación. Sr. Ministro, demuestre usted la culpabilidad de mi hijo o decrete su libertad. La misiva tenía la fecha del 10 de Abril de 1975.

En el ámbito internacional la reputación del régimen castrense andaba por los suelos. No pasaba un día sin que los organismos de los derechos humanos o distinguidas personalidades del mundo político y cultural condenasen las barbaridades cometidas por los militares. Era un granizar de resoluciones condenatorias sin acabar, y como las fechorías continuaban, continuaban también las condenas. Los pocos representantes civiles en el gobierno de la junta militar, de la extrema derecha política del país, hacían piruetas de todo tipo para explicar satisfactoriamente la política de genocidio institucionalizado. Misión imposible.

La vocación democrática y la cualidad de padre de Don Julio no cesaba. El 24 de Abril volvió a la carga y apeló a la resolución de la Excelentísima Corte Suprema de Apelaciones que había denegado el recurso de amparo número 374-375. La denegación a mi pedido, escribió, se fundó en el informe del Ministerio del Interior según el cual mi hijo permanece detenido en el Campo de Cuatro Alamos en virtud del Decreto Exento número 925, en calidad de incomunicado. Este último hecho no está contenido en dicho informe. Esta apelación se fundamenta precisamente en la irregularidad consistente en dicha medida agravante del arresto. La incomunicación, que por el curso del tiempo transcurrido y vistas las disposiciones constitucionales pertinentes, es manifiestamente ilegal. En efecto, sin perjuicio de que la dicha incomunicación ha sobrepasado todos los plazos permitidos para circunstancias normales, cabe señalar a vuestra excelencia que el Estado de Sitio no otorga a la autoridad facultades para ello. Es así puesto que la única norma que concede a aquellas atribuciones extraordinarias; el artículo 72 número 17 de la Constitución Política, es restrictiva, exhaustiva y terminante en prescribir que: "SOLO se concede al Presidente de la República la facultad de trasladar las personas de un departamento a otro y la de arrestarlas en sus propias casas y en lugares que no sean cárceles ni otros destinados a la detención o prisión de presos comunes", pero jamás la de incomunicados, lo cual aparece como absolutamente concordante con el espíritu constitucional de otorgar un trato más benigno al preso político que al común. POR TANTO: solicito a vuestra excelencia tener por expresada la causa de ésta apelación y resolver, de acuerdo a la Constitución Política del estado, se ordene levantar la incomunicación que pesa sobre mi hijo. POR OTRA PARTE: solicito a la excelentísima Corte, expida oficios: al Ministerio del Interior, a fin de que informe si el Decreto Exento número 925, ya citado,

contempla que mi hijo sea incomunicado en el citado Campo Cuatro Alamos. Y al Comandante del Campo de Cuatro Alamos, para que exprese la autoridad que ordenó dicha medida agravante de la detención y las razones de la misma.

Cuatro días después recibió una carta del Ministerio de Defensa Nacional firmada por el coronel Jorge Espinoza Ulloa y secretario del Ejecutivo Nacional de Detenidos: En atención a lo manifestado en su carta de fecha 10-ABR-975, pongo en su conocimiento que su hijo, FUENTES DIAZ, Alejandro, se encuentra actualmente detenido por aplicación de las facultades del Estado de Sitio. El documento iba sellado con el membrete del Ministerio de Defensa Nacional y con una pomposa e ilegible firma del coronel Espinoza. Dadas así las cosas resultaba evidente que las presiones ejercidas por Don Julio habían de un u otro modo contribuido a que él ahora estuviera junto al resto de los prisioneros políticos del campo de concentración de Tres Alamos. La visita del domingo llegaba a su fin.

El 15 de mayo del mismo año recibió su padre una carta de Enrique Montero Marx, subsecretario del Ministerio del Interior. Cúmpleme expresar que en uso de las facultades constitucionales derivadas del Estado de Sitio, Luis Alejandro Fuentes Díaz fue detenido por Decreto Exento número 925 de éste Ministerio. Debo hacerle presente que los cargos derivados de su detención e informados por Oficio Reservado a ésta Secretaría de Estado por la Dirección de Inteligencia Nacional, justifican plenamente la medida.

Don Julio estaba armado de una paciencia de santo y el 17 de mayo insistió. Se dirigió nuevamente al Ministro del Interior, ésta vez señalando las nuevas normas sobre seguridad nacional anunciadas por el gobierno a través de diferentes decreto leyes. Según esas normas se debería avisar a los familiares de los detenidos a más tardar a las 48 horas de la detención y ella no podía durar más de cinco días. Dentro de ese plazo, y de no mediar cargos en su contra, debía ser dejado en libertad. Respetuosamente solicito su libertad inmediata, ya que se encuentra en peligro de perder el año en la Universidad. Son precisamente irregularidades como las que señalo- continuó Don Julio - las que dañan el prestigio de Chile en el exterior y le dan aún más fuerza a las encuestas Gallup. Soy de la opinión de que no sería mala idea la de suavizar tantos puntos irritantes.

En la Villa Grimaldi todo continuaba igual. Los golpes al MIR seguían dañando a la ya raleada organización. Los agentes de la policía político militar acababan de secuestrar al trotsko Fuentes en Paraguay el 17 de mayo, el mismo día en que Don Julio había enviado su carta al ministro del interior solicitando la libertad de su hijo. Para los detenidos en Villa Grimaldi el ver a Jorge Fuentes encerrado en una jaula, rapado, como a un animal sarnoso era una pesadilla, una exposición cruel sin nombre. Todo el país estaba convertido en una prisión. Los presos iban y los desaparecían; se estaba pagando la cuenta de la derrota, de un fracaso histórico. Cada fracaso enseña al hombre algo que necesitaba aprender, recordaba así algo que había dicho Charles Dickens. ¿Qué he aprendido yo? No sabía exáctamente que era pero a pesar de estar entre los otros presos no se sentía bien en ese lugar. No es que quisiera un calor de hogar pero el no saber porqué se sentía a disgusto, a pesar de la diferencia abismante con Villa Grimaldi y Cuatro Alamos le tenía inquieto.

## 7

**P**asaron un par de semanas y se produjo un alboroto entre los detenidos. Al campo llegó la noticia del traslado de presos, se efectuaban cada cierto tiempo y había llegado el momento de volver a hacerlo. Se desató una ola de rumores que abarcó a casi toda la gente que estaba adentro. No le dio mayor importancia a la lista de trasladados, llevaba muy poco tiempo allí. Pero se llevó menuda sorpresa porque estaba en ella. Era medio día, los carabineros les formaron en el patio. Ochenta y tres detenidos. No tuvo posibilidad de contárselo a los suyos,

les dejó por eso un mensaje entre los presos que se quedaban.

Aparecieron dos buses de la locomoción colectiva y los colmaron con presos políticos. A él le tocó quedar sentado en una de las ventanas del lado derecho del primer bus. Pensó que seguía acompañándole la suerte. Iba sentado mientras que muchos de los presos quedaron tendidos en el piso. Pobre del que se mueva escuchó decir al responsable del traslado. Los carabineros encargados del transporte quedaron desplazados de tal forma que con sus metralletas tenían un completo dominio de la situación. Empezaron la marcha por las calles de un Santiago atormentado. Los buses tomaron la ruta hacia el norte, en dirección a la zona costera. Al pasar por el túnel entre Santiago y Valparaíso sintió como los carabineros pasaron bala a sus armas. Tenían instrucciones en el sentido de que el lugar era adecuado y se podía prestar para un intento de rescate. Los presos contuvieron el aliento durante el trayecto del túnel.

Al cabo de una hora llegaron a la ciudad de Viña del Mar. A 50 kilómetros de la ciudad veraniega se hallaba la localidad de Maitencillo y ahí estaba ubicado el pueblo campesino de Puchuncavi. Puchuncavi era un hermoso lugar, praderas y sembradíos verdes rodeados de cerros costeros. Durante la época de la Unidad Popular el gobierno del presidente Allende construyó en el sector que cruza el balneario cabañas de veraneo para los trabajadores. Pero como a tantas otras cosas la dictadura le cambió el carácter a las cabañas y convirtió toda el área en un impresionante campo de concentración.

Los buses llegarían en cualquier momento. El sol quemaba implacablemente sobre la piel de quienes no estaban al amparo de la sombra. Al pasar de los buses todo se cubría de polvo, no se conocía ni el cemento ni el asfalto en el pueblo. Algunas gallinas corrían como locas, pero lo hacían con instinto de supervivencia para evitar ser atropelladas. Al mirar los árboles y arbustos del poblado le llamó la atención la enorme cantidad de perros sueltos. Los perros andaban sueltos en Chile pero en Puchuncaví había demasiados. Por la polvareda de los buses no las notó bien al principio, pero lentamente comenzó a ver los contornos de las ex cabañas populares. Aparecieron ante su vista pabellones de madera de distintos colores y cuando los buses estaban llegando les vio con toda claridad. Azul, naranja, amarilla. Los alambres púas cercaban por completo a los seis pabellones. Separadas unas de otras pudo ver también que sobresalían unas torres de madera en las que había apostados centinelas armados de metralletas.

Putas esto es macabro - se dijo así mismo - es exactamente igual que los campos de concentración de la época de los nazis. La DINA como una copia de la Gestapo y esto como un resucitar de los campos de concentración de Hitler. Mierda, esto se está poniendo cada vez más jodido. Los relatos de los judíos sobrevivientes se lo hubieran podido confirmar en forma fehaciente. Los museos de Europa mostraban al mundo entero los recuerdos de Auschwitz, conformaban una parte de la historia documentada. Los recuerdos y experiencias de los judíos y otros perseguidos formaban ya además parte del acervo cultural de los pueblos. Él lo sabía. Los museos y los archivos de la era nazi eran para eso; para estudiarlos y aprender de la historia, para que jamás nadie olvidase la barbarie del nazismo. Sentía como se le sacudían los pensamientos.

A los judíos se les quiso inculcar que la culpa era de ellos, apestaban la raza. A los chilenos se les estaba enseñando que la existencia del régimen militar y sus extravagancias asesinas era culpa de los porfiados que creían en los cambios. Y como habían tantos porfiados en el país las cárceles no daban abasto, no quedaba otra que habilitar nuevos lugares de reclusión. En ese mismo momento el editorialista del New York Times escribía que Chile era un país excepcional. Muchos de los cambios de realizaron de manera un tanto injusta y tosca - pero hoy tenemos libre mercado.

Desde la ventana del bus vio pasar detenidos de un lado a otro. Los primeros presos que



vio estaban flacos y completamente rapados. Uno de ellos llevaba unos anteojos de mucho aumento, parecido al del fondo de una botella. Tal como veía las cosas eso era un cuadro deplorable. De haber sido católico se hubiese persignado, pero era ateo.

Ale se quedó pensando en los lacerados de Auschwitz y en las garras en que estaba su país. Su paralelo no era una exageración abusiva. En la DINA y bajo el directo mando de Manuel Contreras y Pinochet actuaba entre otros Die Deutsche Clique, Mario Jahn, Rolf Wenderoth, Hubert Fuchs, Konrad Werner, Gerardo Hubert, Edgardo Hasse, Antal Liphay, Wolf Hartwig von Answard, Albert Schreiber, Hermann Schmidt, Kurt Schnellenkamp y Paul Schäffer. El último era también jefe de una secta alemana ubicada en la ciudad de Parral, al sur de Santiago. La secta llegó a Chile en 1961, compró tres mil hectáreas de tierra y se aisló del resto de la sociedad; no eran de esas sectas que esperaban a un Mesías, solo querían mejorar la raza. Ahora vivían allí cientos de alemanes. La secta había estado en contacto directo con Josef Mengele, uno de los nazis que dirigió experimentos con presos durante la Segunda Guerra mundial.

Después de catorce años los alemanes seguían haciendo experimentos con seres humanos, la DINA escogía presos de los que tenía en Villa Grimaldi y se los pasaba a Schäffer y su gente. El estudiante de medicina Alvaro Vallejos Villagrán fue uno de los primeros en ser ejecutados por la gente de Paul Schäffer. Dentro de poco le tocaría a él conocer en Puchuncaví a uno de los presos que había sobrevivido a los horrores de la Colonia Dignidad.

Una suerte de presentimiento le decía a Ale que lo que estaban viendo sus ojos no era una cárcel más, era algo completamente distinto. Había una atmósfera de perversidad en el cuadro que tenía delante suyo. Las alambradas con alambres de púas y las torres de vigilancia tenían un inequívoco sello de campo de concentración. Los recién llegados estaban rodeados de carabineros e infantes de marina armados hasta los dientes. La formación de hombres, incrédulos por lo que estaban viendo, atravesó un portón coronado por alambres púas. Se detuvieron en un patio en torno al cual habían pabellones de madera.

Le llamó extraordinariamente la atención un infante de marina medio gordo que tocaba el pito con frenesí, era sargento. El uniforme le quedaba chico. El sargento Nuñez era de origen campesino y a estas alturas de la vida todavía era semi analfabeto, pero era sargento. Nuñez veía las cosas de manera muy peculiar, estaba absolutamente convencido de su misión era la de prestar sus servicios en la nave a la que se le tenía asignado. De allí que el lugar no era un campo de concentración, para él era una fragata y los presos políticos sus marinos a bordo. Los presos antiguos no se movían por órdenes ni por gritos sino por el ruido ensordecedor de un pito. A estos los tienen fritos pensó - como los hacen correr de un lado a otro al sonido del pito de ese gordo. Es increíble, como les han estropeado el cerebro. Ah, pero a mi no, a mi no me van a joder a los pitazos, se decía a si mismo.

Todos los presos, antiguos y recién llegados estaban ahora formados en las distintas escuadras alrededor de un patio grande. Les recitaron a los nuevos el ABC del campo, la disciplina, la obediencia, los himnos marciales, el izamiento a la bandera, los zafaranchos, pero él ya no escuchaba. estaba enfrascado en si mismo, con la mente fija en esa concepción de la vida interna de los campos de concentración.

Había quedado en el pabellón de las cabañas verdes, en la número nueve. Allí le recibieron con cordialidad. Eran tres. Carlos González fue el primero en estrecharle la mano, lo siguió Jorge Weil y finalmente Carlos Ayres. Gonzalez medía un metro setenta, pelo negro y de barba tupida sobre la pera. Llevaba lentes ópticos y tenía un marcado rasgo de intelectual de izquierda. Weil era distinto. Cuerpo atlético y más alto, rubio y de intensos ojos azules. No era muy amigo de hablar a no ser de que él mismo tuviera algo importante que decir. Todo su quehacer estaba marcado por una manía conspiratoria. Tanto González como Weil pertenecían al núcleo dirigente del MIR y gozaban del respeto de los presos al interior del

campo. El tercero, Carlos Ayres había sido simpatizante del Partido Socialista y estaba pronto a salir en libertad.

La rutina de los prisioneros estaba adaptada a la concepción de la organización militar. Se formaban dos veces al día y en ambas oportunidades les pasaba lista el sargento Nuñez o los cabos que le secundaban. En las primeras formaciones en las que le tocó participar no podía dar crédito a lo que veía y escuchaba. La canción nacional, a la que la junta militar le aumentó estrofas, era cantada a todo pulmón por los detenidos y eso no entraba en su esquema de prisionero político. Lo de vuestros nombres valientes soldados, que habéis sido de Chile el sostén, había sido incorporado luego del golpe militar cuando lo cierto es que eran cobardes torturadores. Era una ocurrencia de Pinochet y no había porqué cantarlo, pensaba él. Estaba profundamente convencido de ello. Sencillamente se negó a cantar y sólo movía los labios para que creyeran que lo hacía igual que el resto. Modulaba sin pronunciar palabra mientras que los otros cantaban a voz en cuello, hasta el límite de lo absurdo. El contraste era total. No comprendía que el cantar de los presos era una válvula de escape, un desorden de pacotilla cuyo único objetivo era tomarle el pelo al poder militar.

*Puro Chile es tu cielo azulado  
puras brisas te cruzan también  
y tu campo de flores bordados  
es la copia feliz del edén.  
Y ese mar que tranquilo te baña  
te promete el futuro esplendor.*

Los detenidos lo asociaban de manera distinta y cada cual escuchaba de esas estrofas lo que les daba la gana, pero en general todos querían decir más o menos lo mismo. Tomarse el pelo con los infantes de marina era una forma de hacer la vida más llevadera.

*Pobre Chile te tienen cagado  
y los pacos te apresan también  
y éste campo de alambres con púas  
es la copia del nazi de ayer.  
Y el pinocho que repite la hazaña  
te promete el futuro en prisión.*

Las tumbas no eran de los libres como lo decía la letra de la canción nacional, eran sepulturas anónimas de miles de desaparecidos. Para él no era sino un show grotesco y eso le amargaba la existencia. Mañana y tarde la misma función. Arriba la bandera y abajo la bandera y canten fuerte y marchen erguidos. Sin embargo con el tiempo se llegó a aprender de memoria el himno de la Escuela Naval, la canción Brazas a ceñir y otras más. Ya gritaba como los demás.

Por las noches Ale se dedicaba a contemplar el vuelo de las gaviotas. Se fue acostumbrando al medio aunque él mismo no lo quería reconocer. Al margen de los rituales militares a los que les obligaban y la limpieza general del campo que hacían disponían la mayor parte del tiempo en actividades organizadas por ellos mismos.

Mucho de lo mejor de lo mejor de la población estaba, a su juicio, en las cárceles y en los campos de concentración. Fue en ese encierro de alambres púas que construyeron escuelas de alfabetización y sedes universitarias, cursos de economía y de filosofía. Por primera vez tuvo la ocasión de dedicarse con tiempo y con calma a la esencia de los postulados de Hegel y Feuerbach y a todo lo que hacía al mundo material desde un punto de vista filosófico.

La apariencia nazi del campo de concentración era una cosa, pero el contenido imperante

de ese quehacer educativo se comenzó a transformar en actividad subversiva y creadora. Por extraño que pareciera era la antítesis de todo lo parecido al nazismo. Los presos eran optimistas y se aferraban al futuro. Se enriqueció con esa diversidad de vidas y experiencias y la vida en el campo comenzó a experimentarla con sentido de ser lo que le ponía de buen humor.

No tardó mucho en darse cuenta que la organización hacia los soldados era una cuestión formal, en los hechos difería completamente de la coordinación de los grupos políticos al interior del campo. Existía la tradición mapuche del Consejo de Ancianos, pero era más que nada una coartada ante la jefatura de los marinos. Sin embargo a todos les movía la necesidad de generar permanentes actividades comunes, era una manera efectiva para enfrentar como colectivo las provocaciones de los oficiales.

Cada fin de semana llegaba un teniente distinto, cada loco con su tema, decían los presos. Algunos querían intervenir en todos los aspectos de la vida interna de los prisioneros. Llegaban también quienes optaban por no meterse en nada salvo en lo estrictamente necesario, mientras más rápido pasara la semana mejor. Como presos políticos llevaban una constante lucha por mantener cierto tipo de autonomía. Era un tira y afloja de nunca acabar.

Un día sábado se trastocó todo. El teniente de turno era de baja estatura pero prepotente, agrandado por el hecho de saberse en el poder. Acostumbraba a usar un uniforme azul marino y una gorra con las insignias CL 4, Crucero Ligero número cuatro. No hubo nadie entre el centenar de presos que no viese en él a un loco y por esa razón le pusieron el mote de caballo loco número cuatro. La Armada también tenía esa cualidad fabril de generar psicópatas a destajo.

Ese lunes se les hizo formar en el lugar de costumbre. CL 4 se paseaba en forma extravagante, lo pomposo de su taconear sobre el suelo era grotesco a la vista y eso le dio mala espina a los presos. De las caderas le colgaban dos pistolas inmensas que para nada estaban en armonía con la cantidad de centímetros que medía. Se paseó una y otra vez con las manos entrecruzadas por detrás de la espalda sin decir nada a nadie. De pronto se paró en seco, dijo reconocer a uno de los presos y a los gritos le exigió que le revelara donde estaban las armas que había escondido porque no lo había dicho en las sesiones de tortura. A los presos les costaba creer que era cierto. CL 4 en persona había torturado al preso. Chicoco ojudo votado a Napoleón y encima torturador, se dijo a si mismo y se quedó pensando en la locura.

Los ojos saltones, el sonsonete de la voz y su diarrea verbal comenzó a exasperar los nervios de todos. Y fue en ese momento que el cachorrito tuvo la mala ocurrencia de asomarse por debajo de una de las cabañas. Era la mascota de los detenidos. Fue un encuentro extraño. El perrito nuevo mirando con ojos casi humanos y CL 4 con los de perro con rabia. CL 4 echó mano de su pistola derecha y comenzó a apuntar al animalito. Ni los presos ni los infantes de marina lograban comprender esa reacción de fantoche exaltado. Con un instinto de supervivencia increíble el quiltro corrió a esconderse debajo de una de las cabañas. Era de verlo y no creerlo. CL 4 en cuatro patas a la caza del pequeño animal y los infantes de marina apuntando a los presos.

El desquicio era total. Cuando tuvo al perro a su alcance le reventó de un balazo ante la presencia atónita de todo el mundo. A la acción fascistoide siguió un odio colectivo y un silencio expectante. Seguían todos formados, con los puños y los labios apretados por la impotencia. Fue un encuentro entre la vida y la muerte, un encuentro de contrarios. CL 4 mandó a los soldados a recoger el cuerpo inerte del animal, el charco de sangre y el polvo del patio se confundieron a la espera de ser resecados por los rayos del sol. CL 4 volvió la espalda para dirigirse al sargento Nuñez que tiritaba, el suboficial tenía pánico de la bestia que estaba a su lado. CL 4 estaba de espaldas a los presos haciendo honor al izamiento de la bandera

nacional. Fue en ese preciso instante cuando la voz de uno de los detenidos se escuchó con fuerza que se prolongó por el eco.

- ¡Degenerado conchetumadre!

Primero fueron los ecos de las palabras y luego vino un silencio de cementerio. Sólo se escuchaba el leve soplido del viento.

- ¡Quién fue! ¡Que sea valiente y que salga adelante el que lo dijo!

La orden del teniente locateli tronó en todo el campo de concentración. Esa semana estaba encargado de su escuadra y le correspondía entregar el número de personas que había en su pabellón. Por eso estaba allí, en la primera fila, en el extremo derecho. Tenía puesta una boina de lana amarilla que le había tejido María Rozas, su compañera de estudios de la Universidad. María había tenido de visita un par de veces y ella le había dejado dos boinas de lana como recuerdo. La roja se la apropió Gastón Muñoz, mirista y dirigente universitario de la Universidad de Concepción. Ale estaba como clavado en su lugar escuchando los gritos histéricos de CL 4. Cuando vio que el oficial no despejaba la vista de su escuadra supuso lo peor. CL 4 no le sacaba la mirada cargada de odio. En el campo reinaba un silencio colosal.

-¡Usted!

CL 4 le estaba apuntando a él y por un momento quiso creer que no era así, pero no lo podía evitar.

- ¡Dé un paso adelante!

- ¿Quién, yo?

- ¡Si, usted, el de la gorra amarilla!

De repente todo se hizo mucho más fácil. Se había roto el silencio y el punto más álgido de la tensión estaba llegando a su fin. No lo pensó mucho y salió caminó al encuentro de CL 4.

- ¡Repita lo que dijo!

- ¿Que repita qué cosa?

- ¡Lo que dijo, repítalo!

- No puedo repetir algo que no he dicho y que ni siquiera he escuchado.

La suya era una provocación y él lo sabía, pero lo había hecho inconscientemente y ya lo había dicho. La respuesta confundió al endemoniado teniente que durante un instante perdió la capacidad de hablar.

CL 4 le amenazó delante todos los prisioneros pero fue en vano. CL 4 no sabía a que atinar y por eso, para salir de esa situación embarazosa, le gritó que lo dejaba incomunicado por tiempo indefinido y lo hizo llevar a su oficina. Ale estaba de pie frente al escritorio y vio como CL 4 abrió un cajón de madera del cual extrajo otra pistola.

- ¿Sabe usted que si yo lo mato nadie le va a creer a usted? Bueno, yo se que no fue usted el que lo dijo, pero dígame por favor quien fue el que lo dijo.

CL 4 insistió varias veces; él debía entregar en nombre del culpable.

- Mire mi teniente, yo soy un prisionero político y lo que usted me pide es una labor de carácter policial. Usted lo sabe muy bien, es tarea de ustedes descubrir al que gritó, no me lo puede pedir a mi.

CL 4 se quedó manoseando el cañón de la pistola mientras miraba al detenido que tenía delante suyo. Ale no supo cual fue la razón última pero al final desistió y llamó a los soldados para que se lo llevaran. Le dijeron que seguía en calidad de incomunicado.

Estaba de mal humor, para él era elemental que entre los presos políticos y sus carceleros no podía haber delación. Hasta ahí todo estaba bien. Pero tener que trabajar bajo las ordenes del sargento Nuñez después de todo lo que había pasado lo consideraba humillante y difícil de aceptar. Además era un quehacer sin sentido, sacaba y tiraba piedras de la tierra para luego volverlas a su sitio original. Trabajaba a regañadientes. Escuchó la voz del sargento y siguió removiendo la montonera de piedras sin decir una palabra.

- ¿Que le pasa ñol pol la chucha?

La semana con CL 4 era propia de una casa de orates. Su enfermiza manía de matar perros no terminó allí. El día lunes amaneció antojado de perros

- ¡Quiero perros - dijo - tráiganme perros!

CL 4 mandó a un puñado de infantes al pueblito a buscar perros. Tráiganme todos los perros que encuentren, les dijo y los soldados que ya estaban acostumbrados a los desvaríos del teniente. Al cabo de un par de horas aparecieron con un camión con media docena de quiltros. Los amigos del hombre estaban raquíticos y llevaban una soga por el pescuezo. Los llevaron a un costado del campo sembrado de alambres púas y los amarraron a los palos de la cerca. CL 4 estaba en su salsa. Disparó una y otra vez sin matar a los perros que aullaban por el dolor de las heridas. Jamás en su vida había visto Ale nada semejante y nunca nadie le había contado de tanto ensañamiento contra los animales. Al día siguiente el teniente amenazó con volarle los sesos a medio mundo con un fusil ametralladora por lo ocurrido el día anterior. En señal de protesta por el maltrato desquizado a los perros los presos determinaron boicotear la comida. Y les hubiera volado los sesos a unos cuantos de no haber sido persuadido por un oficial de mayor edad. El día miércoles CL 4 se encaramó por la antena de radio que había en el campo y desde las alturas se puso la mano sobre las cejas, el sol le impedía ver bien a los detenidos esparcidos dentro del marco de las torres y las alambradas. Le quedaron mirando para luego mirarse entre ellos, meneaban la cabeza en señal de incredulidad y después le dieron vuelta la espalda.

Por la tarde se le ocurrió a CL 4 que quería subirse a un cerro y de allí lanzarse por la pendiente montado en una bicicleta. Se lanzó con las piernas y los brazos abiertos, abajo le esperaban cuatro soldados, hacían de colchón por si se les caía el jefe.

En la formación de la tarde del día siguiente, al teniente se le puso entre ceja y ceja que los presos debían cantar la canción *Lili Marlene* de la alemana Marlene Dietrich con la que ella invitaba a los soldados ingleses y norteamericanos del frente de batalla a continuar luchando. Luego debían silbar la melodía de la película *El puente sobre el río Kuwait*. Los prisioneros políticos de izquierda, que por definición eran anti nazistas, eran comparados con soldados alemanes en el frente de guerra añorando a una actriz alemana.

Era la obra de CL 4 transformado en oficial japonés al cuidado de derrotados presos de guerra ingleses. Visto del ángulo de los detenidos en Puchuncavi eso era la locura sin límites. Al día siguiente CL 4 se metió en la cabaña de Ale sin preámbulos de ningún tipo. Estaba parado a su lado, con las manos en la espalda y con un aire de triunfo en el rostro.

- ¿Fuentes, sabe usted que yo soy fascista?

- No, no lo sabía.

CL 4 hacía alardes de haber escrito un folleto fascista al interior de la Armada. No sabía que responderle a un sujeto tan inestable, afortunadamente para él entraron en ese momento los compañeros de su pieza y con la distracción le sacaron del aprieto. Este huevón está más loco que una cabra pensó - pero eso no le quita lo fascistoide. Primero el sadismo con los perros, la picada en bicicleta desde la punta del monte, los himnos predilectos y ahora esto. Este está loco - hablaba con sigo mismo.

La cultura en el campo de concentración afluía por todas partes, era un proceso parecido al que se había dado durante los tres años del gobierno de Frente Popular. Los actos culturales de los días viernes constituían el punto álgido de la semana. Al atardecer bajaban de las cabañas en dirección hacia los comedores. Con tanto artista, cantantes, técnicos y militantes de la fantasía con los deseos de vivir intensamente.

Lograban implementar fabulosas representaciones de teatro. Los libretos pasaban por la censura obligada de los tenientes de turno, pero dueños de la palabra y la cultura los detenidos pasaban gato por liebre y continuaban haciendo de las suyas. Ale se convirtió en espectador de todo tipo de actos político culturales sólo posibles gracias a la simbología artística y al nivel de la abstracción intelectual de los prisioneros, eran representaciones ideológicas que pasaban inadvertidas debido a la ignorancia de los oficiales. Vio así manifestaciones tales como *Le Petit Prince* de Antoine de Saint Exupéry, un homenaje al asalto al Cuartel Moncada, la poesía con alas de Pablo Neruda y muchos otros actos inolvidables.

Para hacer el tiempo llevadero Ale descubrió que podía trabajar con un telar. Con sus compañeros de celda aserrucharon las patas a los catres de madera y de allí surgió un telar. De las monedas y los huesos salieron medallas. Sus figuras preferidas eran alambres púas y las torres del campo de concentración. Él quería gravar gráficamente lo que veía para no despertar una mañana y descubrir que todo había sido una mezcla de pesadilla y sueño. Por los atardeceres vinieron los ataques de melancolía y sintió apego por la poesía.

#### VIDA

*Ay que incómoda a veces te siento  
 conmigo, vencedor entre los hombres.  
 Porque no sabes  
 que conmigo vencieron  
 miles de rostros que no puedes ver,  
 miles de pies y pechos  
 que marcharon conmigo.  
 Que no soy  
 que no existo  
 que sólo soy la frente de los que van conmigo.  
 Que soy más fuerte  
 porque llevo en mi  
 no mi pequeña vida  
 sino todas las vidas  
 y ando seguro hacia adelante  
 porque tengo mil ojos.  
 Golpeo con peso de piedra  
 porque tengo mil manos  
 y mi voz se oye en las orillas  
 de todas las tierras  
 porque es la voz de todos los que no hablaron.*

#### RENACIENDO

*No me siento solo en la noche  
 en la oscuridad de la tierra.  
 Soy pueblo, pueblo innumerable.  
 Tengo en mi voz la fuerza pura  
 para atravesar el silencio  
 y germinar en las tinieblas.  
 Muerte, martirio, sombra, hielo,*

*cubren de pronto la semilla  
 y parece enterrado el pueblo.  
 Pero el más vuelve a la tierra.  
 Atravesaron el silencio  
 sus implacables manos rojas.  
 Desde la muerte renacemos.*

Los familiares les visitaban todas las semanas en Puchuncavi. Aparecían en su celda el caviar y los manjares y un montón de cosas exquisitas que repartían de cada cual según sus posibilidades a cada cual según sus necesidades. En una de las visitas se enteró que Don Julio seguía enfrascado en el intercambio de cartas con las autoridades militares. A principios del mes de Julio su padre recibió una carta del Departamento Confidencial del Ministerio del Interior. Estaba firmada por el general de división y ministro del interior Raúl Benavides Escobar.

“En respuesta a su carta en la que solicita la aplicación de medidas moderadoras de libertad, deducidas en favor de su hijo Alejandro Fuentes, detenido en virtud de las Facultades Constitucionales del Estado de Sitio, cúmpleme comunicarle que por ahora no resulta posible acceder a su petición por ser inconveniente a las necesidades de la Seguridad Nacional, de acuerdo a lo informado por los organismos pertinentes en relación con la situación planteada”.

Ale se puso a pensar en la lógica del general y se preguntó entonces como razonaban las necesidades de la seguridad nacional en relación a la suerte corrida por Carlos Carrasco. En otra carta su padre se dirigió a las oficinas de reclutamiento del ejército para pedir la postergación del servicio militar de su hijo: el que mi hijo se encuentre en calidad de detenido político – escribió - no es impedimento para que cumpla con sus deberes de ciudadano. Solicito por lo tanto una nueva postergación de su servicio militar. El oficial de reclutamiento del cantó 25 se apresuró a otorgar el certificado 407292 y pasó a Ale a la reserva sin instrucción militar.

Del viejo amor con Olfa sólo quedaban los recuerdos. El hecho de estar preso por tiempo indefinido ya le había hecho comprender que cuando se estaba preso se estaba preso y que las relaciones entre parejas estaban condenadas a la extinción y en el mejor de los casos a marchitarse. No inmiscuyó en esto la existencia de hijos porque de ese mundo no entendía nada. Era, según él, por una razón muy sencilla; el mundo no sólo estaba dividido entre gente de izquierda y de derecha, entre malos y buenos, entre uniformados y civiles, entre racistas y anti racistas, entre gordos y flacos, entre adultos y niños, entre inteligentes e imbéciles, entre mujeres y hombres, entre amantes y faltos de amor sino también entre los que tenían hijos y los que no sabían lo que eso significaba. El pertenecía a la categoría de los sin hijos. Se autoconvenció de que al interior de la prisión se podía tener una relación de camaradería, pero de pareja nada. Se afirmó en esa tesis con más fuerza cada vez que veía volver de las visitas a los detenidos que tenían mujeres al otro lado de las alambradas.

Su propia relación la consideraba ahora como la de una pasión enfermiza. Antes de ser detenido comenzó a surgir una situación que con el transcurso del tiempo se transformaría en insostenible. Mucho antes del viaje que él y Olfa hicieron al sur ella le contó de su primo que vivía en la zona precordillerana. Aun recordaba su falda roja en aquella tarde de sol. De haber sido miembro del Partido Comunista el primo había pasado, según Olfa, a ser militante del MIR y participaba activamente en el movimiento de resistencia a la dictadura militar. A los 25 años el joven arriesgaba el pellejo en tareas clandestinas inter regionales.

Como la norma durante ese tiempo eran las de no mire, no cuente ni deje que le cuenten no inquirió detalles de lo que ella le contó. A través de su primo Olfa tenía un parentesco lejano con Luis Emilio Recabarren, el padre del movimiento obrero chileno. Olfa entró más tarde en

contacto con el MIR y trasladaba documentación entre distintas instancias de la organización. Esa labor de correo le llevó a tener contacto con Victor Toro, dirigente nacional del proscrito MIR.

En medio del mundo de la censura y la auto censura Ale no se mezcló en nada y prefirió los sosiegos del amor. Las cosas se complicaron cuando ella le relató la historia de un agente camuflado de la CIA que había comenzado a merodear en una camioneta misteriosa el lugar donde él vivía.

Pero llegó un día en que la burbuja se reventó. Olfa era atractiva y hermosa, pensaba él. Pero junto con los desmayos que le venían afectando desde hace algún tiempo desarrolló una increíble tendencia de inventar historias. Una visita médica hubiera podido arrojar algo de claridad a esa tendencia de relatos fabulosos. Se descubrió con el tiempo que lo del primo del MIR y la resistencia de este a la dictadura, lo de Victor Toro y la CIA había sido una fábula. Por otro lado el supuesto individuo de la CIA no era sino un pretendiente.

En una de sus visitas a Puchuncaví sus familiares se mostraron indignados por una historia que la joven había contado a algunos de los familiares de los presos. De acuerdo a la versión de Olfa era una avezada aventura la de Ale. Con uniforme de carabinero y todo él había participado en un exitoso asalto a un banco. Sus familiares se quedaron primero boquiabiertos pero luego se mostraron enfurecidos y resolvieron que había que tomar al toro por los cuernos. Basta ya - le dijeron - como si fuera poco todo lo que ha pasado en torno Carlos Carrasco. Ahora como asaltante de bancos, y con ropa de paco más encima, te van a terminar pudriendo en las mazmorras del Pinocho - le escuchó decir a uno de sus familiares. No se vieron más con Olfa y así concluyó esa singular historia de amor y la cultura de los cuentos.

Pensaba que por lo menos permanecería catorce años en prisión. El cuadro de fondo de esa posibilidad estaba dado por la suerte corrida por los presos de la dictadura de Spínola y por la revolución de los claveles en Portugal. A los 36 años de edad tendría quizás la oportunidad de volver a rehacer su vida, pero en última instancia eso dependía de la desaparición del régimen de Pinochet.

Pensaba en la posible suerte corrida por Mauro y se convencía mucho más aun de que no se sentía tan mal en Puchuncavi. Después de todo estaba con vida y más preso de lo que estaba no lo podían poner, contaba por lo demás con que al interior de ese campo de concentración les abrigaba la solidaridad. Uno para todos y todos para uno. Su camarote estaba colgado del techo de la cabaña, le faltaban las patas que de hacía ya tiempo eran parte de uno de los telares con los que desarrollaba actividades artesanales. Había hecho algunos bolsos de lana y hasta un poncho rojinegro le pudo regalar a una de sus cuñadas embarazadas.

En el campo de concentración la rutina seguía su ritmo habitual. Habían conquistado el derecho a tener un bolichito que hacía las veces de almacén, podían comprar diarios y hacer algunos encargos del pueblo. Necesitaban las noticias de los periódicos como la necesidad de los peces en relación al agua. Estaban acostumbrados a la censura, podían leer entre líneas. Como complemento de las noticias del exterior lograron montar una radio de onda corta y eso acortaba la distancia con el resto del mundo.

Fue en Puchuncavi donde vino a conocer personalmente a José Carrasco Tapia, uno de los miembros del Comité Central del MIR que había sobrevivido a la carnicería de la DINA. Resultó ser el mismo Pepone a quien Frooden había entregado el informe nocturno desde la incomunicación en Cuatro Alamos. Antes de caer preso en diciembre de 1974 se había destacado por ser un permanente organizador de su partido. Compartió hasta los últimos momentos, antes de caer en manos de la DINA, la posición de Miguel Enriquez, el máximo líder de la organización: aunque quedaran sólo diez miristas en pié serían capaces de agitar la política revolucionaria y reconstruir el partido, la lucha había que continuarla hasta el final. El



voluntarismo y el romanticismo revolucionario no tenían límites. Pero la fobia de la dictadura contra los revolucionarios fue más fuerte que las voluntades y los sueños. Ahora Pepone continuaba reconstruyendo las mermadas filas del MIR en un campo de concentración.

- Oye flaco - le dijo a él en una oportunidad - porqué no te decides de una buena vez y entras a militar con nosotros. Aquí en el campamento estás solo y no tienes con quien discutir y piénsalo, en una de esas sales libre.

Ale le respondió a Pepone que él respetaba mucho a los cuadros militantes del MIR. Y no era una frase protocolar, subrayó que era efectivo, los respetaba mucho y en varias cosas se identificaba con ellos, pero no podía confundir el respeto a aquellos luchadores con el mundo de lo irreal.

- Antes del golpe me incorporé a la lucha política por una cuestión de corazón, de sentimientos encontrados. Fui un empírico completo. Mi militancia no fue precedida de un sólido quehacer ideológico, al contrario fueron los saltos y brincos de la lucha de clases los que me impulsaron, más bien me empujaron, a buscar una alternativa. No digo que ha sido un desastre o algo parecido, pero hubiera deseado una mayor profundización en el método de análisis marxista. Aprendí que a la revolución hay que concebirla como a un todo, como un un proceso ininterrumpido y no por etapas. Por supuesto que en un país como Chile no basta con encarar la cuestión de las tareas democráticas o nacionales como un objetivo en si. Esas son reformas que tienen que darse dentro de los marcos de un proceso antimonopolista y anticapitalista. Pero no basta para entender las causas de la derrota que estamos pagando.

Ustedes los miristas tienen otra tradición, han sido inspirados y formados ideológicamente por la revolución cubana y el pensamiento revolucionario humanista del Che. Además la dirección de tu partido está fundamentalmente en manos de los milicos, éste campo de concentración está lleno de miristas y tu eres aquí adentro su máxima expresión. No se le puede echar la culpa solamente a la contrarrevolución y a la violenta represión de los aparatos represivos, que es lo que hace el PC. Los comunistas despotrican contra la CIA y la culpan del fracaso de la Unidad Popular, aun más, dicen que la ultraizquierda le hizo olitas al gobierno y que todo fue obra de la CIA. Ustedes tendrían que hacer un análisis a fondo de todo este desastre.

Pepone insistió en su alternativa continental. Ninguna revolución estaba libre de estragos y lo sucedido con el MIR lo estaba demostrando. Pero el MIR estaba de igual modo en lo correcto, de otra forma no se podía entender la prioridad que la dictadura daba a su organización. En el MIR había espacio para los más abnegados, los más concientes - argumentaba el líder mirista.

La necesidad de un análisis más global en Ale pesó sin embargo mucho más que la oratoria del líder mirista. Pepone conversaba mucho con los detenidos, con todos, hasta con los tenientes que también veían en él a un líder. Ale aprendió a valorar y allí creció, a pesar de las contradicciones políticas, su respeto y admiración por ese abnegado periodista revolucionario.

El toque de diana por las mañanas, el ritual canto de los himnos de los marinos y la formación con el sargento liberado de toda inteligencia; todo seguía igual en Puchuncavi. La formación con el sargento tomaba su tiempo. El sargento Nuñez iba de una parte a otra y se demoraba siempre más de la cuenta en contar a los presos. Nuñez era ignorante, ineficaz e incapaz, lo sabían todos. No le resultaba nada de fácil, no faltaban nunca los detenidos que le entregaban cifras falsas y cuando la suma no le cuadraba se quedaba largo rato rascándose la cabeza. Nuñez hacía el ridículo y era el hazme reír de todos.

Nuñez se acercó un día a la formación de la que Ale era responsable esa semana. Como de costumbre, moreno y bastante fofo y con los rollos del estómago pegados al uniforme colgando hacia abajo. En el cuello del uniforme se veía el piñén y la mugre dejada por la

transpiración de los años. Mientras el sargento Nuñez seguía cabeza agacha anotando palotes Ale se detuvo a mirar el cuello del suboficial y observó, como tantas otras veces, esa verruga del porte de una bolita de cristal. Él no lo aguantaba, la presencia de Nuñez era parte de una tortura psíquica. Estaba hasta la tusa con el mamarracho.

Jamás le escuchó decir “bueno señor, dígame de una buena vez cuantos le forman en su escuadra”. No había caso, siempre repetía con la misma fonología gangosa su frase de loro hueco: ¡Ya pos ñol, cuantos me le folman ñol pol la chucha!

Ese chachareo era el que más odiaba Ale. No sólo tenía problemas con los números y era analfabeto, tampoco podía pronunciar las consonantes. Bruto de mierda, pensó él, y apuntó la mirada hacia el cielo azul. Estaba harto de la jeta del sargento. Simplemente se negaba a aceptar que seres de cuatrocientos centímetros cúbicos de cerebro estuvieran al mando del conocimiento y la cultura.

El mes de Julio volvió a parir dolor entre los prisioneros. Hernan Brain estaba a cargo del bolichito que hacía las veces de almacén y cuando vio los titulares de los diarios que tenía en sus manos sintió como si un relámpago de corriente le hubiera electrocutado el cerebro. Cuando se logró recuperar salió corriendo a comunicar la siniestra noticia. Todos pudieron leer: *Exterminan como ratas a miristas, Feroz purga entre marxistas chilenos, Extremistas chilenos se matan entre ellos, Miristas asesinan a 60 de sus compañeros, sangrienta vendetta interna hay en el MIR, Matanza entre miristas deja al descubierto burda maniobra contra Chile.*

Todos se preguntaban si era posible. Y lo imposible era posible y ahí estaban los titulares para confirmarlo. Se enteraron, al leer los macabros artículos, que el 18 de Julio había aparecido en Argentina la revista *Lea* y la prensa chilena citaba profusamente la publicación del país vecino: 60 extremistas chilenos han sido eliminados en los últimos tres meses por sus propios compañeros de lucha, en un vasto e implacable programa de venganza y depuración política. Un par de días más tarde apareció otro periódico parecido, el *O`Día* de Brasil. En la publicación argentina *Lea* eran 60 los nombres y apellidos y en *O`Día* 59.

Las 119 personas eran en su mayoría estudiantes. 101 eran hombres y 18 mujeres. Todos habían estado en manos de la DINA entre fines de 1974 y principios de 1975. Los presos de Puchuncavi habían estado en los cajones de Villa Grimaldi con una gran parte de ellos. Estaban apareciendo parte de los detenidos desaparecidos; los estaban haciendo aparecer en forma pública. Asesinato en virtud del estado de sitio.

Afuera, los familiares de los asesinados fueron presa del pánico y del horror. Vivían momentos desgarradores. Se desmayaban, gritaban su dolor y algunas mujeres se daban con la cabeza contra las murallas. No podía ser y era cierto, no era posible y si lo era. Tomaban agua y calmantes pero nada conseguía moderar el dolor causado por las terribles listas de sus seres queridos.

Se discutió y discutió y se volvió a discutir. La dirección del MIR en Puchuncavi planteó que había que hacer algo y que ellos estaban dispuestos a asumir la responsabilidad histórica de lo pudiera ocurrir. Los miristas informaron a sus militantes de la propuesta de huelga de hambre y luego a las direcciones de los otros partidos. La decisión estaba tomada. El Partido Comunista y un sector del Partido Socialista estuvieron en contra: *nosotros somos presos políticos en manos de una dictadura fascista y estamos conscientes de nuestra calidad de presos y por eso nos oponemos a la idea.*

Le gustase o no a la dirección del MIR la del PC era una posición política y no cabían allí las acusaciones de tipo moralista. Ale no tenía compañeros de partido y por lo tanto fue uno de los últimos en enterarse de lo que se estaba preparando. Weil fue encargado de hacerle a él un largo análisis de la situación política del país dentro de un contexto latinoamericano.

Luego de haber escuchado el planteamiento de su compañero de celda él mapucista planteó estar completamente de acuerdo en la acción. Los huelguistas tenían una concepción del preso político que difería completamente de la sostenida por el PC. Partían del criterio de la existencia de la lucha de clases, y era también válido al interior de las cárceles de la dictadura. Se les había presentado una ocasión única para intervenir en ella. Weil habló también con otro miembro del PCR, que ocupaba la misma celda de ellos. Era un estudiante universitario de clase media acomodada. Dijo que sí, que estaba de acuerdo. Weil se mostraba contento.

El 25 de Julio, fue un día con mucho sol. Weil formó parte del grupo que tenía que informar al teniente que esa semana estaba a cargo del campo de prisioneros. Al informar sobre el número de personas que iba a participar en la huelga dió una cifra cercana a los 60 presos. Se dejó fuera de la lista a algunos militantes para sostener la comunicación con los familiares y a través de éstos con los presos de otros centros de reclusión.

- Teniente, a partir de éste mediodía nos abstendremos de ingerir todo tipo de alimentos a excepción de agua. Es una forma de protesta ante la matanza de compañeros que estuvieron detenidos en Villa Grimaldi y otros centros de tortura. Una buena parte de los presos políticos que estamos en Puchuncavi hemos sido testigos de lo ocurrido con los nuestros y que ahora se hace aparecer como muertos en purgas internas fuera del país.

Después de leer el texto el teniente levantó el rostro y preguntó si era una broma. Le dijeron que no estaban de ánimo para las bromas, que en Chile se torturaba, que se estaba encubriendo una masacre y que incluso estaban decididos a morir si el gobierno no les entregaba una respuesta satisfactoria. El oficial les dijo que comprendía pero que le comprendieran también a él, que tenía que informar a sus superiores. Weil volvió eufórico a la cabaña.

- ¡Que tipo de cárcel es ésta en la que a uno casi lo felicitan por ir a la huelga!

Los firmantes de la carta no se aparecieron por los comedores a la hora habitual. Y no habían pasado más de cinco minutos cuando comenzó un movimiento de tropas inaudito. Aparecieron por todas partes y a gran velocidad vehículos militares. Aparecieron nuevos infantes de marina en uniforme de combate, camuflados y armados de manera inusual. En medio de una guardia pretoriana y al mando de los recién llegados iba el comandante Soto Aguila de la Armada, vestía una tenida azul marino adornada por jinetas doradas. Las alarmas del campo de concentración sonaban incesantemente. Todos los presos, hasta los enfermos que apenas se podían mantener en pie, estaban ahora en posición de formación militar. Detrás de los presos había una corrida de soldados apuntando con los fusiles en todas direcciones. Pesaba en el aire una atmósfera de muerte. El comandante rompió la tensión del silencio y comenzó a gritar a voz en cuello.

- ¡Esto es un improperio a Chile, un acto deleznable – lo dijo en medio de un estupor generalizado. Los desaparecidos son patillas de los comunistas - continuó. Les preguntó si lo que querían era salir en Radio Moscú.

- ¡Algunos de ustedes iban a salir en libertad dentro de un par de días, pero ahora olvidense! ¡Si no desisten de esta locura los vamos a llevar de nuevo a la parrilla, acuérdense de lo que les digo! ¡Esto el gobierno lo va a silenciar! ¡Procederemos de acuerdo al código de justicia militar! ¡Tienen diez minutos para pensarlo!

Soto Aguila estaba histérico. Ante la vista de todos los presos y los soldados rompió la declaración de huelga que le habían entregado, cruzó los brazos y esperó.

Era diferente, una cosa era firmar un papel y otra muy distinta dejarse llevar por voluntad propia a Villa Grimaldi. La situación se había tornado muy peligrosa. Les estaban amenazando con las penas del infierno, les querían quebrar a toda costa. Mientras más gritos menos huelguistas, mientras más amenazas de tortura más aislado quedaría el grupo dirigente, así

razonaba el comandante. Hay que apretarlos hasta que se quiebren, que se han creído estos comunistas tal por cuales - le decía Soto Aguila a sus subalternos. Antes de que se cumpliera el plazo de los diez minutos retomó la palabra.

- ¡Yo sé que no todos ustedes están de acuerdo con esta locura, de modo que piénsenlo muy bien! ¡Bueno, y ahora den un paso adelante los adalides de la justicia!

Lo dijo con tono agresivo y burlesco. Y no estaba tan equivocado Soto Aguila, sabía perfectamente que unos cuantos presos pensaban en que los iban a matar. Para empezar les dijo que los iban a tirar a los alambres púas como ya lo habían hecho en una oportunidad. En medio del temor reinante mas de un centenar de presos rompieron las filas y dieron un paso adelante ante los desorbitados ojos del representante de la Armada. No entendía como después de tantos gritos y amenazas había aumentado el número de revoltosos en lugar de reducirse. Resultaba evidente que eso no había estado en los cálculos.

Él estaba ahora entre los que dieron el paso adelante, se sintió aliviado al ver que eran tantos. Momentos antes, en medio de los gritos de Soto Aguila, había escuchado el corto dialogo que se produjo entre dos de los presos.

- Se está poniendo fea la cosa...

- ¿¡Y que queríai, que te dieran torta conchetumadre?!

Ale vio también como el obrero anarquista, que desde hacía un mes también compartía su cabaña, dio primero un paso adelante para inmediatamente volverlo a atrás. Vacilaba, estaba asustado. El anarquista estaba con el pie izquierdo en el aire y no sabía si avanzar o retroceder. En ese instante volvió a escuchar la voz de Carlos González.

- ¡Atrévete anarco!

Gonzalez lo dijo en voz baja y le dio ánimo. Y el obrero del calzado se atrevió. Estaba radiante de alegría, había dado el paso y nadie le podría reprochar que él no estaba donde las papas queman. Al ver que eran tantos los que salieron adelante se sumaron muchos más y así creció la revuelta; más de la mitad de los prisioneros del campo de concentración se sumó a la acción. En medio del cuchicheo del comandante con los oficiales se escuchó la voz de uno de los que se quedaron atrás. Era el abogado del secretario general del Partido Comunista que también se hallaba entre los presos. Pidió la palabra y se dirigió al oficial de la Armada.

- Señor comandante, ahora que se han aclarado las cosas quisiera hacerle una petición. Nosotros, los que no hemos dado un paso al frente estamos conscientes de que somos prisioneros políticos en manos de las autoridades militares. Pedimos por lo tanto que se aclaren ahora nuestros casos porque anhelamos la libertad.

Para los huelguistas eso no era una posición política divergente, era un acto deleznable. Como era abogado no se detuvo a pensar el adherente del PC que ese lugar no era la sala de un tribunal de justicia en donde se podía apelar y hacer contra apelaciones; todos eran culpables por una cuestión de principios. Se olvidó por un momento en que la sistemática política de aniquilamiento de la DINA y la arbitrariedad de Pinochet eran la única ley vigente.

Ante tanta insubordinación el comandante Soto Aguila decidió aislar a los huelguistas en cabañas desocupadas que estaban separadas del resto. Quedaron estrictamente prohibidas todo tipo de reuniones entre los incomunicados y sobre todo tipo de reuniones conspirativas. Pero los soldados tenían dificultades en implementar la decisión del comandante, los rebeldes eran demasiados por lo que los huelguistas quedaron quince en cada cabaña.

Los presos estimaban que la decisión del aislamiento era una estupidez completa. Para no caer en el terreno de las especulaciones se pusieron a cantar y a recitar poemas del poeta cubano Nicolás Guillén. En su cabaña le eligieron como encargado para que les representara

ante la coordinadora que se formó entre todos los incomunicados. La huelga era un hecho consumado. La recomendación general era la de moverse lo mínimo posible para evitar el desgaste innecesario de energías.

A la mañana siguiente entró un oficial ofreciéndoles de todo; huevos fritos, tocino, pan con queso y café con leche. Las instrucciones de Soto Aguila eran simples; quiebren a los huelguistas. Al segundo día se repitió la farsa y los presos debieron escuchar las monsergas de la alimentación y las amenazas de represalias contra sus parientes. Pero al tercer día los huelguistas ya habían superado el hambre y ya no escuchaban al oficial de los desayunos succulentos. Del otro lado del campo caían por la noche algunas cajetillas de cigarrillos y uno que otro periódico. Ahí estaban ahora, tirados en el suelo y mirándose unos a otros sin cruzar palabras.

Como especial encargado para tratar a los huelguistas la Armada envió al teniente Villalón. Él sabía como enfrentar a los subversivos. Villalón era alto, de piel morena y rostro curtido, una especie de versión chilena a la Clint Eastwood. Una tarde se dirigió a ellos en un tono solemne para enfrentar a los presos a los que los jefes militares acusaban de indisciplina.

- ¡Aquí no se acepta la solidaridad. Si alguno tiene algo que decir, que declarar, si conoce a alguien de las listas, debe hacerlo en forma personal, elevar una solicitud a la comandancia y decir que pasó con esa persona. Ahora bien, si no es pariente del afectado no puede hacerlo. Sólo se aceptan solicitudes de parientes directos, la solidaridad no se acepta!

Villalón no podía pronunciar la palabra acepta, su paso por los establecimientos de formación cultural dejaba bastante que desear. Los detenidos reaccionaban con un meneo de cabeza por lo de acepta. La extracción de clase de Villalón no era la de sectores pudientes, provenía de un origen humilde. Peor a pesar de su origen plebeyo había hecho carrera de oficial, su vida al interior de la marina era la de un sandwich humano. Por un lado lo despreciaban los oficiales superiores, por el otro nunca fue bien visto ni por los sargentos, ni por los cabos y menos por los infantes de marina. Los discursos de Villalón entre los huelguistas ya se habían hecho rutinarios y estos ya no le escuchaban. Pero un día el oficial le colmó la paciencia a Pepone que le respondió con un discurso de varios minutos.

*Mire teniente, y se lo digo con mucho respeto, usted no entiende el significado del concepto solidaridad ni menos de la solidaridad que nosotros sentimos hacia los nuestros en este momento de dolor. Usted parece ignorar por lo que han pasado todos esos compañeros hoy desaparecidos. Usted no sabe tal vez de la represión y de la brutal tortura a la que han sido sometidos. Tampoco parece usted saber nada de las razones por las que ellos están desaparecidos; ésta desaparición masiva no tiene precedentes en la historia de nuestro país. Nosotros no sólo somos prisioneros políticos, somos parientes de los caídos; hermanos, primos, y en algunos casos esposos. Estuvimos con ellos en los momentos más difíciles de la tortura y nunca vamos a olvidar donde y en que condiciones les vimos. Tal vez usted no lo sabe, pero ellos estaban con vida como hoy lo estamos nosotros. Los detuvo la DINA y eso nos consta. Teniente, lo mínimo que podemos hacer quienes estamos aquí es exigir de Su gobierno una respuesta coherente por lo sucedido. No aceptamos esa burda y macabra maniobra publicitaria de que se habrían exterminado entre ellos como las ratas. Habrá que suponer que usted no piensa que hemos soñado eso de la tortura o de que somos nosotros los que de pronto nos hemos convertido en sus asesinos. Por eso protestamos, por eso estamos en huelga, para mostrarle a los familiares de los 119 que no están solos en el dolor que les aflige como seres humanos. Exigimos saber que ha sido de ellos. Lo acepte usted o no nuestra acción tiene nombre teniente: solidaridad.*

El hablar calmado pero certero de Pepone caló profundo. El teniente Villalón no volvió a aparecer entre los huelguistas ni entre el resto de los presos.

A medida que aumentaba la debilidad de sus cuerpos crecía también la mística de los rebeldes en huelga entre los infantes de marina. Los infantes no entendían nada de diferencias políticas y creció así entre ellos la visión de que el campo de prisioneros estaba dividido en dos; de un lado los valientes y del otro los cobardes. Durante una de las formaciones a las que les obligaban diariamente se desmayó un huelguista enfermo del corazón. A quienes intentaron ayudarlo los detuvieron a punta de bayoneta. Pero cuando los soldados sacaron en camilla al caído lo hicieron en medio de un aplauso prolongado del resto de los presos. Esa actitud de rebeldes intransables causaba impacto entre los soldados y aumentó entre ellos el respeto hacia todos los que realizaban la huelga de hambre.

A pesar de la prohibición de las visitas la información sobre la huelga traspasó la barrera de los alambres de púas y llegó al exterior. Cuando los familiares de los huelguistas se enteraron de la acción les albergó una pequeña tibieza y supieron que no estaban solos. Pero ese mundo de la ley de los contrarios les llevó también a sentir un hielo enorme. No sabían realmente si sus seres queridos estaban o no muertos, pero el sólo hecho de pensar en ello los dejaba con escalofríos. Y les creció el miedo por los compañeros que estaban en huelga de hambre, les sabían arriesgando sus vidas por parientes, amigos y compañeros que tal vez ya estaban muertos. Todo se les apareció como la vida en busca de la muerte desde un campo de prisioneros.

Soto Aguila les había asegurado que el gobierno silenciaría a toda costa la revuelta la noticia de la huelga alcanzó a la opinión pública a la misma hora que lo supo Pinochet. El general estaba furibundo y colérico cuando supo que la Radio Moscú alababa “la acción de los patriotas chilenos contra la junta fascista liderada por el tirano”. Comunistas tal por cuales - escucharon decirle quienes estaban cerca suyo en esa oportunidad. Era la primera huelga que le hacían a su régimen déspota.

La editorial de El Mercurio, el recalcitrante matutino de derecha, comenzó con el correr de los días, y bajo la presión internacional, a pedir al gobierno una explicación más fácil de tragar. Para la prensa mundial el hecho era completamente inverosímil. Mientras tanto la Iglesia Católica no podía hacer otra cosa que ir en apoyo de los familiares de las víctimas. Los obispos eran de la idea que a los militares se les había pasado la mano. Así estaban las cosas cuando los detenidos incomunicados consideraron que ya habían conseguido su objetivo y pusieron fin a la huelga. Había durado ocho días. Los trasladaron de noche cuando el resto de los prisioneros permanecían encerrados en las celdas. Aparecieron débiles y un tanto demacrados pero con una indestructible convicción de victoria. Esa noche los soldados de la cocina les sirvieron sopa de espárragos.

A principios de agosto y cuando ya había transcurrido una semana de la huelga llegó a Puchuncavi un jeep con soldados de la Armada de Valparaíso. Hablaron con el teniente porque tenían ordenes de llevarse consigo a uno de los prisioneros. Se dejó caer la repre y se llevan a uno de los que dirigieron la huelga - dijeron los presos políticos entre ellos. Pero estaban equivocados. Su sorpresa fue grande cuando se enteró de que al que venían a buscar era él. Las ideas se hicieron un atolladero en su cabeza. No entiendo, aquí hay cerca de trecientos presos políticos, direcciones partidarias y los miristas que estuvieron a la cabeza de la huelga y al único que se llevan ahora es a mí. A donde cresta me llevarán - se preguntaba mientras se encaminaba hacia el jeep. Claro, puede ser por lo del trabajo al interior de la Armada que tenía el MAPU, pero de eso acusaron a Oscar Garretón, el secretario general. ¿Como encajo yo en esto? Pero en fin, en una de esas establecieron alguna relación entre ese trabajo político militar y lo de Carrasco con la DINA, yo que se. Eran las cuatro de la tarde y el sol caía con fuerza sobre su piel. Le subieron al jeep y no hizo más que subir cuando escuchó que tenía que andarse con mucho cuidado.

- ¡Al menor intento raro te reventamos a balazos!

Se sentó flanqueado por cuatro marinos armados. Mientras hacía elucubraciones sobre su posible destino les recorrió con la vista y de ese reconocimiento visual surgió el diálogo.

- ¿Qué hacíai antes que te agarraran?

- Estudiaba Administración de Empresas en la Universidad de Chile.

- ¿Y cuando te agarraron?

- A principios de marzo de éste año.

- ¡Oye pero si esta custión de la política se acabó en el 73!

- ¿Y?

- ¡Como que "y", si ya han pasao má de do años po! ¿No te cabriai nunca?

- Ustedes no entienden, no entienden que el que una vez ha abierto los ojos nunca más puede volver a dormir tranquilo.

- ¿Cuanto tiempo pensai que vai a estar allí?

- ¡Y yo que sé, si son los jefes de ustedes los que me tienen preso, y no hay señales de juicio. En todo caso no tiene mucho sentido especular, no sirve de mucho. Por lo demás quien sabe, en una de esas a mi me expulsan del país. Imagínense, yo en el extranjero, en libertad, aprendiendo y haciendo nuevas experiencias ¿Mientras que ustedes qué? ¿Tienen trabajo después de terminar el servicio militar? ¿Quién es el que sale perdiendo entonces, ustedes o yo?

- ¡Putas que soi optimista, te pasai!

Despues de más de media hora de viaje llegaron a la Fiscalía Militar de Valparaíso. Lo bajaron del jeep y lo hicieron subir por unas escaleras que parecían de mármol . Llegó finalmente a una oficina en donde le esperaba un oficial. Se quedó de pie y vio como el uniformado preparaba una máquina de escribir de marca Adler.

- Me tiene que responder unas preguntas, siéntese.

- Gracias.

- ¿Conoce usted a Carlos Carrasco Matus?

- Si, le conocí en el Instituto Comercial N°. 5 de Santiago en donde cursé mis estudios secundarios. Trabajamos juntos en el Centro de Alumnos.

- ¿Le ha visto en Puchuncavi?

- No, nunca.

- ¿Cuándo lo vio por última vez?

- El 14 de marzo de 1975, el mismo día en que él fue a detenerme a mi casa junto con personal de la DINA. Entramos luego en un Fiat 125 a Villa Grimaldi y a los pocos días después lo pude divisar en ese lugar, iba encadenado por los pies.

- Gracias, se puede retirar.

- ¿Disculpe que le pregunte, pero de qué se trata, porqué estas preguntas?

- A Carrasco Matus se le sigue un proceso por deserción del ejército.

Habían pasado más de cuatro meses del momento de su detención y el fantasma de Carlos Carrasco seguía presente. Era tan evidente la farsa del interrogatorio que no quiso pensar más en ello, no valía la pena. Lo volvieron en el mismo jeep a Puchuncavi, ahí le esperaban sus compañeros.

Pinochet seguía librando su guerra contra el comunismo perverso, ahora afirmaba que el estupor creado por la noticia de los 119 desaparecidos era sólo una artimaña más del comunismo internacional para atacar al gobierno. Era parte de una campaña del marxismo internacional para crear una falsa imagen de Chile. Pero igual se vio obligado a anunciar, desde los balcones del Edificio Consistorial en la Plaza de Armas de San Bernardo, que había dispuesto una investigación de los hechos. La investigación del general se quedó en una fanfarronada.

Pero no sucedió lo mismo con las investigaciones realizadas por los abogados de los derechos humanos y la Iglesia que llegaron a una conclusión certera. Prácticamente en todos los 119 casos se habían presentado recursos de amparo denunciando el arresto de las personas por agentes de la DINA. En ochenta y siete casos los arrestos habían sido presenciados por testigos. Por su parte la Agencia Latina de Noticias resolvió mirar más de cerca a los periódicos que inicialmente publicaron las listas de los 119 desaparecidos. Los periódicos resultaron ser unos aparecidos completamente desconocidos y se esfumaron con la misma rapidez con que aparecieron. Tanto el *Lea* de Buenos Aires como el *O`Día* de Curitiba carecían de representantes legales y no se publicaban ni en Argentina ni en Brasil, sólo aparecieron el primer y último ejemplar de ambos. El resultado de la investigación fue fulminante, dejaba al descubierto una maniobra burda pero fundamentalmente macabra.

En la listas elaborada por la DINA estaba el nombre de María Cristina López Stewart, “Marcela”, la militante del MIR con la que él había estado en contacto y el de Miguel Pizarro Meniconi, el hijo de la señora Doris Meniconi. La señora Doris lo había buscado por cielo, mar y tierra y ahora le salían con que sus propios compañeros lo habían exterminado como a una rata.

- Podrán cortar las flores, pero no detendrán la primavera, dijo la señora Doris y se quedó mirando profundamente la foto de su hijo desaparecido. Cualquiera se hubiera muerto por el impacto de una noticia como esa y luego de pena pero la señora Doris no. Resolvió hacerle la vida imposible al gobierno y se volcó con más fuerza a luchar por la verdad y por ello ingresó a la Agrupación de Familiares Desaparecidos.

## 8

Cuando daban las ocho de la noche les ponían candados a todas las celdas, los únicos que caminaban alrededor del campo eran los infantes de marina. Para rematar el día pasaba luego el sargento Nuñez gritando que todo el mundo tenía que apagar las lámparas.

- ¡Apágüemele la lu ñol pol la chucha!

Nuñez gritaba con la gangosidad de costumbre y a todo pulmón. Pero no siempre se salía con la suya. En la celda número nueve eran de la idea que imbéciles como el sargento no podían coartarles el deseo de leer y escribir. Habían conseguido entrar libros en forma clandestina y la única manera de leerlos en paz era después de haber escuchado el ruido de los candados. Era cuestión de coger las frazadas y cubrir con ellas todas las ranuras por las que escapaba la luz de las ampolletas.

Ale se encontraba en Dublin, estaba devorando el *Ulises* de James Joice. Lo único que lograba interrumpir la lectura eran los zafarranchos que se le antojaban a los tenientes. Lo hacían más para intimidar a los detenidos que por una cuestión de entrenamiento militar. Entonces guardaban el silencio más absoluto porque afuera los soldados corrían desbandados disparando como locos contra enemigos imaginarios. La orden era precisa, al más mínimo ruido, venga de donde venga, dispáren a matar. La balacera duraba alrededor de quince minutos pero eran suficientes para descomponerle los nervios a cualquiera. Noche ametrallada.



Las noches mas significativas para él eran aquellas cuando los que habitaban la celda continua a la suya forzaban el cerrojo de la puerta interior que daba a la celda número nueve. Dos miristas allí eran el centro en torno a los cuales giraban las conversaciones, Gastón Muñoz y El Loquillo Gómez. El primero era moreno, alto y apuesto, había sido el segundo hombre más importante del MIR en el movimiento universitario de Concepción. Gómez por su parte era hijo de Mario Gómez López, un famoso periodista de radio, era muy impulsivo y con ello se había ganado el sobre nombre de loquillo al interior del MIR. Para Ale eran noches de aprendizaje.

Escuchó así por primera vez esos increíbles relatos sobre la revolución rusa: el régimen de los zares, el asalto al Palacio de Invierno, el fracaso de Alexander Kerensky y la toma del poder dirigida por los bolcheviques. Mientras escuchaba los episodios de la Revolución de Octubre volvió a pensar en que no bastaba con los manuales de materialismo histórico de Marta Harnecker, la socióloga marxista cuyos escritos eran punto de referencia obligado de todo aquel que se preciase de marxista durante el período de la Unidad Popular. Recordaba muy bien la polémica al interior de su partido frente al segundo congreso de la organización, allí también había salido a relucir el asalto al poder de los bolcheviques, pero lo que escuchaba por boca de los cuentistas de la revolución en prisión era distinto. Él tenía que compenetrarse de la historia del movimiento obrero ruso, de la apasionante lucha de los bolcheviques y de los Soviets, de la revolución china y la revolución cubana y de cuanta revolución hubiese habido por el mundo. Eso no lo aprendió en ninguna escuela de cuadros sino en ese campo de concentración.

El mes de Septiembre llegó preñado de un clima represivo mucho más nítido que el de los meses anteriores. Se les comenzó a recordar a los derrotados que lo del 11 de Septiembre había sido una acción patriótica destinada a aniquilarlos física y mentalmente. Mes de Septiembre, andaban mal humorados los tenientes. Esa tarde no quiso comer, estaba hastiado de la grasa de cordero y además no tenía apetito por lo que se quedó leyendo en la celda. Era consciente del silencio reinante, estaba solo y se sentía bien. De vez en cuando levantaba la vista para mirar la foto de Violeta Parra que tenía pegada en el techo. Recortaba las distintas fotos que las agencias internacionales de noticias publicaban en los periódicos. A veces eran fotografías de mujeres guerrilleras, pensaba que era una forma de sublimar el amor por el sexo opuesto.

Estaba leyendo un artículo sobre Irlanda del Norte cuando sintió la irrupción de los infantes en su cabaña, al volver la vista se encontró encañonado por dos infantes, le apuntaban con fusiles ametralladoras. Le obligaron a ponerse las manos detrás de la nuca y a salir de la celda. Él adelante y ellos detrás, caminaron por el costado de las cabañas verdes y naranjas, pasaron por las rosadas hasta llegar a las amarillas. Vino luego el giro a la derecha.

Cuando habían atravesado por todo el campamento y la enfermería la realidad pudo ver las siluetas de los presos corriendo con las manos en la nuca. No entendía, no sabía que había pasado pero todos corrían para no ser punzoneados por los culatazos. Le hicieron ponerse al final de la fila y corrió como los otros, con las manos detrás de la nuca, y lo hizo rápido para evitar los golpes. Nunca antes había corrido con las manos puestas entre la columna vertebral y la cabeza. Era una posición incómoda. Les hacían tirarse al suelo y levantarse, ambos movimientos casi en forma simultánea. A los más viejos y a los enfermos que se caían los paraban a culatazos. Más de una hora los tuvieron a ese ritmo infernal. Después fueron todos a pegarse un plantón.

La formación en escuadras se prolongó durante varias horas. A altas horas de la noche los distintos grupos de presos fueron obligados a marchar hacia el lugar en donde estaba la cocina. Un sub oficial leyó en voz alta el nombre de todos y cada uno de ellos, fueron desapareciendo uno tras otro. Intemperie y viento helado, hacía frío. Le tocó su turno, siguió

al soldado que le llevó hasta la cocina en donde estaba el teniente de turno que le quedó mirando de arriba a abajo. Llevaba las manos detrás de la espalda y se paseaba coléricamente de un lado a otro.

- ¿¡Ve usted lo que está escrito allí?!

- Si mi teniente.

¿¡Fue usted?!

- No mi teniente.

- ¿¡Está seguro?!

- Si mi teniente.

-Bien, puede irse.

El mismo verso, las mismas preguntas y el mismo tono para todos los relegados. Para el teniente eso era una fechoría. Las sílabas MIR, de color blanco, se veían con toda claridad sobre el fondo oscuro de la rejilla de la ventana. Como nadie se declaró culpable el teniente dispuso una razia general en todas las celdas. Todo quedó patas arriba pero no encontraron ni la brocha ni la pintura, se habían esfumado como por encanto.

En otro punto del planeta, en la ciudad de Båstad en Suecia, Jaime Fillol se preparaba para jugar su match Contra Björn Borg. El ámbito deportivo vibraba de expectación, era la final de la Copa Davis. El movimiento de solidaridad con el pueblo chileno estaba en pleno apogeo en Europa y en Suecia ya había comenzado en 1971, desde la elección de Allende. Con lo de la Copa Davis entre Chile y Suecia se desató en el país escandinavo una ola de protestas de proporciones. La izquierda radical entre los suecos estaba harta de Nixon y su guerra genocida en Vietnam. Los suecos gritaban a toda garganta: *Bojkotta juntan och stoppa Chilematchen*. Miles y miles de manifestantes armados de lienzos, pancartas, volantes, megáfonos, pitos y de cuanto invento hubiera para meter ruido, se congregaron en la pequeña ciudad de Båstad para repudiar al régimen de Pinochet. *Pinochet mördare! Pinochet mördare!* Todos gritaban. Pinochet era un asesino y Chile una dictadura con miles de presos políticos. Jaime Fillol era un indeseado.

El Mercurio y el resto de la prensa volvió a las exageradas mentiras de costumbre y escribió que Chilekommittén perturbó el match con el atronante ruido de los helicópteros. Los chilenos incrédulos y algunos traga mentiras se llenaron la cabeza con guerrilleros suecos dotados de helicópteros y artillería pesada. Por eso perdió Fillol. Los periodistas chilenos recibieron la orden imperiosa de escribir sobre el calor humano y el sentido de la amistad y de cordialidad de los chilenos. *“Hay otra cosa - escribió Rabia Contreras en una cronica - que es importante señalarle a los europeos y que es vital en la escala de valores del ser humano y que el europeo ha perdido ya hace muchos años: la alegría de vivir, la sensación de disfrutar de la existencia independientemente de las circunstancias materiales, sociales o políticas que rodean al individuo”*.

Los presos de Puchuncavi eran de una opinión distinta. No se tragaban para nada el cuento de que los chilenos poseían una inefable sensación de estar vivos y de que eso los convertía en sujetos activos de la existencia. El etnocentrismo de Rabia Contreras era desproporcionado y estaba lleno de falta de respeto. Los 119 y todos los otros detenidos desaparecidos y torturados no solo habían sido despojados de “la alegría de vivir”, les habían arrebatado la vida. Sobre el derecho a sus vidas El Mercurio no decía una jota, el hermetismo era total. La pluma de la periodista se vanagloriaba de que los chilenos no estaban contagiados por la sensación de la muerte de los europeos. Para los recludos allí resultaba más que evidente que el papel aguantaba cualquier cosa.

Pero Ale y los suyos no eran los únicos que pensaban que las cosas eran precisamente al revés. Ni los suecos ni los europeos estaban petrificados por la orgía de la muerte orquestada por los psicópatas de Pinochet. Pero el general chileno era de una testarudez impresionante: no tengo ningún cargo de conciencia, tengo mi conciencia bien limpia - le aseguraba a los pocos periodistas que se atrevían a abordar el tema. Y que no le hablaran de excesos ni menos de alguna supuesta responsabilidad individual: ¿Qué responsabilidad moral puedo tener en un hecho que ni supe que estaba sucediendo? Nada, no me consta que esas cosas hayan pasado. ¿Y de qué derechos humanos me hablan? Si la honorable Junta de Gobierno jamás ha estado contra los derechos esos, jamás. Ah, bueno, si hubo faltas contra los derechos humanos fue porque hubo exacerbación de parte de los otros caballeros; exacerbaron a nuestra gente.

La palabra campo de concentración comenzó a ser utilizada en el siglo 1800 por los españoles, cuando los conquistadores tenían a Cuba como sartén por el mango. Los ingleses la conceptualizaron y utilizaron incesantemente cuando por medio de actos bélicos aplastaron como sopaipillas a los habitantes del Africa Austral en 1902. Los americanos anglosificaron luego el término y se lo sirvieron en bandeja a los nazis de Hitler. El dictador made in Chile no había descubierto nada nuevo, sólo agregó un toque eufemístico y campo de concentración paso a convertirse en campamento de detenidos. Seguían llegando presos a Puchuncavi. De vez en cuando se iban algunos y contra su voluntad partían expulsados al exterior.

- Que me vayan a joder los pollitos a otro lado, que ya me tienen harto - decía a menudo Pinochet cuando se refería a los presos políticos. Eran momentos muy especiales para el conglomerado de presos, el espacio se llenaba de emoción y tensión. Cuando el coronel Espinoza se apareció en Puchuncavi les dijo que los gobiernos extranjeros habían ofrecido visas de partida a muchos de ellos. Gritó y amenazó a los presos.

- ¡Pero no se crean - les dijo, subiendo el tono de su voz oscura - que les vamos a dejar salir así como así nomás!

Los presos no reaccionaban, ya estaban acostumbrados a ese tipo de bravuconadas. Era tanta la presión internacional contra la junta militar que el gobierno se había visto obligado a hacer un poco de teatro. El coronel Espinoza era teatrero y gesticulaba como un bruto.

- Dentro de una semana - les dijo Espinoza - va a venir de visita el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, son puras huevás, pero igual. Aquí las cosas son claras, si quieren salir de aquí alguna vez tienen que andarse con mucho cuidaito cuando aparezcan los jueces. Se los digo pa` que se les meta en la cabeza.

Les dijo eso y con ello concluyó el discurso. Se dió la media vuelta y se mandó cambiar. A la semana siguiente el alboroto entre los soldados era de proporciones. Corrían de un lado a otro y mandaron a todos los presos a limpiar y a pintar cuanto cosa encontraran por delante, existiese o no. El régimen alimenticio cambió abruptamente de carácter y por un día se reemplazó la grasa de cordero con papas por comida que abría el apetito a varios kilómetros a la redonda. El sargento Nuñez corrió jadeando hasta el costado del campamento apenas escuchó el ruido ensordecedor del helicóptero de la comitiva oficial. Los presos se quedaron mirando al torrate del sargento que agitaba los brazos indicándole al piloto de la aeronave donde aterrizar. Jamás en su provinciana vida el sargento había tragado tanto polvo en tan poco tiempo.

El presidente de la Corte Suprema hizo con la delegación oficial lo que estaba previsto que tenía que hacer. Estaba rodeado de guardias de seguridad y periodistas designados a dedo por el gobierno, conversó con el teniente de turno y se paseó por las celdas. En general hizo la vista gorda mientras que se suponía que inspeccionaba las celdas. Cerraba la vista a todo y no mostraba el más mínimo interés por escuchar lo que tenían que decir los peisioneros. Estoy muy impresionado - le dijo al teniente. El teniente se apresuró a decirle que a los detenidos se

les trataba muy bien y que nunca había sido necesario aplicar correctivos o medidas extremas.

- Con decirle que disponen de más comodidades que los propios infantes de marina que están a cargo de custodiar el campamento.

El magistrado se mostró conforme y dijo a los periodistas que la información que circulaba en el exterior discrepaba absolutamente de la realidad.

Al lunes siguiente llegó un bus de carabineros cargado de nuevos presos políticos y como contrapartida se llevaron a cinco entre los que se encontraba Pepone; salían expulsados del país. Además se llevaron en el mismo bus a otros dos dirigentes de la huelga de hambre. Uno de ellos, el barbudo alto, era un miembro dirigente de la Coordinadora Nacional de Regionales, una fracción antisocialdemócrata del Partido Socialista, al otro le decían El pájaro. Si se lo miraba con detención este último tenía cierta cara de pájaro, de lechuza flaca. Había sido miembro del regional de la zona norte del MIR y estaba dotado del don del habla. Ale no había estado allí más de una semana y El pájaro ya le había caído encima. Una vez más intentaba el MIR ganarlo para una causa enjaulada. Escuchó atentamente y rebatió hasta que los miristas del núcleo dirigente se convencieron de que el recién llegado era un militante bastante atípico. Él sabía que Osvaldo Torres, alias El pájaro, había tenido hasta el último minuto antes de que lo detuvieran contacto directo con su amigo Marco; el de los tiempos de la secundaria, el mismo con quien había estado reunido una hora antes de caer en manos de la DINA en La Palmilla. Los presos se volcaron sobre las rejas con las manos puestas cerca de los alambres de púas. Observaron como trasladaban a Pepone, El Pájaro y al barbudo del campo. Presos para allá, presos para acá, unos pocos se van y otra montonera que se queda. Habían pasado siete meses desde su detención.

En esos mismos instantes a Gladys Díaz la sacaban nuevamente de la sección de mujeres de Tres Alamos para llevarla al infierno de Villa Grimaldi. Ahora se seguía eliminando pero por orden selectivo. Ya no se trataba del estado de guerra provocado por las fuerzas sediciosas del primer tiempo, ni del estado de seguridad interior por conmoción interna, ni de facultades extraordinarias, ni de los consejos de guerra, ni tampoco de las jefaturas de plaza y de que si te pilló te mató y de que si te mató no basta.

Gladys Díaz estaba vendada y esposada en la Torre. Le habían hecho desaparecer a su compañero de amor y de lucha junto a una cantidad impresionante de militantes de su partido y seguía postrada en esa mazmorra. Si no se desequilibraba era por una equivocación del destino y porque en un acto de lucides vió crecer la enfermedad en su país: están enfermos todos sus habitantes; víctimas, victimarios, héroes, colaboradores, seres activos o pasivos, sufrientes o indiferentes. Mientras ella se aferraba porfiadamente a la vida en la oscuridad total la familia americana del hombre que ella amaba. Le buscaban entre los vivos y entre los muertos pero no le encontraban en ninguna parte. Ni siquiera el hecho que el padre de Carlos Perelman era el cardiólogo del vicepresidente de EEUU pudo salvarlo.

Pegados con todos los sentidos a la cerca de alambres de púas. Con la melodía de la Novena Sinfonía de Bethophen como cuadro de fondo se despedían de los suyos. Era un hermoso acto de solidaridad o un cuadro patético, dependía de la óptica de quien lo observaba. Una que otra gaviota daba vueltas cerca del lugar en donde se producía el traslado de detenidos.

*Escucha hermano  
la canción de la alegría  
en que los hombres  
volverán a ser hermanos.  
Ven, canta, sueña cantando,  
vive soñando el nuevo sol,  
en que los hombres*

*volverán a ser hermanos.  
Si es que no encuentras  
la alegría en esta tierra  
búscala hermano  
más allá de las fronteras.*

A su celda llegó un profesor e investigador de historia, era un militante del Partido Comunista, pero algo hacía del recién llegado un sujeto muy especial. Al verle Ale pensó en un loquete con los pernos sueltos. Tenía una boca grande y cuando se reía mostraba toda la corrida de dientes. Se reía de todo y de nada y cambiaba el orden de los productos porque se reía de nada y de todo. Se reía de cualquier cosa por lo que a sus ojos el recién llegado se convirtió automáticamente en un atípico militante del PC. No encajaba con la formación esquemática que se ceñía sobre la gran mayoría de los miembros del Partido Comunista. No descartaba que se tratase de un tic nervioso, pero al pasar de algunas semanas se convenció finalmente de que el profesor era efectivamente medio loquete. Experimentaba la prisión como una especie de chiste de mal gusto pero al fin y al cabo como un chiste. Se seguía riendo por si acaso. Todo lo enfrentaba con una sonrisa de oreja a oreja, y es que tenía una bocota muy grande. Éste, pensó él, era un risueño por la vida y ahora aturdía el aire de la celda con sus carcajadas. Nadie se congraciaba con las risotadas y eso le causaba más risa al risueño. Contó de su paso por la prisión, no lo habían pasado por Villa Grimaldi pero si por Cuatro Alamos. La estadía del chiflado por Cuatro Alamos estaba llena de anécdotas y la que más se le había gravado en el cerebro era su paso por la celda número nueve. Contó de un preso que había escrito una poesía en la pared blanqueada pero descolorida por la fuerza del tiempo en la celda nueve de aquel pabellón. Dijo que la poesía estaba escrita al lado derecho de la ventana que daba al patio.

- Estoy seguro que era un loco el que escribió el poema, pero era una poesia cargada de hermosura porque hablaba de la libertad - dijo mientras se reía como de costumbre.

Para sorpresa de Ale se sabía el poema de memoria y lo recitó al resto.

*El gorrión blanco  
Blanco como la inocencia  
y de ternura bajita.  
¿De donde eres plumita blanca?  
¿De que jaula te arrancaste?  
¿Estabas cautivo como yo?  
¿Percibiendo el movimiento eterno?  
¿Quedaste harto de cautiverio, verdad?  
¿Eras distinto entonces?  
Pájaro entre pájaros,  
pero eres tan distinto.  
Me recuerdas al soplo  
de los vientos libres.  
Blanco entre los gorriones pardos,  
miguitas de pan al pie del naranjo.  
Yo no puedo, muéstrame con tus alitas,  
a donde apunta la libertad.*

Sus compañeros de celda y él mismo miraban al investigador como a un bicho raro. Contemplaba al profesor y mientras lo hacía volvió al encuentro de los gorriones y al pájaro blanco que le llevó a escribir la poesía que causó impresión en el profesor. Habían pasado unos cuantos meses y nuevos cargamentos de detenidos en la celda número nueve de Cuatro

Alamos seguían leyendo a plumita blanca. Añoraban, por equivocación o por necesidad humana, la materialización de un encuentro semejante a la noción de la libertad. Gente loca es gente sana, se dijo así mismo mientras contemplaba el despliegue majestuoso de las gaviotas que en Puchuncavi habían acupado el lugar de los gorriones en su mundo interior.

Hasta fines de 1971 había vivido en un mundo de fantasía, completamente ajeno a la palpitante realidad de las contradicciones entre las clases sociales. Mundo de aves y de palomas, de sueños encontrados y de melancolías transparentes. Hechó de menos las largas hojas de eucaliptus expulsadas por el viento tibio preanunciando lluvia. Tiuques, queltehues y pensamientos volátiles sobre la tierra de los futres. Todo en un solo mundo. Creía que los eucaliptus eran los árboles más altos del mundo. Ignoraba sin embargo que los más altos eran los sequoia sempervirens que tenían 120 metros de altura. Los hubiera podido contemplar en la zona costera de Norteamérica pero no era posible, se lo impedía un decreto de ley emanado del Ministerio del interior. El mundo de las plumas y el mundo de los pájaros cobijaban en su seno la libertad, eran su consuelo.

De haber sido más terrenal hubiera pensado en una cazuela de pollo, en un trozo de pescado frito sobre el puente del río Mapocho o en las empanadas y pasteles de choclo de Guacolda, su madre. En idioma mapuche Guacolda significaba piedrecita de maíz, se lo había dicho un mapuche militante del MIR que estaba preso en Puchuncavi. Cuando se enteró de ello quiso saber de su origen. ¿Tenía él sangre mapuche corriendo por las venas, existían ese tipo de relaciones? Su madre lo había dicho en una oportunidad.

- Ir al pasado, vivir el presente y pensar en el futuro; todos los días abro mi máquina de pensar e inevitablemente recuerdo el tiempo ido. Es lógico, algo se tiene que borrar de la memoria. Pero esa es mi lucha, recordar. Soy como los mapuches que no necesitaban escribir para recordar su historia. Gracias a su memoria sabemos todas las barbaridades que cometieron los españoles invasores. En la escuela no nos contaron la historia verdadera.

Era lo que acostumbraba a decir su madre. El tiempo había transcurrido y en su paso por la escuela Ale tampoco escuchó nunca nada acerca de la historia de los mapuches a no ser de algunos aislados actos heroicos, amputados de todo contexto histórico y social. Sabía por cierto del genocidio embrutecedor de los españoles a lo que después se sumó una larga política de exterminación por parte de la oligarquía terrateniente criolla. Vinieron luego los chilenos de las clases dominantes y siguieron la política de aniquilamiento institucional y una prolongada usurpación de tierras y riquezas naturales. A los mapuches los fueron cercando en comunidades indígenas y a los chilenos les censuraron la posibilidad de hacerse de su verdadera historia. Muchos mapuches se vieron obligados por ello a hacer abandono de tierras ancestrales y a convertirse en allegados en los suburbios de las grandes ciudades. Las clases gobernantes sostenían que el pueblo de la tierra había sido pacificado cuando en realidad se les había convertido en ciudadanos de segunda categoría en los barrios pobres de las afueras de Santiago. Ser mapuche se transformó en sinónimo de ser indio que traducido por la ideología dominante era lo mismo que ser paria. Pero lo peor que nunca antes había ocurrido a los mapuches era la dictadura de Pinochet. De repente les habían arrebatado el derecho a llamarse pueblo originario. Indio flojo, borracho, hediondo y pulguiento no te me acerques por que te reviento, quédate en la ruca y no apestes el ambiente.

Comprendía a su madre. La abuela de su madre se llamó Ismenia Vazquez y su abuelo Vicente Díaz. En la ciudad de Curicó, al sur de Santiago, nació de ambos María Luisa Díaz, la abuela de Ale que terminó casándose con Ismael Soto Lantaño. María Luisa Díaz murió de tuberculosis a los 25 años. Ale no sabía que la muerte se debió a la explotación que tuvo que soportar desde temprana edad. Lo de piedrecita de maíz se le ocurrió a una enfermera y por eso a la madre de Ale le pusieron Guacolda. A la muerte de María, Luisa piedrecita de maíz tenía sólo tres años de edad. Y a su padre lo vino a conocer por primera vez cuando tenía

catorce años. Tres meses alcanzó a conocerlo Guacolda antes de que también se lo llevara para siempre la tuberculosis, murió a la misma edad de Cristo.

Por Guacolda supo que Ale que él y sus hermanos tenían más de español que de otra ascendencia pero que a ella le gustaba su nombre porque era autóctono y poco comun. Su madre se sentía además orgullosa de que Guacolda hubiera sido la mujer de Lautaro, uno de los líderes más clarividentes de que se dotaron los mapuches durante la guerra contra la usurpación española.

A fines del año 1975 seguían llegando prisioneros a Puchuncaví. Entre los recién llegados había un tipo largo y flaco, de cara aguileña. Unos delgados bigotes negros caían por la comisura de los labios también delgados. Lo que más le llamaba la atención a él era esa cara de águila de montaña. Pensó por un instante en el poder del intuicionismo sobre el razonamiento tan propio de las mujeres. Siempre pensó en que eran supersticiones y leseras sin son ni ton, pero ahora le parecía algo real e inminente. Dejó pasar el tiempo hasta que por fin logró tener un contacto natural con el larguirucho. Éste relató su paso por las manos de la DINA. No se diferenciaba del resto; raptó, tortura, aislamiento y todo lo que estaba relacionado con Villa Grimaldi. Su estadía allí debía coincidir con la de Mauro por lo que él llevó la conversación a lo que el aguileño pudiera saber al respecto. Efectivamente, había escuchado a Mauro y relató de como su ex compañero de colegio lloraba por las noches en la torre de Villa Grimaldi, gemía como un niño – le dijo el larguirucho.

*Duerme duerme negrito,  
que tu mama está llorando, negrito.  
Te está buscando,  
te está buscando,  
y no descansa  
no descansa no.  
Y si no te duermes  
viene la congoja y zaz  
te agarra el teniente  
ya veras que si,  
ya veras que si.  
Duerme duerme negrito,  
porque igual te dán por muerto,  
si por muerto si  
y te hacen inconciente  
y anda a saber  
en que sitio eriazo  
te cercenan el derecho a vivir, si.*

En lugar de ángeles blancos se asomaron por el monte de Puchuncaví las gráciles gaviotas blancas plenas de volar y volar. A su lado, cerca de la cabaña número nueve, estaba la torre de vigilancia con un infante de marina y los alambres de púas. Él estaba ausente, con la mirada en el vacío. Tenía la impresión de estar escuchando el ruido ensordecedor de aviones Hawker Hunter, de los tanques del Blindado número 2 y del silencio perdido en las sienas de los hipnotizados con vidas de inertes. Negro, se decía así mismo, porque mierda no te asilaste y te mandaste cambiar a cualquier punto inexpugnable del planeta? Ahora seguro que te han asesinado y echado al olvido.

Misericordias en las alturas, en las noches estrelladas, en la cultura de los bosques, almas decapitadas. Pensaba en los pesares de los familiares de los caídos en medio de un combate tan desigual. Recordó una vez más los encuentros nocturnos aparapetado detrás de los

arbustos de Américo Vespucio, siguiendo con la vista y el palpitar del corazón el curso de los tanques. De acuerdo al vocabulario político-militar en vigencia antes del golpe militar lo que hacían entonces eran acuartelamientos porque estaban conspirando los generales y en cualquier momento se podía armar un lio taita. Se dijo así mismo que habían sido canciones desarmadas de balas y fusiles y de una desconciencia casi generalizada, ahora lo sabía en Puchuncavi. Ya lo había dicho Viglietti, el cantante uruguayo: canción desarmada no enfrenta un fusil y cantaba por todos los caídos y los sobrevivientes que ponían la vida ante el enemigo.

Ale recordó la sublevación del comandante Roberto Souper Onfray a la cabeza de un regimiento blindado el 29 de junio de 1973. Las circunstancias habían llevado a Ale a un encuentro histórico. Las semanas anteriores las cosas habían estado de mal en peor. Él había participado de las caóticas movilizaciones que se dieron en el centro de Santiago. La Democracia Cristiana consiguió movilizar en contra del gobierno izquierdista a un sector de mineros de Rancagua y dirigirlos al centro de la ciudad.

Santiago por la noche se transformó en escenario de una batalla campal. Se enfrentaron por un lado los partidarios del gobierno popular y por el otro los grupos paramilitares fascistas y los mineros alzados. El epicentro de los enfrentamientos estaba constituido por los distintos bandos en pugna. Obreros y estudiantes de ambos lados se enfrentaban furiosamente. El gobierno y las autoridades se sentían impotentes y no conseguían romper la violencia ascendente. Los combates alrededor de la ciudad habían hecho crecer la tensión hasta el borde de lo imposible en el largo país. Recordaba bien. Era la noche del 16 de junio. La consigna de no a la guerra civil sonaba en sus oídos como discordancia extraña, como una cacofonía desdibujada por el olor a pólvora. Esa noche sintió de cerca el ruido de los balazos que acribillaron a Milton da Silva, un estudiante brasileño y militante del MIR.

El 29 de junio, dos semanas más tarde, se había enterado por la radio del intento putchista y no vaciló en ir de inmediato hacia el Palacio presidencial. No sabía al encuentro de qué pero partió. No estaba en absoluto de acuerdo con los planteamientos oficiales y derrotistas del gobierno, pero una fuerza motriz inusitada lo empujó al Palacio de la Moneda. Cuando llegó a la esquina de Teatinos con Morandé vio como un jeep se lanzó encima de la gente que comenzaba a llegar a la plaza. Corrió al igual que los otros, era una carrera de vida o muerte.

No supo que impacto cerebral le llevó a detenerse pero se detuvo en seco. Se volvió al encuentro del jeep de donde los militares vaciaban de munición una ametralladora punto treinta. Se tiró al pavimento y se escondió debajo de un automóvil. Ese reflejo cerebral instintivo le llevó a salir ileso de la matanza. No sucedió lo mismo con el camarógrafo enviado por la televisión sueca. Al desafortunado Leonardo Henrichsen lo asesinaron en el mismo lugar. Filmar su propia muerte fue lo último que hizo. La vecina de su casa que también huía del jeep encontró una suerte parecida, cayó ametrallada de una vez y para siempre. Su esposo, joven y buen mozo al decir de las mujeres del sector, se convirtió desde esa misma mañana en viudo apeteído. Los pequeños restos sanguinolientos de las decenas de cadáveres colgaban de los edificios grises y estaban esparcidos por la vereda. Sin titubear los militares habían asesinado a un gran número de personas.

Fue un milagro el que él no estuviese entre los muertos. Corrió hasta el edificio del Banco Osorno y la Unión y se quedó mirando a través de las rejas de metal negras del edificio. Estaba en eso cuando vio pasar a un concripto de su propia edad encañonando a un general de carabineros repleto de jinetas doradas sobre los hombros. Cuando vio que el oficial del impecable uniforme verde llevaba las manos en alto creyó por algunos segundos que se trataba de una película tergiversada.

La balacera reinante sonaba en sus oídos como una flauta cautivadora y le llevó a subir por los peldaños del edificio bancario. Cada vez que llegaba a una oficina se repetía la misma escena.



Los empleados habían comenzado a quemar papeles y el humo salía de todas las puertas y ventanas. Al salir por las ventanas el humo se entremezclaba con la humareda provocada por el metralleo incesante de los soldados. Siguió subiendo por las escaleras hasta que llegó a la terraza. El Banco Osorno y la Unión era un edificio alto. Se quedó atónito cuando pudo divisar desde la altura el cuadro desolador alrededor de la plaza. Se escuchaba un reguero de balas ensordecedor. Había permanecido allí unos cinco minutos cuando sintió que le gritaron.

- ¡Bájese ñor, lo van a matar!

Actuaba como un desacatado frente a la muerte. No estaba plenamente conciente pero en ese momento se estaba escribiendo una parte importante de la historia y no se lo quería perder. Lo que estaba haciendo era completamente demencial, en cualquier momento le podían perforar el cuerpo a balazos. Estaba embrujado y aturdido por el olor a pólvora. Asomó con sumo cuidado la cabeza y miró hacia la calle. Maldijo el hecho de no contar en ese momento con un par de proyectiles incendiarios, una granada hubiera sido suficiente. Abajo, ante sus ojos desorbitados, había un tanque de combate con la escotilla abierta. Vio inpotente el casco del soldado y dejó caer granadas imaginarias. Miró al costado izquierdo del edificio y se quedó de una pieza. Aparetados contra las tiendas comerciales vio acercarse a una larga hilera de militares armados. Lucían cascos de combate y una tira blanca pegada a uno de los brazos. Fue un momento de desconcierto, la balacera seguía sin disminuir de intensidad, pero siguió con la vista fija en los recién llegados. Por un lado la plaza ocupada por los tanques del comandante Souper y sus hombres y por el otro una larga fila de soldados que buscaban agarrar por sorpresa a los insurrectos. Lo veía y le parecía imposible de creer. Pero era cierto.

Recordaba claramente aquel día. Volvió a ver con la misma nitidez de entonces el despliegue de soldados en torno a la plaza. Recordó también como en la terraza del edificio del frente reconoció al periodista del canal 9 de televisión. Volvió a escuchar el grito que él le dió en esa oportunidad.

- ¡Jorquera!

El periodista le vio sobre la terraza del edificio de enfrente apuntando con el dedo índice a los soldados que venían llegando. Jorquera ordenó al camarógrafo volver la cámara hacia atrás. Lo del intento de golpe había sido un ensayo general, lo vino a saber después, el mismo día del golpe de estado. Lo del 29 de junio de ese año había sido muy confuso. Al cerrar los ojos se encontró una vez más en la terraza del banco Osorno y la Unión, Souper estaba siendo conminado a rendirse por el jefe del ejército, el general Carlos Prats. En los alrededores de la plaza los soldados progolpistas seguían disparando a diestra y siniestra a cuanto transeunte se aparecía por delante. Divisó a los tanques que desaparecieron hacia la Alameda.

Volvió a sentir el olor de la pólvora como un perfume embriagador. Al cabo de un par de horas pudo salir finalmente del edificio custodiado por las fuerzas armadas. Al salir fue visitado meticulosamente por efectivos del ejército, los revisaban a todos. Se suponía que del interior del banco tendrían que salir francotiradores partidarios del gobierno. Desde los edificios cercanos también se había abierto fuego contra Souper y su gente. Luego de traspasar la barrera militar corrió al local partidario ubicado en la calle San Isidro, los estudiantes de la enseñanza media y universitaria estaban llegando de todos lados.

Ahora, estando recluido en un campo de concentración, lo vivido entonces le parecía ahora ridículo. Ese 29 de junio los acontecimientos habían sido distintos, estaban sellados por una situación prerevolucionaria digna de tener en cuenta. Sobre la cabeza llevaba entonces un casco amarillo y en las manos un grueso palo que para las manifestaciones servía para enarbolar las banderas verdes con la estrella roja en el centro. Junto a otros jóvenes comenzaron a patrullar las calles de Santiago, estaban completamente convencidos de que en cualquier momento encontrarían restos de grupos fascistoides y como no los encontraban se

los inventaban y eso les hacía sentir un ambiente miliciano. Marchaban en filas cantando canciones revolucionarias para alertar a Chile y al mundo de que había llegado la hora de la revolución esperada.

Se quedó pensando mientras el guardia de la torre cambiaba su fusil ametralladora del brazo izquierdo al derecho. Pero en el pensamiento se encontraba ante el primer intento de golpe de estado. Carlos Carrasco había sido uno de los concriptos que participó en el sofocamiento del intentón putchista del 29 de junio de 1973. Carlos estaba orgulloso porque estaba convencido hasta el tuétano de que el pueblo y los soldados habían hecho causa común. Ese día llovía intensamente. Los jóvenes militantes del MAPU patrullaban por las calles y plazas de Santiago. Mientras tanto había comenzado a afluir una masa impresionante de gente hacia el Palacio presidencial. El conglomerado popular se hizo cada vez más grande y en un par de horas el lugar estaba repleto de gente. Llegaron allí por miles y cientos de miles hasta pasar del millón. El estado de ánimo estaba marcado por una serenidad impresionante. La masa reunida estaba ya harta de piruetas y de que no se la tomase en serio. Por la noche, cuando el presidente Allende se asomó al balcón presidencial, la manifestación gigante gritó que ya era hora de cerrar el circo nacional.

Desde el Congreso Nacional los políticos democristianos y los de la extrema derecha habían llamado en reiteradas oportunidades al generalato a parar la algarabía de los rotos insurrectos. La derecha estaba aterrorizada, pensaban que las consignas estaban preñadas de ansias de poder, del derecho de los oprimidos a comenzar a decidir y de las ansias de la izquierda por ejercer la violencia. Decían que la implementación del poder popular estaba organizado por las fuerzas gobernantes y protegidas por las fuerzas de seguridad del régimen.

La derecha repetía que los de abajo ocupaban fábricas, que se armaban y constituían una verdadera milicia con tareas políticas, económicas y de seguridad, que constituían un ataque alevoso a la esencia del sistema constitucional, que era subversión pura en contra del estado chileno y sus instituciones, en contra de la paz y el orden público. Pero lo más grave de todo, aunque eso no lo dijieron nunca, era que los obreros demócratacristianos también habían comenzado a integrarse a los crecientes órganos de poder popular. Los obreros con ideas de izquierda se integraban a ellos con una lógica propia: puesto que el poder popular nos fortalece y puesto que nosotros somos la base del gobierno popular mientras más poder popular haya en el país más apoyo tiene el gobierno de los trabajadores.

Se sintió entonces en su salsa en medio de tanto fervor popular, ahora lo recordaba con transparencia. En ese conglomerado los manifestantes se apretujaban unos a otros y gritaban a todo pulmón que estaban dispuestos a llegar al final por ese camino de las contradicciones sociales. Exigían a voz en cuello la nacionalización de toda la industria para pasarla al poder de los trabajadores. El grado de conciencia de clase maduraba a una velocidad vertiginosa. En ese preciso momento las fábricas e industrias más importantes comenzaron a ser ocupadas por quienes trabajaban en ellas. De Arica a Valdivia se desató una ola de ocupaciones de fábrica nunca antes vista en la historia de Chile. Algo similar ocurría con los campesinos a lo largo de todo el país.

- ¡Momio escucha, estamos en la lucha!

En todo el país crecieron distintos tipos de organizaciones de poder popular. En el campo los campesinos creaban consejos campesinos locales y regionales y en las industrias los trabajadores se hacían de sus propios consejos obreros, consejos que a su vez se entrelazaban orgánicamente con otros consejos en las empresas sectoriales. Las cosas se habían puesto al rojo vivo. Los trabajadores le comunicaban así a los putchistas, a la burguesía y sus aliados de que había llegado la hora de parar la diversión. Este gobierno es un gobierno de mierda pero es nuestro, se decían unos a otros, y por eso le exigían al presidente constitucionalmente elegido que pusiera mano dura contra la verborrea querrellosa incrustada en el parlamento.

- ¡A cerrar, a cerrar esa farsa nacional!

- ¡Mano dura compañero, ahora o nunca!

Allende se dirigió a la multitud con el don de la muñeca y la oratoria:

- Voy a decirles algo que a algunos no les va a gustar, pero tengo el deber de hacerlo, porque siempre les he hablado claro a los trabajadores. No voy a cerrar el Congreso. Sería absurdo. Hemos dicho que cumpliremos el programa y llevaremos adelante este proceso, dentro de los cauces de la Constitución y de la ley, y así lo haremos.

Les pidió después que se fueran a sus casas porque con el apoyo de los militares leales ya se había sofocado el intento golpista.

- Me dirijo fundamentalmente a los hombres de mi patria, vayanse a sus casas, abracen a sus mujeres y a sus hijos, la situación está bajo control.

Chile era un país machista hasta la saciedad. Estén tranquilos - continuó - tengan fe en el compañero presidente.

De la afirmación pública de la fe, de la creencia y confianza en las instituciones armadas pasaron de la noche a la mañana a la calidad de confinados. No lo supo él entonces, en Puchuncaví era evidente.

Las torres de Puchuncaví eran copias idénticas a la de los campos de concentración de los nazis. No lograba ahora entender como la junta de gobierno y la oficialidad de la armada habían permitido su construcción. El secreto se lo vino a revelar Carlos Gonzales, uno de los miristas con los cuales seguía compartiendo la celda número nueve. Al llegar los primeros detenidos políticos sólo había alambres púa alrededor de las ex cabañas de veraneos populares. Entre los presos políticos habían unos cuantos ingenieros y de ellos surgió la idea de levantar las torres tal y cual como aparecían ahora ante su vista. Los ingenieros convencieron a los oficiales de la marina que desde el punto de vista de la seguridad debían levantar puntos de vigilancia que cubrieran la totalidad del lugar. La idea le pareció genial a los oficiales de la Armada y aprobaron la ocurrencia de los ingenieros.

Luego de haber escuchado la explicación de Carlos se quedó pensando en la audacia de los vencidos y en la imbecilidad de los dueños del poder armado. En el exterior circulaban una cantidad innumerable de periódicos con fotografías clandestinas de aquel reducto alambrado. Nadie podía evitar el asociarlas a las de los campos de concentración nazis. Cerebros cortos, hazme reír de todo el mundo, se decía a sí mismo.

Para él todo era una paradoja veleidosa. Era cierto, era un prisionero político pero tenía más libertad de acción que todos los miembros de la resistencia que estaban por fuera de las rejas. Afuera todos corrían el peligro inminente de la acción represiva; los militares eran rectores, las delaciones porque sí y porque no caían como granizos y la censura había convertido a los periodistas en la prensa que no piensa. En cambio él estaba en la Universidad de la reflexión, la lectura y la fraternidad contribuían a un continuo acercarse de su lucha. Algo diabólicamente dialéctico tenía el encierro tras las alambradas de púa.

Los tenientes de turno querían ser claros. Sean obedientes y no hagan leseras de las que después se tienen que arrepentir, compórtense como presos, cumplan con los deberes que hemos estipulado por el bien de ustedes y del resto del tiempo hagan lo que les dé la gana. El saludo a la bandera, los himnos patrios, la formación y límpielo todo que después tienen que pelar las papas. Él era de la idea que un poco de deporte vendría bien y que una partida de ajedrez podía contribuir a la lógica del pensamiento; había bastante para leer, él no tenía tiempo para caldos de cabeza. Contemplaba las gaviotas cerca de las torres tal como los presos de Alcatraz lo habían hecho hasta 1963 en las afueras de San Francisco. Esto es vida - se lo había escuchado decir a un teniente. Cuando él había cumplido los once años los presos

abandonaron Alcatraz y el lugar se convirtió en La isla de los alcatraces. Él estaba en el monte de las gaviotas, en Puchuncaví. Astros estelares en minifalda, viento costero, plumas en el aire, semisombras nocturnas y poesía de destierro y encierro. Volvía a menudo a su propio despertar a la vida política. Gustaba de la acrobacia mental y del romanticismo crepusculario y cayendo estaba el sol sobre la tarde cuando se imaginó escribiendo una carta a su viejo amigo Omar de la secundaria.

Comandante estratégico:

*En primer lugar quiero manifestarte mis más sinceros agradecimientos por aquellas inolvidables jornadas de recuerdos porque el pasado y el presente se me avalanchan con fuerza inusitada. Recuerdo esos gratos momentos y me quedo cada vez más convencido de que hoy por hoy son parte de un cuadro surrealista con un toque a lo Kafka. A veces me da la impresión de que todo se parece a un gran óleo de Picasso en el que aparecen las reuniones postsalas de clases y el quehacer inevitable del centro de alumnos. Compartir con Victoria, la ministro sin cartera de nuestro ex gobierno estudiantil, y contigo, ministro de la correspondencia abstracta y sutil, fueron espacios de acción y lucha y de fertilidad intelectual; es como hacer un brindis por la vida. Trato ahora de alimentar mis recuerdos con esas viejas y buenas costumbres de analizarlo todo. Costumbres repletas de ideales e inocencia. El mundo se revolvía estrepitosamente y nosotros jóvenes llenos de ira y amor nos fuimos a su encuentro. Poseíamos ese don tan propio de la juventud inquieta y tan característica de los niños, buscábamos la verdad. Fuimos Quijotes en los inicios de la década de los años setenta. Y todavía es como la canción que aprendí tras los barrotes de Cuatro Alamos: luchar por un gran ideal, vivir con los ojos abiertos, es nuestro ideal e intentamos alcanzar, no importa cuan lejos lo podamos lograr. ¿Verdad que es así? Ha pasado el tiempo pero se quedaron los recuerdos, se nos pegaron los combates y las alegrías en la conciencia y nos han servido para amainar el temporal de la violencia de la derecha enquistada en el poder.*

*Nunca estuve políticamente de acuerdo con ustedes pero como los he querido. Han sido para mi como un sistema de vasos comunicantes con la historia retrocedida. Con el correr de los años los recuerdos y las imágenes, al estilo de la Cantata de Santa Maria, se han ido amontonando tal como se empujan los bártulos al interior de los sótanos. Al pensar en lo que hicimos y no hicimos se abren las puertas de par en par, la del pasado y la del futuro y yo en el medio. Necesito recordar. El sol pegando con fuerza sobre nuestra piel y el viento sonriendo como cómplice de no se que. Edificios mutilados, erodados por el viento, el agua y el sol y carcomidos por los gases venenosos de un decadente sistema mercantil.*

*¿Te acuerdas de tu viejo proyecto de diario mural y de como andabas a la caza incesante de posibles colaboradores para que escribieran de todo y la nada? Conmigo te falló pero a Amelita, como lo dijiste con los ojos llenos de picardía, con ella si que resultó. Pero a mi naca la pirisnaca. Es que yo ya estaba de lleno dedicado al gobierno estudiantil. ¡Que días aquellos! El tiempo pasa pero los recuerdos esenciales se nos quedan prendidos. Es como ir de la mano con ellos, de paseo.*

*Tiramos piedras a los pacos, hicimos trabajos voluntarios y participamos en discusiones con beatos de todo pelaje. En Puente Alto me hablaste en una oportunidad de las bondades de la Tercera Internacional y su lugar en la historia. Nos imaginamos el mundo mientras el mundo se nos venía encima. Ahora, nuevamente los recuerdos. Ana Jarpa, la profesora de castellano, yo la detestaba y la quería al mismo tiempo. Seguramente pensaba así por esa cohabitación de la esquizofrenia paranoica y la tendencia al amor que nos acompaña a todos en la existencia. Del astuto y conspicuo jotoso perdí la pista y todo se escurrió y desapareció como en un poema perdido entre las sombras.*

*Como me gustaría contar con un espacio sin púas para adentrarme en el mundo de la*

*literatura contemporanea o ir al Bucanero con ustedes. Al partido salud, ¿Recuerdas? Les extraño mucho porque sigo siendo un optimista sin remedio y no se me quita de la cabeza eso de que nos podríamos volver a ver. Quien sabe, a lo mejor estamos justamente ahora en una transmisión directa a pesar de estar recíprocamente alejados. Si por alguna casualidad táctica o estratégica tienes nuevamente tiempo para establecer contacto por escrito háglo de modo perceptible y no con letra de doctor con la mano acalambrada. Lo repito por si acaso, por si la telepatía existe, te pido que des mis más tiernos y cariñosos saludos a la comandante Victoria.*

De tanto comer grasa de cordero se estaba poniendo fofo. Resolvió que Weil tenía razón, no en vano había sido vice campeón sudamericano en los 400 metros. Hizo como Weil. Comenzó así a practicar un poco de atletismo y a correr kilómetros y kilómetros alrededor de las alambradas. A veces corría como si quisiera sacarse demonios incrustados en el cuerpo, como en una carrera apocalíptica contra el tiempo, como si todo se fuera a acabar para ser reemplazado por la carencia del ser; por la nada. Pero la mayoría de las veces lo hacía en forma calma porque le permitía pensar. Al pasar cerca de las torres de custodia se preguntaba como diablos todo el ascenso popular había terminado en el más profundo de los fracasos. Los porqué se vinieron encima y se tornaron en un alud de sucesos acontecidos. Había sido testigo y actor de un proceso insólito que había recodificado profundamente la conciencia de todos los chilenos. Con una propulsión vertiginosa los hechos se le habían venido encima y trataba de comprender.

El médico argentino que había recorrido América Latina en motocicleta pasó de profesional de la guerrilla a ministro de industrias luego del triunfo de la revolución cubana en 1959. Él recién comenzaba el primer año en la escuela primaria. La ola de protestas y los aires revolucionarios recorrían a todo el continente latinoamericano. El campesinado añoraba parte de la tierra que trabajaba y los obreros de las ciudades comenzaron a adquirir nuevos niveles de conciencia clasista. Todo ese despertar se extendió así al conjunto de los pobres del campo y la ciudad. Independientemente de su voluntad el estudiantado se vio arrastrado por la radicalización y de manera tan enigmática que no quedó en el país una sola aula que no se impregnase de las contradicciones inherentes a la lucha entre las clases sociales.

Ale no tenía la más mínima conciencia política cuando en 1970 se llevaron a cabo las campañas electorales de Tomic, Alessandri y Allende. Demócratacristianos, derechistas e izquierdistas se esforzaban por llegar al gobierno. En forma lenta pero segura habían comenzado a erosionarse los cimientos del estado, un concepto que la mayoría de los chilenos confundía con el de territorio nacional o de gobierno. Fue como por arte de magia, porque nadie pensó en que las cosas desembocarían de esa manera. La balanza electoral se dió vuelta y la candidatura de los de abajo se transformó en victoria en los comicios electorales de ese año. En la prensa mundial se comenzó a elucubrar lo que sucedería con el proceso chileno. Se decía que por primera vez en la historia los marxistas se habían hecho del poder por la vía electoral. Se decía también que era una vía inédita y por eso se la bautizó como la vía chilena al socialismo.

La extrema izquierda representada fundamentalmente por el MIR planteó que la victoria electoral de la izquierda iniciaba una época sin parangón en la historia del país. Su dirección no había llamado a sus partidarios a votar por la Unidad Popular pero dedujo que el ascenso de Allende al gobierno era un gran paso en la lucha del pueblo por la conquista del poder y que por lo tanto favorecía los propósitos de los miristas. Los propietarios de las transnacionales de origen norteamericano comenzaron a fruncir el ceño. La constitución del país preveía que el parlamento podía dar por electo a cualquiera de los dos primeros candidatos presidenciales que obtuviera la mayor cantidad de votos. A primera vista las cosas eran claras. Allende en primer lugar y detras suyo Alessandri. O se votaba por quien los desposeidos y marginados de siempre tenían puestas las esperanzas y las ilusiones o por el

opuesto que simbolizaba a la oligarquía terrateniente y a la burguesía criolla. En el campo popular las cosas eran clarísimas: que se les ocurra nomás votar por ese viejo de mierda y ahí van a ver lo que es bueno, estamos dispuestos a defender la victoria popular hasta las últimas consecuencias. ¿Que se han creído - decían en todas partes - que nos vamos a dejar arrebatarse la victoria? ¡Por Alessandri nica!

Del otro lado era igual pero al revés. Hay que ser miopes políticos para arriesgar la libertad votando por un gobierno de corte marxista. Dejémonos de eufemismos y seamos claros, el derecho a la propiedad privada es sagrado y eso no lo decide el parlamento sino los dueños de este país. Ese tipo de declaraciones de la derecha no eran nuevas. Ya a fines del siglo anterior la clase dominante había sido tajante cuando afirmaban lo que los capitalistas habían aprendido desde que comenzaron a mamar. Nosotros, los dueños del capital y de la tierra somos los señores de Chile.

La Democracia Cristiana asumió ante la opinión pública un papel conciliador. Nosotros - dijieron - estamos dispuestos a reconocer el veredicto popular expresado en las urnas siempre y cuando el doctor Salvador Allende y sus seguidores nos den garantías constitucionales de que van a respetar la propiedad del prójimo.

Pero era en el ejército en última instancia donde estaba el poder de cohesión real, el poder que decidía la balanza. René Schneider era comandante en jefe del ejército y había declarado hasta el cansancio que las fuerzas armadas dirigidas por él mantendrían una inalterable posición constitucional. Respetarían al candidato que resultase apoyado por el Congreso. A unos cuantos les agarró un ataque de histeria prolongada y pasaron del borde de la locura al campo de las fechorías. De las amenazas verbales pasaron a la acción. Fue así como una mañana nublada por el smog un comando paramilitar de extrema derecha barrió del mapa político institucional y militar a Schneider. Le doblaron el cuerpo con la fuerza de la metralla y dejaron así al país entero en tensión. Volvieron a resurgir los mitos y al general ido se le canonizó de acuerdo a una institucionalidad celestial. El general Viaux, un sujeto de dudosa calidad moral y orquestado por la CIA, dio las órdenes del asesinato. Viaux lo veía desde otra óptica: traidor de mierda dijo y mandó a matar a su jefe.

Allende puso su firma al documento de las garantías constitucionales exigidas por la Democracia Cristiana y en Noviembre se instaló en el palacio presidencial. Comenzó, a juicio de muchos, un atadero político de pies y manos fatal para los destinos del movimiento obrero y popular. Todo se transformó en una partida desigual. Por un lado una obsesión enfermiza por parte del gobierno, hasta el límite de lo absurdo, por preservar la legalidad constitucional cuestionada hasta no más por el revanchismo de la oposición. Mientras tanto, al interior del bloque opositor, se conspiraba sin cesar.

Ya en medio de las elecciones se había formado en el país del Norte el Comité del tío Sam y los cuarenta ladrones. En septiembre de ese año el Comité de los cuarenta dijo que había que echar a andar la sedición. Cueste lo que cueste - dijieron - y para disipar cualquier duda que pudiera existir entregaron a la cúpula del partido Demócrata Cristiano la suma de 160.000 dólares. Esa historia en torno a Allende es de mal gusto y por lo demás anómala y extraña a las tradiciones occidentales. Páren eso: cueste lo que cueste. Como vamos a dejar que gente irresponsable se deje embaucar por las loas del comunismo. No, paremos eso ya y cuanto antes mejor.

Para los norteamericanos las cosas no iban lo suficientemente rápido y era fundamentalmente una cuestión de costos. El comité aportó por tanto 815.000 dólares para dar más vida a la función. Miente miente que algo queda, así razonaba el director del Mercurio que pensaba que algo quedaría en las conciencias. Por esa sola razón el Comité de los cuarenta ladrones le otorgó al matutino de propiedad de los Edwards un subsidio de 965.000 dólares.

- ¡A la economía chilena me la hacen zumar, cueste lo que cueste!

El embajador Edward Korry tranquilizó a Nixon diciendole que no había nada de que preocuparse. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para condenar a los marxistas a la máxima privación y pobreza. Korry planteaba eso a pesar de estar absolutamente convencido de que la derecha era voraz y que deambulaba en la miopía de una arrogante estupidez. Era una ley made in United States y en círculos cerrados y ligados a las embajadas europeas se la conocía como Involving Foreign Leaders.

Al cabo de un año del gobierno de la Unidad Popular se habían llevado a cabo importantes cambios en la fisonomía de la economía chilena. Las transformaciones llevadas a cabo no eran revolucionarias pero vinieron a favorecer a los más desposeídos. Se hirió así la susceptibilidad financiera de empresas neurálgicas y fundamentalmente de aquellas como la Anaconda, Braden y Kennecott. Lo que más escoror causaba en Washington era la nacionalización del cobre, la estatización del salitre, el hierro, el acero, el cemento, la intervención de los monopolios textiles y de los teléfonos de la ITT.

Comenzó a surgir lo que el gobierno denominó área de propiedad social que según los socialistas de la coalición gubernamental buscaba crear las fuerzas y relaciones de propiedad necesarias para la transición al socialismo. En el campo sucedía algo parecido, la reforma agraria se siguió incrementando a pesar del cacareo fastidioso de los terratenientes. Los latifundistas pasaron del cacareo a la acción y dejaron en manos de las guardias blancas la consigna de cueste lo que cueste. Comenzó así el asesinato de los Huentelaf y los suyos. Los campesinos mapuches respondieron a su manera: se acabó la diversión, ahora los fundos son nuestros, ¡que los pobres coman pan y los ricos mierda mierda!

*Yo tenía una parcelita  
de apenas cien mil hectáreas  
vino la reforma agraria  
y me la quitó todita.  
Los comunistas mamá,  
los socialistas mamá,  
que se nos vienen mamá,  
los mapucistas.  
Ya no tenemos tranquilidad  
ya no podemos vivir en paz.*

Cueste lo que cueste. Al año del resultado electoral los agentes del Comité de los cuarenta ladrones al interior de El Mercurio, La Segunda, SEPA, Tribuna y La Prensa volvían a recibir la no despreciable suma de 24.000 dolares. Al día siguiente de esa entrega las publicaciones salieron a la opinión pública con más encono que nunca despotricando contra los ateos y marxistas. Escribieron tanto sobre el tema que hasta ellos mismos se terminaron de tragar el cuento del totalitarismo marxista y el partido único.

Lo de régimen totalitarista no tenía son ni ton, pensaba Ale. Todos y cada uno de los derechos individuales estuvieron lejos de haber sido abolidos y tampoco tenía mucho sentido el discurso del partido único porque la Unidad Popular era una alianza de partidos de la más diversa índole. Convivían allí partidos burgueses y partidos obreros. Por lo demás la alianza era sumamente endeble debido justamente a las garantías por el respeto al principio santo de la propiedad privada hecho por Allende. Pero como cueste lo que cueste tenía que costar aparecieron 427.666 dolares más que el Comité de los cuarenta ladrones repartió equitativamente entre partidos y asociaciones ilícitas de distinto pelaje.

En el Senado y en la Cámara de diputados la orden del día era la de rechazar cualquier proyecto de ley enviado por el gobierno. Era un dialogo de sordos. Los ministros suavizaban

al máximo la redacción de los proyectos pero la sordera del otro lado era total y completa. En las elecciones comunales la izquierda se convirtió en mayoría al obtener el cincuenta punto nueve por ciento de la votación. En la elección presidencial la izquierda había obtenido un 36,3 por ciento de los votos y siete meses mas tarde un cincuenta punto nueve por ciento.

Ese respaldo al gobierno tenía que ver con el aumento del producto nacional bruto, con la redistribución del ingreso y con que la cesantía había disminuido a un cuatro por ciento. Ná que ver, repetían a coro los medios de comunicación de masas controlados de arriba a abajo por los Edwards y sus afines. Que cueste lo que cueste, tronaba el Comité de Nixon y los cuarenta ladrones. Export Import Bank comenzó a negar la sal y el agua y negó por ello los préstamos solicitados por el gobierno del doctor Allende. Igual cosa aconteció con el Fondo Monetario Internacional fundado en 1945 con el propósito de detener una Tercera guerra mundial. La diferencia radicaba en que ahora el FMI le declaraba la guerra absoluta y total al gobierno del doctor Allende. Ni un solo préstamo - hasta asfixiarlos, sentenció el comité doctrinario de Nixon.

Que cueste lo que cueste, tenemos que derrocar a Allende cuanto antes, no vaya a ser cosa que la muchedumbre agarre confianza porque ahí sí que estamos jodidos. Por nuestra parte, decían los magnates de la ITT y dirigentes de orquesta del Comité de los cuarenta, continuaremos con las restricciones de préstamos tal como lo hemos venido haciendo hasta ahora. Pero no basta, recalcaron los magnates, para lograr la caída de Allende y los suyos es necesario que todos los bancos norteamericanos hagan exactamente lo mismo.

Ale recordaba muy bien como habán discutido a: el imperialismo y el interior del MAPU. El imperialismo yanqui está practicando un bloqueo invisible. No habían errado. El gobierno norteamericano escuchó atentamente a la ITT cuando estos pidieron que cesase inmediatamente la compra de cobre a Chile además de la demanda de promover activamente la escasez de dolares en el país. La CIA por su parte, gracias a las buenas relaciones con los oficiales del ejército, pegó también su apretón. Así se impusieron las represalias que buscaban que la izquierda se comiera las críticas hechas al gobierno de los Estados Unidos. En Washington todos estaban convencidos hasta la médula de que en Chile no había general que fuese capaz de resistir un cañonazo de cien mil dolares. Cueste lo que cueste siguió primando y los cuarenta ladrones apuntaron con una dolareda doble que le vino de perilla a los partidarios de la desestabilización.

La desestabilización se hizo cada vez más efectiva. Los empresarios, médicos, ingenieros, abogados, contadores, y por supuesto los periodistas, le inyectaron la cabeza a los chilenos: la insurrección civil era la única vía posible contra los rojos. A los generales Alfredo Canales e Hiriart se les acabó la paciencia, había que dejarse de tanto bla-bla decían, y se lanzaron a la aventura por su propia cuenta. Lideraron una especie de insurrección civil general de los sectores recalcitrantemente conservadores con el fin de derrocar a Allende y detener el oleaje revolucionario. La odisea putchista del duo de generales terminó en un fiasco. Lo único que consiguieron fue que la Central Unica de los Trabajadores convocase a una huelga nacional descomunal. La movilización popular obedecía a la lógica de una coyuntura de guerra. Entre los trabajadores de la ciudad y del campo y sus aliados, entre los pobladores, los estudiantes y en general en el mundo de la cultura, comenzó a crecer la conciencia y de allí brotó la necesidad de mayor organización.

A esas alturas - recordaba ahora en Puchuncaví - los partidos burgueses y unos cuantos curas oscurantistas y rabetas como el cura Hasbun se desgañitaban pidiendo la destitución del presidente. En una mezcla de quejas lastimeras y rezos calumniosos se dirigían diariamente a la población e imploraban para que las fuerzas armadas se decidieran de una buena vez a derrocar al gobierno: atrás, atrás gobierno satanás. El gobierno veía como fuerzas mancomunadas le estaban aserruchando el piso y ordenó a los mandos militares para que se



hicieran cargo del orden público a lo largo de todo el territorio nacional. Y para que no quedaran dudas de que lo que quería el gobierno iba en ese sentido se incorporó a los militares al gabinete. Era claro como el cristal. La larga y angosta faja de tierra estaba polarizada en dos bloques con objetivos completamente diferentes. Lo peor, argumentaban los inocentes, es que las voluntades se hacen cada vez más irreconciliables.

El gobierno pasó de las cavilaciones a las claudicaciones, comenzó a proponer diálogos legislativos de todo tipo al partido Demócrata Cristiano. No le prestaba atención al hecho nada diminuto de que el timón de ese partido había quedado en manos de un fanático partidario del derrocamiento del gobierno. Aylwin, el nuevo líder del PDC, no solo se hizo el sordo e ignoró los llamados al diálogo de la coalición liderada por Allende sino que se alió en cuerpo y alma al Partido Nacional para conformar una híbrida política que denominaron CODE. El CODE estaba lejos de ser una confederación democrática, era simplemente una guarida de golpistas en donde el único denominador común era el lema de cueste lo que cueste para derrocar a Allende. En uno de sus acostumbrados ataques Aylwin comenzó a vociferar a los cuatro vientos que se venía encima un derramamiento de sangre peor que las aguas que anduvieron a maltraer el arca de Noé, el patriarca hebreo. No se trataba de un diluvio universal, afirmaba Aylwin, sino de un baño de sangre del marxismo internacional.

El comité de Nixon seguía a diario el desarrollo de los acontecimientos en Chile. Cueste lo que cueste, repetían los miembros del comité e ingresaron más dólares en el país. Pero cueste lo que cueste no era sólo una cuestión de dólares; era un problema de envergadura política y tales proporciones se transformaban en última instancia en un problema de armas. Armar o desarmar esa es la cuestión, repetían una y otra vez Nixon y los cuarenta ladrones. Lo repetían después todos los partidos y grupos de la derecha y lo terminaban de machacar hasta la saciedad todos los medios de comunicación de masas en manos de los de arriba.

Azuzado por la oposición y para alcanzar un compromiso el gobierno firmó la Ley de Control de armas. Al interior de las filas del movimiento obrero se la tildó como ley maldita. Una ley parecida se había decretado durante el gobierno frente populista de Gonzalez Videla. La ley es la ley y con una maldición semireligiosa se persiguió en esa época por cielo mar y tierra a los militantes del partido comunista. Ni los nichos del Cementerio general quedaron en paz a la caza de comunistas. De los labios de la madre de su amiga Laura había escuchado sobre los escondites y persecuciones en el Cementerio.

La nueva ley fue elaborada conjuntamente por el gobierno de Allende y el alto mando de las fuerzas armadas. Se desató a partir de ese momento una ola de allanamientos de fábricas de Norte a Sur del país. Los dirigentes de los partidos obreros protestaron porque todos los allanamientos y razias afectaban exclusivamente a los trabajadores. Ni por equivocación se hizo amaño de dismantelar la fortaleza de Patria y Libertad u otras similares a pesar de que todos sabían que los fascistas tenían cantidades de armas. La comandancia del ejército solía responder a las quejas provenientes de los sectores de izquierda diciendo en escuetos comunicados de que todo era pura casualidad.

En Chile se había llegado al enconamiento del estado. Por un lado crecían los Cordones obreros locales en todo el país. Por el otro crecía la dinámica conspirativa de los golpistas de los que eran dueños del verdadero poder. El gobierno de Allende decía estar con los trabajadores pero los ideólogos de la burguesía sabían a ciencia cierta que el órgano gubernamental pendía en el aire. Lo mismo pensaba la extrema izquierda, en eso concordaban ambos polos. La situación del gobierno era precaria.

Ahora - en el campo de concentración de Puchuncaví - lo recordaba todo como si él hubiera asistido a una obra de teatro de lo absurdo. El gobierno pedía casi de rodillas que se mantuviera y respetara el régimen legal mientras que la oposición, cada vez más militante, respondía con una línea anti parlamentaria. A veces se le enrostraba a Allende por ser

formalista y por leguleyo, pero las más de las veces se le achacaban montañas de supuestas violaciones de las garantías constitucionales. Palos porque sí y palos porque no; que cueste lo que cueste. En la jefatura militar crecía la idea de que la legitimidad del gobierno pendía de un hilo. Empresarios avaros, curas pecadores, políticos frustrados y militares postergados comenzaron a cantar loas completamente disparatadas en favor de la libertad, la democracia y la legalidad. La propaganda de la derecha en los medios de comunicación de masas pasó de un arrebatado de cólera al de una ofensiva arrolladora.

El gobierno no lo podía creer y se esforzaba hasta lo indecible para no utilizar el poco poder coercitivo del estado que teóricamente tenía en sus manos. La derecha comenzó a fermentar la contrarrevolución y a través de El Mercurio y los otros periódicos epígonos propagó su versión paranoica. En las editoriales se dijo que el gobierno marxista-leninista y totalitarista estaba atentando contra el orden y la seguridad de la nación. En este país reina la anarquía y es profundamente evidente que estamos ante un vacío de poder, lo repetían incesantemente sin respirar. Sólo le cabe a las honorables fuerzas armadas hacer lo que tienen que hacer: restablecer el orden y la ley en nuestra patria. Que se pongan los pantalones añadía, con menos tacto y con marcado tinte machista, el jefe de redacción de el vespertino La Segunda. En la oficina de redacción de El Mercurio los traductores trabajaban horas extraordinarias porque estaban de acuerdo en contribuir al desorden: the rol and psychological operations in naval missions. The rol of values in psychological and communications with foreign nationals. Constabulary Capabilities for low-level conflict. Planned Social Change. Human Sciences Research. How much is it? What is the price? No matter what it costs! Las sanciones económicas y un nuevo flujo de más de ocho millones de dólares desbarataban la endeble constitucionalidad y preparaban un golpe decisivo.

Así iban las cosas en Chile el año 1973. Todo, sin excepciones de ningún tipo, estaba al rojo vivo. Recordó también como ese día se juntaron con Victoria Guerrero a la salida del colegio, él tenía hora en el dentista. Siempre tuvo un lío bárbaro con eso de los dientes. Lo del dentista lo ponía de mal humor pero en compañía de Victoria era distinto. Durante el trayecto, en el trolley bus, disecaron con los comentarios a los pocos demócratacristianos pensantes que había en el colegio. Cuando estaban satisfechos por el análisis minucioso continuaban en la construcción de mundos de fantasía. De la Plaza de Armas se fueron caminando hasta la calle Ahumada. Era un día de alta tensión política en Santiago. Las ocupaciones de fábrica y establecimientos estudiantiles estaban a la orden del día. No pasaba un día en que no hubieran tomas y retomas de liceos.

El olor a dentífricos diversos en la oficina del dentista se le entraron por la nariz a pesar de estar en la antesala de espera. Tenía bajo el brazo El Rebelde. No compartía todo lo que estaba escrito en el periódico del MIR, pero sentía una enorme necesidad de declararse en rebeldía en contra de todo el mundo. Dirigió la mirada a lo que leía el resto de los pacientes, por las vestimentas y el comportamiento dedujo que la estracción social provenía de la clase media acomodada. Recordaba, ahora detenido, el desprecio acumulado por lo establecido no sabía desde cuando. A veces le parecía que era algo con lo que había nacido a pesar de que no creía un ápice en lo predeterminado por el destino. No era tanto el pedal para accionar el torno, el aspirador del agua, la lámpara reflectora o el tablero de mando del odontólogo lo que le tenía inquieto. Era el acontecer político y la dinámica endemoniada de las contradicciones en marcha que le hacían sentirse impaciente. Cuando el médico le tocó la dentina con la jeringa sintió que se quería evaporar de la superficie de la tierra. Estaba como atontado por los efectos de la anestesia. Sin embargo irradiaba en él una suerte de alegría casi indescriptible, era algo contradictorio como el resto de las contradicciones que tenía metido al país en un callejón sin salida. Era su última visita al dentista.

Acompañado de Victoria salieron del ascensor. Al llegar a la calle se encontraron con un aire mal oliente. Los gases de las bombas lacrimógenas del grupo móvil de carabineros

apestaban el medio ambiente ya bastante congestionado por el smog. Hubieran querido tener dos limones jugozos para contrarrestar los gases. La calle estaba desierta de transeuntes y por ninguna parte se veían los vehículos de la locomoción colectiva. A un centenar de metros, casi al llegar a la Plaza de Armas, las fuerzas de carabineros corrían detrás de un centenar de personas que arrancaba hacia donde se encontraban él y Victoria. Se tomaron de la mano y optaron por dirigirse rápidamente hacia la Alameda. En esa dirección encontrarían más sosiego, tenían que quedar fuera del alcance de esa batalla campal entre los fascistas de Patria y Libertad y el grupo de represión de la policía. Corrieron, no querían quedar mezclados en medio de tanto disturbio.

Llegaron finalmente al frontis de la Universidad de Chile. Observó con toda nitidez como del portal de la sede universitaria salió un grupo de individuos armados de cascos, cadenas y linchacos. Permanecieron inmóviles por la sorpresa, por el asombro, por lo insólito. La señalización cerebral no parecía funcionar, no les salía el habla. Los efectos de la anestesia comenzaban a desaparecer. Armados de cadenas y linchacos los miristas se les fueron encima, les habían tomado por miembros de Patria y Libertad arrancando de la persecución policial. Para los miristas que tenían ocupada la Universidad la cosa era clarísima; esos dos se habían salido del cerco policial pero ahora los revolucionarios se harían cargo en eso que los encargados del orden habían fracasado.

En medio del aire contaminado por los gases lacrimógenos hizo su aparición en el centro idiomático del cerebro la época de las cavernas y de los primitivos armados de garrotes. De un garrotazo quedaron tumbados el uno al lado del otro. Tirados de los cabellos y arrastrados al interior de la cueva universitaria. De la paliza y quebradera de huesos no los salvaba nadie. Se escuchó así mismo. Compañeros no se precipiten: escuchen antes de partírnos la cabeza con el mazo ese; no somos lo que ustedes creen, no somos fachos. Yo soy presidente de un centro de alumnos en poder de la izquierda y militante del MAPU. Ella es Victoria Guerrero y viene de una familia comunista muy conocida y por supuesto que tampoco tiene nada que ver con los fachos que tienen vueltos locos a los pacos. Somos exactamente lo contrario, la antítesis, de lo que creen ustedes. Somos como ustedes.

Se sacudieron de la parálisis. Les vió correr con las cadenas y los linchacos decididos a tumbarlos. Chica - le dijo a su compañera - es una cuestión de vida o muerte. Victoria le escuchó sin desviar por ello la mirada hacia los miristas que se les venían encima. Ella tenía ojos grandes pero en ese momento a él le parecían más grandes aun. Vicky, repitió, si retrocedemos quedamos entre los pacos y los fachos y si nos agarran los miristas no vamos a quedar vivos para contar el cuento así que tenemos que arrancar y tiene que ser rapidísimo.

Corrieron como locos y detrás de ellos los miristas. No se podían detener y decir dejense de leseras si ya les hemos dicho que no somos fachos, entiendan, venimos saliendo del dentista. Creyó sentir su voz tratando de explicarle a los miristas al tiempo que respiraba anhelosamente por la impetuosidad de la carrera. Corrieron jadeantes hasta llegar a la Plaza Bulnes, doblaron a la izquierda y siguieron corriendo, perseguidos, acosados, corrían peligro. Cuando ya no sentían a los miristas pisandoles los talones se detuvieron. Les costaba aspirar y expeler el aire para renovar el oxígeno y cuando por fin él pudo recuperar el aliento le dijo a su compañera de aventuras que todo estaba patas arriba.

- Que te parece. Los fachos armando un desorden descomunal y los pacos parece que hasta les tienen miedo. Y como si todo este jaleo fuera poco los miristas casi nos revientan a lumazos, nadie nos va a creer.

Se reconfortaron con un ataque de risa y continuaron hacia el paradero de los buses con destino a Maipu.

Habían transcurrido dos años desde entonces y lo acurrado se grabaría para siempre en su

conciencia. No reía como entonces, las alambradas le retenían la alegría y la sonrisa, pero vivía y se encumbraba a través de los recuerdos.

## 9

Cinco meses antes del golpe militar se habían llevado a cabo las elecciones parlamentarias. Al interior de la derecha había muchos que tenían puestas sus esperanzas en una salida de tipo extra parlamentaria. No descartaban el derrocamiento de Allende, sólo buscaban ganar más tiempo, era una cuestión de maniobras. La Unidad Popular recibió un cuarenta y cuatro por ciento de los votos a pesar del asedio económico, político y el enconamiento a ultranza de los medios de comunicación de masas. La derecha por su parte recibió sólo un treinta por ciento del apoyo electoral. Las elecciones no habían aclarado nada de nada, no había mandato popular para derrocar al frente Popular de Allende y sólo se habían confundido más las cosas. Al interior de la izquierda hubo muchos que sacaron la conclusión de que la derecha había malinterpretado la situación política. Paralelamente al juego parlamentario se fortalecía el fenómeno que los sectores de extrema izquierda vinieron en llamar poder popular. Consistía en innumerables comités locales que habían confluído en una coordinación de consejos a nivel comunal, provincial y nacional. Una suerte de consejos obreros y campesinos que asumía las tareas que los comités locales consideraban importantes.

Todo Chile vivía y soportaba un tira y afloje de nunca acabar. Conspirar, conspirar que la libertad y la democracia se van a acabar - gritaba como un chanco el cura Hasbun por el canal 13 de televisión. El clima de tensiones siguió incesantemente su curso ascendente. Allende y el gobierno optaron entonces por designar a un general del ejército como ministro de Defensa Nacional: que a nadie le quepa la menor duda; se respetará el orden y la autoridad. Pero tales planteamientos fueron rápidamente desautorizados por el Comité de Nixon. Los sediciosos acusaron al doctor Allende de querer politizar a los militares.

Los acontecimientos siguieron por una senda desequilibrada, lo recordaba con absoluta claridad. El partido Demócrata Cristiano liderado por Aylwin, o Poncio Pilato como se le conocía al interior de la Izquierda Cristiana, se sumó con todo a los fariseos progolpistas patrocinados por el comité de Nixon. Por su parte el partido en el que militaba Ale seguía en la retórica de la ruptura revolucionaria, de la agudización de la lucha de clases entre dos bandos irreconciliables y de la posibilidad inminente de un enfrentamiento armado. Las tesis del segundo congreso de su partido le habían aclarado el presente y el futuro al conjunto de estudiantes con los que militó durante esa época. La celebración oficial del congreso mismo se realizó en el Estadio Santa Laura, en las cercanías de la Avenida Einstein. Sobre el césped del estadio participó del acto artístico que se ofreció a ocho mil militantes y simpatizantes de la organización. Con el rol de guerrillero vietnamita disparó contra los bombarderos yanquis, disparó teatralmente y disparó de verdad porque quería acribillar toda la injusticia imperialista que se ceñía sobre el planeta. Hizo de actor de teatro aficionado, pero era fundamentalmente un actor de la realidad. Desenlace histórico de un pasado cercano como prólogo de un futuro fatídico. Fue el presente de entonces, ahora era pasado.

Seguía inserto en el pasado previo al golpe de estado. La división del MAPU le sorprendió en el colegio y del local partidario de San Isidro le conminaron por teléfono a movilizar a los militantes de su célula para defender el local partidario. A la ruptura política con la fracción reformista de Gazmuri vino la ocupación de locales, la toma de vehículos partidarios y una serie de incidentes desagradables que prefería olvidar. El ala dirigida por Eduardo Aquevedo y formalmente por Oscar Garreton, el subsecretario de economía, habían polarizado aun más los ánimos políticos al interior de la izquierda. Se acabó, le dijo el presidente Allende a Joan Garces, hay que dividir al MAPU.

El periódico *El Mercurio* logró hacerse de un documento interno del MAPU y lo publicó

en primera página: hoy es en las masas más que en el gobierno que reside nuestra fuerza. Estamos ante una agudización extrema de la crisis económica, social y política. Esto significa que hay que poner en máxima tensión la lucha de clases, no podemos descartar la posibilidad de una guerra civil. La esencia del documento publicado por el clan de los Edwards en El Mercurio no había sido ninguna alucinación, el enfrentamiento había comenzado aunque en forma discreta y azolapada. Días más tarde el Servicio de Inteligencia Militar se vió obligado a arrestar a un puñado de oficiales. Se les había sorprendido infraganti preparando un motín putchista para derrocar al gobierno.

No se trataba de iniciar la guerra civil, Ale lo había repetido en innumerables actos agitativos y discusiones y seguía convencido de ello a pesar del golpe de estado y a pesar de estar en un campo de concentración. Se trataba de impedir la guerra civil transformando la correlación de fuerzas de modo tal que los facciosos no tuviesen la oportunidad de comenzar la balacera. En caso contrario todo podría resultar en una carnicería; había que evitarlo por la vía de la movilización. La Democracia Cristiana pensaba lo mismo aunque desde el ángulo de vista opuesto. En la Cámara de Diputados el partido Demócrata Cristiano resolvió, en nombre del espíritu santo pero más que nada en nombre de las grandes transnacionales, que había llegado la hora de declarar ilegítimo al gobierno elegido por la vía del sufragio universal. La cúpula de golpistas en el ejército desplazó de un plumazo al vacilante general Prats y pusieron en su lugar a un monigote de apellido Pickering. Se buscaba el jaque mate a Allende.

El conjunto de las fuerzas de la burguesía adhirieron al comité de Nixon y los preparativos de guerra comenzaron con el sabotaje, las acciones de boicoteo y el caos económico generalizado. Esas acciones habían conducido, entre otras cosas, a que los dueños del capital y del transporte desencadenaran una huelga burguesa general con el objetivo de paralizar los principales centros económicos del país. Mientras los medios de comunicación de masas atacaban al gobierno los comandos fascistas organizados por los latifundistas descuartizaban vacas en el campo. Los medios de comunicación de masas lo describían como el descuartizamiento de ganado marxista. Para la Central Unica de los Trabajadores olían mal las cosas y sus dirigentes se vieron obligados a llamar a una huelga nacional de carácter defensivo en apoyo del gobierno. Frente al Palacio de la Moneda se concentró un mar de gente con banderas y tractores. Allende se dirigía a la multitud reunida con el don de la oratoria que le caracterizaba. Emplazaba a la reacción a dejar de jugar con cartas ocultas y a sus partidarios a apoyar al gobierno popular. La masa influenciada por el Partido Comunista y sectores del Partido Socialista atronaba en la plaza.

- ¡Apoyar, apoyar al gobierno popular!

¿¡Y como!?! – gritó un dirigente regional del MAPU a lo que la militancia de su partido, del MIR y de un sector de la masa socialista allí reunida respondieron casi al unísono que apoyar al gobierno sólo se lo podía hacer de una manera.

- ¡Luchando, creando, poder popular!

La manifestación se dividió medio a medio por las consignas. Unos gritaban que había que dar todo el apoyo al gobierno y los otros respondían con la consigna del poder popular. Las consignas iban y venían y Allende ya harto de ser interrumpido se salió del discurso oficial, se dirigió desde el balcón de la plaza a la gente del MAPU y les dijo que él como presidente estaba de acuerdo en que había que crear poder popular, pero que ese poder no podía ser paralelo sino subordinado al del gobierno popular que él presidía. Allende interpretó la creación de poder popular como una maniobra divisionista de los románticos de la política y carecía, según él, de enraizamiento en el pueblo. Solo hay un gobierno al servicio de los trabajadores afirmaba Allende, y era el presidido por él. Había sido designado legalmente y él no pensaba permitir que fuese atacado por la extrema izquierda. Las nuevas palabras de Allende llevó a caldear los ánimos entre los manifestantes. La gritería de consignas y

anticonsignas que se armó fue tal que se produjo un altercado a palos entre los dos contingentes que se reclamaban del MAPU. Él se encontró cara a cara con los instructores militares brasileños que anteriormente le habían adiestrado a en el arte de la lucha urbana e insurreccional. Eran muchos los recuerdos.

El general presentó su renuncia e hizo abandono del gobierno y de la comandancia en jefe del ejército. Las nuevas condiciones favorecieron la conspiración al interior de los cuarteles. Una nueva huelga nacional convocada por la CUT incubó entonces una conspiración cualitativamente superior entre la oficialidad. En medio de tanta bataola y caos el Cardenal de la Iglesia Católica llamó a apaciguar los ánimos y a conciliar más ya que según el Vaticano la paz se estaba haciendo incienso y no era seguro que llegara al cielo.

Mientras más vacilaciones demostraban las estructuras partidarias de la Unidad Popular y del gobierno más osadía presentaban los golpistas dolardirigidos por el Comité de Nixon. Cueste lo que cueste y zaz se ordenó el levantamiento de la inmunidad parlamentaria de un senador socialista y líder del Partido Socialista y la del diputado y secretario general del MAPU. El secretario general del MIR no gozaba de inmunidad parlamentaria por lo que de la noche a la mañana se le convirtió en prófugo. Nadie tenía idea de donde había emanado la orden pero entró inmediatamente en vigencia. Al mismo tiempo la dirección de la Armada detuvo y torturó a suboficiales y marinos que habían dado el aviso al gobierno sobre los preparativos de un golpe militar. Es pura casualidad, explicó la máxima dirección de la Armada con el almirante Merino a la cabeza. Deberían haberlo pensado dos veces antes de meterse en las patas de los caballos, comentaban los oficiales de la marina. El gobierno por su parte planteó que se trataba de un acto de insubordinación a los superiores.

Recordaba muy bien la manifestación de aquella tarde cuando con la gente de su partido pasaron frente al edificio del Ministerio de Defensa Nacional.

- ¡Fascista Merino, libera a los marinos!

La oficial toma de posición del gobierno frente a los suboficiales torturados hizo reaccionar a la izquierda radical. El gobierno condenó en una declaración todo intento de infiltración política y subversiva por parte de la extrema izquierda al interior de las fuerzas armadas, de carabineros y de los organismos de inteligencia militar. Tanto el MIR como el MAPU y en también en cierta medida el Partido Socialista habían reclutado a algunos suboficiales y marinos al interior de la flota. Para distraer la atención sobre los uniformados flagelados la oficialidad de la marina repartió panfletos en la ciudad de Valparaíso. Las Fuerzas Armadas son garantía de orden, seguridad y bienestar para todos los chilenos - leyeron los porteños en los volantes sediciosos.

El gobierno seguía ante un callejón sin salida. Estaba ante la disyuntiva de que podía recurrir desesperadamente a las urnas, corriendo con ello el riesgo de una catástrofe electoral en el plebiscito. Una segunda variante era buscar un acuerdo humillante con la Democracia Cristiana muy difícil de tragar por un sector de la Unidad Popular. La tercera opción era implementar un gabinete de seguridad y defensa nacional. Ésto último era el eufemismo elegido para evitar llamar a las cosas por su nombre que no era otra cosa que un gabinete exclusivamente compuesto por militares. No se contempló la posibilidad de una cuarta alternativa, no era desmesurado pensar en ella pero se hizo silencio al respecto. Se trataba de la amenaza inminente de un golpe militar.

Al comenzar septiembre de 1973 los grupos paramilitares dirigidos por Patria y Libertad y otras sucursales afines se dedicaban a incendiar toda clase de locales partidarios adictos al gobierno. Los atentados se hacían cada vez más numerosos, era tal la cantidad que resultaba imposible enumerarlos. En medio de las fogueras y la pelotera salían a relucir las armas y la infaltable consigna favorita. Comunista que pilló lo mato, Comando Rolando Matus.

El 4 de septiembre desfiló junto a más de setecientas mil personas ante el Palacio presidencial. No lo había hecho tanto por la celebración en si porque no había mucho que celebrar. El gobierno propiamente tal estaba en un estado calamitoso y más apto para un funeral. Cuando los contingentes de su partido desfilaron ante la Moneda lo hicieron con los puños en alto en un último intento de rebeldía. Cuando el destacamento del MAPU pasó frente a Allende y el resto de los invitados a la ceremonia se levantó un bosque de puños al aire, como en un último intento de rebelión popular. Cuando Allende vió las miles de banderas verdes frente al palacio presidencial escuchó nuevamente la principal consigna de los mapucistas: Luchar, crear, poder popular.

En esos momentos cruciales Allende resolvió invitar a diez generales a una cena íntima en la residencia de Tomas Moro. La última cena de Allende con los generales no se había diferenciado mucho de la última comida a la que Jesús convidó a sus apóstoles y en la que instuyó la Eucaristía. La diferencia radicaba fundamentalmente en un hecho. El sacramento de Jesucristo consistió en la transformación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo por la consagración. En cambio en la cena de Allende los generales se consagrarían, en un lapso de pocas horas, en cuerpo y alma al baño de sangre que habían decidido desencadenar. La cuestión del poder pasaba por erradicar al adversario de raíz. Ahora en Puchuncaví, recordando aquellos hechos, todo le parecía patético. Nada consiguieron los puños en alto contra los cañonazos de dolares del Comité de Nixon y la fobia anticomunista de sus serviles armados.

No había ninguna duda, el gobierno del Frente Popular era uno de los objetos de odio preferido de la derecha. ¡Hasta que caiga, cueste lo que cueste! El Partido Nacional llamó a la huelga indefinida. Para que no quedaran dudas la escuadra norteamericana anclada en el puerto de Valparaiso se dedicó a hacer piruetas de todo tipo, apoyaba así los preparativos bélicos de la armada chilena. La dirección de la Armada chilena se sentía segura, el amo del Norte les daba todo su apoyo. Simultáneamente se acrecentaron los allanamientos militares a los recintos obreros, todo al pie de la letra de acuerdo a la Ley de Control de Armas. Cuando se firmó la ley el partido Demócrata Cristiano había sacado un comunicado en que se decía que la promulgación de esa ley era una victoria para la democracia. La clase obrera y sus aliados estaban completamente paralizados, nadie atinaba a nada, por lo menos no a nivel de masas. Era tanto el desorden institucional reinante que los asesores de Allende le pedían a coro al presidente que proclamara el peligro de catástrofe nacional.

Los allanamientos militares se sucedían unos a otros, se vinieron encima las huelgas patronales y los gremios que adherían a ellas surgían como callampas de la tierra. Conspiraron los abogados, se botaron en huelga de brazos caidos los médicos y los empresarios de la locomoción colectiva. Los estudiantes arrastrados por la melodía fascistoide se dedicaban a hacer todo tipo de desorden y de descalabros, menos estudiar. La burguesía buscaba provocar y sacó por ello a la calle a las mujeres que por miles salieron a dar de cacerolazos. Se esperaba que las hordas marxistas las atacaran y si corría un poco de sangre mejor; cueste lo cueste era la consigna. Lo único que encontró en su camino la cháchara y el caceroleo del mujerío fué una bandada de ratones que unos jovenes de la Brigada Ramona Parra soltó para divertirse un poco. La prensa informó al día siguiente que a los marxistas los conmovía una pasión roedora y que lo de las ratas era el inicio del plan Z.

Todo seguía como de costumbre, los chilenos se habían acostumbrado al caos. Continuaron las maniobras navales de los yanquis que ya habían dejado de ser un secreto, se paralizaron las ciudades, se generalizó la indisciplina militar de los oficiales. Los matones a sueldo de la sedición cortaron el tráfico de Curacaví - la carretera que unía a Santiago con Valparaiso - y comenzaron a cobrar peaje a cuanto vehículo pasara por el lugar. Los carabineros se dedicaban a contemplar el vandalismo de las hordas derechistas. Ale no podía borrar de su mente el día aquel en que los camioneros asaltaron una caravana de camiones con pollos con

destino a Santiago. Eran los días del mercado negro. Con características de tipo fascista los sediciosos reventaban pollos ante las cámaras de televisión, pero eso no lo vieron las dueñas de casa porque estaban haciendo colas para comprar pollos que nunca llegaron. Casi nadie reaccionaba, la inercia se había apoderado de la nación. Le escuchó a su madre decir que los aplastapollos eran unos criminales desalmados.

Todos esos signos eran inquietantes para el gobierno que buscaba conducir el país pero también una señal de que la meta propuesta por el tío Sam y el Comité de Nixon iba en buen camino. A derrocar, a derrocar que la paciencia de los de abajo se va a agotar, le decían a los facciosos. El cura Hasbun contribuía con su granito de arena. Que haceis que no os atreveis a darnos la paz - le suplicaba por la televisión a los generales. No era la línea de Cristo en donde se predicaba que Jesús había sido consecuente con los pecados de los poderosos y el derecho de los oprimidos a una vida mejor. Hasbun hacía lo contrario. Pero Allende y su círculo más cercano parecían no darse cuenta de todo el enredo social y político, ellos continuaban insistiendo en eso de mantenerse dentro de los márgenes de la ley. El 10 de Septiembre Allende resolvió consultar una vez más con el comandante en jefe del ejército acerca de la situación. Pinochet, como comandante en jefe, declaró que la situación militar estaba más tranquila y que la parada militar del 19 de Septiembre seguía su curso de acuerdo al protocolo tradicional. En la residencia de Tomas Moro, lugar que frecuentaban Allende y sus colaboradores más cercanos se comentaba, en medio de la cena, el desarrollo político de las últimas horas.

- Si no nos derrocan esta semana no caemos nunca.

El salón de visitas de Tomas Moro estaba adornado por cuadros de Siqueiros, Miró, Guayasamin, Picasso y Matta. Los óleos de esos gigantes junto a los retratos de Ho Chi-Minh, el Ché Guevara y Pedro Aguirre Cerda contribuían al especial marco ambiental de aquella noche. El tema social engarzado con una abstracta composición cubista daban al ambiente una expresión de surrealismo trágico.

- No podemos romper la legalidad porque somos precisamente el gobierno - reiteraba por enésima vez Allende a los convidados. Si hemos luchado en favor del respeto por la ley en un estado democrático no le podemos responder al terrorismo de derecha con el terrorismo de izquierda; sería el caos.

Después de las buenas noches vinieron los días amargos y el futuro incierto. A la sublevación de la marina de esa madrugada se sumaron los vuelos rasantes de los aviones Hawker Hunter. La música militar que desconcertó a la mayoría de la población sólo se suspendía para dar paso a los escuetsos comunicados militares de una junta militar autoproclamada en la cumbre del poder.

- La prensa, radio y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante, de lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre.

No podía rehacer todo lo sucedido, sólo cabía recordar y recordaba detrás de los alambres puas en Puchuncavi. Todavía sonaban en sus oídos los ruidos de los Hawker Hunter sobrevolando Santiago. No supo bien como, le fallaba la memoria, pero llegó a la Avenida Brasil y corrió hasta su oficina. Esta vez va en serio, se comentó a sí mismo en esa oportunidad, y sin pensarlo dos veces comenzó a trasladar los archivos con los nombres de los campesinos de los latifundios expropiados. Prendió fuego a los papeles en la tina de baño y vio como el humo llenó la pieza para luego seguir a las oficinas contiguas. Actuaba más bien por instinto. Se quedó atónito cuando escuchó la voz del presidente Allende en la Radio Magallanes.

- En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a



ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Ésta es una etapa que será superada. Éste es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

Seguía tirando los registros con nombres de los campesinos provenientes de la zona de Melipilla a la tina de baño. Afuera, en la calle, se escuchaban los ruidos de vehículos a toda velocidad y el vuelo amenazante de los bombarderos. La voz pausada de Allende a través de Radio Magallanes y el olor a humo saliendo de la tina de baño. No había nada de surrealismo, era efectivamente un cuadro de realismo trágico.

- Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.

Ale corrió al balcón del edificio en donde se encontraba, la gente corría de un lugar a otro, el temor se había generalizado. Tenía todavía puestas las manos sobre la baranda del balcón cuando resolvió que debía quemar el último ato de papeles. Después se largaría de allí.

- Trabajadores de mi patria, - continuó Allende - tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Después de tirar la última montonera de papeles a la tina de baño Ale había hecho abandono de la sede de la Federación de Campesinos al Poder. El poder lo tenían desde mucho antes, pero sobre todo a partir de ese momento eran los militares los dueños del poder. Los aviones Hawker Hunter se dirigían al Palacio de la Moneda. Eran ruidos estrepitosos y señalaban la nueva era. Vio pasar el color gris oscuro de los bombarderos y al cabo de dos minutos sintió la primera de una serie de explosiones posteriores. Estaba a punto de llegar el medio día. El humo que salía del palacio presidencial comenzaba a cubrir el centro de la ciudad. El general Baeza cercaba con su tropa al edificio en llamas.

- ¡De los de la Moneda no debe quedar rastro, en especial de Allende, hay que exterminarlos como cucarachas! El objetivo - gritaba el golpista - debe ser destruido por tierra y aire.

vSalió rápidamente por Avenida Brasil y dobló primero a la derecha y luego a la izquierda. A medida que avanzaba hacia el río Mapocho vio que se iba sumando cada vez más gente que avanzaba en la misma dirección. Al llegar a uno de los puentes cercanos al río notó que el lugar estaba atestado de militares. Un jeep cruzó a toda velocidad ante su vista, era el mismo tipo de vehículo del que se había escapado jabonado el 29 de junio de ese año. Por un instante se detuvo a observar el rostro de los uniformados. No encontró el de Carlos Carrasco Matus, se preguntó por el destino de su ex compañero de colegio y se marchó. Tenía prisa por llegar a su casa. Al pasar por una fuente de soda apareció el dueño con una botella de champagne en la mano. Miró al tipo obeso hacer su brindis con el líquido espumoso. Un sentimiento de impotencia se apoderó de sus sentidos.

Alcanzó a llegar hasta el edificio de las Cervecerías Unidas ubicado en la Avenida Independencia, estaba intervenido por el gobierno recién derrocado. Los golpistas cortaban el paso a todos los transeúntes. Allí le habían tenido con las manos en alto, pegado a la pared del edificio de color marrón. Un puñado de policías armados les apuntaban con ametralladoras. No se salvó porque Dios es grande, como acostumbraba a decir la gente, sino porque el desorden reinante era tal que nadie sabía lo que hacía ni menos porqué lo hacía.

Mientras tenía los brazos en alto recordó a Esmeralda, su compañera de oficina y militante de la Izquierda Cristiana. El día anterior habían visto desde el balcón una manifestación de un liceo de mujeres controlado por la Democracia Cristiana. A modo de broma le había dicho a Esmeralda que quería tener una honda para dar en el blanco. Ahora el blanco era él. Nadie disparó, los que estaban pegados a la pared de la cervecería pudieron seguir. Mientras caminaba a toda prisa se preguntaba lo que estaría haciendo el resto de la gente que él conocía.

Corriendo al lado de los alambres de púas se preguntaba una y otra vez por la suerte corrida por esa experiencia de mil días. Llevaba cerca de una hora corriendo y traspiraba copiosamente. Trataba de recopilar sucesos y explicaciones coherentes que le ayudasen a despejar los porqués de la derrota. De la última alocución radial del presidente se llegó a decir, lo leyó después del golpe en un documento microfilm del MAPU, que Allende había muerto autocríticamente con las armas en la mano. Era verdad, por lo menos en parte, pensaba él. A diferencia de lo que acostumbraban a hacer los gobernantes derrocados por los militares latinoamericanos Allende había sido el único en no correr a buscar refugio en un avión dispuesto por la embajada norteamericana. Había una gran diferencia. No todos los días la fuerza aérea se veía obligada a bombardear el Palacio presidencial con el presidente adentro. La fotografía de Allende con el casco de guerra y la metralleta en la mano había dado la vuelta al mundo entero. Todo eso era cierto. Lo que no encajaba era lo de la supuesta felonía y traición de la oficialidad.

Felonía era para él sinónimo de traición y una traición era un acto de violación a una fidelidad debida o prometida. Felonía y traición constituían un acto de deslealtad alevoso, un acto que favorecía al enemigo. Pero él seguía pensando que Pinochet y los suyos no habían violado la fidelidad al espíritu del cuerpo de oficiales del que formaban parte. Y por ende tampoco habían roto para nada con la red social, económica y política que les era propia. Al contrario. La oficialidad era una parte insoslayable del aparato de estado y el estado tenía, como todavía lo entendía él, un carácter burgués. Se erigía sobre una pirámide social que a su vez descansaba sobre relaciones de producción capitalistas. Pinochet y compañía podrían ser rastros, como lo había dicho Allende en su último discurso, pero se habían comportado con absoluta lealtad a los intereses de clase que desde siempre defendió la oficialidad del ejército.

El chiflado profesor de historia de su celda lo había mencionado en una oportunidad. No era primera vez que los militares habían arremetido en contra del pueblo, eso tenía historia, como lo señaló el profesor en la celda número nueve. Él era más un pedagogo de las ciencias sociales que militante e él compartía sus conocimientos. En 1903, cuando se produjo la primera huelga en el puerto de Valparaíso, los militares le metieron balas a la población; cerca de treinta personas pasaron a la sección de los muertos. Dos años después se produjo la huelga de la carne y para que hubiera contexto se dio visto bueno a una carnicería; el saldo fue de veinte muertos. Y lo mismo al año subsiguiente en Antofagasta, cuando los trabajadores hicieron peticiones salariales les respondió un cruzero de la marina; unos cuantos fueron a dar al cementerio y se dieron por finiquitadas las exigencias salariales.

- Ni que hablar de la masacre de la escuela Santa María en la ciudad de Iquique, dijo el profesor, en 1907 la voz de la metralla tumbó para siempre a miles de personas humildes. Lo único que no está claro, dijo y esa vez sin su sonrisa habitual, es de si fueron dos mil o cuatro mil los asesinados. Y la misma historia se había vuelto a repetir durante la década de los años veinte. En Punta Arenas nunca se pudo precisar el número de muertos que dejaron las balas del ejército. En 1921, de nuevo en Antofagasta, les tocó a los obreros del salitre; nunca más volvieron a abrir los ojos. En la Coruña, en Tarapacá, se torturó primero a las víctimas, luego se les obligó a cavar tumbas y acto seguido se los fusiló.

Suma y sigue le había dicho el profesor de historia. En la década de los años sesenta los

carabineros y el ejército la arremetieron contra la CUT; dejaron la tendalada. En 1966 el narigón Frei, había dicho el profesor del PC, mandó a meterle bala a los mineros de la mina El Salvador en Atacama. Ocho muertos más. Se dijo que ni se había persignado después de la matanza. Lo otro ya lo conoces - escuchó decir al narrador - después de la huelga general de 1967 quedaron los muertos y los heridos y en 1969 vino la masacre de Puerto Montt.

*Muy bien  
voy a preguntar  
Señor Perez Zujovic,  
porqué a un pueblo indefenso  
respondió con un fusil.  
Murió sin saber porqué,  
le acribillaron el pecho,  
luchando por el derecho,  
de un suelo para vivir.  
Hay que ser más infeliz,  
el que mandó a disparar,  
sabiendo como evitar,  
una matanza tan vil.  
Puerto Montt oh Puerto Montt.*

En los trabajos voluntarios de 1971 en Puerto Montt había cantado junto con Bernardo Acevedo, o El Charro como le conoció en las filas del MAPU, la canción de Victor Jara. Eran recuerdos inolvidables.

El 11 de septiembre de 1973, cuando llegó a las cercanías de su casa, vio las primeras banderas izadas por orden de la junta militar. En el interior de su casa olía a humo por todos lados. Su padre quiso prever lo peor y le prendió fuego a cuanto libro de izquierda encontró en la pieza de sus hijos. En el medio del patio quedaban los restos de las cenizas. No se salvó nada. La pared que antes hacía de mural estaba blanqueada. El ejército había dado comienzo a una expedición de proporciones históricas con el objetivo de reconquistar la santa propiedad privada sobre los medios de producción. Fue una cruzada contra los herejes, había que aplastarlos; cueste lo que cueste.

Dio una última vuelta y salió al trote hacia la ducha. Luego de la comida se dirigió, envuelto en sus propios pensamientos, a la barraca en donde estaba ubicada su celda. Se detuvo en la entrada, volvió la vista hacia atrás y decidió tirarse en el pasto, al lado de la cerca con alambres púas.

Fuera del campo de concentración y a lo largo de todo el país la operación “Chile memoria prohibida” estaba en pleno apogeo. Pero él estaba allí, en medio de ese marco de alambres de púas y muy cerca del mar. La labor mental no conllevaba riesgos, no dejaba huellas en la prisión. Era imposible que en el más absoluto de los silencios le violentaran el derecho a pensar, constituía un derecho humano imposible de ser violentado. Seguía inmerso en ese mundo de los recuerdos, en el track one y en el track two del Comité de Nixon. Volvían una y otra vez a la memoria el asalto al Palacio presidencial por los acorazados y por los soldados de los regimientos del Tacna y del Buin. Como concripto y cabo del regimiento Buin Carlos Carrasco tendría que haber participado del ataque a la Moneda. ¿De que había servido votar en los registros electorales por un parlamentarios de izquierda tal como lo había hecho él? Derecho a voto por primera vez y ya se lo habían erradicado por completo. ¿De que había servido todo ese apego a la legalidad cuando las leyes de la realidad hablaban un idioma distinto?

El 11 de septiembre de 1973 cayó como una bomba que llegó no sólo desde el aire sino

también por tierra y por mar. Cambió su fisonomía y tanto se cortó el pelo que ni los que acostumbraban verle a diario lo reconocieron a primera vista. Vinieron las horas de buscar lugares de refugio y partió a la casa de Hector, un amigo de la familia. Hector era democrata cristiano, machista consuetudinario y católico hasta el tuétano, pero le brindó su casa. Le conmovió ese chileno de pelo a chuzo parado. Le escuchó sus escapismos existenciales y su visión de la sexualidad.

- El hombre casado no tiene pa' qué ir a casa de putas. ¿Pa' que va ir uno a casa de putas? Es mejor pescar a la ñora que tiene en la casa y culiársela bien culiá. ¿No es mejor así?

No le agarraron entonces los militares que andaban vueltos locos a la caza de izquierdistas de todos los calibres y de todas las edades. Las órdenes de arresto eran tajantes y claras. Extirpar al cancer marxista de raíz; cueste lo que cueste. A las pocas horas del violento derrocamiento de la ya endeble institucionalidad burguesa y cuando aun se escuchaban los tiroteos en las calles del país, pero fundamentalmente de Santiago, apareció por las pantallas de televisión un general con el rostro fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba gafas negras y estaba rodeado de otros generales que también vestían uniformes grises. Era Pinochet. La conferencia de prensa con los periodistas extranjeros que ofreció Pinochet se transformó en un verdadero debacle y hasta los perseguidos sintieron vergüenza ajena por las estupideces dichas por el dictador a la prensa extranjera. En la misión que originalmente le fue encomendada al general estaba incluido un sangriento golpe militar según el concepto cueste lo que cueste pero no el trato con la prensa ni menos con la prensa internacional. Cuando los periodistas hacían preguntas que eran del desagrado del tirano eran acusados de ser agentes al servicio del comunismo internacional. Por cadena de radio y televisión y a través de todos los medios de comunicación de masas controlados por las nuevas autoridades se dió a conocer una declaración de principios. A partir de ese momento todo en el país se haría por un decreto particular cuyo espíritu era el siguiente:

Estamos en guerra con el marxismo-leninismo incrustado en todos los poros de la sociedad y por lo tanto el país se rige desde ahora por leyes de guerra. Lo anterior significa que las Fuerzas armadas son las únicas que quedan al margen de ser reprendidas por esas leyes porque la ley somos nosotros. Lo anterior significa que a partir de este momento las cosas van a ser de la siguiente manera: se disuelve el Congreso Nacional y el Tribunal Constitucional. El Poder Judicial existe única y exclusivamente para reafirmar el poder de la Junta Militar por lo que queda tal cual lo hemos determinado luego del pronunciamiento militar. En relación a la Contraloría General de la República vale desde ahora el principio de dejar hacer y dejar pasar, a la Junta la guía la mano de Dios. Respecto de la prensa prejuiciosa y malintencionada se tiene que ceñir a la censura y autocensura ya que nosotros nos regimos por metas y no por plazos. De la prensa enemiga ya la hemos dejado fuera de combate. De acuerdo al decreto ley según el cual guardar silencio es oro se acaban los partidos políticos que buscan atrofiar la cabeza a la ciudadanía con la siniestra ideología extranjera de la lucha de clases. Que quede claro; proscribanse todos los partidos marxistas que busquen detener o desvirtuar lo que se está disolviendo en este momento. No vamos a permitir obstáculos de ningún tipo en la gran tarea de Reconstrucción Nacional que tenemos por delante. Los otros partidos, los que no son marxistas, se ponen en receso por tiempo indefinido. Incinérnense todos los Registros Electorales, no vaya a ser cosa que a pesar de todo los vendepatria nos hagan fraudes.

Por decreto supremo inapelable me declaro ante Dios como Jefe Supremo de la Nación y por ende en Comandante en Jefe de todos los poderes habidos y por haber. Para los efectos anteriores créase el Servicio Público Autónomo de la Dirección de Inteligencia Nacional. Cesan en sus funciones los alcaldes para que todo quede armonizado de acuerdo a los postulados de la Junta Militar en la que yo soy el que manda. Proscribanme todas las libertades personales para lo que entra en vigor el Estado de Sitio en todo el territorio nacional. Acábase con eso de los sindicatos, lugar en donde crece la mala yerba de la lucha de

clases. Y para unificar y hacer monolíticos los recuerdos del pasado y los criterios del futuro intervenganme todas las universidades; nada de estudiantes rezongones y pensantes. Facúltese a las Fuerzas Armadas y del orden con medidas extraordinarias para que efectuen cuanto arresto masivo y selectivo estimen conveniente. Para ello existe ya la potestad de la DINA.

Se silenciará para siempre a todo aquel que ose atentar contra el sagrado principio de la disciplina en el trabajo y de la moral cristiana en el hogar. Que los hombres sean hombres y se corten el pelo y las mujeres a las faldas. Prohibanse a partir de este momento y por anticipado los recursos de amparo por ser innecesarios y perturbadores a la paz autoritaria que presido. Se anulan todas y cada una de las libertades públicas en resguardo de los valores supremos que yo represento. Se perfeccionan y amplian los mecanismos técnicos de la DINA y se libera desde ya a su gente de toda crítica malintencionada, sus efectivos tienen desde ahora en adelante amnistía general. Para resguardar la seguridad pública y el de la libre empresa se proscribe el derecho a la integridad física y psíquica de nuestros enemigos. Y en caso de obsecación extremista se elimina por añadiduría el derecho a la vida. Permítese por lo tanto la aplicación de los correspondientes apremios físicos a todos los malagradecidos que cuestionen en los hechos lo que estoy inculcando. Se establece por lo mismo la violabilidad de toda forma de comunicación privada, en caso contrario sométase a los doctrinarios al allanamiento que determina la ley. Se establece el derecho a la inseguridad individual incluyendo la facultad de entrar a villas de arrepentimiento y otros lugares afines. Se prohíbe también la libertad de emitir opiniones contrarias a los sagrados principios portalianos que yo encarno. En su defecto los terroristas de opinión quedarán sujetos a penas de prisión prolongadas o perpetuas. Se prohíbe llevar a cabo o promover ideas que atenten contra el espíritu celestial y omnipotente que yo represento. Expúlsenme del país a todos los clérigos y monjas que se dediquen a dar protección y amparo indebido a los perseguidos por la justicia militar. A partir de hoy se modifican sustancialmente los derechos humanos por estar pasados de moda y por ser inconstitucionales, perturbadores e inadecuados a las disposiciones vigentes. Por último, y para sintetizar; de todo lo anterior se desprende que queda abolido el derecho a la verdad.

El mensaje de Pinochet provenía de dos fuentes. La primera era una camada universitaria espirituada por el catolicismo y el pensamiento de Diego Portales. Portales fue un político antidemocrático de principios del siglo pasado. Esa línea autoritaria devendría, según los planes de la junta militar, en una acción contundente y prolongada destinada a la reconstrucción moral y al cambio de mentalidad de la población. La segunda vertiente tuvo a su cargo la labor de eliminar de raíz a todo aquel que se apareciera en el camino del dictador y su responsabilidad recayó en un centenar de mayores y coroneles de la Escuela Militar.

Los oficiales sufrían desde hace ya mucho tiempo de una enfermedad sin remedio; un anticomunismo virulento y contagioso no les dejaba en paz. El caos y la anarquía reinante - decían - era única y exclusivamente culpa de los marxistas. Las raíces del desorden, repetían los coroneles a penas se les presentaba la menor oportunidad, se hallaban en la descolonización de Argelia, en la guerrilla del Che Guevara en América Latina y el país de los bolcheviques, en la URSS, una superpotencia que en cualquier momento haría estallar la guerra nuclear intercontinental. En última instancia el problema tenía su origen, según la insistencia de los más sesudos, en los primeros años de la revolución rusa dirigida por los bolcheviques. Por todo eso se hizo mucho hincapié en que para detener la plaga marxista había que barrer con todos los obstáculos de tipo ético. El visible microbio anticomunista lo adquirieron los oficiales en los cursos de contrainsurgencia y de seguridad nacional dictados por catedráticos norteamericanos en Panamá.

Miles de personas fueron arrestadas sin cargos ni juicios. La junta militar llevó a cabo sistemáticamente atropellos a los derechos humanos, los opositores fueron torturados y ajusticiados. Actuaban preferentemente durante las horas del toque de queda ya que sentían especial apego por el factor de la impunidad. Durante el último tiempo había surgido en el

país, aunque no en todos los ciudadanos, una especial inclinación por las leyes. A la ley de control de armas se sumó la de La ley de fuga. A los presos los ajusticiaban en fugas inexistentes. A los sospechosos de ser izquierdistas se los apresaba arbitrariamente en todas partes, se maltrataba, se hería y se asesinaba a la gente. Cuando los enviados de las organizaciones internacionales, después de infinitas dificultades, hacían preguntas los militares negaban consecuentemente de que se practicara la tortura en Chile. Cuando ese tipo de respuestas se hacían imposibles se decía que la tortura era a veces necesaria. Al final fue el mismo Pinochet que hizo uso de la palabra y a los enviados de la iglesia les explicó personalmente de que se trataba: *la gente era atacada por el virus comunista y había que extirparlo, a los marxistas y comunistas hay que torturarlos si no no hablan.* A la fuerte crítica de la opinión internacional contra los atropellos de los militares se decía que era parte de una campaña internacional para desprestigiar a la junta militar. Pero era indudable que el país se había convertido en una sala de tortura. El único país de América Latina con un sistema de partidos políticos parecido al europeo se había convertido de pronto en una cruel dictadura militar.

vLos tribunales en tiempos de paz quedaron en el olvido porque la patria estaba en guerra, su lugar fue reemplazado por doscientos ochenta y tres Consejos de guerra repartidos por todos lados. Los consejos en cuestión adolecían de una cantidad impresionante de anomalías formales y de fondo. No lograban exponer pruebas fehacientes que certificaran o acreditaran lo punible que se esgrimía en contra de los capturados. Se sancionaron hechos acontecidos mucho antes del golpe de estado y mucho antes de la declaración del Estado de sitio. Se hizo tabla rasa de la ley general de protección de menores y se omitió la asistencia de abogados. Se llevaron a cabo Consejos de Guerra que nunca nadie supo donde y como se realizaron. La única evidencia fueron los cuerpos de los fusilados. Pero a pesar de todas las deficiencias manifiestas eso no fué en modo alguno un inconveniente para la flagrante transgresión legal, absolutamente inadmisibles según el código judicial, que llevó a justificar tanta arbitrariedad. Los juicios fueron de relegación o extrañamiento por ser de izquierda. A presidio por ser miembro activo de algún partido de izquierda. A presidio mayor por ser dirigente y presidio perpetuo por llevarle la contraria al fiscal militar. Presidio militar mayor y presidio militar perpetuo por insistir en que el golpe de estado era inconstitucional. Sin embargo en la mayoría de los casos, de personas a las que los fiscales catalogaron como marxistas empedernidos, los juicios dictaminaron penas de muerte. Cueste lo que cueste.

Se hicieron comunes las redadas y los allanamientos rastrillo a recintos y lugares de todo tipo. Al principio las detenciones fueron masivas. El país y la opinión pública en el exterior se enteró de como todo el territorio se convirtió en una cárcel gigantesca. Cuando las cárceles se colmaron de presos se utilizaron las academias militares, los regimientos, los retenes de carabineros, los centros aéreos y aereonavales, los barcos de guerra y los buques particulares, los estadios deportivos, los campamentos de veraneo popular, las casas culturales y todo el aire que respiraban los chilenos. Se apresó a gobernantes y gobernados y hasta en las catacumbas se supo de las crónicas del horror.

Todo el territorio nacional estaba sujeto a las restricciones del Estado de Sitio y el toque de queda. Las ejecuciones se efectuaron preferentemente durante la noche y en lugares apartados a pesar de que no había un alma alrededor. Se los ejecutó sin que mediaran procesos previos. Sin derecho a defensa y poco a poco en forma cuasi selectiva. Fusilamientos fulminantes, de uno o dos tiros en la nuca. Acribillados so pretexto de la Ley de fuga. Mutilados a balazos. Ejecutados y abandonados, en las calles y al borde de los ríos. Prisioneros ejecutados y sepultados a escondidas. Victimados por la espalda, ejecutados a mansalva. Asesinados en forma indiscriminada e innecesaria. Ejecutados al margen de toda ley, ejecutados por agentes del estado. Perforados, fusilados. Ajusticiados en el acto. Ametrallados ante los hijos. Victimados a balazos por principios dislocados. Disparos a quemarropa. Condenados a la pena

de muerte. Eliminados por el fuego de las armas. Esposados y maniatados, liquidados. Asesinados con alevosía. Fusilados por un pelotón. Perforados de una vez y para siempre. Condenados a muerte de antemano. Ultimados impunemente. Abatidos con armas automáticas. Fusilados sin chance. Simulacros de fusilamiento y fusilados. Extirpados de raíz según el comunicado militar vigente. La ola de asesinatos fueron cometidos por uniformados y civiles de extrema derecha.

Él se preguntaba ahora, rozando el alambre pua con la llaga del dedo índice de la mano izquierda, si todas las masacres hubieran sido posibles sin el apoyo de vastos sectores de la población civil. Permitieron lo sucedido, lo toleraron. Simpatizaron con la matanza, cohonestaron todas las violaciones a los derechos humanos e hicieron caso omiso del socorro y el amparo. Era sin lugar a dudas una acusación grave, se trataba de un genocidio. La suerte de miles de personas era desconocida, los familiares de las víctimas se encontraban en la más total de las incertezas, pero los crímenes no estaban ni serían aclarados.

No solo las monjas, los curas y cardenales humanistas y radicales, estaban preocupados por el siniestro desarrollo de los acontecimientos. La Iglesia Católica comenzó a preocuparse por la sangre de los corderos descarriados y degollados. El dolor del alma no tenía límites. ¿Que iba a decir el Santo Padre?

*Que dirá el santo padre  
que vive en Roma  
que le están degollando  
a sus palomas.*

La iglesia llegó manifestó en sus Te Deum ecuménicos su preocupación pero jamás condenó abiertamente los crímenes contra los derechos humanos cometidos en nombre de Dios. Sin embargo se podía leer entre líneas que se estaban conculcando los derechos naturales anteriores y superiores al estado. El cardenal Silva Enriquez se vió obligado, junto a las congregaciones luteranas, metodistas y judías a crear El Comité Pro Paz que dió ayuda jurídica a los familiares de los desaparecidos y de los presos políticos. Las permanentes provocaciones y ataques de la junta militar contra los religiosos llevó a la disolución del comité. Las congregaciones religiosas cedieron a las presiones de la dictadura. Un mes más tarde se crearía sin embargo La Vicaría de la Solidaridad que continuó el trabajo de la iglesia consistente en ofrecer ayuda a las víctimas de la opresión. Eran cada vez más los familiares que solicitaban ayuda jurídica. Los presos políticos se contaban por miles. Además de los cinco mil ajusticiados habían desaparecido otros miles de personas. También los familiares de Ale y de Carlos Carrasco se contaban entre los que se habían dirigido al comité.

Un prolongado shock tortuoso se vino a ceñir sobre la población. Comenzaron a aparecer cadáveres por todas partes y sin aviso previo. En la localidad de Asómbrese quien pueda un obrero agrícola descubrió por pura casualidad siete cuerpos que de inmediato le causaron una parálisis cerebral. Al primer cuerpo que vió le faltaba un ojo, tenía la nariz arrancada, una oreja que se le veía unida y separada. Tenía también unas huellas de quemaduras de cigarillo muy profundas en el cuello y la cara quebrada con hematomas y tajos, la boca estaba muy hinchada. El segundo cuerpo que yacía a su lado casi no podía respirar, tenía múltiples heridas a bala en la región cervical y en la parte toraco-abdominal. Se encontraba literalmente agónico, aun tenía las manos atadas. El tercero daba muestras de atricción y de muchas fracturas en toda la mitad izquierda y parte de la mitad derecha de la cabeza. Presentaba desgarros en el músculo cutáneo y una herida contusa del tercio superior del muslo izquierdo, estaba prácticamente destrozado. La cuarta evidencia era el asesinato de un pequeño de unos ocho años. El cuerpito demostraba a toda luz el uso indiscriminado de la fuerza por parte de los agentes del estado. A su lado, de espalda al mundo real, se hallaba una niña de catorce

años de edad en estado de embarazo. Yacía acribillada. En el sexto cuerpo se podían ver escoriaciones multiformes distribuidas en la región frontal derecha, presentaba una enorme cantidad de traumatismos y lesiones equimóticas. Los restos esqueléticos del séptimo dejaba a la vista las manos hinchadas y sin uñas, el brazo izquierdo estaba quebrado y la cabeza estaba aplastada.

Cuando el pobre hombre logró salir de ese lugar horroroso corrió hacia el pueblo para contar lo que había visto. Nadie le podía creer de modo que la gente quería cerciorarse de que el campesino estaba loco. Finalmente todos se tuvieron que resignar ante el hallazgo macabro, vivían en un país enfermo y lleno de locura. El alma se colmó de los horribles restos pero aun quedaba la capacidad del habla. Era un asesinato. Malditos asesinos dijeron ellos. El desdichado campesino gritó NUNCA MÁS, luego murió.

Siete cuerpos, como los siete días de la semana, cuatrocientos desaparecidos por semana. Cientos de personas tuvieron que soportar la tortura física y psíquica en los centros de tortura clandestinos, un ejército dentro del ejército compuesto por patrullas asesinas que raptaban, torturaban y asesinaban a sus víctimas y que hacían desaparecer a miles de personas.

vY en el pueblo y por los pueblos del mundo comenzó a correr el rumor de los cadáveres con la mirada desaparecida. Aparecieron entonces los curas y algunos abogados incrédulos. No estaban del todo convencidos de la montaña de relatos horripilantes pero estaban dispuestos a arriesgar el pellejo con tal de esclarecer la verdad de lo sucedido. Pero se necesitaban muchos más curas y muchos más abogados porque siguieron apareciendo montones de desaparecidos. A tanto llegó la necesidad que se discutió la posibilidad de importar abogados y curas de habla hispana. Era comun ver los restos de los cuerpos flotantes seguir el curso de las aguas del río Mapocho. Cerca del puente Pedro de Valdivia y Pio Nono los piadosos recogían del río a los asesinados para darles cristiana sepultura.

Lo que se vivía en Santiago era parecido a lo que sucedía en el sur y norte del país. En Osorno, alrededor de la medianoche de un día de toque de queda, los carabineros sacaron de un calaboso a unos presos con las vendas sobre los ojos. Les observaban unos sujetos vestidos de negro, llevaban máscaras de vampiro que les cubrían los rostros, máscaras que también eran negras. Hicieron con los presos un atado casi inerte y en vehículos de extremistas de Patria y Libertad los llevaron al río Pilmaiquén. Un vampiro detrás de cada condenado. Allí, arrodillados y en dirección al río, los ultimaron sin asco. A la misma hora, en otro lugar apartado de la conciencia, rociaron el cuerpo desnudo de una detenida con un balde de aceite caliente. Un grito atroz recorrió de punta a punta al país y marcó de una vez y para siempre a los seres queridos de las víctimas caídas. Hallazgos parecidos se hicieron en la Carretera General San Martín, en Américo Vespucio con Avenida Grecia y en los cementerios. La muerte cobraba vida y estaba generalizada. Aparecieron una y otra vez las osamentas y los cuerpos inhumados imposibles de identificar. Sucedió también que a veces los familiares conseguían rescatar los restos de los buscados. Pero en medio del velorio aparecían los vampiros sin máscaras y se llevaban el ataúd con el muerto adentro. El finao no es de ustedes, decían.

La muerte seguía su carrera loca. Cadáveres ocultos en Lonquén y en Paine contribuyeron a que fueran cada vez más los que se hicieron concientes de lo que sucedía. En otros lugares de Santiago hallaron cadáveres de médicos y pacientes raptados desde el interior del hospital San Juan de Dios. Abandonados, desaparecidos. Fueron innumerables las personas asesinadas. Los escuadrones de la muerte de la DINA y las fuerzas represivas de los militares y de la policía seguían las ordenes emanadas de la junta militar; extirpar el cancer marxista de raíz, exterminarlos. Rara vez se podía determinar como se había segado la vida de las víctimas.

La violencia irracional cobró la vida de decenas de miles de muertos. Llegó hasta tal punto



la orgía de sangre que la situación en el Instituto Médico Legal y en el Cementerio General de Santiago se hizo insostenible. Las autoridades decidieron entonces que la solución ideal se hallaba en esparcir la muerte en el patio 29. Era una extensión de terreno muy vasta y estaba ubicada al fondo del cementerio, en el sector nororiente, cerca de la Avenida Einstein. Surgió así un verdadero edificio de sepulturas de personas no identificadas. A la opinión pública se la mantenía al margen de la existencia de los muertos, jamás se les había detenido, jamás se les había torturado, sencillamente no existían. Cogió el alambre de púas hasta que vio salir de su dedo una gota de sangre. Se volvió a preguntar lo que se había preguntado ya tantas veces. ¿A qué se dedicaban todos antes de ser eliminados para siempre? Las profesiones y sueños de todos los castigados por demócratas hipócratas?

Trabajadores de la radio, obreros de vialidad, dirigentes poblacionales, suplementeros, choferes, comerciantes, obreros del calzado, transportistas, contadores, soldadores, campesinos, médicos, profesores, inspectores, cineastas, escritores, arquitectos, topógrafos, estudiantes básicos, taxistas, rondines, estudiantes de enseñanza media, asesores jurídicos, ingenieros hidráulicos, adolescentes, mecánicos, ex infantes de marina, torneros, cerrajeros, gásteros, secretarias, ingenieros químicos, abogados, zapateros, feriantes, cargadores, oficiales de ejército en retiro, nietos, mineros, enfermeros, albañiles, expertos agropecuarios, técnicos sanitarios, estudiantes de pedagogía, pionetas, pilotos, sastres, investigadores demógrafos, mueblistas, vendedores viajeros, coperos, relojeros, profesores de derecho, artesanos, pintores, funcionarios universitarios, niños, obreros automovilistas, electricistas, concriptos, importadores, cirujanos dentistas, matemáticos, dibujantes técnicos, jornaleros, obreros matarifes, obreros agrícolas, aviadores, bioquímicos, doctores en medicina nuclear, estudiantes de derecho, obreros municipales, cesantes, estudiantes de filosofía, profesores de enseñanza básica, empleados fiscales, suboficiales de ejército en retiro, pastores evangélicos, suegros, técnicos rurales, profesores de capacitación técnico rural, trabajadores de ferrocarriles, reservistas del ejército, regidores, funcionarios aduaneros, militantes, educadores sanitarios, empleados portuarios, ingenieros metalúrgicos, radiooperadores, sociólogos, sacerdotes, profesores de filosofía, gendarmes, comerciantes minoristas, empresarios, fiscales, administradores de empresa, profesores de inglés, policías civiles, pilotos civiles, relacionadores públicos, directores de planificación, carpinteros, carabineros, asistentes sociales, marineros, viudos, estudiantes de periodismo, trabajadores marítimos, gerentes, gobernadores, ingenieros agrónomos, periodistas, sub-gerentes, supervisores, ingenieros de ejecución, inspectores de sanidad, ingenieros comerciales, funcionarios públicos, directores de radio, estudiantes de ingeniería, locutores de radio, ingenieros en minas, alcaldes, técnicos forestales, técnicos agrícolas, músicos, presidentes de centros de alumnos, funcionarios de los registros electorales, hijos, ex-sacerdotes, choferes de micro, obreros areneros, dirigentes del magisterio, intendentes, enfermeras universitarias, jubilados, lustrabotas, obreros de la construcción, solteros, enfierradores, estudiantes de kinesiología, técnicos de mantención mecánica, choferes mecánicos, topógrafos, administradores públicos, profesores normalistas, maestros curtidores, relojeros, estudiantes de agronomía, directores de teatro, entomólogos, capataces, empresarios, tipógrafos, choferes tractoristas, electricistas, garzones, maquinistas de ferrocarriles, directores de escuelas, contratistas, directores de hospitales, técnicos cooperativistas, empleados bancarios, consejeros de la CUT, profesores universitarios, estudiantes de construcción civil, pequeños industriales, vendedores de frutas, pequeños agricultores, boteros, obreros madereros, jefes de predios, obreros tejueleros, camioneros, obreros panificadores, pescadores, predicadores protestantes, inválidos, directores provinciales, técnicos en radio, funcionarios de vialidad, inspectores distritales, boxeadores, linotipistas, simpatizantes, jefes de talleres mecánicos, funcionarios de Impuestos Internos, obreros salitreros, talabarteros, ministros, arrepentidos miembros de los servicios de represión, mujeres embarazadas, tapiceros, casados, separados, arquitectos, científicos políticos, actrices, constructores civiles, químicos farmacéuticos, radiocontroladores,

enfermeros hospitalarios, operadores de maquinaria, estudiantes de teología, radiotelegrafistas, obreros forestales, estudiantes de geología, veterinarios, padres, dibujantes publicitarios, ingenieros en minas, ingenieros electro mecánicos, obreros gráficos, economistas, bodegueros, dueñas de casa, futbolistas, soldados, recaudadores, peluqueros, pescadores artesanales, joyeros, dirigentes deportistas, profesores rurales, trabajadores marítimos, dirigentes sindicales, estudiantes de medicina, médicos de la Cruz Roja, técnicos en televisión, ingenieros electromagnéticos, deficientes mentales, instaladores sanitarios, empleados balnearios, herreros, estudiantes de tecnología industrial, geógrafos, cerrajeros, cineastas, auditores, estibadores, psiquiatras, embajadores, telefonistas, miembros de la escolta presidencial, técnicos en aire acondicionado, dueños de restaurantes, vendedores de flores, pintores de automoviles, camarógrafos, obreros cepilladores, publicistas, ciclistas, jardineros, profesores de química, biólogos marinos, directores de orquesta, aseadores, operadores mecánicos, cocineros, técnicos en montaje, encuadernadores, estudiantes de audiofoniatría, decoradores de interiores, empleados del calzado, estudiantes de biología, estudiantes de estadística, técnicos electrónicos, farmacéuticos, estudiantes de enfermería, funcionarios de las Naciones Unidas, obreros temporales, obreros ceramistas, técnicos en ascensores, proyectistas, licenciados en ciencias jurídicas, ancianos, mecánicos de bicicletas, corresponsales de prensa, modistas, mayordomos, obreros pirquineros, institutrices, libreros, estudiantes de tecnología laboratista, fotograbadores, obreros desabolladores, carretilleros, marineros armadores, ingenieros de ejecución petroquímicos, técnicos en máquinas IBM, carabineros socialistas, buzos, talladores, estudiantes de historia.

Para un tercio de la humanidad comenzó a ser evidente que el dictador se hallaba comprometido en un gigantesco crimen de lesa humanidad. Se comenzó entonces a estudiar la posibilidad de dejar al régimen del oprobio sujeto a la jurisdicción internacional. Los primeros gobernantes en reaccionar ante la barbarie de los epígonos de Pinochet fueron los de México, Italia, Colombia, Venezuela, Alemania, Bélgica, Francia y Suecia. Esos países comenzaron a recibir importantes cuotas de refugiados políticos. Otros dieron de inmediato asilo en las embajadas a los agentes culturales del régimen depuesto mientras que en otros se recibió con los brazos abiertos a periodistas, escritores y profesionales de prestigio internacional. Había comenzado así un gran éxodo hacia el resto de América Latina y Europa. Igual cosa habían hecho antes los europeos al llegar al continente de los inocentes cuando huyeron del nazismo y el fascismo. La migración de refugiados políticos se transformó en el reverso de la migración de los perseguidos políticos de ayer. Se pudo también relatar ante el mundo acerca de la vía trágica al socialismo.

Se enteró en Puchuncaví sobre la suerte corrida por su amiga Quena. Recordó el golpe que recibió ella cuando se estrelló con la panza en el suelo huyendo de los carabineros, estaba embarazada. Fue antes del golpe de estado. Estuvo a punto de creer en los milagros cuando supo del parto, Quena dió a luz una criatura hermosa. Tamara. Luego de mucho ajeteo clandestino Quena se asiló en una embajada centroamericana para luego abandonar de una vez y para siempre el país aporreado por la bota militar.

## 10

**A** mediados de 1975 la labor de aniquilamiento selectivo de los coroneles era ya casi una labor cumplida. A él lo habían capturado un poco antes. Estaba conciente del dolor ajeno por la desaparición de los familiares, amigos y compañeros de los presos con los que se encontraba detenido. Sabía también que el precedente de Nuremberg era un recuerdo vago, débil como una burbuja de jabón. Ni obligaciones internacionales, ni investigaciones, ni sanciones ni nada para los responsables de tanta ignominia. Un soplo, un olvido.

En los terrenos de Peldehue los merodeadores pudieron ver las palas y los chuzos sucios

con tierra, los bidones de combustible y los cargadores vacíos. Fusilados y quemados. Los vientres de otros tantos los abrieron con los corvos, los lanzaron al mar, desde el aire. Por la fuerza de las olas se supo de los restos, eran parte de la barbarie en marcha. Excavados de fosas clandestinas los muertos comenzaban a aparecer por todos lados, muertos todos, ellos y los derechos humanos. Cuerpos muertos, letra muerta. Los desbarrancaron por las montañas, con la piel quemada, con los tejidos infectados y muertos, vomitando sangre. Semimuertos. Con carteles colgados al cuello: ¡Que los jotes se coman a los desgraciados! Vultúridos jotes de montañas, jotes de cuarteles y de la muerte. Continuaron apareciendo muertos por todos lados. Vidas sin vida. Fue tanta la música fúnebre y el ritmo de disparar a mansalva que las aberraciones de los militares se hicieron prácticamente imposibles de contabilizar. Prender fuego a los cadáveres y sepultarlos con cal, a las escondidas y que nadie se entere - decían entre ellos. Responsables de incógnito, valientes durante las horas del toque de queda. Aparecieron los muertos hablando por la boca de los sobrevivientes y a través del silencio por los labios de los muertos en vida.

La locura alcanzó ribetes internacionales. Bajo la lluvia de las balas y junto a los chilenos cayeron ciudadanos bolivianos, españoles, norteamericanos, uruguayos, brasileños, argentinos, vietnamitas, austriacos, mexicanos, venezolanos, panameños, polacos, ecuatorianos, franceses, italianos, yugoslavos, suizos, checoslovacos y británicos.

La Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos y el Alto Comisionado de la Organización de las Naciones Unidas salieron finalmente de su asombro. Pidieron que se detuviera el desenfreno en la pasión por matar. Intromisión en los asuntos internos - respondían los embajadores del crimen orquestado. No puede ser, dijeron entonces los máximos representantes de Amnesty International. Claro que sí - dijo la dictadura. Manuel Contreras, el número uno de la DINA, se lo dijo a un representante de las Naciones Unidas. Todo el cuento de los muertos y desaparecidos es una cuática de los marxistas porfiados - vociferaba el oficial mano derecha de Pinochet. Por si acaso y para evitar mayores sorpresas el gobierno ordenó al mismo tiempo una cantidad impresionante de nuevas detenciones arbitrarias. A los familiares destrozados por el dolor se les respondía con la misma monserga de costumbre: ustedes están locos, nosotros no los tenemos, búsenlos en otro lado. En las Naciones Unidas se seguían acumulando las condenas al gobierno de Chile por el atropello diario a los derechos humanos. Para confundir a la opinión pública mundial los militares decidieron entonces camuflar lo humano y comenzaron a utilizar animales en las torturas contra las mujeres. Eso llenó de satisfacción a los acomplejados sexuales al interior de los organismos represores pero causó aun más estupor en el ámbito internacional y particularmente en Europa. En el exterior comenzaron a germinar poderosos movimientos de solidaridad que exigían que los gobiernos intervinieran para detener la orgía de muerte de la junta militar.

No hubo organismo internacional, exceptuando a la CIA y el Comité de los Cuarenta Ladrones, éste último de existencia inoficial, que no condenase al Chile de Pinochet. Los más afectados con las protestas en el país sudamericano eran los trogloditas del Poder Judicial. Los juristas internacionales le exigieron a los chilenos que explicasen su pasividad ante la galería de muertos. En marzo de 1975, el mismo mes en que la DINA le detuvo a él y a su amigo Carlos Carrasco, los jueces sacaron por fin el habla. Explicaron sin embargo que no habían reaccionado ante los atropellos a los derechos humanos por una razón muy simple. A nuestros jueces - dijeron sin arrugarse - las autoridades militares les respetan con el decoro que ellas se merecen. Chile no es una tierra de bárbaros como se ha dado a entender en el exterior, ya sea por los malos chilenos o por individuos extranjeros. En cuanto a torturas y otras supuestas atrocidades podemos afirmar que aquí no existen paredones ni cortinas de hierro. Cualquier afirmación en contrario se debe a la prensa marxista, pero esas ideas no podrán prosperar en nuestra patria. Con versos como esos se coronaba a la injusticia.

Los familiares de las víctimas afectadas llegaron a la conclusión de que la judicatura estaba compuesta por unos vejesterios sin cojones. Habían tenido la desfachatez de negar la existencia de personas detenidas desaparecidas. Se aferraban con dientes y muelas a una antipráctica jurisprudencial sin parangón en la historia de América Latina. Durante el gobierno de la Unidad Popular protestaban hasta por los pedos del vecino, pero ante el genocidio instrumentado por los coroneles de la DINA el servilismo era de sumisión total. El recurso de Habeas Corpus que consistía en exigir que la autoridad trajese a la vista de los tribunales pertinentes a los desamparados pasó al olvido. Los tribunales facilitaron las detenciones ilegales, renegaron por completo de su obligación de velar por la integridad de los detenidos, desatendieron el principio de inmediatez y alentaron detenciones masivas y selectivas al no dictar ellos las órdenes de arresto. La gente comenzó a decir que los jueces se habían pasado por el culo los requisitos más elementales de la concepción de la justicia. Quedó así en evidencia la farsa judicial. En marzo de 1975 habían negado su detención y la de Carlos Carrasco y las de miles de secuestrados, torturados y asesinados y desaparecidos. No pocas veces los jueces cuestionaban el que las víctimas habían existido, el que los familiares presenciasen los raptos no tenía nada que ver con nada.

En Chile se comenzó a formar la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, la de los Ejecutados Políticos, la de los Movimientos contra la Tortura y de los que exigían que se respetara la Convención de Ginebra. No aceptaban sus desapariciones y muertes porque era como enfrentarse al abismo de la deshumanización y del horror. Los seres queridos eran hombres y mujeres sencillos. Sus ausencias dejaban primero la sensación y luego la certeza de que la muerte carecía de sentido. Estaban pagando por los ideales de los ausentes. Desapariciones y muertes, injustas e inexplicables. Para las familias afectadas era imposible continuar viviendo ante tantos esqueletos esparcidos, habían sido tragados por la muerte. Ninguno de los familiares estaba acostumbrado a sentir una ausencia tan profunda.

El horror de sobrevivir al miedo, concientes de que los que no estaban se habían aferrado hasta el final al sentimiento de justicia humano. Duelos inconclusos, a quienes tenían hijos únicos les gritaron que los fueran a enterrar como a los perros. Ni funerales ni velorios, ni luto ni nada. Dolores sin desenlace y por eso escarbaron la pampa del norte y penetraron en la suavidad de la nieve de las altas montañas. Los buscaron. Tenían y sirvieron a una causa, a un ideal. Los parientes querían terminar con las incertidumbres que acosaban la mente y que les impedía encontrar el sosiego. Querían hacer descansar el cerebro de tanta amargura. Los que no estaban, los detenidos desaparecidos, habían sido de un compromiso diferente. Ellos, sus familiares, ciegos de tanto llorar, querían descansar y morir en paz pero comenzaron a morir de pena.

Segun los militares se les extirparía de la faz de la tierra. Entonces ellos, los más cercanos, comenzaron a cultivar tanto odio que se petrificaron el alma. Entonces los familiares traspasaron su odio a los hijos para que lo depositaran en los nietos. Querían dejar sentado un precedente que sirviera de alerta a las generaciones futuras. Prefirieron levantar una muralla inexpugnable, un monumento en contra del olvido y por la vida en lugar de aceptar la espera de la muerte no convidada.

Cuando la rabia de los afectados cundió como un reguero de polvora la dictadura resolvió que lo más seguro era cercar la capital con 18 000 hombres armados. No fuera a ser cosa que todo se desborde - se decían unos a otros. El peligro no era imaginario, era real, y desató nuevamente el miedo. Los psicólogos y los familiares de los asesinados coincidían en una cosa. El problema no residía en unas desapariciones más o en unas desapariciones menos. Tampoco consistía en crímenes por un excesivo uso de la fuerza a manos de los agentes del estado. Era un problema mucho más medular. Se trataba de un sistema genocida en manos de gente completamente demencial. El objetivo último era la preservación de un sistema de explotación económico y de opresión social, político y cultural. Para ello era necesario

cambiarle la mentalidad al conjunto de los chilenos, operarles el cerebro a todos aquellos a los que no se podía extirpar la vida. No se podía seguir apresando gente en forma infinita, no era viable. Al final se soltaban y volvían a protestar y a propagar falsedades.

Una mejor y más duradera solución era el extirpar la conciencia de los sobrevivientes. La censura efectiva, el total control sobre los medios de comunicación de masas, la fuente de noticias unilaterales y los innumerables programas de entretención harían lo suyo. Lo mismo harían los militares encaramados en la dirección de la educación.

Había que erradicarles de las conciencias, abolir para siempre por decreto y con las balas, la atrevida ocurrencia de que en general las transformaciones sociales eran posibles. Había que inculcarles de una buena vez y para siempre que lo del socialismo era una quimera inalcanzable. Nada de cambios que partieran de una malentendida victoria electoral de acuerdo a las premisas del sufragio universal. El cancer marxista había que extirparlo de raíz, extirparlo desde lo más profundo de los sentidos. Del lado opuesto se lo veía como un reto a la paciencia de la conciencia. Que se conozca la verdad y que nos digan donde estan - exigían los familiares de las víctimas. El plantear así las cosas comenzó a poner a los militares en la encrucijada. Las repetitivas violaciones a los derechos humanos y el ocultamiento de la verdad sobre los detenidos desaparecidos seguiría siendo el problema esencial.

Los porqué de la derrota de 1973, los desaparecidos y en particular la suerte de Carlos Carrasco seguirían estando presente en torno suyo, sería así independientemente de lo que hiciera él. La única conclusión posible en esos momentos, pensaba él, era que la justicia oficial no podía hacer justicia a Carlos Carrasco y a los otros detenidos desaparecidos. La tarde la dedicó a ver pasar las gaviotas y a ver caer el sol hasta la llegada misma del crepúsculo. Se estaba acostumbrando a las barracas de madera, a los alambres de púa y a las aves palmípedas alrededor de la brisa marina. El fin de semana tuvo oportunidad de ver a sus padres, le visitaban a menudo. Las caminatas con Julio eran las de costumbre. Iban de un lado a otro con las manos entrelazadas por la espalda. En Julio siempre hubo algo de ancestro español, su origen por parte del padre se remontaba a la llegada de un hacendado español llegado a Chile en el siglo pasado. Fue en el sur de Chile donde se ramificaron los Segura, los Fuentes y otras familias cuyo denominador común era el ser dueñas de grandes extensiones de terrenos.

El padre de Ale era al final de cuentas fruto de las aventuras y arranques de pasiones descontroladas entre Los Segura y los Fuentes. Ahora estaba allí caminando a su lado en medio de otros presos con visitas. Los fines de semana eran parte del ritual de los presos. Era un ir y venir dentro del marco de metros cuadrados dispuestos por el comandante y vigilado por los infantes. Se resistía a pensar en lo que sentían los familiares al ingresar al campo de concentración cuando venían de visita. Suponía que era mucho más fácil aceptar el estado de las cosas tal como eran vistas desde el interior. Estaba convencido de ello. No se debía a ningún auto masoquismo, a que se hubiera vuelto loco o a que le hubieran desequilibrado la testa. Por lo menos eso pensaba él. Las visitas de su madre se producían a veces a mediados de semana y entonces tenían un carácter distinto. Escuchar a Guacolda le servía para relajar los sentidos. Sus comentarios sabían a los cautivadores libros del escritor Gabriel García Márquez.

- Ale, Chilito está tan sufrido y tan adormecido, a mi entender muy conformista y es tan largo el entuerto. Si la gente hubiese estado mejor informada, pero la dictadura no ha pasado en vano. Están ocurriendo tantas cosas. Como siempre hay un montón de gente que no se preocupa y deja todo para que otros se muevan por ellos, es que la ilusionaron tanto. La únicas noticias de la casa son de rebeldía y el slogan del día es que donde hay poder hay corrupción. Que el poder corrompe todas las buenas intenciones. Que el estado es represor y que por lo tanto el anarquismo es lo mejor. Como yo veo las cosas para mi que es imposible,

aunque no sería mala idea que no existieran milicos viviendo a costillas de los trabajadores. Los milicos, los carabineros, los detectives y los de la armada son una mafia. Como se compondrían las cosas...pero como tu ves es imposible en estos momentos de tanta convulsión mundial.

Y hay tantos que creen que esta gente es nuestra salvación, cuando la verdad es que son los únicos que hacen las guerras, causan muertes, separan fronteras y levantan un patriotismo inútil. Me duele mucho la injusticia y siempre que yo pueda hacer algo por ello lo hago, es que estoy con las antenas bien paradas para que no me pasen catas por loros. No hay salud ni educación, pero se está privatizando todo. Las escuelas son pagadas y municipalizadas. No hay recursos para la educación y la salud pero si tienen para comprar submarinos y armamento moderno. Dicen que hay que comprar porque hay que combatir el terrorismo. Y no faltan los desclasados que defienden al régimen de Pinochet. Me pregunto cuando irán a parar las chalas los asesinos, no los aguanto más.

El tiempo de sus visitas parecía esfumarse al escucharla hablar. Él no lo sabía pero su madre tenía dotes innatos de agitadora social y no había poder dictatorial en el mundo capaz de hacerla callar.

- No hay grandes cambios, bastante adormecimiento y si mucho de represión, sobre todo mucha violencia contra la juventud. Esa noche habían ganado los de abajo y de repente aparecieron piquetes de pacos pegando palos a diestra y siniestra. Tu hermano iba corriendo y se resbaló y no fue más, lo agarraron un montón de pacos de civil y le sacaron la cresta a patadas, quedó la tendalada...Y a otro niño que quiso defenderlo de tanto energúmeno también le sacaron cresta y media y los metieron arriba de la jaula. Les dieron duro y se los llevaron a la comisaría que está cerca de la casa de Sonia.

- Al amanecer los pasaron a Fiscalía Militar acusados de “maltrato a carabineros y desorden en la vía pública y daños a terceros”. Los dejaron enjaulados. Los muchachos no estaban haciendo nada grave, sólo celebraban el triunfo de los de abajo. Naturalmente tu hermano aprovechaba el momento para pasar su periódico. Después los pasaron a la Penitenciaría de Santiago en Rondizoni. Así es como nace más rebeldía. El país anda patas arriba, ojalá que algún día andemos como hay que andar. Así en el diario acontecer acá afuera nunca nos falta el circo, tenemos para todos los gustos. Ahora está la escoba, quieren privatizar todo y para llapa nos van a cobrar por la basura. Pero ya estamos acostumbrándonos porque como siempre en la Palmilla la gente es muy conformista y poco informada. Esto no pasa en todas partes, hay comunas que están mucho mejor informadas y allí hay mucho descontento. Pero igual, nosotros le cototeamos y no nos dejamos engañar pues estamos claritos, entendemos todo el teje y maneje. Pero no es mucho lo que podemos hacer, salvo las llamadas a la radio Tierra. Esa radio es muy buena en comparación con las otras que son todas iguales, cualquier momiaje.

Ella le hablaba en forma sencilla y al mismo tiempo dialécticamente sobre la vida.

- Todo lo más feo se ve hermoso, todo verde, los arbolitos y sus frutos pequeños. El limón lleno de limones exquisitos. ¿Sabías que el limón es un árbol único porque su hoja es perenne? No sé si te acuerdas, lo plantaste tu. La vida es muy linda, pero con tantas injusticias. Me he encontrado muchas veces con Norma Matus, la madre de Carlos Carrasco, pero ya se le ve muy cansada. También he visto al padre, fue cuando se puso un recordatorio a Carlos Carrasco en Independencia con Dorzal; es muy chiquito pero ahí está. El recordatorio a la memoria de Carlos Carrasco consistía en una modesta placa de metal colocada en un montículo de tierra rodeado de pasto. El objetivo era sacarlo del olvido para hacerlo presente. Con el tiempo pasó por el lugar una pandilla de jóvenes que vandalizaron el recuerdo póstumo al desaparecido.

- ¡Se acaaron las visitas, toos pa` juera!

Escuchó la voz del marino. A ese nunca se le gravó en el centro idiomático del cerebro lo de los sonidos y las articulaciones del lenguaje hablado - pensó. Vio alejarse a su madre que cruzó la doble hilera de alambres de púas, hasta el último poste con alambradas con el puño en alto. El bus amarillo del Comité Pro Paz desapareció dejando una polvareda detrás suyo. A partir de fines de 1972 Guacolda había comenzado a decir que de haber tenido la oportunidad lo más probable es que ella hubiera podido llegar muy lejos en su formación. Él estaba absolutamente convencido de eso, la condición social estaba determinada por los cimientos materiales de la sociedad. Se imaginó a sus padres como escritores, pero les hubiera ido mal en la milicocracia de Pinochet. Los escritores nunca fueron del gusto de los dictadores. Recordó a Miguel Angel Asturias poseedor del premio nobel de literatura en 1967 y particularmente en su Señor presidente y se quedó pensando. De tanto pensar y pensar se quedó hablando en silencio.

Le temen a la palabra escrita y a la literatura porque tiene un poder explosivo, los detentores del poder no pueden desistir del intento de eliminar lo que se transmite a través de la palabra escrita. Es seguramente la certeza de saber que las palabras y las ideas pueden ayudar a transformar el estado de cosas. Hostigan y persiguen al pensamiento y la palabra. En Chile y por el mundo existen los opresores y los sometidos condenados a la destrucción. Con ayuda de la palabra escrita y la literatura se puede oprimir a los seres humanos. La censura y la autocensura y la relación recíproca entre la palabra impresa y la opresora. Pero existen quienes utilizan el idioma escrito para liberar el libre albedrío de las ideas.

El temor a la palabra escrita siempre había traído consigo la represión. La dictadura de Pinochet lo había confirmado, entre otras cosas al prohibir a escritores como Jack London, Máximo Gorki, Julio Cortazar, Ernest Hemingway, Fedor Dostoievski, Federico García Lorca, Bertolt Brecht y tantos otros.

*Con paso firme se pasea hoy la injusticia  
Los opresores se disponen a dominar otros diez  
mil años más.  
La violencia garantiza: "Todo seguirá igual"  
No se oye otra voz que la de los dominadores,  
y en el mercado grita la explotación: "Ahora es  
cuando empiezo".  
Y entre los oprimidos, muchos dicen ahora:  
"Jamás se logrará lo que queremos".*

*Quien aún esté vivo no diga "jamás".  
Lo firme no es firme.  
Todo no seguirá igual.  
Cuando hayan hablado los que dominan,  
hablarán los dominados.  
¿Quién puede atreverse a decir "jamás"?  
¿De quién depende que siga la opresión?  
De nosotros.*

El militarismo de la clase dominante trataba de convencer a todo el mundo de que el orden de las bayonetas imperante en el país era otra cosa, repetían una y otra vez que el mundo del terror era un cuento prefabricado y que se apegaba a la visión del comunismo internacional. Sin embargo recalaban en que el método propiamente tal era efectivo. Pero de que se quejan señores, se defendía Pinochet, ahora estamos en democracia y en libertad, mi gobierno no es una dictadura, bueno en ese caso una dictadura blanda. Además las Fuerzas Armadas son

efectivas, así que de que se me quejan, decía a los que pensaban que al señor presidente se le estaba pasando la mano.

Desde el principio, desde el mismo día de la decisión del golpe de estado, pasando por la primera conferencia de prensa, hasta el más reciente asesinato, el principio de los generales, de almirantes, mayores y coroneles había sido claro. No se dejaban influenciar por las consecuencias que se desprendían de la acción armada. Por lo demás habían demostrado con creces una increíble incapacidad de apego a la realidad y una extremada necesidad de fuertes excitaciones mentales. Era evidente para todos los familiares de los desaparecidos y los presos torturados que la oficialidad no demostraba el más mínimo sentimiento de arrepentimiento. Jamás una señal de empatía, solamente una total carencia de misericordia. En el mundo de los oficiales la afectividad no consistía ni siquiera una excepción. El desorden mental y la fobia antimarxista les empujaba permanentemente a cometer barbaridades de la peor especie. La Junta militar de Pinochet y sus tentáculos represivos eran incapaces de vivir de acuerdo a las normas éticas y morales por las que se regía el resto de la humanidad.

Los días en Puchuncaví le fueron cambiando lentamente su manera de ver las cosas, ahora buscaba mayor perspectiva a los sentimientos y a la razón de ser. Su tendencia a la desconfianza tomó cuerpo y se hizo fuerte. Pero era un ser social y estaba recluido con centenares de presos políticos. El inevitable proceso de socialización le llevaba por lo tanto a establecer contactos con algunos de ellos. Uno de los presos que estaba ubicado en las barracas de color naranja era el médico de Chiloé. Les unía su paso común por Cuatro Alamos. Tomó por costumbre la de correr junto al médico. En una oportunidad le preguntó al chilote por su trayectoria política y el doctor le mencionó al PCR. Las sílabas no le dijeron mucho, las desconocía y no era raro, el Partido Comunista Revolucionario era prácticamente inexistente en el país. El dirigente del PCR comenzó un speech de nunca acabar. Y cuando él le comentó que los compañeros de su celda eran críticos al maoísmo simbolizado en la China de Mao el médico montó en cólera. Hizo un largo discurso apologético que le llevó a elogiar a Stalin. El médico se había olvidado de que su interlocutor sólo era un militante de base del MAPU y continuó la disertación como si se tratase de una cátedra universitaria para avezados en los laberintos de la lucha político ideológica. Más confuso que antes, y una vez que se quedó solo, trató de conceptualizar lo que había escuchado pero fue inútil.

Era de noche y el sargento Nuñez ya les había encerrado con candado. No pudo dejar de comentar con los miristas lo dicho por el machi. Buscaba esclarecer las cosas, ya se lo había planteado antes a Pepone, no quería ser socialista de corazón. Buscaba respuestas y una perspectiva creíble. No se podía ser un ser político sin discutir de política. Carlos no era sólo un tragalibros y escritor de poemas, era uno de los cuadros teóricos más sobresalientes que el MIR tenía en Puchuncaví.

- El maoísmo es una variante del estalinismo y eso no tiene nada que ver con el socialismo - y agregó - aunque aparezca así y aunque el machi lo machaque una y mil veces.

Los estalinistas eran, según el mirista, sepultureros del socialismo. El silencio en la celda era sepulcral. El estalinismo era la negación de las posibilidades revolucionarias - en eso había tenido razón Trotsky - añadió el joven barbudo. Escuchó, escuchó y escuchó. Le quedaba clarísimo; el maoísmo y el mirismo eran como el perro y el gato, la única coincidencia era el de estar presos en las jaulas de Pinochet.

Un nuevo encuentro con el médico agudizó más su quebradero de cabeza. Los comentarios de Carlos habían acicateado al maoísta, sus ojos verdes le parecieron a él más grandes que de costumbre. Y se vio nuevamente obligado a escuchar un largo discurso, mucho más apologético que el de la primera vez. Quien mierda me mandaría a preguntar leseras - se dijo a sí mismo mientras escuchaba al médico - ahora estoy en medio de un fuego cruzado. No sé como cresta me voy a salir de éste lio. En la elocuencia doctrinaria no había espacio para los



matices. El maoísta no soltaba a su presa. El trotskismo, decía, fue un enemigo jurado del marxismo-leninismo, representó la ideología oportunista de la pequeña burguesía. Lenin y Stalin tuvieron que librar enconadas batallas contra la nociva ideología del trotskismo. Hay que metérselo en la cabezota de una buena vez, el trotskismo es un adversario del bolchevismo. Lo que te dicen los miristas de tu celda no me sorprende porque el MIR es una organización influenciada por las ideas de Trotsky.

- Claro que depuraron a todos los disidentes. Ahí está la farsa de los procesos de Moscú para demostrarlo. ¿No te ha hablado el machi del fiscal Vychinski? ¿No te ha dicho que a los miembros del Comité Central del partido bolchevique, a los que dirigieron la revolución los acusó de saboteadores, traidores, espías y asesinos?

Eran preguntas retóricas porque cuando aun no había terminado de inhalar más aire para reemplazar el usado por los pulmones Carlos se respondía el mismo.

- Según el fiscal mediocre ese Stalin era un jefe genial, guiaba al país con mano firme y con lucidez. Todo aquel que osaba discrepar o dudar de la genialidad del iluminado se transformaba en el acto en traidor, espía y vendepatria. Casi todas las sentencias de Vychinski terminaban con el verso de costumbre: "¡Que los traidores y espías que vendían nuestra patria al enemigo sean fusilados como perros sarnosos - que los malditos reptiles sean aplastados!"

Hasta ese momento Ale había dividido el mundo de la política en dos bandos encontrados; los de arriba contra los de abajo, los opresores y los oprimidos. Tenía serias diferencias con los partidos obreros mayoritarios al interior de la Unidad Popular, pero él pensaba que eso era otra cosa. De lo contrario no hubiera seguido una alternativa distinta, él era del MAPU. Pero el dime que te diré entre maoístas y miristas evidenciaba una subcultura política desconocida para él. Lo que había escuchado de los representantes de ambos bandos era lúgubre. Se sentía desorientado y políticamente huérfano. No podía recurrir a los militantes de su partido porque era el único mapucista preso y eso le fastidiaba, pero por otro lado era positivo, la organización no estaba semiliquidada como el MIR. Se tiró sobre su camastro y puso las manos detrás de la nuca, se quedó por largo rato mirando la fotografía de Violeta Parra que tocaba la guitarra y finalmente cerró los ojos.

Había despertado a la vida a los diecinueve años de edad. Durante los años anteriores se destacó por haber ido de su casa al colegio y del colegio a su casa. Cuando vino a abrir los ojos se encontró prácticamente como un transplantado en una concentración llena de banderas verdes, rojas y rojinegras. De ahí en adelante tuvo una vida agitada hasta el mismo día del golpe militar, había luchado de todo corazón por la causa del socialismo.

La noche de septiembre en que se dió por vencedor al candidato de los pobres y los esperanzados salí al pasaje como si quisiera haber ido a un encuentro con el futuro. Sólo ví a Ana, la hija del carpintero gordo que vivía al frente de mi casa. La alegría espontánea nos llevó a darnos un abrazo en que confundimos el deseo vehemente por un futuro para los desposeídos. Busqué a Laura sin lograrlo, me enteré de que se había ido al centro de Santiago a celebrar la victoria. La imaginé junto a una masa de jotosos con camisas amaranto, corriendo y sonriendo con los brazos hacia la esperanza. Me alegré porque el candidato de los humildes y de los pobres, tal como lo veía yo entonces, había logrado la victoria. No era mi triunfo porque yo en nada había contribuido para lograrlo, pero lo hice mío por un sentimiento de quintaesencia. Con el correr del tiempo me hice de un barniz de izquierda y traté de interpretar el mundo a mi alrededor. No sabía yo entonces que en la tumba de Marx estaba grabado algo dicho por ese filósofo de la economía. No se trataba solo de explicar el mundo sino de transformarlo. Las contradicciones sociales y políticas le imprimieron un mayor ritmo a mi deseo de querer ver un mundo distinto. Al principio fué un compromiso conmigo mismo. Me transformé en uno de esos pájaros raros que nadie reclutó, me convencí en un paseo por el camino de las esperanzas. Fué un deambular sin saber porqué, quería hacer de todo y no sabía

como. De forma empírica partí a la Oficina de los trabajos voluntarios. No tenía idea que en una de las oficinas del local de Marcoleta estaba Victoria controlando las fichas de los postulantes. Me contó, tiempo después, que cuando vió mi foto se fué de espaldas y que no lo podía creer.

De esa manera me fuí a los trabajos voluntarios estudiantiles que se realizaban en el Sur, a ayudarle a los campesinos de los predios expropiados a aprender nociones elementales de contabilidad. Fué allí donde conocí a El Charro o Bernardo como realmente se llamaba y a El Loco Saval y a Pipeño. Los tres eran jóvenes militantes revolucionarios entregados en cuerpo y alma a la causa del socialismo. En ese corto trayecto me decidí por afiliarme al partido de las banderas verdes con la estrella roja en el centro. Victoria intentó ganarme para las Juventudes Comunistas y estuvo a punto de lograrlo, recuerdo muy bien aquella vez en que me encontré en un bus repleto de jotosos con camisas amaranto con destino al Estadio Nacional. Pero nunca se lo reconocí a ella. Al final descarté al Partido Comunista, pero fué por culpa de un burócrata del partido en La Palmilla. El Partido Socialista era un completo desorden y yo quería claridad en los lineamientos y en la búsqueda de mi alternativa. Los miristas andaban sumergidos en el mundo de las conspiraciones, yo quería otro camino.

Dado que las cosas se dieron como se dieron debo reconocer que en el MAPU aprendí rápidamente acerca de las diferencias entre lo programático, lo estratégico y lo táctico. Aparecieron en mi vida de estudiante conceptos como la dialéctica y el materialismo histórico y en las escuelas de cuadro entré en contacto con la plusvalía, la tasa de valor y los medios y relaciones sociales de producción. Me terminé de convencer de lo que me quise convencer; la alternativa nueva, libre de los lastres de las organizaciones tradicionales y del mirismo voluntarista y semiclandestino. Pero a la revolución la frenó la contrarrevolución y ahora estoy aquí deletreando el pasado.

Al volver la vista atrás seguía convencido que los cuadros del MAPU gozaban de un relativo buen nivel político si se les comparaba con los militantes de los partidos de masa. Se educó en eso, en la noción de que los comunistas y socialistas eran partidos de masas y el suyo un partido de cuadros. Se había transformado en dirigente estudiantil de la noche a la mañana, hizo discursos, dirigió movilizaciones estudiantiles y ocupó y reocupó recintos escolares. Recordaba la apariencia y el estilo a la Ché Guevara de aquel tiempo. Era la nostalgia de los tiempos idos, de lo que no fué y de lo que pudo haber sido. Un año y medio del acontecer político nacional lo había marcado para siempre. A pesar de lo profundo de la experiencia vivida sentía la orfandad política e ideológica, no sabía a que atinar en el campo de prisioneros. Lo pensó mucho antes de hacerlo. Entró un día a la celda número seis. Ahí vivía, entre otros, Sergio Muños, un dirigente de la Coordinadora Nacional de Regionales ligada al Partido Socialista. Sergio gozaba de un respeto indiscutido entre el conjunto de los presos. Nunca le vió exaltado o actuar en forma atolondrada, era ecuánime y parecía llevar el timbre de sensato en la frente. Ahora él necesitaba charlar con alguien que supiera mantenerse al margen de la polarización y los extremos.

Sentado al borde del camastro le planteó su problema. El maoísta aquí y los miristas allá y yo no sé ni atar ni desatar - le dijo finalmente. Con una taza de te en la mano y con la voz pausada que le caracterizaba Sergio le dió su visión de las cosas.

- Mira yo no digo que sea así - le dijo - pero yo lo veo así: no eres el único al que le ha tocado tomar posición sobre bases empíricas. La lucha de clases no espera a que quienes se incorporan a la lucha por el socialismo hayan cursado tales o cuales cursos de marxismo. Eso sería caer en un cuasiintelectualismo. La lucha de clases sigue siempre un curso propio y lleno de contradicciones, es como una corriente inexorable. La realidad es la realidad, empecemos por allí.

Le habló de Allende, de los congresos partidarios de Chillán y la Serena, de la hegemonía de

los comunistas al interior del movimiento obrero y de sus repercusiones.

- La influencia al interior de la clase obrera - continuó el socialista de contextura atlética - es de vital importancia para todo aquel que aspire a ser vanguardia en la lucha por el socialismo; es el ABC del marxismo. La clase obrera es la única clase, producto de su relación con los medios de producción, que puede transformarse en la sepultera de la burguesía.

Ale escuchaba con atención.

El problema reside - decía este - en que quienes se plantearon ser una alternativa al PC y al PS al interior de la clase obrera se demostraron incapaces de hacerlo. Esa capacidad no tuvo tanto que ver con tal o cual error en particular sino más bien con la concepción de partido que mantuvieron esos proyectos. Partamos de la siguiente base: el proletariado es la clase neurálgica, allí existe el potencial revolucionario que puede transformar la sociedad según el principio a cada cual según sus necesidades. De ello debiera deducirse que una meta estratégica en términos de construcción de partido es la intervención en la clase obrera. Es una táctica inevitable si es que se quiere alcanzar el objetivo estratégico de la construcción del socialismo.

Bueno ¿Cual fué entonces el camino adoptado por el MIR? Para verlo más claro hay que ver el auge del MIR en un contexto más amplio, me refiero a los acontecimientos políticos que sacudieron a importantes sectores de vanguardia durante la década de los años sesenta. El ascenso de masas sacudió al continente europeo y su máxima localización giró en torno al Mayo francés en donde la movilización estudiantil, unida después a la radicalización obrera, sacudió los cimientos mismos del régimen de la V República. En Checoslovaquia los obreros ejercieron presiones sobre determinados sectores del PC checo que obligó a este a una serie de reformas y a aflojarse un tanto del chaleco burocrático impuesto por Stalin. En Argentina el ascenso en marcha se expresó en 1969 con la revuelta en la ciudad de Córdoba cuando los trabajadores se lanzaron a una huelga general con características insurreccionales.

En Chile asistíamos a los estertores del gobierno demócrata cristiano liderado por Frei, el lacayo de turno del imperialismo norteamericano. Las protestas populares se sucedían unas a otras mientras que las ocupaciones de terrenos en procura de un lugar para vivir se daban a diario. Lo de Francia, Checoslovaquia, Argentina y lo de Chile son solo ejemplos del ascenso que estoy comentando. Fueron olas revolucionarias que comenzaron a erodar las ya gastadas paredes de regímenes en crisis avanzada. Bueno, veamos que pasó en América Latina dentro de ese contexto general.

Cuando Fidel Castro dirige el derrocamiento de la dictadura de Batista en Cuba se abren en América Latina enormes posibilidades políticas. Por un lado las presiones del imperialismo norteamericano, en el sentido de preservar el capitalismo, y por el otro la presión desde la base, los oprimidos querían profundizar el triunfo antidictatorial, obligaron a la dirección de Fidel y el Ché a ir mucho más lejos de lo que habían pensado. Las medidas meramente democráticas no satisfacían del todo a los oprimidos. En ese marco de contradicciones los EEUU opta por la invasión de Bahía Cochinos en 1961 lo que provocó un salto cualitativo de la situación y Fidel consolida su poder. Lo de la invasión le salió como un tiro por la culata a los gringos, fué un fiasco completo.

Se da a conocer entonces la famosa Declaración de la Habana en la que Fidel anuncia al mundo su decisión de nacionalizar y expropiar las propiedades imperialistas existentes en la isla. Se produce así el surgimiento del primer estado socialista en el patio trasero del imperialismo yanqui. Un hecho de esa magnitud no podía pasar inadvertido para los revolucionarios en el mundo ni menos para los latinoamericanos. Acrecentaron las expectativas pero crecieron también las contradicciones con las organizaciones tradicionales. La dirección del partido comunista chileno tuvo por ejemplo serios problemas para explicar

porqué el partido comunista cubano había sido parte del gobierno durante la dictadura de Batista. La juventud se fué radicalizando más y más al calor de la aureola de la revolución cubana.

Sectores de la juventudes comunistas rompen con el PC y junto a otros grupos de la juventud del PS confluyen finalmente en la formación del MIR. Pero no toda la juventud reacia a lo tradicional se sintió interpretada por la opción de la guerrilla urbana. Esa es una de las razones que explican que después se formara el MAPU. Lo de ustedes fue, si me lo permites, una mezcla de la influencia de la revolución china, de la ola guerrillera y de cristianismo. Lo mismo sucedió en todo el continente. Los movimientos guerrilleros comenzaron a surgir copiosamente. En Chile no se daban las condiciones con las que contó el Ché así que a falta de pan buenas son las tortas; las condiciones de la guerrilla urbana reemplazaron a las selvas y montañas.

- ¿Se entiende un poco?

- Sí, claro.

- Bueno, veamos que pasó. Los miristas se dedicaron por eso desde el principio a cosas que bien poco tenían que ver con la tarea de las tareas, esto es enraizarse en las filas del movimiento obrero y particularmente en las de la clase obrera. Aparecieron los asaltos armados a los bancos, las expropiaciones, los asaltos a los supermercados y otras acciones parecidas que se glorificaban como "acciones ejemplares" cuyo objetivo era, según los miristas, el de despertar a la masa adormecida e inconciente de su situación de opresión y explotación. Esa actitud paternalista y ejemplar fué una copia pálida de lo que el Ché inculcó a sus seguidores en las montañas con la idea del foco guerrillero. Los miristas estaban, desde el punto de vista material, marginados de las necesidades más inmediatas de las masas obreras y por tanto ajenos a su verdadero nivel de conciencia. Lo que sucedió fué que las acciones ejemplares se transformaron, en el mejor de los casos, en un sustituto. En lugar de que sectores del movimiento obrero llegasen a comprender por si mismos la tarea de liberación, ayudados y dirigidos por una vanguardia obrera y revolucionaria, la política voluntarista dejó a esos sectores explotados en el rol de espectadores mientras que los jovenes actores desempeñaban el papel de protagonistas estelares. Buscaban entusiasmar a las masas a imitar el ejemplo, se las dieron de Cristos redentores en busca de aspirantes a la fe guerrillera. No contaron con que los espectadores seguirían contemplando las acciones con cierta admiración y que solo unos pocos quedarían vislumbrados.

Y así pasó el tiempo y de lo carismático se pasó a lo monolítico. Es así que cuando comienza la década de los setenta los miristas se encontraban bastante aislados del movimiento obrero. En el resto del continente fue peor todavía, la política de contrainsurgencia de los ejércitos latinoamericanos diezmó con el correr de los años prácticamente a casi todos los grupos guerrilleros. Es aquí donde el MIR, quiéranlo o nó, cae preso por la melodía orquestada desde Moscú. Me explico. A medida que las contradicciones sociales fueron subiendo de tono la clase obrera comenzó a jugar un papel cada vez más relevante en el proceso de radicalización de la sociedad chilena. A las manifestaciones de campesinos, obreros y estudiantes vinieron las elecciones presidenciales de 1970. La conglomeración de partidos de la Unidad Popular se transformó en los hechos en una alianza electoral liderada por los partidos comunista y socialista. Pero no solo había partidos obreros, también habían facciones de la burguesía como fué el caso del Partido Radical y de la Acción Popular Independiente dirigida por el burgués Rafael Tarud. O sea, la Unidad Popular se transformó en una especie de alianza interclasista o un Frente Popular.

- Bueno sigo con esto de los miristas ¿Te parece?

- Si claro.

Ale no sabía en ese momento si se le estaba esclareciendo o complicando el panorama. Pero la intensidad y lo pedagógico del preso que tenía en frente suyo y como describía las cosas aumentaba en él la curiosidad por aprender más.

- Como en medio de pleno ajetreo electoral no podían seguir con la función de sus acciones armadas, ya que el país entero se preparaba para ir a las urnas, el MIR optó por guardar silencio frente a los comicios electorales. Sacaron una declaración en que se comprometieron a desistir de los asaltos a la espera del desenlace de las elecciones. Lo cierto es que se callaron la boca frente al fenómeno electoral. Se quedaron sin línea política, no podían definir una línea de acción que dijese claramente lo que pensaban acerca del futuro inmediato y que en ese momento era atravesado por las elecciones. Eso dejó en evidencia una cosa: era mucho más fácil para la dirección del MIR el elaborar una política para una vanguardia de jóvenes elitistas que soñaban con la guerrilla que dar una respuesta clasista a las necesidades más inmediatas que tenían los trabajadores. La orientación ultraizquierdista que buscaba ganar una base social tuvo, por decirlo de alguna manera, una elipsis electoral. El estar alejados del nivel de conciencia de la clase trabajadora llevó a la dirigencia del MIR a privilegiar toda suerte de sectores marginales y periféricos. Así surgió la orientación de dirigirse a los sectores que ellos denominaron "explosivos" y eso los llevó a priorizar a sectores campesinos, a los estudiantes y pobladores e incluso hasta algo de lumpen. En lugar de echar a andar por el camino de la clase obrera decidieron acortar camino. Esa política dejó el terreno completamente libre a las direcciones del PC y del PS que aumentaron su dominio al interior de los sindicatos.

Con esto no estoy diciendo que los socialistas revolucionarios no tengan que hacer trabajo político entre esos sectores y particularmente entre la juventud estudiantil. Nada de eso, al contrario, los estudiantes juegan a menudo un rol de vanguardia indiscutido y acostumbran muchas veces a ser el preambulo de vastas movilizaciones obreras como fué el caso con el Mayo francés en 1968. Sin ir más lejos yo mismo me formé en las luchas estudiantiles y hasta donde yo entiendo en tu caso fué igual. Lo que estoy planteando es otra cosa muy distinta. Un partido revolucionario que se reivindique de los intereses de la clase trabajadora y el socialismo no puede hacer de esos sectores "explosivos" el eje de la construcción partidaria. La política del MIR unida a las concepciones militaristas sustentadas en su interior no podían sino aislar a esa vanguardia procastrista del sujeto social de la revolución socialista.

- Ojo, mi crítica a la política militarista y ultraizquierdista del MIR no es sin embargo lo central. Hay un problema mucho más de fondo y tiene que ver con las indefiniciones programáticas de esa organización en el terreno internacional. No lo digo por joder la cachimba, a mi juicio esa es una de las razones de fondo que explican la incapacidad política teórica de los miristas. Vamos por parte.

El MIR nunca pudo explicar en profundidad su crítica acérrima al reformismo del partido comunista chileno. Fue difícil para ellos. ¿Porque como podrían explicar la relación del PC chileno con el PC cubano? Aquí hay toda una tela araña que explica en parte el centrismo político de los miristas. ¿Como combinar la crítica al reformismo del PC dirigido por Corvalan con el amor político a Fidel Castro? ¿No fué acaso Fidel en persona que visitó Chile en 1971 y avaló con su presencia y su brillante oratoria la política de vacilaciones del gobierno de Allende? La acusación que los miristas siempre hicieron al PC fué la de ser un partido reformista. ¿Pero porque era reformista? ¿Fué acaso porque el PC no adhirió a la política de la vía armada? ¿O porque se dedicó a hablar de diálogo con la DC progolpista en lugar de combatirla por ser una enemiga jurada de los intereses del movimiento obrero y popular? ¿Y el Partido Radical qué, era también reformista? ¿Que diferencia veía el MIR entre reformistas y reformistas o eran todos harina del mismo costal?

Digo que la cuestión es más de fondo porque la dirección del MIR se negó a ver el trasfondo de la línea estratégica del partido comunista. El PC enfatizó siempre los rasgos

feudales de la economía, independientemente del grado de desarrollo capitalista de la economía chilena. No era una cuestión más o menos táctica; tenía que ver con la política de alianzas que se daba ese partido. Lo que el MIR nunca supo ver, o no quiso ver, fue la estrecha relación ideológica de los partidos comunistas latinoamericanos con el PC de Moscú. Esa relación es en última instancia un reflejo de la dependencia material respecto de la camarilla incrustada en el PC soviético. Lo que el MIR nunca quiso hacer fue ir hasta el final en su crítica al partido comunista, eso lo hubiera llevado irremediamente a ver críticamente la historia de los partidos comunistas indisolublemente ligada al PC de la URSS.

- Tu te estarás preguntando que tiene que ver todo esto con lo de miristas y maoistas, bueno mucho más de lo que tu crees.

Ale tenía razón. Sergio sabía realmente el arte de explicar la política. Luego de su explicación sobre el desarrollo político del MIR Sergio pasó a relatar la historia del movimiento obrero revolucionario. Habló de todas las guerras y revoluciones del siglo veinte, las de Europa y las del resto del mundo, y lo hacía desde su perspectiva socialista.

Mientras Ale escuchaba lo que decía el socialista recordó sus propias reflexiones cuando había estado en el pabellón de Cuatro Alamos. Si en lugar de tantas disputas sin fin entre la Unión Soviética y China unieran sus esfuerzos para enfrentar como un solo puño al imperialismo que sostenía a la dictadura que lo había raptado. Recién ahora venía a comprender su inocencia política por haber razonado de esa manera.

Se sentía agobiado por la confusión y aliviado al mismo tiempo por el largo relato del dirigente del partido socialista. Había entrado a su celda como una salida salomónica para salir de las dudas en que lo tenían los miristas y los maoistas. Todo en él era un remolino de ideas. Salió de esa celda profundamente convencido de que nunca más se embarcaría en aventuras políticas a no ser de que estuviera cabalmente conciente de porqué lo haría. Estaba como atontado. Se pasaba desde abajo hacia arriba la mano izquierda por el rostro. Trataba de sacudirse todo eso que le parecía a pesadilla.

En mayo de 1976 su padre se dirigió a una serie de embajadas y organismos internacionales con la esperanza de que alguna de ellas lograra sacar con vida a su hijo de la prisión y del país. Solicito protección por la vida y libertad de mi hijo de acuerdo a las normas internacionales de los derechos humanos. Era la introducción con la que comenzaba las cartas que fueron a dar a Amnesty International, al Consejo Mundial de Iglesias, a la Cruz Roja Internacional, a las Naciones Unidas, y a las embajadas de Costa Rica, Suiza, Reino Unido, Canada y Suecia. Como su padre había perdido completamente la confianza en las autoridades y organismos estatales de su país logró sacar parte de la correspondencia por mano a través de España y Francia. Escribía confiado en que alguien podría hacer algo por su hijo detenido en el Campamento de Puchuncaví. Lleva preso más de un año, sin cargos ni proceso - escribía - y considero que semejante procedimiento atropella las garantías constitucionales. Recibió respuestas de gente con nombres poco usuales para él. Eva Alander, Georges Koulischer, McGlone, Drapeau, Da Cunha y otros con una mescolanza de consonantes prácticamente imposible de descifrar.

A Suecia las cartas llegaron a Svenska Amnesty-fonden, Invandrarverket y a Latinamerikanska Flyktingfonden. Le respondían del norte de Europa que estaban preocupados por la situación de su hijo y por la de todos aquellos que padecían las penas de los mil infiernos en las garras de la dictadura militar. Le pedían datos y los escribía prolijamente. Nombre. Apellido. Nacionalidad. Fecha de nacimiento. Profesión. Militancia política. De perseguido pasó a prófugo para luego convertirse en preso, la meta era refugiarlo en el exterior. Lo de la infiltración a la DINA era muy difícil de creer para quien no estuviera más interiorizado con el caso de su hijo, por lo demás requería de una explicación demasiado larga. Fue difícil responder de que le tenían acusado y cual era la condena que pendía sobre el

hijo. La respuesta oficial era siempre la misma: Su hijo constituye un riesgo para la seguridad del país.

## 11

Quena, Talo y Marco habían abandonado Centroamérica. Se habían acabado ya las interminables tertulias de discutir todo lo existente entre lo humano y lo divino, el discutir por las noches y dormir de día para engañar los estómagos hambrientos. Terminaron también con eso de afanar alimentos en los supermercados y arrancar con los tarros de leche condensada y el alma en la garganta con la policía pisandoles los talones. Lo último que hicieron antes de abandonar Centroamérica condujo a sendos titulares en los periódicos. Como el hambre los perseguía por todos lados y como el salario de Quena no alcanzaba para todos fueron unos plumíferos los que terminaron pagando los platos rotos. Los cisnes del parque Morazán eran una expresión de la cultura nacional de los costarricenses, dos de las inocentes aves fueron sorprendidas por el pescuezo por Talo y por Marco y fueron a dar a la olla. Cuando los compañeros de aventuras costarricenses intentaron protestar por la fechoría fueron callados a garabatos y no les quedó más que ayudar en la labor de desplumar a los pájaros con el pescuezo largo y flexible. La comilona de los cisnes fué lo último que hicieron antes de emprender el rumbo hacia Suecia. Todos vivían ahora en Estocolmo.

En Puchuncaví recibió una tarde de sol una carta de Quena en la que ella le contaba del reino ecológico de libertad y en donde la solidaridad y la igualdad de valores de todos se valorizaba como algo esencial. Hicieron todo lo posible para trasladarlo a Suecia. Contempló lo semántico en las palabras impresas de su amiga y comenzó así una corta pero intensa correspondencia a través de los alambres púas y las fronteras. Comenzó a percibir de una manera distinta el concepto libertad. A su lado caminaban los infantes de marina, los detenidos y por encima de todos ellos las gaviotas. El viento era agradable. Los grises días de mayo se hicieron más grises.

La prensa anunciaba la visita a Chile de Henry Kissinger, el ministro de relaciones exteriores de Richard Nixon. Nixon había conformado un nuevo comité para Chile con el objeto de mejorar la desastrosa imagen de la dictadura militar en materia de derechos humanos. En contra de su voluntad y presionado por Big Brother el dictador firmó en la segunda semana de mayo un decreto ley en donde se anunciaba la pronta libertad y expulsión del país de 97 presos políticos. Cuando se enteró de la noticia Ale se alegró porque en la lista se incluían a varios de sus compañeros en prisión.

El 25 de mayo de 1976 podría haber sido un día como cualquier otro. Un día más de encierro, en el que él y otros centenares estaban presos. Pero era también el día de su cumpleaños. Era la segunda vez que cumplía año en la prisión. Sus padres le sorprendieron con una importante noticia de que por disposición del dictador. Fuertemente presionado por EEUU, el dictador se veía obligado a liberar a otros docientos siete nuevos prisioneros políticos. Así quedó estipulado de acuerdo al 72 de la Constitución Política del Estado y por los Decretos leyes 1 y 3 de septiembre y por el Decreto ley 28 del 24 de diciembre de 1973. Así lo comunicó a la opinión pública la junta militar y agregó que era también una propuesta de la DINA. Los presos saldrían de los campos de concentración a fines de Mayo. Los padres Ale no escondían la alegría, el hijo mayor se encontraba entre los docientos siete nombres de presos por liberar. Él mismo no sabía si alegrarse o preocuparse. Más bien no lo quería creer pero como no le quedaba otra cosa que ser franco consigo mismo comprendió que temía la idea de que fuera verdad. Se lo decía a si mismo. Estoy preso, esto es un campo de concentración, pero aun estoy con vida. Me sacan fuera de este lugar y soy hombre muerto. Se les podría haber ocurrido antes, pero en medio de un par de centenares de liberados es más

fácil deshacerse selectivamente de uno u otro. Estoy jodido, me llegó al piguelo.

La suerte corrida por Carlos Carrasco, sus connotaciones y la ligazón que el caso tenía con el desaparecido de la DINA le comenzó a amargar la existencia. Gaston Muñoz y Carlos Gonzalez, los dirigentes del MIR, así como Sergio Muñoz del PS, se lo habían dicho. No entendían como había salvado con vida después de lo de Mauro. Muchas veces se había planteado esa misma interrogante. ¿Como era posible? ¿Qué había pasado con Carlos Carrasco? ¿Qué pasaría con él dentro de los próximos días? Se despidió de sus padres con una sonrisa de nos vemos pronto. Cuando volvió a su celda se fue de lleno a uno de los barretines que había al lado de su camarote. Abrió las tablas y con los dedos de la mano derecha sacó dos papeles. Era la carta que la madre de Carlos Carrasco había logrado introducir recientemente a Puchuncaví por intermedio del hermano de Ale.

Estimado A:

*La presente tiene por objeto dirigirme a Ud para comunicarle que casualmente me encontré con su hermano Victor con el cual estuvimos conversando de muchas cosas. Entre otras respecto de la desaparición de Carlos. En dicha conversación surgieron algunas suposiciones sobre la situación de los hechos ocurridos. Supondrá que como madre he agotado todos los medios existentes en Chile para poder dar con su paradero sin obtener resultado alguno. Rogaría a Ud, como amigo y compañero de mi hijo, cualquier antecedente que pudiera aportar para aclarar esta situación. Será una gran ayuda a la investigación que se lleva en este momento. Hace más de un año que lo sacaron de la casa y aun no he podido tener ninguna noticia de él, ni por parte del gobierno ni de los tribunales de justicia de Chile. Ésta es la primera vez que puedo dirigirme a Ud para poder saber algo de mi hijo. Anteriormente surgieron dificultades o malentendidos. Por razones obvias, debido al nerviosismo que vivimos en ese momento y ya después no se pudo llevar a cabo ninguna relación con lo sucedido. Le ruego que no malinterprete la presente, sólo me mueve mi condición de madre esperanzada por saber la verdad, por saber de lo sucedido con mi hijo. Adjunto carta enviada de su hermano que justifica lo dicho anteriormente. Esperando que la presente sea bien acogida y deseando que la situación nuestra se aclare recurriendo a su buena voluntad para que las personas y organizaciones mismas queden limpias.*

*Se despide atte de Ud Norma Matus.*

*Le rogaría que su respuesta viniera dirigida a nombre de Raquel Oyarce L por razones obvias.*

Releyó la carta una vez más y se quedó con la mirada perdida a través del marco de la ventana de su celda. Esa noche, cuando todos se habían quedado dormidos, hizo lo que acostumbraba a hacer cuando quería leer sin ser interrumpido. Cubrió con un pedazo de frazada la pequeña lámpara que había al lado del camarote y con un lápiz pasta azul Bic comenzó a escribir una respuesta a Norma Carrasco.

“Señora Raquel:

*Conocí a su hijo en el Instituto Comercial lugar en que ambos estudiábamos para recibirnos de contadores/auditores. En la elección del Centro de Alumnos que se realizó a fines de 1971 en el colegio fuimos él y yo elegidos a ese organismo estudiantil; yo como presidente y Carlos como vicepresidente. A Carlos lo conocí como a un joven conciente de la necesidad de transformaciones sociales para conseguir una sociedad más justa. Carlos, al igual que la gran mayoría de la juventud chilena de aquella época, era un joven idealista y*



*lleno de amor por el deseo de servir a los más desposeídos. Carlos vivía intensamente porque amaba la vida. Nuestra labor conjunta en el Centro de Alumnos nos permitió establecer una profunda amistad a la que luego se sumó una experiencia política común. Ambos comenzamos entonces a desarrollar actividades políticas en el MAPU. Al terminar yo mis estudios en ese instituto y cuando comencé mi vida laboral su hijo continuó su actividad política en el colegio. Cuando a él le correspondió ir de candidato a presidente al Centro de Alumnos como representante de la izquierda estudiantil perdimos las elecciones. A pesar de nuestros logros político-estudiantiles perdimos esas elecciones.*

*En 1973, a los pocos meses del golpe militar, recibí la visita de su hijo. Sin embargo él ya no era el mismo Carlos que yo aprendí a conocer en la secundaria. Carlos atravesaba por una profunda crisis personal, de identidad si se quiere. Carlos necesitaba hablar de si mismo. Buscaba una verdad difícil de encontrar. Sentía y experimentaba como los viejos amigos y compañeros de antaño rehuían su compañía. Era parte del martirio que se había apoderado de él. Seguramente por el hecho de que trabajamos juntos en el Centro de Alumnos y por la amistad que se desarrolló entre nosotros sintió él la necesidad de conversar conmigo. Fue entonces cuando me enteré del drama que había transformado a Carlos. Yo no se si usted lo sabe pero considero que debo ser absolutamente sincero con usted.*

*A partir de Noviembre de 1973 Carlos pasó a formar parte del siniestro aparato clandestino de la DINA. Su hijo me relató de como fue reclutado a esa maquinaria de aniquilamiento humano, me contó de su paso por Tejas Verdes, en las cercanías de las Rocas de Santo Domingo y del adiestramiento que recibió de oficiales de ejércitos extranjeros como los de Argentina, Brasil y Estados Unidos. Estoy profundamente convencido de que eso transformó para siempre a su hijo - de ahí en adelante todo su quehacer sería un oscilar entre la vida y la muerte. Me parece estar viéndolo cuando relató de como en las Rocas de Santo Domingo les conminaron a reconocer si tenían familiares de izquierda. Lo que contó su hijo solo tiene un nombre; terror. Me confesó también que lo podrían haber matado en el acto. Le hicieron respirar muerte y le comenzaron a apestar la existencia. Para mí resulta completamente evidente que a partir de entonces comenzó a sobrevivir inhumanamente. Su hijo no era sólo un socialista de corazón, él estaba ideológicamente convencido de la necesidad de transformación socialista que requería Chile. Con esa conciencia se vio sin embargo obligado a formar parte de los escuadrones que exterminarían a miles de opositores a la dictadura militar. A su hijo le obligaron a integrar un aparato de terror selectivo e institucionalizado.*

*La crisis por la que atravesaba Carlos parecía no tener límites. Toda su vida conciente estaba trastocada, golpeada y violada. Se encontraba en un callejón sin salida. Le ofrecimos asilarse pero desistió por temor a las represalias que se desencadenarían sobre sus familiares. Tampoco quería ser partícipe de las bestialidades por las que se ha hecho mundialmente conocida la DINA y sin embargo era uno de los cientos de efectivos militares que obedecía sus ordenes.*

*Tal como yo lo entiendo y de acuerdo a lo relatado por Carlos él comenzó como "operativo". Formaba parte de un subcomando encargado de destruir sistemáticamente a las organizaciones de la resistencia. Carlos se vió obligado a perseguir, detener, interrogar y torturar a muchos detenidos. Contra su voluntad se vio involucrado en hechos casi indescriptibles y que horrorizarían a cualquiera. Recuerdo cuando me contó de como un alto oficial del ejército tembló ante su presencia cuando en medio del toque de queda quiso controlar una fiesta en la que estaba Carlos. Su hijo le mostró al oficial un carné de la DINA, era blanco y llevaba un timbre simbolizando un puño y la firma de Manuel Contreras. Parte de ese carné y el organigrama de las brigadas de la DINA que él me mostró posteriormente fueron copiados y se hizo circular entre los miembros de la resistencia.*

*En una oportunidad se vió a Carlos vestido con overall de obrero en el ex edificio del Congreso Nacional. Me contó como se le obligaba sistemáticamente a perseguir a los militantes de las organizaciones de izquierda. Él mismo reconoció en otra oportunidad como con metrallera en mano persiguió a unos militantes del MIR por la Alameda.*

*Describió también distintos lugares de detención y torturas clandestinos así como de las distintas torturas que se practicaban allí. A veces se le obligaba a mirar y a veces a participar en las torturas. A la mayoría de los prisioneros se les aplicaba electricidad. Recuerdo de manera especial su relato sobre las torturas del "potro" y los sacos de arena en donde se dejaba a los cuerpos inertes de los detenidos semivivos.*

*Como agente de la DINA se le encomendó también la misión de custodiar una de las residencias privadas de Pinochet. En esa oportunidad me dijo: "Si hubiera querido podría haber pasado a la historia, cualquier día podría acribillar a Pinochet, pasa todos los días por mi lado".*

*Nunca me quedó claro porqué terminó como operativo para pasar a ser guardia en Cuatro Alamos, un campo transitorio para presos raptados. A juzgar por lo que relataba se sentía mejor, o por lo menos no tan mal, como guardia en Cuatro Alamos. Se evadía así de Villa Grimaldi en donde se exponía a los presos a torturas horribles. Carlos se acostumbró a ver pasar distintas camadas de de presos de Villa Grimaldi a Cuatro Alamos. Pudo ayudar a muchos de los detenidos, sacó mensajes, regaló cigarrillos y repartió porciones extras de comida. Conversaba con los detenidos, les daba ánimo y alimentaba en ellos la esperanza.*

*Son muchos los sobrevivientes que pueden dar fe de lo que le estoy escribiendo. Laura Allende, la hermana del presidente Allende, es una de los que le conoció allí. Los detenidos de Cuatro Alamos consideraban a "Mauro" como un joven bueno y comprensivo. No sabían que era una persona con la conciencia torturada. La última vez que nos encontramos fue a fines de Febrero de 1975, estuvo en mi casa y se quedó a cenar. Fué el mismo día en que el gobierno presentó por cadena nacional de radio y televisión a unos dirigentes regionales del MIR que llamaron a los militantes de esa organización a deponer las armas. Quedamos de volver a encontrarnos.*

*Desde la detención de Carlos he intentado reconstruir los acontecimientos. Entiendo que llevaba un año y nueve meses al interior del ejército. Fueron sus propios compañeros de armas los que le fueron a buscar a su casa. No se que historia le inventaron para sacarlo de allí ni de si antes de aparecer en casa de mis padres fueron a algún otro lugar. El 14 de Marzo yo me encontraba en Santiago, había regresado de la Universidad. Cerca de las 15 horas de aquella tarde de sol apareció su hijo en compañía de unos sujetos vestidos de civil, eran de la DINA. Carlos ingresó a la casa, estaba muy asustado o más bien aterrorizado. Me dijo que la DINA me venía a detener y por eso su presencia en mi casa. No iba armado. Pienso efectivamente que le tenían destrozado psíquicamente. En esa oportunidad le planteé la posibilidad de huir juntos. Nunca he podido olvidar sus palabras. "¡Tu no los conoces - lo destrozan todo!" Estaba profundamente conmovido al mismo tiempo que agitaba los brazos queriendo convencerme de que le acompañara.*

*Mientras mi madre conversaba con él (teniendo en consideración a mis dos hermanos menores y a mi madre yo ya le había prometido que le acompañaría) levanté el teléfono y le dije a mi padre que la DINA me estaba raptando. Le dije que comunicara a toda la gente con la que yo tenía contacto que pasaran a la clandestinidad. Hasta donde yo se era prácticamente imposible que los raptados por la DINA tuviesen esa oportunidad. Tuve una suerte excepcional.*

*Fuera de la casa fui obligado a entrar a un Fiat 125 amarillo. Dentro del vehículo habían tres hombres vestidos de civil. Carlos iba sentado adelante, al lado del que hacía de jefe de la*

*operación, era un tipo de contextura gruesa, de pelo rubio corto y de ojos color marrón, el mentón era prominente. Ese individuo se llama Miguel Krasnoff Marchenko, es descendiente de un pariente que fue guardaespaldas del zar Nikolas II. Durante el viaje me pusieron una tela adhesiva sobre los ojos y luego unos lentes oscuros mientras se me apuntaba una pistola sobre la costilla derecha. Luego de alrededor de veinte minutos al coche se detuvo. A pesar de las dificultades para ver pude vislumbrar lo que sucedía afuera. Krassnoff detuvo el coche y conminó a Carlos a salir del mismo. A cierta distancia del coche le gritó a Carlos algo que yo no podía escuchar, pero era indudable que el tipo estaba reprochando a Carlos. Después, durante la tortura, me enteré de lo que su hijo le había dicho a Krassnoff. Carlos le temía a la DINA, tenía plena razón para temerles, y le dijo a la DINA lo de mi propuesta de fuga. Sólo él sabía lo del intento de fuga y no pudo evitar el de contárselo a sus superiores. Eso reflejaba, según mi manera de ver las cosas, el estado de represión psíquica al que estaba sometido.*

*Su hijo participó objetivamente en mi delación, pero nunca jamás se me pasaría por la cabeza el de reprochárselo. El viajó en el mismo Fiat amarillo en el que se me secuestró y que momentos más tarde llegó a la Villa Grimaldi. Los guardias de ese lugar reconocieron a “Mauro”, como se le llamaba en la DINA. Las torturas a las que yo fui sometido allí tienen inequívocamente que ver con mis encuentros con su hijo y lo que él me contó acerca de la DINA. Los coroneles de la DINA estaban convencidos de estar infiltrados por la extrema izquierda y que eso se realizaba a través de Carlos. Marcelo Moren Brito le dijo a los gritos a sus hombres que estaba convencido que cualquier día a ellos les iban a matar de un balazo en la nuca. Yo no sé que información entregó Carlos o de si lo que sabían sobre mi lo consiguieron por otros medios pero es como se lo he dicho. El interrogatorio al que yo fui sometido durante la tortura tenía que ver casi exclusivamente con la información que supuestamente Carlos me había entregado.*

*Si aminoré cuanto más pude el valor de la información entregada por él no fue, sólo por un instinto de supervivencia sino también para alivianar los cargos de la DINA que también recaían sobre él. Y eso tiene una lógica sólida. Mientras menos sospechas por inculpado hubieran sobre él más posibilidades tendría yo de salir con vida de aquel infierno. Puesto que negué toda acusación de infiltración Moren Brito me gritó que “Mauro” había reconocido otra cosa completamente distinta. Yo no sé que fue lo que reconoció él, sólo sé que traté de desligarlo de todo cuanto pude en ese momento crucial.*

*Durante mi primera semana en Villa Grimaldi vi casualmente a Carlos. Yo y otros prisioneros estábamos vendados y rodeados de guardias armados cuando logré divisarlo. Escuché como alguien saltaba cerca nuestro sobre la arena. Yo tenía una venda sobre los ojos, pero al mirar hacia abajo ví que, era él. Vi con horror los pantalones negros de Carlos a mi lado. Lo tenían engrillado por los pies, el ruido de las cadenas se escuchaba con suma claridad. Si fue por temor a que se les arrancara, toda vez que él conocía el lugar, o porque querían escarmentar al resto de los miembros de la DINA no lo sé. Sólo sé que estuvo allí, a medio metro de donde estaba yo, pero no creo que él lo supiera. Fue la última vez que le ví”.*

*Ale dejó el lápiz y respiró profundamente. Tantas veces que había intentado reconstruir lo que realmente había ocurrido con Carlos. Él había escuchado que uno de los superiores de Carlos había dicho por teléfono al padre de Carlos que el hijo estaba preso en Tres Alamos.*

*Ale también había escuchado que Rolando García Le Blanc, capitán y subdirector de la Armada, había visitado la casa de Carlos en el 15 de marzo, es decir al día siguiente de la desaparición de Ale y de Carlos. Lo había hecho junto a José Orlando Manzo Duran, responsable de Cuatro Alamos. Ambos se llevaron en esa oportunidad el arma de servicio de Carlos. A los pocos días Manuel Contreras, el máximo jefe de la DINA, había reconocido la desaparición de Carlos. Había escrito de puño y letra un documento oficial en el que se decía*

que el detenido había pedido permiso para tomar una taza de café en Tres Alamos. Contreras había afirmado que Carlos no volvió y que a partir de entonces se hallaba desaparecido. Después de ello, el 30 de marzo, los agentes de la DINA volvieron al hogar de Carlos para decir que Carlos estaba desaparecido, que se había fugado del lugar en donde estaba recluido.

Ale continuó su carta a Norma:

*“Demás está decir que ni usted como madre ni yo podríamos tragarnos ese burdo cuento criminal. Todos sabemos que los funcionarios de la DINA están sujetos a las más estrictas medidas de rigurosidad y vigilancia. De que por lo tanto es teórica y prácticamente imposible una fuga como esa. Es evidente que Carlos no se fugó ni de allí ni de ninguna otra parte. A él lo detuvo y lo tiene desaparecido la DINA.*

*Me consta que a principios de Abril del mismo año apareció sorpresivamente en Villa Grimaldi la hija de Pinochet. En esa oportunidad un oficial le enseñó a la hija del dictador a algunos de los prisioneros que tenían en la torre. Según los datos de que dispongo su hijo estaba en esos momentos en ese lugar. Lo ha ratificado la periodista Gladys Díaz que estaba en la celda continua a la de Carlos. Me enteré de que Gladys le daba ánimo y que lo alentaba con la ternura de su solidaridad en los momentos más difíciles. Le cantaba bajito para que se no se sintiera tan mal. Gladys ha relatado que Carlos, “Mauro”, también había llegado a la torre, que su presencia allí llevó a que los guardias quedaran choqueados. El primer día llegaban allí para verle. Gladys sabía que a Carlos lo habían forzado a incorporarse a la DINA durante el período de su servicio militar y que antes había sido del MAPU. Ella sabía que él había prestado servicio en Cuatro Alamos lugar en que recibía comunicados de los presos para entregarlos a sus familiares. Que a Carlos lo habían detenido en su hogar y que él sabía que la DINA lo mataría. Que por las noches lloraba como un niño y que por eso ella le cantaba para que no se sintiera tan solo. Gladys también ha relatado que ese día la DINA sacó a Carlos y a otros dos presos del lugar, a Ariel Mansilla y Alfredo Rojas, y que desde ese día los extrañaba.”*

Ale dejó el papel y el lápiz y se decidió a continuar más tarde. Pensaba en otro preso que le había dicho a Gladys:

- Cada vez que ustedes iban al baño conformaban un cuadro patético inolvidable. Tu, tan larga y tal delgada, con esos ridículos zapatos de tacos altos y plataforma enorme y con tu pelo grotescamente tijereteado. Cuando tu y el chico Alfredo Rojas hicieron una silla con las manos para Ariel Mansilla que no podía caminar. Y detrás de ustedes Carlos Carrasco, con los pies enguillados que lo obligaban a moverse con saltos de conejo.

A Gladys le hacían realmente falta su presencia. Ella había descrito su ausencia: Yo he sido “Girl guide”, he trabajado en la Cruz Roja, fui miembro del equipo escolar en ping pong, jugué en el equipo de basquetbol de la escuela farmacéutica, fui delegada ante la FECH, dirigente del consejo estudiantil de la universidad, presidenta del sindicato de los periodistas de radio de Santiago, miembro del Comité Central del MIR etc. Pero no ha habido nada, ni podrá haber nada, de lo que yo me haya sentido tan orgullosa en mi vida que el haber sido uno de los cuatro en el patético grupo de la torre en Villa Grimaldi. Un grupo que estableció la relación más indestructible que uno se pueda imaginar y cuyos tres miembros tanta falta me hacen.

El escribirle a Norma era para Ale una manera de sistematizar lo que él sabía. Sabía que hacía un año atrás la familia de Carlos había sido informada de que Carlos estaba detenido en la Penitenciaría de Santiago y que el proceso contra él tenía el número 268-75. Según el propio Manuel Contreras Carlos habría sido detenido por los servicios de seguridad. Con ello Contreras iba en contra de su propia afirmación de que Carlos habría huido de Tres Alamos. Contrera desmentía a Contreras. Pero no solamente fue así. No tardaron los mismos militares

en desmentir la nueva versión de Contreras cuando afirmaron que Carlos jamás había estado arrestado por las fuerzas de seguridad. Señalaron sin embargo que no se podía descartar la posibilidad de que se hubiera ligado a “los movimientos de la guerrilla en el extranjero”.

A través de los familiares de los detenidos en Puchuncaví Ale se había enterado de las múltiples diligencias realizadas por Norma para establecer la verdad de lo sucedido con su hijo. Entre otras cosas ella había escrito una carta a Rolando Garay Cifuentes, jefe de la Guarnición de Santiago. Este habría consultado a la DINA sobre la suerte corrida por Carlos. Había tenido el descaro de acusar a Carlos del "delito de deserción" y decir que lo habían dado de baja y pasado sus antecedentes a la Segunda Fiscalía Militar. Una vez más apareció Rolando García Le Blanc, quien había visitado el hogar de Carlos el día después del rapto. Ésta vez como subrogante de la DINA para decir que Carlos se había fugado estando detenido. Pero en la Penitenciaría, la cárcel en la que habría estado detenido, no conocían a Carlos. De acuerdo a esa información Carlos se habría fugado de un recinto carcelario al que nunca entró.

Ale continuó su carta a Norma:

*“En agosto de 1975 los presos políticos de Puchuncaví llevamos a cabo una huelga de hambre. Lo hicimos para denunciar la maniobra de la dictadura en torno al caso de los 119 compañeros que según los militares se habrían matado entre ellos como "ratas" en el extranjero. Para nosotros se trataba de desratizar la siniestra mentira de los militares. La huelga duró ocho días. Al término de la misma fui trasladado a la Fiscalía Militar de Valparaíso lugar en donde me interrogaron sobre lo que yo sabía sobre Carlos. En esa oportunidad volví a reiterar lo que ya le he dicho a usted. Que Carlos fue detenido por la DINA unas horas antes de mi propia detención y que ambos llegamos a Villa Grimaldi lugar en donde le ví por última vez. Fue allí donde volví a escuchar lo de la supuesta deserción de Carlos del ejército.*

*Durante mi estadía en Puchuncaví he escuchado a muchos prisioneros referirse a "Mauro". Uno de ellos, un militante del PS, estuvo muy cerca de Carlos en Villa Grimaldi. Me enteré así de que Carlos estaba muy acongojado, que casi no dormía por las noches. Me enteré así que fue Marcelo Moren Brito quién ordenó la muerte de su hijo. Marcelo Moren Brito ordenó matar a Carlos. Lo mataron a cadenas en el patio de Villa Grimaldi. Así mueren los traidores - gritó Moren Brito a todos los otros agentes para darles una lección. Moren Brito es el responsable directo del asesinato de por lo menos cuarenta y tres personas entre las que se encuentra Carlos. No se lo que la DINA hizo con el cuerpo. He creído necesario que usted sepa la verdad sobre su hijo y el cuadro que yo he logrado rehacer. Comprendo que es muy duro para usted, pero no sería menos duro seguir en la incertidumbre a la que la dictadura tiene sometida al conjunto del país.*

*Con saludos fraternales.*

Ale”

Pero Ale nunca envió su carta. Tenía miedo de que Norma no fuera capaz de recibir una carta como esa, y gente que la conocía tampoco lo creía. En lugar de ello fue el hermano de Ale el que posteriormente le relató a Norma el contenido de la carta de Ale, pero lo hizo absteniéndose de los detalles más dolorosos.

Un oficial le comunicó a Ale que tenía que prepararse, que le trasladarían al campo de concentración de Tres Alamos. El día en que vio a los buses verde olivo de los carabineros en Puchuncaví todo le parecía confuso. Le iban a trasladar, le alejarían de las gaviotas, de sus compañeros de prisión, de Gonzalez, Muñoz y de todos los otros. Se lo reconoció así mismo, le era difícil abandonar esa universidad. Consideraba además injusto el que presos que

llevaban ahí mucho más tiempo siguieran tras las alambradas de púas. Los prisioneros bajaron de las cabañas ya descoloridas por el sol y se agolparon al lado de las alambradas. Había llegado la hora de la despedida. El lugar estaba rodeado de infantes de marina armados. Volvió una vez más a escuchar la melodía de la novena sinfonía de Beethoven, lo sentía como un homenaje conmovedor a la vida y a la libertad de los seres humanos. Los buses verdes de la policía estaban a punto de partir.

Se terminarían para él las estupideces del sargento Nuñez, se terminarían las canciones nacionalistas de los militares, las formaciones militares y las cenas de cordero con grasa. Le sacaban de Puchuncaví pero el permanecía allí, se iban con él los recuerdos inolvidables de la huelga de hambre, las increíbles barbaridades CL 4, los buenos deseos de navidad, los actos culturales, los homenajes a la revolución cubana y la mirada melancólica en la fotografía de Violeta Parra: gracias a la vida en el campo de concentración que me ha dado tanto. Al alejarse los buses volvió por última vez la mirada a los suyos que estaban detrás de los alambres púas. Vio el rostro inconfundible de El Cojo Cortéz, de Carlos Gonzalez y del chiflado profesor de historia. Se comprometió entonces y para siempre a continuar la lucha. No se quedaría tranquilo hasta que no saliesen de ese lugar todos los presos políticos.

El viaje rumbo a Santiago se realizó en completo silencio, ni policías ni prisioneros dijeron algo que pudiera perturbar el silencio. Todos en cavilaciones inexpugnadas. Volvió a pensar en su propia suerte. ¿Y ahora qué? ¿Adonde voy? Me estarán esperando en algún lugar. Yo soy el principal testigo de la desaparición de Carlos. Dejarme con vida sería un error, la DINA lo sabe. Deberían haberme hecho desaparecer junto con él como hicieron con tantos otros. Todavía pueden hacerlo.

Llegaron a Tres Alamos a la caída de la noche. En el interior del recinto había un ajeteo endemoniado. Presos recién sacados de Cuatro Alamos, presos de Puchuncaví, presos de Tres Alamos, presos de Ritoque. Todos presos. Los fueron sacando uno a uno. Los fotografiaban y les hacían firmar declaraciones en las que juraban que jamás habían sido maltratados. Estaba esperando, pronto le tocaría a él. De repente recordó que en el brazo izquierdo tenía escrito con lapiz de pasta los nombres de los libros recomendados por Sergio Muñoz en Puchuncaví. Vaciló un poco pero resolvió finalmente borrarlos de la piel, lo hizo con su propia saliva y frotó el brazo izquierdo hasta que se le puso rojo. Había terminado de bajar la manga de la camisa cuando escuchó que le llamaban. El oficial de la policía le ordenó firmar un papel.

Dejo constancia que durante el período de mi reclusión jamás he sido sometido a ningún tipo de apremio físico. Las razones de mi detención se justifican plenamente y obedecen a las razones de alta seguridad del estado. Era la tercera vez que le hacían firmar falsedades en prisión. En Villa Grimaldi lo hizo con la venda sobre los ojos, la segunda en la Fiscalía Militar de Valparaíso. Nunca logró enterarse de lo que firmó la primera vez Villa Grimaldi. En Valparaíso le habían obligado a firmar para tratar de justificar un burdo alibí que sirviera de testimonio por la desaparición de Carlos y ahora firmaba una declaración falsa. No había en esa líneas una sola palabra que hiciese mención a proceso judicial alguno ni tampoco a los supuestos cargos que teóricamente deberían haber existido en su contra.

En Estocolmo Quena estaba presa de los nervios. Ella y sus compañeros más cercanos habían hecho lo posible y lo imposible para tratar de que el Fondo de Refugiados sacara a Ale lo más rápido posible fuera de Chile. Era una lucha contra el tiempo. Todo había sido en vano, pensaba ella. La cuenta bancaria del Fondo de Refugiados estaba prácticamente vacía y lo de la rápida salida del preso de Chile era decisiva. Quena y sus amigos vivían de la esperanza. Cuando las esperanzas ya se habían agotado apareció como caído del cielo Janne Höglöf un sueco amigo de Quena. Janne era uno de los tantos jóvenes suecos que habían tomado posición al calor de los movimientos de solidaridad con Vietnam y Chile. Janne escuchaba el relato de Quena y sin dudar puso el dinero que se requería para un pago

inmediato del pasaje. Quena estaba feliz. No caía en sí de tanta alegría por lo que la menuda joven de tez clara pegó un salto descomunal y colgada del cuello del sueco de dos metros le dió un beso en la mejilla que lo sonrojó de arriba a abajo.

Pero la alegría no duró mucho. El dinero estaba en el departamento de Quena en Vårby Allé, en Norsborg en donde vivía Quena. Ella no se enteró nunca de cuando, como ni quien fue el que se introdujo en la vivienda aquella noche estrellada por las estrellas, pero el dinero del pasaje se hizo humo. Quena no sabía a que atinar. Se había enterado que su amigo aparecía en una lista de personas a las que se les permitiría abandonar el campo de concentración. Se armó de audacia y encaró el problema.

### **FUE ROBADO EL DINERO DESTINADO A SALVAR LA VIDA DE SU AMIGO EN CHILE**

Carmen Sosa, 23 años, y su pequeña hija llegaron a Suecia en diciembre del año pasado como refugiados chilenos. Ella no se llama Carmen, el nombre es ficticio, porque aun tiene parientes que permanecen en Chile. Ella lucha para traer aquí a un amigo de la infancia recientemente liberado de la cárcel y que ha pasado a la clandestinidad. Pero la semana pasada le robaron el dinero que ella tenía, 2320 coronas.

- Su vida depende de que yo consiga reunir el dinero para el pasaje del avión, dice desesperadamente Carmen. El pasaje cuesta 4 585 coronas. La documentación de ella aun no está en orden, vive de ayuda social en un pequeño departamento en la planta baja en un suburbio de Estocolmo. Pero la situación del compañero en Chile era muy insegura. Él militó políticamente, durante el período de Allende estudió arquitectura pero el año pasado desapareció repentinamente durante seis meses. En Chile se sabe lo que significa cuando un amigo desaparece sin dejar huellas.

**DURAMENTE MALTRATADO** Cuando hubieron pasado los seis meses apareció súbitamente en un hospital de Santiago duramente maltratado. La súbita desaparición era una cárcel en las cercanías de Valparaiso. Fue maltratado y atormentado durante otros ocho meses y le soltaron junto a otros 206 presos políticos después de la reunión Interamericana, en donde se planteó la cuestión de los derechos humanos. El pasó a la clandestinidad, la amnestía provisional es solo de apariencias. Cuando Carmen se enteró de eso se endeudó.

- Pedí prestadas 2 000 coronas a un sueco y hice un plan de pago. Era urgente y todavía es urgente.

El fin de semana pasado Carmen visitó a unos amigos. Ella dejó la ventana levemente entreabierta. Cuando volvió a su casa había conseguido 100 coronas más para el pasaje de avión. Pero un ladrón de apartamentos se llevó 2 320 coronas que ella tenía en el cajón de la cocina.

- Toda su familia y yo sabemos que le van a tomar. Es sólo una cuestión de tiempo. El pasaje de avión es su única posibilidad de sobrevivir.

Anita Hansson

**Nota:** Eventuales contribuciones pueden depositarse en el giro postal del Fondo de Refugiados de Estocolmo: 85 91 98 - 4. Marque el talón a nombre de Carmen.

El artículo fue publicado en el vespertino Aftonbladet, de propiedad de la Central Unica de Trabajadores. Los datos sobre Ale habían sido alterados para que no se le pudiera reconocer. En el artículo había una fotografía de Quena, el texto debajo de la fotografía decía que la

misma Carmen Sosa había llegado a Suecia en calidad de refugiada. Ella luchaba por salvar la vida su amigo. Luego de aparecido el artículo comenzó a llegar dinero al giro postal del Fondo de refugiados. Se reunió la suma necesaria para el pasaje y el resto del dinero que siguió llegando sirvió para cubrir las necesidades más urgentes de la organización.

En el Chile de Pinochet el padre de Ale continuaba su inagotable correspondencia con el Ministerio del Interior. En una de las cartas al ministro señalaba lo estipulado por el artículo 10 de la Constitución. Allí se planteaba algo así como que los ciudadanos tenían la libertad de permanecer en cualquier lugar del país siempre y cuando resguardasen las normas establecidas por la ley. Del Departamento Confidencial del Ministerio del Interior 6-F-a recibió la respuesta de Enrique Montero Marx, subsecretario del Interior, en la que se decía que su hijo mayor quedaría en libertad incondicional y que no habrían medidas restrictivas.

A partir de ese momento comenzó a experimentar con más fuerza que antes una angustia asfixiante ante el mundo de lo absurdo. Eran sentimientos preñados de espíritu kafkiano. Acababa de atravesar el umbral de ese campo de presos políticos incrustado en pleno Santiago. Según el decreto de la junta era un ciudadano libre pero se sentía apresado por una metamorfosis contradictoria. Había sido trasladado de un campo de concentración en donde a pesar de todo los presos respiraban aires libertarios y ahora estaba en libertad, pero sólo presentía la vigilancia incesante de los agentes de la DINA.

En las afueras de Tres Alamos estaba lleno de familiares de los familiares de presos políticos que a última hora se habían enterado de que las autoridades militares iban a liberar grupos de presos a horarios indefinidos e intercalados. Se apoderó completamente de él el reino de la confusión. Divisó en todas partes rostros repletos de esperanza, todo le parecía irreal. Escuchó que alguien gritaba su nombre. De pronto le llenaban de abrazos, de risas y de lágrimas, todo al mismo tiempo. Su madre y familiares cercanos, todos le miraban, nadie atinaba a creer de que era cierto, que estaba allí. Vio a Sonia, una de sus cuñadas, sobre su panza de embarazada llevaba el poncho rojinegro con ribetes blancos que él había tejido en Puchuncaví.

Seguía apoderado de él esa sensación subjetiva no precedida de la impresión de los sentidos, estaba completamente alucinado. En medio del revuelo volvió la vista atrás y buscó con la mirada a uno de sus compañeros de prisión. Era un dirigente del regional del MAPU de Valparaíso, no conocía a nadie en Santiago. Mientras le buscaba se le acercaron varias mujeres con fotografías de presos políticos desaparecidos, todas preguntaban lo mismo.

Compañero, mi hijo se encuentra desaparecido desde hace mucho tiempo ¿Le ha visto en alguna parte?

No reconoció ninguna de las fotografías de los desaparecidos que le mostraron. Vió como las madres, esposas e hijas iban de un lugar a otro preguntando por los suyos y las respuestas eran las mismas. Le colmaba la impotencia. Llevó al otro preso liberado ante los suyos y explicó rápidamente de que se trataba. No faltaba más, por supuesto que sí - dijo su madre y acto seguido tomaron del brazo a ese muchacho moreno y alto para darle refugio temporal.

Eran tantas las impresiones en tan pocos minutos que no supo como llegaron a la casa de sus padres. Al entrar a la vivienda se encontró con otros rostros conocidos radiantes de alegría que tampoco parecían dar fe de lo que estaban viendo, él tampoco lo creía. Secuestrado, desaparecido, torturado, incomunicado, buscado, preso y ahora ahí. Le era difícil creer que era verdad.

No era una cuestión de días, era de horas había dicho Julio. En un dos por tres se encontró firmando una declaración jurada notarial en la que dejaba constancia que se le habían extraviado la cédula de identidad y otros documentos. Era urgente la solicitud de nuevos documentos. Se sentía en un mundo de tinieblas y extrañaba la compañía de los otros presos



políticos. Casi todo lo que hacía lo hacía como por inercia. Su encuentro con Iris fue fugaz, se había vuelto a re encontrar con esa ex compañera de la secundaria y militante de su partido. Era más bien de esos romances cargados de vertientes platónicas. Uno de esos días espesamente nublados y luego de haber tomado previas medidas de seguridad ella le llevó al cine. Vieron *Jesucristo Super Star*. La historia de los perseguidos era ya parte de su historia.

Todo estaba decidido. En las oficinas de British Caledonian Airways esperaba el pasaje de Santiago, vía Londres, a Estocolmo. Quena había demostrado su efectividad. En el pasaporte que obtuvo en la Oficina Central de Investigaciones volvió a ver su fecha de nacimiento y pudo constatar una vez más que era soltero y que era estudiante de profesión. Al final de las palabras personal description se leía: se dirige a Suecia. Observó con detención su dígito pulgar sobre el pasaporte y le pareció como un laberinto del todo y la nada. Todo fue muy rápido y no tuvo tiempo para despedirse de los amigos. Se las ingenió sin embargo para contactar a su ex camarada de partido. Bernardo trabajaba clandestinamente en la organización, se reunieron en una fuente de soda ubicada en la Av. Independencia. Ale le planteó a Bernardo que él estaba dispuesto a permanecer en Chile pero que dadas las circunstancias en torno a lo de Carlos Carrasco toda actividad política no clandestina era imposible.

- La organización no tiene en este momento - se disculpó Bernardo - los medios como para pasarte a la clandestinidad.

Se despidieron con un abrazo fraternal. Las últimas palabras de Bernardo tenían que ver con la posibilidad del envío de remesas mensuales para el trabajo clandestino y con las de un consejo ante el viaje.

- ¡Cuidate de las suecas!

Durante sus últimas horas en Santiago se refugió en los *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y en las seductoras canciones folclóricas de Violeta Parra. Y volvió a desaparecer pero esta vez parcialmente bajo el alero protector de la Iglesia. El vuelo 666 saldría de Santiago a las 13.45. Iba ahora acompañado de sus padres en un vehículo particular, vestía una parca gris y llevaba lentes oscuros. Antes de llegar al aeropuerto descubrieron que les seguía un auto con efectivos de la DINA. Volvió sus pensamientos a la Villa Grimaldi y se apoderó de él la tensión. Ambos vehículos se dirigían hacia el aeropuerto. La única que le podía salvar en ese momento era la compañía de la madre de Ricardo, uno de sus ex compañeros de prisión, que era la que había hecho los contactos con el Vicario Cristian Precht. Cristian Precht era uno de los colaboradores más cercanos del Cardenal y odiado por la junta militar. La despedida fue rápida, ya le esperaba el personal de la Iglesia. Era ateo pero se sentía tranquilo en la compañía de los curas. Al subir por la escalinata del avión levantó la mano en señal de saludo hacia sus familiares. Comenzaba así un nuevo tránsito hacia lo desconocido.

Se sentó cabizbajo, estaba inmerso en un mundo de recuerdos sin principio ni fin. Sobrevolaba por primera vez la Cordillera de los Andes. Llevaba más de una hora de vuelo y observaba con detención a los pasajeros que tenía a su alrededor. Buscaba cerciorarse de que no había ningún agente de la DINA cerca suyo. Dentro de unas cuantas horas haría escala en Rio de Janeiro y eso lo atemorizaba enormemente. Podrían subir en cualquier momento y sacarlo del avión.

Nadie podría enterarse de lo sucedido. Un desaparecido más, un desaparecido menos podía pasar inadvertido en ese contexto de desapariciones con estelares de huellas invisibles. La escala en la ciudad brasileña se convirtió en un tormento. Morir a balazos en un enfrentamiento con las fuerzas represivas de la dictadura del régimen era una cosa pero otra muy distinta era desaparecer frente a las narices de esos pasajeros alienados. Cuando partió el

avión se relajó de tal manera que al final se quedó dormido. Cuando despertó se sentía más tranquilo, pero no soportaba a la mujer parlanchina que tenía a su lado. Era de una edad cercana a los 50 calculó, estaba equipada de azul chillón lo que unido a su charlatanería sobre el despilfarro marxista durante el gobierno de la Unidad Popular le tenía ya hartó. La mujer pertenecía a la clase media alta y según él tenía una lengua venenosa. Cuando comentaba sus anteriores viajes a Europa nunca le faltaba una condena al infierno marxista del que la habían salvado las gloriosas fuerzas armadas.

Estaban prontos a aterrizar en Londres. Recordó repentinamente con espanto que su inglés era un completo desastre. No era un tarado para eso de los idiomas, pero la enseñanza del inglés en Chile dejaba mucho que desear. Sentía la barrera idiomática ya antes de entrar en contacto con gente de habla anglosajona. Camino de Amsterdam se desentendió de todo y volvió a aterrizar en el mundo de los recuerdos. Estaba preocupado. ¿Adónde iba? ¿Que iba a hacer él ahí? No le quedaba nada de claro. La decisión de abandonar el país no fue voluntaria, estuvo dictada por la política de desapariciones de la DINA. Pensaba que en un sentido era sin embargo cierto, luego de aquella desastrosa derrota política y militar había optado por ser un soldado que sirviera para otra guerra. Pero lo único que quería en ese momento era bajarse del avión y volver rápidamente a algún lugar clandestino del Santiago para continuar la resistencia a la dictadura.

En la sala de tránsito de Amsterdam le llamó la atención la apariencia física de los holandeses, era verano En Europa. A donde volvía la vista veía hombres con barbitas bien cuidadas. Las mujeres eran altas y rubias. Durante el vuelo hacia Estocolmo se sorprendió con el pensamiento puesto en Amsterdam.

A Ale se le ocurrió que en cualquier momento debería haber aparecido allí la figura de Talo. Le reconocería por su particular manera de moverse. La azafata le ofreció un vespertino en el que lo primero que vio fueron palabras totalmente incomprensibles, nunca antes había visto palabras con tantas consonantes. Impresas sobre el papel estaban revueltas las K, las J, las L, las H, las S y una que otra vocal. Miró nuevamente uno de los titulares. DE SKULLE SKJUTAS ALLIHOPA. Era una morfología extraña, pero la tensión era distinta. Era un convencido de la semántica de los colores y por eso no se pudo sacar de la cabeza de que esa tensión tenía un color purpura. El color purpura no se parecía en nada al color rojo de la sangre. Siempre había asociado el color rojo con el color de las banderas, pero ahora también lo asociaba con los delitos de lesa humanidad de la dictadura.

Cuando el piloto se aprestaba a aterrizar comenzó a sentir un fuerte dolor en los oídos. El aeropuerto de la ciudad de Estocolmo no se diferenciaba mucho al de Londres o al de Amsterdam. El policía se dirigió a él en inglés al tiempo que le indicaba con las manos que debía seguirlo a una oficina. Era un trámite rutinario, había solicitado asilo político. Los policías, un hombre y una mujer, miraron su pasaporte y comentaron algo en sueco.

Al salir de la sala de tránsito del aeropuerto vio las incrédulas pero alegres miradas de Marco y de Quena. Junto a ellos había otra persona, un joven de tez blanca al que no conocía y que supuso también era un refugiado político. Luego de los abrazos se dirigieron a la salida del aeropuerto. No había pasado mucho tiempo desde su liberación. Recordaba como los soldados le encerraban con candado todos los días al anochecer. Ahora era de noche también, pero le costaba creer que fuera verdad, nunca antes había visto un anochecer tan bello como ese. El anochecer era límpido y de sutiles tejidos celestiales, un anochecer en Estocolmo.

Por fin desaparecía la tensión que le había acompañado durante todo el viaje y por primera vez desde el golpe militar se sintió libre de verdad. Había llegado la hora de volver a vivir.